



CABALLEROS
DE
XYDONIA
Barb Capisce

CABALLEROS DE XYDONIA

BARB CAPISCE

Título original: Caballeros de Xydonia

Fotografía: © *Shutterstock*

Diseño de portada: © *Cover Design*

Diseño y maquetación: © *Barb Capisce*

Esta historia es pura ficción. Sus personajes no existen y las situaciones vividas son producto de la imaginación.

Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad en ellos.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

1ª Edición, JULIO 2015

*For small creatures such as we the vastness is bearable only
through love.*

*Para criaturas tan pequeñas como nosotros,
la inmensidad solo es soportable a través del amor.*

Carl Sagan (1934 — 1996)

AMónica, mi ángel de la guarda.

Sobre un sueño de Diego Baschera

A la memoria de mi amiga Florencia

INDICE

[Prólogo ~ Poema de un soldado](#)

[Libro I ~ Mariposas y huracanes](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)

[XXXI](#)

[XXXII](#)

[XXXIII](#)

[XXXIV](#)

[XXXV](#)

[XXXVI](#)

[XXXVII](#)

[XXXVIII](#)

[XXXIX](#)

[XL](#)

[Libro II ~ Te pertenezco](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)

[XXXI](#)

[XXXII](#)

[XXXIII](#)

[XXXIV](#)

[XXXV](#)

[XXXVI](#)

[XXXVII](#)

Libro III - El tiempo se está acabando

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

Libro IV ~ La luz que me guía

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

[Epílogo ~ Invencibles](#)

[Te invito a conocer mis otros trabajos](#)

[Miénteme. Libro 1 Saga Ángel Prohibido.](#)

[Eres mi paraíso](#)

[Una noche en París](#)

Prólogo

Poema de un soldado

Aroja todo lejos
Dejémonos ir
Porque ya no queda nadie a quien podamos culpar
Es una pena, todos estamos muriendo
¿Y tú crees que mereces tu libertad?

Matt Bellamy ~ Muse

Ella estaba allí, escondida en la noche, como una rosa nocturna, floreciendo en el medio de la desolación y la guerra, atrapada en la oscuridad. Ella era una prisionera por su culpa y su destino estaba sellado por esa razón. Pero él había convertido su misión personal encontrarla y rescatarla, aun cuando, por las vicisitudes que el destino les había puesto en el camino, ella jamás correspondiera sus sentimientos. Rescatarla sería rescatar el resto de humanidad que pudiera haber en su interior. Salvarla sería salvarse.

Miró el cielo y el brillo de las estrellas cobró un nuevo significado para él. El Sol, la Luna, la estela de un cometa, parecían tener otra dimensión. Ya no un simple elemento del Universo, objeto de estudio y conquista, sino parte de una poesía comprensible solo a través del amor.

Ella y su planeta eran iguales: Frágiles y susceptibles como una pompa de jabón; hermosa, misteriosa y mágica como todas las variedades de flores en primavera; fuerte y poderosa como la naturaleza. Guardaba en ella el secreto de la eternidad.

La única manera de sobrellevar su miserable existencia fue no saber que ella existía. Una vez que su imagen se cruzó en su camino, la única manera de sobrevivir era ganándola para él, aun cuando eso significara rebelarse y traicionar, suplicar y sacrificarse, morir intentándolo.

Morir por amor. Morir por ella.

Libro I

Mariposas y huracanes

Cambia
todo lo que eres
y todo lo que fuiste
llamaron tu número
pelea, las batallas han comenzado
la venganza seguramente vendrá
tus tiempos duros están adelante

Matt Bellamy ~ Muse

I

.Ella

A la espera de la batalla, mirando sin ver más allá de la noche cerrada, casi sin querer, su mente retrocedió al inicio de su tiempo, como si fuera una vieja película que ya había visto, un espacio de intersección entre la ficción y el recuerdo, que el tiempo volvió brumoso, que rara vez visitaba, por el dolor de ya no ser.

No era un atardecer cualquiera, ni siquiera entonces. Ella volvía de un viaje que tenía demasiadas consecuencias. Estaba sentada en el columpio de una plaza vacía de niños, solo con su hermano menor. Había dejado sus cosas en la casa materna y hasta allí habían llegado, escapando de la ira familiar. Las preguntas eran las esperables: *¿Por qué te fuiste? ¿Por qué con él? ¿Por qué volviste?*

Él no hacía preguntas, era su eterno compañero silencioso que hoy había invertido los papeles de la infancia, ya no niños ninguno de los dos, él empujando a sus espaldas, impulsándola a tocar el cielo que empezaba a tomar el mismo color de su cabello.

El silencio permanecía en la imagen aunque en el recuerdo se rompía. La llegada de otra pareja, su hermana y su hermano mayor, el reclamo, los gritos, la pelea. Todo eso sucedía como una antigua película de Chaplin, con un viejo piano sonando de fondo, entre cachetadas y tirones de pelo, las dos rodando sobre la arena, junto al tobogán y el balancín, los tres muchachos mirando sin intervenir, porque en algún momento también había llegado el tercero en cuestión, el hombre que había logrado romper ese vínculo sagrado de sangre, el objeto de deseo que en algún momento les valía la vida y ahora ninguna de las dos quería.

No fueron las lágrimas ni la sangre, ni las manos de los muchachos lo que las detuvo, sino los cambios a su alrededor. La noche llegó precipitada, una oscuridad inesperada que los circundó como un asesino, una ráfaga de viento frío que venía desde arriba. Sí. Los cinco miraron hacia el cielo, porque era desde allí

de donde venía. Estaban acostumbrados a los cambios de clima abruptos pero eso excedía cualquier fenómeno meteorológico. Entonces se dieron cuenta que no había ninguna luz encendida en los edificios alrededor, en el horizonte circundante.

Un apagón, una tormenta repentina, una sudestada nacida de la nada, eso pasaba a menudo en el fin del mundo, en la ciudad de la furia. Pero todo a la vez, no podía ser obra de la casualidad.

Como era de esperarse, el murmullo del caos fue levantándose, llegando al centro de la plaza, reptando entre árboles y rejas: las bocinas de los automóviles, las voces de los vecinos quejándose. Pero algo estaba mal, muy mal.

Todo pasó muy rápido como para mantener un hilo conductor, una secuencia. Los cuatro hermanos se agruparon como si tuvieran un imán en la sangre. Lo último que escucharon decir a Román fue *me voy a casa* y sentir, más que ver, sus pasos en la oscuridad. Nunca supieron qué fue de él.

El mayor decidió que también era bueno volver a casa, no solo pensando en su propia seguridad, sino porque su madre había quedado sola en casa con su hermanita menor. No llegaron a darse vuelta para buscar su camino, la primera explosión los sorprendió de espaldas y más por instinto de preservación que por onda expansiva, cayeron sobre la arena cubriéndose las cabezas. El cielo pareció abrirse en una nube gris que burbujeó hasta que la primera de las naves apareció. Tembló y no fue por el frío, el miedo era mil veces peor que el viento que helaba las lágrimas en su rostro. Todo alrededor era un pandemio de gritos aterrorizados, gente corriendo por la calle, abandonando sus automóviles y sus casas, buscando alejarse del espectro que descendía sobre la ciudad.

Humo. Fuego. Caos.

Cinco años después de esa tarde de invierno, lo único que quedó de la ciudad fueron ruinas, que de vez en cuando se incendiaban en algún

enfrentamiento entre lo poco que quedaba de la resistencia humana y los invasores alienígenas. Del horizonte urbano desaparecieron las torres y los edificios, todo reducido a escombros, bajo los cuales la sangre se fue secando.

En la primera etapa de la invasión los extraterrestres arrasaron con todo a su paso, de día la abrumadora realidad los inmovilizaba, se escurrían por las sombras sin rumbo ni sentido, con miedo y dolor. De noche los ejércitos descendían, rastreando y ubicando a los humanos escondidos, llevándolos a su nave base. No había comunicaciones: ni teléfono, ni radio o televisión.

De a poco se fueron formando campamentos, rescatando civiles, organizando una defensa, intentando hacer algo contra esta amenaza hecha realidad. Sin aviso de ataque, intermediación o negociación contra el genocidio, los que sobrevivieron fueron aprendiendo sobre el enemigo a medida que lo enfrentaban. Aunque en la carrera contra el tiempo resultaba obvio que la humanidad era quien perdía, cada día que amanecía parecía un premio a la resistencia.

Cada noche que tenía la posibilidad de salir a pelear como un hombre más, llenaba el vacío en su interior con un efímero humo de victoria. Quizá no tenía sentido si en el aire se percibía que el final estaba cerca, pero hacerlo era lo único que le daba sentido a su existencia. Hasta ahora.

En el medio de la noche, un soldado anónimo es menos que un minúsculo punto perdido en la oscuridad. Sin luna ni estrellas, el cielo se confundía con el horizonte y no había más que reflejos de fogonazos lejanos, que indicaban que la batalla continuaba. Debajo de un uniforme robado a los enemigos, con una tecnología poco conocida, un casco hermético equipado con cámara infrarroja, intercomunicadores inalámbricos y sensores térmicos que debían responder a alguna computadora central de la que, por suerte, estaban desconectados, y armada hasta los dientes, ella esperaba detrás de un montículo de basura mientras que la distancia entre las luces y las explosiones se iba

abreviando, señal que la batalla se acercaba. La emoción la recorrió una vez más, como la llegada de ese amante que le haría el amor a hurtadillas, encendiendo sus pasiones escondidas, haciendo estallar sus sentidos, calentando su sangre al punto de ebullición en la orgía de sudor y sangre, roja y fluorescente, que se desataba mientras masacraba a mansalva los cuerpos que podía reconocer como del enemigo.

Ella era un soldado aunque eso estuviera prohibido desde el comienzo de la invasión. Pero en la guerra no hay lujos y prescindir de un soldado era algo que no se podía permitir, esa debía ser la regla número uno. Y ella sabía mucho de reglas, sobre todo cuando se trataba de romperlas. Abrió las cartucheras de sus armas, liberó los seguros y aguzó la vista buscando el movimiento en la oscuridad. Apuntó hacia la derecha donde algo se movió hacia adelante con rapidez.

La sombra avanzó hacia la batalla, desplazándose detrás de los escombros. Su uniforme era igual al que ella tenía, robado a los enemigos, pero roto y rasgado. Abrió los ojos y se incorporó cuando por fin le vio la espalda y contuvo la respiración: Detrás de su uniforme, sobre la chaqueta de cuero que llevaba, tenía una marca en rojo furioso, una especie de cruz que nunca había visto, una señal que estaba completamente loco. El corazón se le aceleró y de inmediato se incorporó para seguirlo, cuidando sus espaldas, verificando los alrededores. ¿Sería locura o solo estupidez eso que lo había movido a marcar su ropa así? Era lo mismo que ponerse un reflector encima para indicarles a los enemigos donde debían apuntar para liquidarlo.

Lo siguió con sigilo y a la distancia, controlando sus movimientos. Sus armas también eran del enemigo pero las empuñaba de manera diferente. Era humanamente tosco y eso la hizo sonreír, aunque no parecía ser parte del ejército escondido. Un mercenario como ella. Había visto pasar cientos de esos a su lado. Muchos se habían unido al ejército, otros, como la mayoría, habían desaparecido, algunos ante sus propios ojos. Intentó concentrarse de nuevo en el campo de batalla, la lucha y el soldado al que seguía.

Diferenciar a los humanos de los invasores era bastante sencillo. Aun cuando utilizaran los mismos uniformes y las mismas armas, su textura física era diferente. En parte por los uniformes que usaban, reforzados y rellenos con protectores térmicos que los mantenían en temperatura estable, aislada de los cambios climáticos terrestres y con parches blindados contra los proyectiles metálicos. Por lo general eran más altos y musculosos que el promedio de los hombres humanos, equivalentes en textura física y morfología, así como su fuerza. No así en habilidad. Como individuos eran débiles, aunque entrenados. Funcionaban bien como grupos, siempre moviéndose en formaciones con alto nivel militar, de tres como mínimo, siempre respondiendo a un líder, siempre identificable porque era el que hacía las señas a nivel del rostro y el resto las repetía un nivel más abajo. Su andar y movimientos eran lentos y elegantes, estaban entrenados en algún tipo de arte marcial, eso era obvio, pero en la pelea callejera era donde siempre perdían. En eso los humanos llevaban una ventaja. Aún con las diferencias físicas, en el uno a uno no eran imbatibles.

Volvió a la realidad, y al notar el cambio de velocidad en el soldado anónimo, escogió un montículo y se preparó expectante a recibir una clase magistral de las ventajas innatas de los humanos por sobre los alienígenas.

Él salió a la carrera, su cuerpo creando una sombra contra el reflejo de la explosión verde que se produjo más allá. Uno de los aliens debió separarse de su grupo y revisaba un montón de chatarra; nunca lo vio venir. El soldado se echó el arma a la espalda y en un rápido movimiento desestabilizó al enemigo con una patada en la espalda. Ya en el piso lo inmovilizó, se sentó sobre él y le levantó la cabeza con ambas manos. El sonido del cuello roto no hizo eco, mezclado con el sonido de fondo. Rápido y letal.

Ella apretó los labios y apoyó el casco en una mano, desilusionada por lo corto del show, mientras lo veía revisar el cuerpo con celeridad en busca de armas cortas, reabastecimiento de cargadores y todo aquello que le pudiera servir. No parecía llevar mucho con él, por lo que las alternativas eran que perteneciera a otro ejército rebelde o viajara como nómada con lo justo y necesario,

sobreviviendo en el día a día. El soldado se sentó junto a su víctima y le midió las botas. Se las sacó de un tirón y reemplazó las que llevaba, casi en hilachas. Sacó varias cosas de los bolsillos y los trasladó a los suyos. Se arrodilló junto a él y le sacó el casco. Lo miró un momento, tocando su rostro antes de ponerse de pie, mirándolo desde arriba.

Antes que pudiera pestañear, sacó un arma corta del cinturón de su pantalón y descargó dos tiros directo a la cabeza del bastardo. La sangre fluorescente comenzó a verterse en dos hilos por debajo de sus botas nuevas y ella se mordió los labios mientras su mirada subía, desde el reflejo entre amarillo y azul de la sangre del enemigo, por el cuerpo del soldado anónimo, cuya figura volvía a recortarse contra las explosiones en el cada vez más cercano campo de batalla. Se alistó el casco, se arregló la chaqueta y guardó el arma en su espalda antes de volver a empuñar su láser, buscando sin miedo las luces más allá.

Ella se incorporó con cuidado, un ojo en sus movimientos y el otro en la batalla. Lo siguió, corriendo en zigzag, prestando atención a los estallidos que ahora se sucedían a su alrededor. El soldado parecía tener un radar especial para saber dónde iban a caer y estallar las granadas y podía esconderse un segundo antes, leyendo un patrón invisible, como si tuviera un informante que miraba todo desde arriba. Miró al cielo, abrumada por la posibilidad. ¿Y si no era un renegado sino parte de un ejército de verdad, con tecnología que pudiera hacerle frente a los enemigos, mejor equipados y más preparados, entrenados para estas cosas? La distracción le costó caro y la explosión a su lado la empujó a metros del soldado que la arrastró del cuello del uniforme hasta arrojarla contra la pared, agregando una estrella en su cabeza a la conmoción de la explosión. El zumbido en sus oídos fue bajando hasta que volvió a escuchar el ruido del láser pasando por encima de su cabeza.

—Tienes que triangular cada cinco pasos, de izquierda a derecha, del lugar donde estalló la última bomba. Así tienen calibradas sus armas de medio alcance.

Después de la clase de estrategia, él se asomó apenas por sobre la pared destrozada que los cubría y disparó a la nada mientras ella trataba de volver a enfocar, pestañeando con frenesí. Reaccionó por fin y manoteó por sobre su cabeza el ama láser larga que tenía en la espalda, cargándola y esperando lista para disparar en cuanto él volviera a su posición, hincándose en una rodilla para no entorpecer su movimiento. Él apenas si la miró y recargó su ama mientras ella disparaba, tomando su lugar, enfocando con la mirilla hacia el lugar donde las formas más grandes parecían querer avanzar. Otro grupo de disparos láser, rojos como los de ellos, salían de otro montículo. Ella sabía quiénes eran.

—Ahí hay más humanos —dijo el Renegado, indicándole con la cabeza el lugar, como si temiera que les fuera a disparar por equivocación. Asintió una vez y se reubicó detrás de la pared mientras descargaba su láser contra los enemigos. Era certero e implacable. Sabía lo que estaba haciendo. Debía tener entrenamiento militar.

Por el raballo del ojo detectó un movimiento y de inmediato apuntó a la sombra que se escuría hacia donde se parapetaban. Retrajo su láser un segundo antes que el desconocido se identificara. Reconoció la "A" que el soldado tenía cosida en el pecho, ya la había visto antes. El Renegado apuntó también y el soldado levantó las manos en señal de rendición.

—Soy humano.

El desconocido no terminó de escucharlo y volvió a darle la espalda, disparando de nuevo y ocultándose para recargar su ama. Ella tomaba la posta en la defensa, ignorando a propósito al recién llegado. Lo último que necesitaba era que la reconociera.

—Somos seis y ya terminamos con dos patrullas al oeste. Estos nos están dando un poco más de trabajo.

—Ustedes distraiganlos desde estos dos flancos y cúbrame a mí —dijo con voz áspera. Le arrojó el láser que obtuvo del enemigo que había

aniquilado antes y se deslizó escudado por las paredes semi-demolidas hacia el corazón mismo de los disparos enemigos.

—¡Mierda! —Alan cargó el arma y tomó el lugar del Renegado disparando en turnos alternados con ella, como lo había hecho el otro, atento a lo que podía ver por los reflejos dorados y rojos de alrededor mientras se acercaba a los enemigos hasta que lo perdió de vista—. Otro loco.

Le hizo dos señas a los que habían quedado en el otro paredón y se repartieron en dos grupos, reorganizándose para cubrir al renegado suicida. Las ráfagas de respuesta del enemigo se fueron apagado como luces de un árbol de navidad, hasta que solo quedó la noche. En el silencio oscuro, ella inclinó la cabeza y vio salir al soldado solitario detrás del montículo de tierra y metal retorcido. El brillo fluorescente de la sangre ex traterrestre ahora estaba en sus manos, escurriéndose en su pecho, el fuego desde atrás lo iluminaba y recortaba su figura de paso lento y todo parecía un set de filmación en la toma final de una película de guerra, pero no había director que gritara " ¡Corte!" y todo distaba de estar cerca del final.

Los soldados rebeldes salieron de sus escondites y se acercaron al Renegado. Ella tenía que salir de ahí antes que empezaran con el jueguito de camaradería y reclutamiento. Ya lo había presenciado varias veces. El soldado solitario bajó de su escenario privilegiado y los puntos de sangre fluorescente destellaban salpicados en su casco. Contuvo la respiración y se quedó ahí, expectante como los demás. Él se sacó un guante y lo arrojó al piso para buscar con la mano libre en uno de sus bolsillos y sacar un cigarrillo amado a mano. Ella apretó los dientes e inhaló entre ellos. Los seis hombres que estaban a su lado, en un movimiento conjunto, destrabaron sus cascos y los sacaron de sus cabezas. Sus expresiones equivalían al sonido de cobra que escapó de su boca. El Renegado encendió algo con su mano, llevó el cigarro desperejo a sus labios y lo encendió con una llama que se evaporó entre sus dedos con la misma magia con que llegó. Tiempo de aprovechar la distracción de los niños con los espejos de

colores y hacer otro acto de desaparición. El soldado anónimo giró para mirar las llamas que se alzaban donde habían estado los enemigos y ella pudo admirar de nuevo la cruz roja en su espalda.

La reunión de los seis soldados del ejército escondido y el Renegado estaba por comenzar. Él volvió a mirarlos sin decir una palabra y después de un eterno beso al cigarro de punta naranja, lo pasó al primero a su derecha. La ronda continuó hasta que el cigarro, ese resto casi brasa, volvió a la mano de su dueño. Por fin se quitó el casco y miró a los ojos a los seis muchachos. Sus facciones duras se condecían con sus actos. Su barba crecida indicaba que hacía mucho que no pasaba por un baño decente pero se adivinaba por su piel pálida bajo la suciedad que era un soldado desde el principio. Descansaba de día como sus enemigos y se movía y peleaba de noche, cuando ellos salían.

—Eso que hiciste ahí estuvo genial.

—Lógica pura, que estos ET de mierda no tienen.

—¿Cómo te llamas?

—Lucas.

El mayor del grupo de soldados extendió la mano y sonrió.

—Soy Alan. Tenemos un campamento no muy lejos de aquí.

Comida y refugio si te interesa.

—Lo siento... trabajo solo.

—Pero tienes que venir... —El que parecía menor del grupo, pero con un parecido remarcable al mayor, intervino ansioso—, un tipo como tú nos vendría genial.

—Yo trabajo solo.

—Pero solo no vas a lograr nada. —El Renegado se encogió de hombros, como si no le importara. Y tenía razón. Había logrado llegar al mismo lugar que ellos, por las suyas. ¿Qué podían aportarle que él no fuera capaz de encontrar por sí mismo?

—Tengo todo lo que necesito acá. —Palmeó el bolsillo de donde había sacado los cigarrillos y acomodó el arma que tenía en la espalda. Alan entomó los ojos, había visto pasar a cientos como él. Muchos habían quedado en el camino pero sin duda ninguno era tan hábil como este. Dos de sus compañeros fueron a hacer un reconocimiento de lo que Lucas había dejado tras de sí y volvieron cargados con armas, botas, cascos y todo aquello que pudieron rescatar del enemigo.

—Eran ocho... —dijo el más jovencito, mirando con admiración casi paternal al llanero solitario.

—Yo creo que sería bueno que vinieras. Podrías hablar con mi padre, comer algo caliente y las mujeres del refugio lograrían algo con tu uniforme. —*Bingo*. Alan captó la atención del Renegado con las palabras mágicas. ¿Cuántas mujeres habría visto en cinco años? No muchas, y de eso estuvo segura cuando los ojos le brillaron como si se hubiera encendido una bengala en ellos—. Menú del día: Guiso de lentejas. Y según escuché antes de salir, los saqueadores encontraron algunas cosas interesantes.

Lucas detectó la trampa detrás de las palabras de Alan y enarcó una ceja.

—Gracias, pero no. Sigo un poco más a ver si encuentro algún grupo antes del amanecer.

—Y... ¿A dónde vas a ir? —acotó uno de los que estaba acomodando las armas para llevarlas.

—Al norte. Tiene que haber más para aquel lado.

—Los rumores son que la poca resistencia que queda está acá.

—No creo... los *Yankees* son los que escriben las películas y la acción siempre está en Hollywood. A nosotros nunca nos dejan nada, aquí en el fin del mundo.

—Es lo que dicen...

—No saben que existimos. No creo que seamos el último bastión

libre de la Tierra.

—Lo que pasa es que... —Alan le pegó un codazo en las costillas al más joven, que se llamó a silencio de inmediato. Lucas entrecerró los ojos y se acomodó las armas.

—Bueno. Buena suerte, Lucas. Y gracias por el cigarillo. — Estrechó su mano con firmeza, intentando convencerlo con los ojos esta vez. Lucas saludó al resto inclinando la cabeza y se marchó rodeando el lugar donde había liquidado a los ex traterrestres, desapareciendo detrás del humo.

Ella aprovechó la distracción y el lamento de los muchachos para desaparecer por el otro lado. Mientras huía, pudo escuchar la conversación de los dos hermanos.

—Podrías haber intentado un poco más.

—¿Y qué querías que hiciera? Jugué todas mis cartas... Si con lo de las chicas no picó...

—Todos vienen por las mujeres... —acotó uno de los soldados.

—Si Lara se entera que las usamos como herramienta de conscripción, se va a armar.

—Que Lara se haga tratar. No es mi madre.



Alan dio media vuelta, cargó varias armas y se sumó al grupo en busca de su vehículo. Se detuvo y miró alrededor cuando algo le vino a la mente. Lucas estaba con otro soldado ¿Qué había pasado con él? En algún momento había desaparecido. Un Renegado y un escapista. *Buena suerte, muchachos.* El pensamiento desocupó su cabeza con la rapidez de un disparo. Era poco probable

que volvieran a verse. Esa había sido una noche con suerte: Los ex traterrestres eran buenos en lo suyo, no siempre era sangre fluorescente la que corría por la tierra, solían tener heridos o muertos casi todas las noches, cada vez eran menos para pelear y los bastardos del espacio parecían salir de una fuerte inagotable.

Después de cinco años de lucha sin cuartel, no había comunicación con otros frentes y las pocas noticias que llegaban no eran alentadoras. Los ex traterrestres se estaban quedando con el planeta y ellos no estaban pudiendo hacer nada para detenerlos. Las peores pesadillas humanas, los éxitos de taquilla en el cine, se habían convertido en realidad. Arrasaron con sus ciudades, reduciéndolas a polvo y cenizas, cazaron a los sobrevivientes, seleccionaban a los prisioneros, se llevaban a las mujeres y mataban a los hombres. Eran usurpadores, parásitos, asesinos de sangre fría, no solo en analogía, y estaban ganando.

La noche parecía un velo eterno donde se peleaba por el destino de la Tierra. Se sentía en el aire que la guerra estaba llegando a su fin y era con un solo saldo.

A través del panel de vidrio doble del puente de mando de la Nave de Ocupación *Nantes*, la visión de la ciudad en ruinas se hundía en la distancia. Era el paisaje repetido de todas las noches. El tinte del cielo indicaba que el amanecer estaba cerca y el frente de batalla, desierto. El espectáculo de láseres en ida y vuelta y las devoluciones por radio de los equipos de tareas habían terminado. Las noticias no eran alentadoras: De los seis equipos que habían salido en expedición solo uno había vuelto. Otro estaba en camino. Con los cuatro restantes se había perdido toda comunicación. Eso solía indicar que el equipo había sido derrotado.

El Comandante de la nave, RT, sabía que su tiempo en ese sector del planeta se estaba terminando y su misión había fracasado. Cuando le habían asignado por primera vez la comandancia de una nave de ocupación, después de haber participado en dos invasiones como un soldado de campo con gran éxito, creyó que por fin había llegado su hora de gloria, como su creador. Había sido un excelente soldado y estaba convencido que sería un gran líder. Pero jamás pensó que todos los elementos se iban a combinar en su contra para destruir su ascendente carrera.

La Tierra, como la llamaban los humanos, no era un planeta desconocido para él. Lo había estudiado con cuidado, desde las crónicas de invasión, los testimonios grabados de los creadores que se quedaron y el estudio previo a la invasión que en general llevaba de dos a diez años según el grado de complejidad de los habitantes del planeta. No había sido ese el caso. La nueva investigación fue rápida y la invasión, precisa y certera. De hecho, cuando le fue asignado su destino, se consideró afortunado. No era una zona muy desarrollada pero sí con muchos recursos naturales, con los habitantes concentrados en ciudades de alta densidad de población que aseguraba conseguir más y mejores resultados en corto tiempo.

Pero las invasiones, como muchas otras cosas, no son matemática pura. Y las cosas no resultaron como estaban previstas. Mientras en los pueblos del norte se habían neutralizado casi todos los focos de humanos rebeldes e incluso ya se habían movilizado las fuerzas de recomposición del planeta, en el sur las batallas seguían siendo cruentas y los subversivos tan difíciles de erradicar como una plaga arraigada.

Un asistente le acercó en silencio la imagen del último reporte del grupo de combate que había regresado. Lo amplió en su pantalla de mando: El último equipo fue testigo de la destrucción de otros dos. Cerró los ojos y, aunque trató de evitarlo, vio con claridad las consecuencias de su próximo reporte: Él, su nave y sus fuerzas de despliegue serían removidos y reemplazados por uno de esos equipos que rara vez eran utilizados en las invasiones. Los grupos Z eran los más efectivos de las fuerzas de su especie. Una elite. Asesinos sin piedad, enfocados y letales. Y los únicos autorizados a utilizar armas de destrucción masiva cuando todos los otros métodos fallaban.

Volvió a mirar el horizonte que empezaba a iluminarse desde el este, justo antes que la mampara de filtro anti UV comenzara a deslizarse sobre los vidrios de la nave. Sus días en el planeta Tierra estaban contados y era pura y exclusivamente por su culpa. Su obsesión había hecho fracasar su misión y ahora debería afrontar las consecuencias de sus actos. Canceló la imagen y bajó del puente de mando.

—Si me buscan estaré en la estación del sector 3.

—Sí, señor.

Iría a las celdas donde estaban las prisioneras de mayor edad. Pero antes haría una parada en el invernadero.

IV

.Alan

Llegó con su equipo al campamento una hora después del amanecer. Siempre era más seguro entrar con la luz del día para asegurarse que los alienígenas no pudieran localizarlos. Entraron al edificio y pasaron el control. Dejaron las armas en el montacargas y bajaron los siete pisos por escalera hasta el lugar donde vivía la resistencia y el ejército del que formaban parte. En el lugar, mucho tiempo atrás, había depósitos de agua en desuso desde el siglo pasado que estaban blindados con plomo. Allí habían creado una comunidad completa bajo tierra y a los extraterrestres les había resultado imposible hasta el momento localizar el lugar. De todas formas, no podían quedarse tanto tiempo en un mismo sitio y desde hacía seis meses habían descubierto una locación adecuada para mover a los sobrevivientes. Pero este lugar era ideal. Tenían túneles subterráneos que los comunicaban con diferentes lugares de la ciudad, abastecimiento de energía, agua potable e incluso cultivos bajo tierra con iluminación artificial, lograda a través de celdas de captura de luz solar y la adaptación de algunas tecnologías de los invasores. Su padre, un médico militar retirado al momento de la invasión, había sido elegido Líder del campamento. Eso lo convertía en el príncipe heredero.

Antes de ir a bañarse y cambiarse para la cena, tenía una parada en el puesto de vigilancia donde de seguro estaba su hermana. No tenía ganas de cruzarse con ella tan temprano, pero no le quedaba otra alternativa. Ella tenía que registrar las novedades en el frente de batalla y los líderes de cada equipo debían pasar por sus manos ni bien regresaban a los cuarteles.

Allí estaba sentada "Las", como la llamaba desde que eran pequeños. Después de haber disfrutado durante dos años del reinado pleno en su casa, su madre comenzó a reproducirse como coneja y sus primeras sucesoras en la línea al trono fueron dos gemelas, idénticas por fuera, y su parecido terminaba allí. Una el día y otra la noche. Parecía imposible que dos personas fueran tan

parecidas en el exterior y tan opuestas en su corazón. Si era cierto lo que decían las matronas sobre el gemelo malvado, Lara era la encarnación de todo lo que él consideraba malo: Fría, calculadora, manipuladora, cabeza dura, caprichosa, malcriada, y como si todo eso fuera poco, ser la hija del Líder de la resistencia rebelde le daba una cuota de poder que, si en una mujer era peligroso, en una como ella, era simplemente devastador.

Se mantuvo de pie en silencio un paso detrás de ella. La encarnación del demonio con faldas, aunque ella nunca las usara, tenía el pelo rojo como el infierno que dominaba. Todavía lo tenía húmedo, señal que hacía poco que debía haberse levantado y bañado. ¿A quién le habría cambiado sus quehaceres del día? Magalí era el número cantado. Suspiró con fuerza y aun así Lara ni siquiera se molestó en levantar la mirada de la pantalla. Siguió escribiendo el reporte del equipo anterior.

Alan esperó sin decir palabra. Si algo había aprendido con el paso del tiempo era a no provocar al demonio y si la suerte estaba a su favor, la parte buena de ese parto lo esperaba con un plato de comida caliente y un abrazo de alivio al verlo llegar sano y salvo.

—Hola, Alan. ¿Cómo llegaron hoy?

—Bien.

—¿Novedades?

Hizo un inventario de los tres grupos de aliens que habían destruido, las armas que habían capturado, los cargadores láser y partes de uniformes. E hizo una breve mención del renegado que habían conocido.

—Apareció un llanero solitario. Lucas. Mató ocho en menos de cinco minutos.

—¿Solo?

—Nosotros lo cubrimos.

—¿No lo reclutaste?

—Lo intenté.

—¿No le gustan las pelirrojas? —Los dos hicieron la misma mueca imitando una sonrisa. Lara estaba de buen humor esa noche, en otro momento le hubiera saltado al cuello.

—Jamás ofrecería a mi hermana como premio de reclutamiento.

—Maga estará agradecida que la consideres algo más que un pedazo de carne para tus soldados.

Alan apretó los labios y Lara devolvió toda su atención a los monitores de las cámaras de seguridad externas. Él clavó los ojos en sus manos estilizadas, sus uñas siempre pintadas, esa noche de negro. Impecables. Ella no lavaba, no cocinaba, no hacía ninguna de las tareas encomendadas a las mujeres del campamento. La única actividad manual que hacía, y porque le gustaba, era la limpieza de las armas que le tocaba una vez por semana. Se dedicaba a la parte tecnológica, asistir a su padre en cualquier problema médico y a dormir. Maga odiaba las computadoras, por frías e impersonales, y las armas por ser peligrosas y un recordatorio permanente de la guerra que les estaba tocando vivir. Lara se llevaba tan bien con ellas, y ya sabemos quién carga las armas...

—¿Puedo ir a comer o necesitas algo más?

—No. Gracias por el reporte. —Alan dio un paso atrás para alejarse de ella antes de ofrecerle la espalda, un acto reflejo de seguridad que le había quedado de cuando eran chicos. Lara también podía ser muy traicionera. Antes de ir a su cuartel para bañarse, pasó por la cocina.

Después de un paseo por el infierno, incluyendo en ello el frente de la batalla y reportarse con su hermana, ver a Maga era lo más reconfortante de volver a casa. La pelirroja buena, “Sie” para él y su hermano en la intimidad, estaba, como casi todas las madrugadas, en la cocina, preparando la última comida del batallón y el desayuno para el resto de los habitantes del refugio subterráneo. Le tocó el hombro derecho con cuidado y se inclinó hacia la izquierda. Maga miró primero a su derecha y luego saltó sorprendida cuando lo vio

a su izquierda. Lo abrazó con fuerza, aferrándose a su cuello y tardó un segundo de más en soltarlo, suspirando aliviada. Alan sonrió satisfecho. Los brazos de Maga eran lo que convertían esa barraca de subsuelo en su casa.

—¿Adrián ya pasó?

—Hace un ratito. Ya se fue a bañar. ¿Cómo les fue?

—¡Genial! Bajamos tres unidades y conseguimos repuestos, municiones y cargadores.

—Y sin ninguna baja. ¡Fue una muy buena noche!

—Y encontré uno que podría ser un gran novio para ti. —Maga puso los ojos en blanco y se dio vuelta para controlar el guiso cocinándose en la olla gigantesca que burbujeaba sobre la homalla eléctrica.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

—No eres muy bueno encontrándome partidos.

—Soy genial, pero el diablo mete la cola de vez en cuando. —Maga se hizo la desentendida, revolviendo el guiso. Alan volvió a la carga—. Necesitas un hombre que pueda defenderte y te puedo asegurar que este lo va a saber hacer.

—¿El que bajó la unidad él solo?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Adrián no dijo ni hola... habló de ese tal Lucas desde que entró hasta que lo saqué a empujones de la cocina.

—Tendrías que haberlo visto... —Maga revolvió el guiso y olfateó el vapor que salía de la olla.

—¿Y por qué no lo trajiste? Debe ser feo.

—Es normal...

Maga le estiró un pedazo de algo que parecía pan y Alan perdió el hilo de la conversación.

—¿Es pan? —Lo olió para verificar que no tuviera cinco años de edad y le salieran gusanos.

—Los saqueadores consiguieron varias bolsas de harina.

—¿Harina? ¿De dónde?

—De un sótano.

—Pero... ¿La harina no se vence?

—Papá dijo que tenía un vencimiento de diez años y la fecha de las bolsas nos da cinco años más.

—¿Vas a hacer medialunas?

—No tengo mantequilla ni grasa... pero algo vamos a inventar.

Alan saboreó el pan y después lo metió en la olla para sumergirlo en la salsa. Se lo metió completo en la boca como si tuviera miedo que fuera a desaparecer, sin importarle que le quemara la garganta. Maga se iluminó con esa risa de verano que cambiaba el humor de cualquiera.

—Ve a bañarte y en la mesa me sigues contando. —Alan le dio un beso en la mejilla y se alejó hacia sus cuarteles. Vio en el balcón del piso superior a su padre junto a Lara, que debía estar pasando el parte del frente de batalla y lo saludó con una venia. Ninguno de ellos había ido al colegio militar pero en su casa las cosas funcionaban igual.

V

.Alan

Un buen baño y una muda de ropa limpia después, Alan se sentó a la mesa junto a sus compañeros de armas y devoró dos platos del guiso de su hermana. Iba por el tercero cuando Maga se sentó frente a él. Por supuesto, el tema excluyente de la noche era el Renegado.

—...Y cuando terminó, como si nada, sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.

—¿Y de qué era? No debe haber tabaco en ningún lado hace años.

—¿Y tú piensas que yo me detuve a analizar de qué era? No sabía a nicotina pero el humo en mis pulmones me hizo feliz como ya no recordaba.

—¡Qué exagerado!

—Un ejército de mercenarios como él nos ayudaría a terminar con esta guerra de una vez por todas.

—Ellos deben estar más preocupados que nosotros... —dijo el padre de Alan, poniendo una mano en el hombro de su hijo mayor y la otra en el hombro de Adrián, su hijo menor—. Con mejor tecnología y más soldados, seguimos saliendo bien parados día a día.

—Pero, ¿Por cuánto tiempo? Hace meses que no encontramos más gente.

—¿Y el soldado que encontraron hoy?

—Trabaja solo... es lo que dijo.

—¿Qué tanto se esforzaron para convencerlo? —Tres en la mesa se rieron y Maga levantó algunos platos para volver a la cocina. Todos la miraron marcharse y desaparecer tras la puerta.

—Tendrías que enviar a las chicas a reclutar. Maga en minifalda puede hacer mucho más que todos nosotros juntos —dijo Adrián entre risas. Alan miró de costado a su padre pero solo apretó los labios. No había necesidad de repetir lo que todos conocían. Ninguna mujer abandonaba el campamento sin

custodia. Ninguna mujer podía estar en el campo de batalla. Punto.

Su mirada fue al balcón donde su otra hermana estaba entretenida, analizando uno de los monitores como si estuviera mirando su novela favorita. Ella sabía que la gente la miraba y siempre estaba en pose. La de intelectual, sosteniendo su rostro entre dos dedos, había sido la elegida de ese momento. A veces se humedecía los labios y no era necesario ser adivino para saber los pensamientos de otros ocupantes de la mesa. ¿Se sentiría diferente sobre ella si no fuera su hermano? Maga volvió a la mesa con algo que parecía ser una torta. Y de nuevo, no era necesario ser adivino para saber qué se escondía detrás de las sonrisas de agradecimiento de todos los soldados en la mesa mientras ella cortaba el manjar y lo repartía entre los hambrientos. Todos la adoraban y quizás la soñaban como la madre de sus hijos, la compañera del final de sus días, pero sus fantasías de lujuria estaban asociadas con la inalcanzable princesa de hielo.

Hielo y fuego. Noche y día. Amor y lujuria. ¿Cómo era posible que dos mujeres idénticas, concebidas en el mismo momento, del mismo hombre y la misma mujer, criadas en el mismo ámbito, con las mismas reglas, viviendo las mismas vidas, sufriendo las mismas tragedias, fueran tan pero *tan* diferentes?

Alan se metió un pedazo de torta en la boca y entrecerró los ojos disfrutándolo y rindiéndose al sueño y el cansancio. A lo lejos vio a Lara arugar la frente e incorporarse frente a la pantalla. Lo miró y le hizo una seña, para que se acercara, con un solo dedo. Genial. Ahora lo tenía bajo su dominio. Subió las escaleras al entresuelo con paso cansado y se apoyó en la mesa dirigiendo la mirada a la pantalla que Lara le indicaba. Miró con detenimiento y descubrió la sombra que se ocultaba de los rayos del sol. La sombra se convirtió en una figura y sus nervios reaccionaron como cables pelados. Un instante después Maga estaba junto a los dos, mirando la misma pantalla mientras dejaba un plato con torta junto al teclado de Lara.

—¿Qué pasa? —Alan levantó una mano y los tres siguieron el movimiento de la sombra hasta que se detuvo, justo en diagonal a la puerta de

acceso principal al campamento. Lara giró el zoom hasta hacer foco en la figura y un rayo de luz le dio de costado cuando giró: Tenía una chaqueta de cuero negra con un dibujo geométrico en rojo furioso. Alan entrecerró los ojos y reconoció de inmediato la extraña cruz en la espalda del Renegado.

—Lucas... —dijo con una media sonrisa. Alan se despezó y dio media vuelta para bajar y volver a la mesa. Lara y Magalí se quedaron mirando la pantalla y las dos pudieron ver al mismo tiempo el rostro del soldado desconocido iluminado al encender un cigarrillo. Maga giró sobre sus talones y bajó la escalera corriendo, entrando rápido a la cocina: *El camino más rápido al corazón de un hombre*, pensó Alan mientras se encaminaba a su dormitorio.

Se cruzaron en la puerta, Maga con una bandeja cubierta por dos charolas de metal como las de los hospitales y un vaso metálico con agua. Alan la miró y sonrió.

—¿Qué haces?

—Lo voy a buscar.

—No puedes salir.

—Voy a ir hasta la puerta.

—Él no va a querer entrar.

—Por algo está ahí afuera.

—Si quiere entrar que toque la puerta.

—Alan... —Maga lo miró suplicante, con ese gesto de buena samaritana que se le metía en el alma. El mismo que siempre usaba cuando eran niños y ella rescataba perros abandonados y los llevaba a su casa, y lo usaba a él para respaldarla cuando sus padres intentaban obligarla a regresarlos a la calle. Él siempre estaba allí para ayudarla.

—Maga, no puedes obligarlo a que se una a nosotros. Si tiene ganas, lo va a hacer, no le veo el sentido a rogarle.

—No voy a rogarle... pero quién sabe cuánto tiempo hace que no ha probado una comida decente... que ha dormido en una cama blanda, bajo un techo

seguro.

—No son tiempos tranquilos ni seguros... —Maga apretó los labios y él pudo ver como tensó las manos en las que sostenía la bandeja. Resopló derrotado y Maga sonrió —. Ok... pero...

—No me alejaré. Dejaré la comida y me iré. No le diré nada. No suplicaré. No abriré la boca. Ten... —Empujó la bandeja hacia su pecho y levantó una de las charolas para mirarse en el reflejo. Se soltó la cola de caballo, liberando su cabellera lacia y roja como la sangre y miró con detenimiento su rostro como si verificara si su maquillaje no se había corrido. En veinticinco años que hacía que la conocía, solo la había visto usar dos veces maquillaje y no fue después de la ocupación.

—Estás hermosa, Maga... no te preocupes. —Sus mejillas se iluminaron queriendo imitar el color de su cabello y sonrió tomando de nuevo la bandeja y encaminándose a la escalera de acceso. Alan miró al entrepiso. Lara seguía mirando la pantalla con las manos entrelazadas bajo el mentón y los labios apretados.

VI

.Lucas

Encendió otro cigarrillo y volvió a mirar la estructura destruida de lo que en algún momento había sido, si la memoria no le fallaba, una planta potabilizadora de agua. Allí estaban los laboratorios y tenía grandes depósitos subterráneos. Un excelente lugar para esconder mucha gente por un buen tiempo. Pero los soldaditos de plomo no eran muy buenos cubriendo su rastro ni tan rápidos como para evadir una patrulla que los siguiera y localizara el escondite. Tenían una gran ventaja que las alimañas del espacio exterior no salieran de día, porque si no, en vez de ser él quien ya había revisado el perímetro dos veces, podrían haber sido los asesinos de sangre fluo.

Podría hacer una o dos sugerencias sobre la seguridad, podría aportar lo que había aprendido para la supervivencia de esa comunidad. ¿Cuántos serían? Se rio solo de su pregunta. No hubiera sido mejor preguntar ¿Cuántas? El líder de la cuadrilla, Alan, sabía dónde apuntar para seducirlo y unirlo a ellos. Ya no se acordaba de la última vez que había estado con una mujer y pese a que su libido estaba enfocada por completo en la lucha y a morir en el intento, tenía que reconocer que su cuerpo y su mente estaban llegando al límite de la desesperación por ver una mujer.

Y en esa línea de pensamientos estaba cuando sintió, más que vio, las puertas del edificio abrirse y una figura emerger a través de ellas. Por instinto empuñó su arma láser y se incorporó de un salto empujándose en la pared, pero se detuvo sin equilibrio. Una visión. El pelo rojo de la chica de algo más de veinte años brilló iluminado por el sol de la mañana y se le hizo agua la boca. Alan, el líder del grupo que había conocido horas atrás, apareció detrás de ella cargando un arma láser idéntica a la que tenía en sus manos, pero jamás lo miró. Los dos hicieron el gesto de revisar los alrededores con atención mientras la chica caminaba lento en su dirección con una bandeja en las manos. Comida. ¿Guiso de lentejas había dicho? Su memoria de pronto se había convertido en un prodigio,

aunque su cerebro había naufragado después de la colisión con la sirena pelirroja.

Se detuvo justo a la mitad del camino entre el edificio y él.

Ex puesta por completo, el sol iluminándola ahora de pies a cabeza, proyectando su sombra en el pavimento polvoriento de lo que en algún momento fue una avenida importante. Estaba vestida con una camiseta negra y un jean suelto debajo de un trapo sucio que quizás le estaba oficiando de delantal. Adelantó apenas la bandeja hacia él como ofrenda y se inclinó para dejarla en el suelo, dándole el tiempo suficiente para que hiciera desaparecer los pasos que los separaban. Apoyó la bandeja en el asfalto mientras la cortina de pelo lacio caía por sobre su hombro creando destellos bajo el sol. Lucas se inclinó a su altura y ella lo miró directo a los ojos. Estaba tratando de encontrarle el nombre al color de su iris cuando su voz lo golpeó de frente como un camión sin frenos.

—Mi hermano no me deja hablarte, pero lo convencí para traerte comida. No es gran cosa... —Apretó los labios y sonrió con vergüenza, como si quisiera poder ofrecerle algo más.

—Gracias... —pudo articular con la garganta seca como una lija.

—Ojalá no te hagas el duro por mucho más tiempo y vengas.

Se puso de pie despacio, como queriendo prolongar con ello el tiempo que podía quedarse con él. Lucas apenas si podía respirar. Al terminar de incorporarse, ella estiró la mano y sonrió. Sí, le sonrió y Lucas entendió en carne propia el concepto de *infarto*.

—Soy Magalí. Pero todo el mundo me dice Maga. —Lucas la miró ex traviado, navegando por sus facciones perfectas, atontado por la situación. De sus ojos viajó a sus labios e hizo un esfuerzo sobrehumano para mirar la mano que le ofrecía. Estaba paralizado como un idiota. Ella pestañeó, sonrió un poco más y sus ojos brillaron. Él torció la boca queriendo imitar una sonrisa y se miró la mano. Hizo un intento para limpiarla en el pantalón, que estaba aún más sucio que su palma, y apretó la mano frágil de ella.

—Lucas...

Ella apretó el saludo, retuvo el contacto un segundo de más y lo soltó, pero él no. Hubo chispas en el aire. Cuando por fin la liberó, ella se acomodó el pelo detrás de las orejas y se marchó corriendo hacia donde estaba su hermano. Lo esquivó y se escurrió por la hendidura de la entrada que él custodiaba. Alan lo miró a los ojos y sonrió de costado. Lucas levantó la mano para saludarlo y esperó a que cerrara la puerta. Se miró la mano que había estrechado con Maga y apretó el puño con fuerza. Se inclinó sobre la bandeja y la sostuvo con una sola mano, chequeando el contenido que todavía estaba caliente. Había dos platos, como si ella supiera que iba a querer repetir la ración aun antes de haberlo probado.

Caminó hasta las ruinas del edificio donde se había escondido en un principio, dispuesto a comer y esconderse lo suficiente para dormir todo lo que pudiera. E iba a necesitar ayuda para eso. Aun cuando fuera el primer día en años en que se iría a dormir con el estómago lleno, no confiaba en sí mismo para poder apartar su mente del derroche de lujuria que desparamaria con ese ángel con cabello de fuego si se hubiera quedado un rato más. Era definitivo que iba acudir a su anteúltima botella de alcohol de manufactura propia, que reservaba para ocasiones especiales, y después de un buen acto de autosatisfacción, trataría de entrar en estado comatoso para no sucumbir a su recuerdo.

VII

.Lara

Vio bajar a sus hermanos riéndose como en los mejores tiempos. Alan tenía su brazo extendido sobre los hombros de Maga, sin duda eran los mejores amigos que podían existir, además de hermanos. Y aún sin escucharlos, podía imaginarse el tema de conversación. Lucas.

A través de los monitores había presenciado en platea preferencial la primera escena romántica de la historia de amor del campamento. Tan típico. La buena samaritana ayudando al Renegado y él enamorándose de ella a primera vista, convirtiéndose para siempre en su protector, su guardián. Buscó en el sistema operativo un contador y lo activó solo por diversión. ¿Cuánto tiempo tardaría Lucas en tocar la puerta del edificio en busca de la doncella de cabellos rojos? Se rio sola y relocalizó el zoom, alejándolo del edificio de enfrente donde había visto desaparecer al llanero solitario. Le dolían hasta los huesos de estar sentada inmóvil en esa silla, necesitaba una cama y la necesitaba ya. *¿Dónde diablos estaba Pablo?*

Alan siguió su camino a sus cuarteles y Magalí subió las escaleras de dos en dos hasta el entepiso. Sin dejar de mirar la pantalla esperó a que su hermana llegara a su lado.

—¿Y?

—¿Qué? ¿No lo viste en la pantalla?

—Sí. ¿Y?

—Nada.

—Te gusta... —No fue una pregunta. Maga apretó los labios y Lara supo de inmediato qué estaba pensando. En quién estaba pensando. Román. El hombre que las había unido y las había separado para siempre. Lucas tenía algo de Román, aunque no sabía bien qué, y deseó con fervor no estar muy cerca de él para averiguarlo. Maga se ató el pelo de nuevo en una cola de caballo y miró la pantalla donde había estado Lucas.

—¿Lo tienes grabado?

—¿Te quieres ver en la pantalla grande?

—No, tonta. Quiero ver el dibujo que tenía en la chaqueta.

Lara puso los ojos en blanco y buscó el grabador de imágenes. Detuvo la cámara uno y la volvió a encender iniciando un nuevo archivo. Renombró el archivo y lo abrió con el reproductor, avanzando las imágenes casi hasta el final donde aparecía Lucas. Encontró la imagen que su hermana buscaba y la congeló.

—¿Puedes acercarla un poco más? —Lara ejecutó el zoom y llenó la pantalla con la imagen de esa cruz roja. Maga tomó un papel y lápiz, y la dibujó lo más parecido posible. Miró su bosquejo, comparándolo dos veces con la pantalla y regresó el lápiz a su lugar.

—¿Algo más?

—No. Es todo lo que quería.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Bordarlo en tu vestido de novia? —Maga entrecerró los ojos pero no le dio el gusto de verla enojarse. Lara se mordió la lengua y deseó envenenarse por hacerle tanto daño a su propia hermana; si tan solo pudiera volver el tiempo atrás, cuando todavía no les interesaban los hombres y eran aún más unidas que cuando compartieron el vientre materno. Pero esa época había terminado para siempre y por su culpa. Maga se dio vuelta llevando el papel en ambas manos, sin doblarlo; se cruzó en la escalera con Pablo, vigilante diurno y genio cibemético del campamento, saludándolo eufórica con un beso en la mejilla y desapareció por la derecha rumbo a su habitación.

Pablo estuvo junto a Lara tres zancadas después para reemplazarla en las funciones de vigilancia.

—Hola... —dijo él con timidez. Era el mejor amigo de su hermano menor y casi su asistente personal. Varias veces había pedido ir al campo de batalla con el resto de sus amigos pero era demasiado inteligente y útil con las

computadoras. Lara intentó convencerlo que las guerras se podían pelear desde diferentes frentes de batalla; cuando no pudo, lo obligó.

—Hola, Pablito. ¿Cómo estás?

—Aburrido.

—¿Reconfiguraste los cargadores?

—Todos.

—Bueno. Igualmente voy a revisarlos antes de ir a dormir. En el edificio de enfrente está el Renegado.

—¿Lucas?

—¡Ah! Ya te llegó la leyenda.

—Adrián no hace más que hablar de él.

Lara puso los ojos en blanco y estiró la espalda, desperezándose como un gato. Pablo se calzó los anteojos y ocupó la silla que ella había abandonado.

—¿Adrián ya se fue a dormir?

—Estaba en camino.

—OK. Voy al arsenal y después a mi habitación. Llámame cualquier novedad.

—¡Roger that!

Bajó las escaleras y eligió el camino más largo para evitar cruzarse con alguien y demorar su llegada al arsenal. Si hacía eso rápido podía irse a dormir tranquila. Caminó más de cien metros por uno de los túneles hasta los cuarteles de los soldados. El arsenal estaba justo detrás. Nada se escuchaba, excepto los ronquidos de sus hombres. Tenían que estar muertos de cansancio para no escucharse roncar de esa manera. Se subió al descanso de una de las ventanas improvisadas que daba justo a la altura de la litera donde dormía su hermano menor. Pudo verlo con el torso desnudo, un brazo caído fuera de la cama, la sábana enredada en su cintura. Le acomodó el cabello y subió la sábana para

cubrirle el torso. Un niño disfrazado de soldado.

VIII

.Lucas

Había despertado hacía un rato y faltaba una hora para que el sol se ocultara. Tenía la sensación de haber dormido una semana completa, con su parte buena y su parte mala. Renovado y descansado, sentía que tenía todas las fuerzas concentradas para masacrar varias docenas de aliens sin perder el aliento. Pero quería más: Más descanso, más comida, más comodidad y más de lo que todo eso implicaba, con lo peligroso que podía significar para ambas partes.

Dejó la bandeja con todas las cosas que Maga le había llevado al amanecer como si nunca hubieran sido utilizadas. Le llevó más de tres horas dormirse y sacársela de la cabeza y se miró la mano que había estrechado a la suya entre la temura y la vergüenza. ¿Cómo se sentiría una mujer cuando su fantasía empujaba un hombre a masturbarse varias veces? Salvo las chicas Playboy, que trabajaban de eso, una chica de bien, como debía ser Maga, no se sentiría muy halagada ¿O sí? No pensaba preguntárselo y en caso que alguna vez se lo confesara, le echaría la culpa al tiempo de abstinencia sexual al que los desgraciados invasores lo habían empujado. Estaba empezando a tener otra fantasía con la hermosa pelirroja de protagonista cuando la puerta del edificio se abrió de par en par y el ejército escondido salió en su máximo esplendor.

La reacción medular que tuvo lo llevó a empuñar su arma con fuerza, pero por conocimiento de causa y porque la contextura física los delataba, se relajó casi de inmediato. Todos tenían los mismos uniformes que los aliens, adaptados a su físico, inflados en partes estratégicas con lo que debían ser refuerzos blindados, inútiles a los efectos de los láseres, que atravesaban cualquier cosa según la intensidad con que estaban calibrados. El grupo de más de cincuenta hombres se dividió en forma pareja y los once grupos tomaron distintos caminos. Uno solo de ellos se dirigió al edificio de enfrente donde él estaba esperando en las sombras. Por la manera de caminar identificó al líder como Alan.

Se sacó el casco ni bien llegó y se acercó hasta donde estaba con un paquete envuelto en un pedazo de tela.

—De parte de Maga. Y dijo que esta noche habrá pastas para comer, por si te interesa. —Su estómago rugió ante la comida y su sexo se puso a tono ante la promesa de un festín, pero se obligó a sí mismo a ubicarse en el momento que tenía por delante. Le dedicaría cada una de sus víctimas de esa noche a ella.

—Cocina bien. El guiso estaba muy bueno.

—Es verdad.

Lucas abrió el paquete y se comió los dos pedazos de torta que habían sido el postre en la comida anterior sin saborearlos mucho. Alan lo miró y ambos se calzaron el casco y salieron amparados por las últimas luces del atardecer.

Caminaron durante horas y la noche llegó, esta vez con estrellas y una incipiente luna colgando de la oscuridad profunda. En uno de los descansos, Alan se sentó junto a Lucas y conversaron compartiendo un cigarrillo, mientras tres de sus soldados patrullaban alrededor y dos vigilaban.

—¿Cuántos son en el campamento?

—No llegamos a doscientos. No estoy al tanto del número exacto. En el ejército somos setenta y seis en este momento.

—¿Y tu familia? —Alan lo miró de costado y sonrió con mucha más tristeza de lo que esperaba.

—Adrián, el chiquito, es mi hermano menor. Y ya conociste a mi hermana Maga, que es algo así como el ángel de la guarda del lugar. Mi padre está a cargo, un poco por necesidad y mucho por capacidad. Era médico militar y terminó siendo el líder obligado. La mayoría de los hombres han ido muriendo y los que quedan fuera del ejército son los incapacitados en batalla, los más jóvenes y los más viejos. Los aliens prefieren a las mujeres como prisioneros. —Lucas se dio cuenta que levantó la cara hacia el cielo y apretó los labios.

—¿A quién se llevaron?

—Mi mamá y mi hermana más chiquita estaban en casa el día de la invasión. Cuando llegamos, había señales de lucha, sangre y una “X” enorme en la puerta. Así marcan los lugares de donde se llevan prisioneras.

—¿Tu dónde estabas?

—Contemplando una pelea de chicas con mi hermano y quien era mi mejor amigo.

—Interesante... —Lucas encendió otro cigarrillo, se puso de pie con un salto y le tendió la mano a Alan para ayudarlo a levantarse.

—Si hubiera sido en el barro y no fueran mis hermanas, hubiera sido *interesante*.

—¿Tus hermanas?

—El cielo necesita un equilibrio y por eso existe el infierno. Maga tiene una hermana gemela. ¿Conoces la leyenda del gemelo malvado? Se llama Lara. Alguien que, si te aprecio lo suficiente, evitaré que conozcas y sufras a toda costa.

—¿Pero, por qué? Si las malas son mi especialidad. Mi hobby es domarlas.

—Pensé que era matar aliens.

—Ese es mi trabajo.

Alan sopesó la respuesta y se calzó de nuevo el casco mientras sentenciaba:

—Si quieres tener algo con Maga, el mejor consejo que te puedo dar es que te mantengas bien lejos de Lara. —Dio media vuelta y buscó al resto del grupo dejando a Lucas procesando la información. Dos mujeres igual de hermosas, pelirrojas, una buena y una mala. Dios le estaba compensando las penas de los últimos años.

IX

.Maga

Entró a su habitación y cerró la puerta. Las habitaciones de los civiles estaban en el extremo sur del complejo, lejos de los cuarteles de los soldados y el arsenal. Allí convivían ciento cincuenta vidas entre hombres, mujeres y niños de todas las edades que se habían ido sumando al grupo en los cinco años que llevaba la ocupación. De ellos, diez habían nacido después de la invasión y ella había sido la niñera de todos ellos. Ocho niños y dos niñas. Su cuarto estaba al final del pasillo, separado del de su hermana Lara por una pared de metal improvisada. Eran las únicas dos personas en el campamento que tenían habitación individual. La puerta de ambas habitaciones enfrentaba la salida de escape 4 que conducía a un túnel oculto con conexión directa al nuevo refugio en el que parte de la población estaba trabajando. Ella supervisaba junto a su padre, una vez por semana, los avances de las construcciones, era necesario que abandonaran pronto esas instalaciones aunque fueran tan adecuadas para ellos. Se había acostumbrado a ese lugar.

Atravesó la habitación mínima en dos pasos hasta el mueble de cajones desvencijado donde guardaba su ropa, justo al lado de la puerta que conducía al baño de mujeres. Buscó en la bolsa de los Saqueadores, como se autodenominaba un grupo de diez post adolescentes que se dedicaban a recorrer la ciudad durante el día en busca de nuevos tesoros, viejas computadoras, alimentos, cualquier cosa que pudiera servir a los sobrevivientes. Recordaba haber visto algo fruto de la última expedición que le podía servir para ese momento.

En el fondo de la bolsa encontró lo que buscaba: Un cuaderno con tapa de cuero que tenía una sola hoja garabateada. Quién había sido su dueño, lo desconocía, pero lo que había escrito allí eran números y fórmulas, así que no le dolió mucho arrancarla y apropiarse de él. Buscó un lápiz, le sacó punta y se hizo un lugar en la cama para extender uno al lado del otro, el cuaderno y el dibujo de

la cruz en la chaqueta de Lucas.

Lucas, qué lindo nombre... pensó mientras mordisqueaba el lápiz y sus ojos iban del dibujo a la hoja en blanco.

¿Qué quería escribir? Todo y nada. Más preguntas que relatos. Más deseos que realidades. Se sacó las zapatillas con los pies y los metió debajo del acolchado, apoyando el cuaderno en sus rodillas. Empezó como cualquier chica de quince años, aunque ya hubieran pasado diez en su calendario: "Querido Diario." . Y comenzó a escribir repitiendo un nombre sistemáticamente: Lucas.

X

.Ella

Hasta que por fin aparecieron, pensó, inclinándose a un costado cuando el equipo del ejército escondido apareció entre las sombras. Habían logrado localizar a un grupo que se habían desplazado hacia el oeste. Ella los siguió con una de las motocicletas y esperaba ansiosa por volver a ver al soldado anónimo que por lo menos ahora tenía nombre: Lucas.

Seguía con esa chaqueta marcada que parecía sacada del infierno: ¿Qué pretendía? ¿Ser asesinado? ¿Tenía que llevarla como un estandarte de batalla? ¿No era posible que hubiera elegido una chaqueta lisa, o haberse hecho una camiseta que pudiera usar debajo del uniforme? ¡No! Tenía que tenerla bien visible cubriéndole toda la espalda.

Entraron en su campo visual en el medio del tiroteo de láseres y le resultó mucho más sencillo mezclarse con los soldados en el medio de la batalla. Cuando se acercaran lo suficiente, lo entretenido de verdad estaría por empezar.

Se olvidó por completo del llanero solitario, de sus hermanos y sus compañeros de campamento, para focalizar sus cinco sentidos en los aliens que la doblaban en peso y altura, aunque eso solo les servía para caer más fuerte. Agradeció haber aceptado ir a las clases de taekwondo aunque sus amiguitas pensarán que era para varones, recordó los temas de los ochenta que la profesora de kick boxing ponía en su gimnasio y con los que sacaba las mejores patadas y ganchos de su clase. Sonrió bajo el casco blindado, apagó el dispositivo de visión nocturna y desenfundó la cuchilla de cocina con sierra para cortar pan, que llevaba en la bota derecha.

Quedó rezagada a propósito y se encargó de los invasores que iban apareciendo por detrás y aquellos que quedaban medio muertos en el fragor de la batalla. Ese batallón parecía ser de miles y venían en un móvil al que le encantaría subirse para llegar a la nave principal y hacerla volar en mil pedazos. La tecnología de transporte de estos ex traterrestres era bastante avanzada pero no

difería en lo básico a la terrestre, por lo que adivinar cómo funcionaban sus vehículos no fue del todo complicado. Ellos usaban algo parecido al agua en lugar de combustible fósil, pero por la manera de producir energía, les había sido bastante fácil adaptarlo a las celdas solares para hacerlos funcionar. Tenían cinco móviles como el que se veía a lo lejos y dos motocicletas que no corrían sino volaban. Liquidó al último invasor, manchando con líquido fluorescente sus guantes y botas. Era una orgía de sangre, no podía evitar disfrutar la matanza pero tenía que concentrarse en tratar de liberar el camino para ayudar a los muchachos para que pudieran llevarse ese móvil también. Se unió al grupo que se acercaba despacio al transporte con las luces encendidas, cuando los cercaron desde atrás y los láseres los acorralaron. Lucas estaba a un costado y arrastró a uno de sus compañeros con él para sacarlo de su posición de blanco seguro y ella se arrastró bajo la lluvia de rayos rojos y verdes, cuando escuchó un grito que le heló la sangre. Un grito humano.

Apretó los ojos tratando de ignorarlo. Si levantaba la cabeza para ver quién era moriría sin posibilidad de gritar. Reptó desorientada, encontrando refugio contra una de las ruedas del móvil y se dio cuenta que era la única del grupo que había llegado al camión ex traterrestre.

Tenía ruedas en oruga como los tanques tradicionales terrestres y una capacidad para veinte personas sentadas. Desenfundó sus dos armas cortas y golpeó la puerta esperando que alguien abriera. Rodeó el vehículo por detrás y esperó, apuntando a ambos lados, cerrando los ojos: Confiaba en su intuición femenina más que en su visión nocturna. Disparó a mansalva cuando sintió los movimientos a sus lados, de arriba a abajo y hacia adelante. De inmediato se escabulló bajo el camión y esperó. Los cuerpos de dos aliens yacían a los costados, moviéndose apenas. Dejó las armas tiradas y sacó el cuchillo para cortarles el cuello. No se detuvo a disfrutarlo. Guardó el arma cortante y sacó su última arma de fuego escondida, trepando al camión por una de las puertas abiertas. Liquidó al conductor, demasiado concentrado en la batalla y revisó todos los rincones hasta comprobar que estaba vacío.

Frente al panel de control la duda la paralizó un segundo. Encendió y apagó todas las luces varias veces, llamando la atención de los soldados ex traterrestres, desconcertados por ese movimiento inusual a sus espaldas. Fue todo lo que necesitaron los humanos para arremeter contra los últimos enemigos. La distracción en el campo de batalla le dio tiempo para escapar de ahí. Bajó corriendo del camión y se escabulló entre las ruinas, maldiciendo por no poder saber quién había caído herido y cuál era su estado. Pero si llegaba rápido a su motocicleta, llegaría a tiempo al campamento para poder asistir a su padre. Resbaló sobre las cenizas y sacó el vehículo de su escondite, mientras rezaba con todas sus fuerzas: *Por favor, Dios: que no sea Adrián. Es demasiado joven para morir.*

XI

.Lucas

Levantó la cabeza hacia el lugar donde el grito había nacido. Vio el cuerpo retorcerse en el dolor pero no había sangre brillante alrededor, por lo que no necesitó sentirlo ni olerlo para darse cuenta que era un humano, y era parte del grupo al que se había unido por culpa del azar. Y era por eso, ni más ni menos, que quería trabajar solo, por esos malditos momentos.

Disparó con su láser hasta el medio del campo vacío donde estaba el hombre sosteniéndose a un costado con ambas manos, envuelto en polvo y humo. Tenía que sacarlo de ahí para revisarlo y saber si valía la pena intentar trasladarlo o tomar una decisión humanitaria. En cuanto lo movió reconoció la voz detrás del quejido. *¡Mierda!* Otra razón más para odiar involucrarse con otros: Se creaban lazos demasiado rápido. Ya se veía a sí mismo sufriendo por ese muchacho que quizás moriría en sus brazos y después enfrentando el dolor de su hermana. Sin contar al padre que estaba a cargo, a la hermana endemoniada y al otro chico que miraba a través del casco y se sostenía con desesperación por acercarse a su hermano a través de la lluvia de láseres. La determinación y la supervivencia en él fueron más fuertes que la lógica. No, nada de eso iba a pasar. No a él. No en ese momento.

Arastró a Alan detrás de una pared y lo apoyó sentado para poder revisarlo. Le sacó el casco y le sostuvo el rostro.

—Alan... mírame...

—Me dieron... me dieron...

—Ya me di cuenta. ¿Sientes las piernas?

—Sí.

—OK. Vamos a sacarte de acá.

—No vamos a llegar. Olvídate de mí.

—Silencio. Respira profundo y trata de mantenerte consciente.

El resto del equipo se dio cuenta de la situación y atacaron con todo lo que tenían hacia los enemigos. Lo arrastró de un brazo y se lo cargó al hombro, haciendo un esfuerzo por arrastrar su peso. Llegó al lugar donde Adrián disparaba con saña. Se ubicó detrás de él y trató de dejarlo en el piso con todo el cuidado que pudo. Se quitó la chaqueta e improvisó una almohada, luego se arrancó los guantes. Lo primero que hizo fue buscar la herida, palpando con las manos. El calor húmedo contra su piel no era una buena señal. Alan aulló de dolor.

—Estas sangrando...

—Fue una esquirla... sentí la explosión y después el disparo.

Lucas comprendió la lógica pero no le gustó. Un disparo laser podía cortarte la cabeza o amputarte un brazo, matarte al instante si tocaba un órgano vital, teniendo como efecto sellar a alta temperatura todo a su paso. No había sangrado. Pero Alan estaba herido a la vieja usanza y si no se apuraban, el riesgo era que muriera desangrado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Adrián, angustiado.

—Tenemos que sacarlo de aquí ya mismo...

—¿Pero cómo? —Esa era una muy buena pregunta y él no tenía respuesta o solución.

Los dos se miraron y su costado se iluminó con intermitencia por una luz clara que no se correspondía a los habituales rayos laser. Se incorporaron con cuidado y vieron a los soldados extraterrestres mirar con su misma sorpresa el inesperado juego de luces de su vehículo. Sin pensarlo dos veces, todos los que portaban armas descargaron su furia en el grupo enemigo, iluminado y descubierto por el móvil que los transportaba y escoltaba. Sin ser creyente lo tomó como una señal que Dios quería que sobrevivieran en la Tierra y que Alan se salvara. La única manera de llegar a tiempo al refugio para darle una oportunidad, era en un vehículo, caminando nunca lo lograrían.

Una vez que verificaron que el tándem enemigo estaba aniquilado,

una parte del grupo fue a buscar a Alan mientras el resto examinaba el camión vacío. Lucas puso especial atención a los aliens muertos alrededor del vehículo. Uno de ellos había hecho un buen trabajo pero, ¿Quién?

Acomodaron a Alan y Lucas se incorporó, mirando al grupo.

—¿Alguien sabe cómo manejar esto? —Uno de los más jóvenes, de cabello claro y muy corto, se sentó detrás del volante, encendió el camión como si fuera el auto de su padre y lo hizo virar con habilidad. Encendió los faros y aceleró como si la vida se le fuera en ello: Su vida y la de su líder. Adrián y Lucas se sentaron junto a Alan que todavía estaba consciente y sufriendo.

—Si me muero no me lleven al campamento. Que Maga no me vea así.

—No seas idiota. Vamos a llegar a tiempo.

—¿Qué tan lejos estamos? —Adrián miró por la ventanilla tratando de identificar en la oscuridad dónde estaban.

—Diez minutos. Quizá menos si Alex acelera a fondo... —Lucas tragó con dificultad y se alejó de Alan para encender un cigarrillo. Se sostuvo del techo como en sus viejas épocas en atestados buses de pasajeros y pensó que rezar podría ser bueno, si recordara cómo hacerlo. Por todo esto es que su vida era mucho más sencilla estando solo.

XII

.Maga

Salió de su habitación, recién bañada y vestida con su mejor ropa, solo por si acaso su mensaje vía Alan convencía a Lucas de cenar con ellos esa noche. Utilizó por primera vez en tres años el secador de pelo que los Saqueadores le habían dado para su cumpleaños, se puso una camiseta blanca ajustada y un pantalón de yoga en gris y rosa que le quedaba fabuloso. Tenía el pelo suelto y lo mantenía en su lugar con una cinta blanca.

Había tenido a seis mujeres del campamento amasando todo el día por su feliz idea de hacer pastas y utilizó gran parte de los tomates secos que guardaban para hacer una salsa espectacular. Había podido probarla pero no la dejaron quedarse en la cocina. En cuanto la vieron entrar tan arreglada se dieron cuenta que el Renegado estaría de visita y ella estaba interesada. Si un pueblo chico era un infierno grande, la ecuación estaba fuera de cualquier medida en ese lugar. Por supuesto que todos conocían los detalles de su encuentro con Lucas, y a falta de telenovelas...

Se cruzó con Lara en su camino a poner los platos en la mesa. Ella iba a su puesto de vigilancia con el mismo gesto amargo de siempre. Recién bañada, con el pelo todavía goteando y ondulándose al azar, tenía un pantalón cargo negro y una camiseta que sabía le encantaba porque tenía la lengua de los Stone en la espalda. Su hermana usaba poco esa prenda porque estaba manchada y ella había agotado todos sus secretos intentando limpiarla. Si la estaba usando era porque se había quedado sin ropa por no hacer su cuota de lavandería. Las dos se miraron de arriba abajo, Lara con las manos en los bolsillos, Maga con una pila de platos en la mano.

—Déjame adivinar quién viene a cenar.

—¿Es que acaso eres la única que tiene derecho a arreglarse dentro del campamento? —Lara se miró a sí misma y levantó las cejas sorprendida.

—Vaya... pero que susceptible...

El grito de Pablo, el muchacho que cumplía su turno en el puesto de vigilancia en el entrepiso, las hizo saltar en su lugar, Lara girando sobre sí y Maga apretando los platos contra su pecho para que no cayeran al piso. No era común que algo irrumpiera así en la tranquilidad del refugio pero conocían todos los procedimientos necesarios para cada emergencia.

—¡Oficial caído!

Lara subió los escalones de dos en dos mientras Maga dejaba los platos en la mesa y corría a ocupar su lugar. El padre de ambas salió de su oficina en el balcón del primer piso y se precipitó escaleras abajo al puesto de vigilancia. Pablo abandonó la silla cuando Lara y su padre se ubicaron frente a los monitores. Pudieron ver como descargaban el cuerpo de uno de los soldados del móvil ex traterrestre. Si estaban allí era porque el soldado estaba herido pero no muerto. Era poco probable que llevaran un cuerpo al campamento, salvo que fuera familiar de alguno de los miembros. Esa alternativa les heló la sangre a todos. Lara amplió el zoom para poder ver los rostros de los soldados y poder identificar quién había sido herido. Su padre gritó por sobre su hombro a Maga que salía de la cocina con una pila de toallas y trapos blancos.

—Llama a Julieta y Cecilia. Lara, tú me asistes.

Maga entró corriendo por una puerta lateral mientras Lara asentía en silencio. Dejó las toallas en una de las camillas del quirófano central y volvió corriendo al puesto de control donde estaban su padre y su hermana. Se concentró en la pantalla mientras Lara encendía las luces de la entrada y ampliaba el zoom sobre los hombres.

Pudo ver como se sacaban los cascos, develando sus rostros.

—Adrián está bien —dijo Lara muy bajo. El alivio de verlo de pie le duró un segundo. No reconocía a nadie más, todos los uniformes eran idénticos y

nadie tenía una chaqueta de cuero con una cruz roja en la espalda. Apretó los labios y escuchó la voz estrangulada de su padre.

—Enfoca el montacargas.

Maga se acercó a la pantalla y revisó lo mismo que estaba viendo Lara. En el momento que pusieron el cuerpo en el montacargas, hizo zoom en su rostro y se quedó con los ojos clavados en las facciones inmóviles del joven. Alan. En otra pantalla, justo al lado, el dueño de la chaqueta que lo cubría, llena de sangre roja como la cruz, se apartaba y cerraba la puerta del montacargas para que comenzara a bajar. Los tres se quedaron inmóviles y en silencio, mientras el chimito de las cadenas del montacargas era lo único que se podía escuchar.

Maga bajó las escaleras corriendo para buscar la camilla y llevarla hasta la compuerta del séptimo subsuelo. Dos mujeres más, profesionales que ayudaban en las tareas médicas, se acercaron a la camilla para ayudar a trasladar al herido mientras Lara y su padre desaparecían por la puerta de la derecha.

Escucharon el retumbar de las botas por las escaleras de concreto como si fuera una estampida de mamuts huyendo de la extinción. La compuerta se destrabó y la abrieron rápido para sacar a Alan de ahí. Había perdido la consciencia y un charco de sangre se extendía como fría amenaza bajo él. Lo cargaron a los tumbos en la camilla, por desgracia no había tiempo para las caricias cuando el tiempo apremiaba. Cecilia, la más baja y joven de las dos, trastabilló sobre sus pies cuando colocaron a Alan en la camilla; Maga llegó a sostenerla. Julieta medía los signos vitales mientras corrían por la rampa, sujetando el cuerpo inmóvil del soldado, y atravesaban el salón principal. Otras dos mujeres sostenían las puertas vaivén donde entraron, dejando a todos los miembros del campamento atrás con ninguna esperanza.

Maga se hizo a un costado en cuanto entraron al quirófano, llevándose con ella la chaqueta que cubría a su hermano, empapada con su sangre. La apretó contra su pecho y comenzó a rezar. Era lo único que podía hacer en ese lugar, el tiempo que pudiera soportar. Estar más cerca hubiera significado

ser un estorbo aunque lo único que quería era sostener su mano. Lara, Julieta y Cecilia revoloteaban alrededor del cuerpo mientras su padre revisaba las heridas y daba instrucciones. Su concentración no tenía fin y su voz era la única que se escuchaba. Trabajaba febrilmente sobre el cuerpo de su hijo mayor, su primogénito, la luz de sus ojos. Iba a dejar su propia vida sobre esa mesa de operaciones como lo hacía siempre, por el resto de su gente, pero esta vez una parte de él podía morir.

Abandonó el lugar cuando ya no resistió más. No había nada que ella pudiera hacer y sus plegarias se escucharían igual desde cualquier otro lugar. Empujó despacio y en silencio la puerta por la que había entrado y se encontró a sí misma del otro lado en el centro de las miradas de todos los presentes. Sin embargo ella tuvo ojos para una sola persona. Él estaba en el extremo opuesto del salón, lejos de todos, apoyado en una pared, mirándola. Apretó la chaqueta contra su pecho por última vez y la dejó caer al suelo mirándose a sí misma: Sus manos, su camiseta blanca, su pantalón, todo manchado con la misma sangre que corría por sus venas. Necesitaba llorar, gritar, pero no iba a hacer una escena delante de todos. Salió corriendo por el pasillo que conducía a las habitaciones de los civiles. Todo ese dolor, toda esa muerte era demasiado para ella.

XIII

.Lucas

La gente se dispersó de la puerta del quirófano y solo Lucas se acercó al lugar para buscar su chaqueta, olvidada en el piso, estigmatizada por estar empapada con la sangre de Alan. La levantó con cuidado, como si no quisiera que se derramara una gota más de la sangre de ese soldado. Había matado tantos enemigos, había lavado tanta sangre fluorescente de ese cuero ajado que había conseguido como souvenir de una de sus víctimas al comienzo de esa guerra, que guardó un secreto orgullo al conservarla, como si pudiera conservar algo de su mística, del fuego sagrado que había dentro de ellos y que los impulsaba noche a noche en su luchar por sobrevivir. Se la calzó en los brazos sin limpiarla cuando Adrián se acercó a él.

—Ven conmigo a la barraca. Te puedes dar un baño y buscaremos algo de ropa limpia...

—No, te lo agradezco, creo que sería mejor que me vaya.

—Te vas a ir sin saber si... —Adrián no pudo terminar la frase, porque no sabía cómo hacerlo. ¿Si Alan moría? ¿Si Alan se salvaba? En ese momento estaba más en manos de Dios que del cirujano que lo estaba operando y que le había dado la vida. Lucas se rascó la cabeza, incapaz de responder. Quería irse de ahí cuanto antes, cada minuto que pasaba estaba más encadenado a ese lugar, por vínculos que necesitaba sentir que ya no existían en él, para poder sobrevivir. Y él no estaba ahí para sufrir. Estaba ahí para pelear. Con toda la resolución que encontró dentro de él, se movió, ignorándolo.

—Voy afuera a fumar... —Sin querer, sus ojos fueron al pasillo por donde había visto correr a Maga.

—Quédate. Ahora iba a ver cómo está Maga. Debe estar destrozada...

Malditas palabras mágicas. Sus botas se clavaron en el cemento y

supo en ese mismo instante que se iba a arrepentir de la decisión que tomara, fuera cual fuese. El muchacho frente a él aprovechó su segundo de duda y lo arrastró por el pasillo, por desgracia opuesto a la dirección por la que ella había desaparecido.

—Vamos. Te bañas y te cambias mientras yo averiguo como están Maga y Alan.

Algo escuchó con instrucciones del campamento para el uso de los elementos de higiene, como el jabón, el agua y el champú, pero que por ser su primera vez no iba a tener restricciones como los demás. También podría afeitarse si quería, pero no estaba dispuesto a perder tanto tiempo y ya le había tomado cariño a su barba. Siguió la seña de Adrián mientras él buscaba en los estantes de ropa. Caminó por el pasillo hasta encontrar las duchas. Se desnudó mirando alrededor.

El lugar estaba amado como un rompecabezas robado: Diferentes griferías, las cañerías saliendo de las paredes sin un terminado fino, paneles sin uniformidad. Poco le importó la arquitectura y los detalles de categoría cuando el agua le pegó en la cara. La dejó correr por su cuerpo sintiéndose humano de nuevo y no midió el tiempo, siendo egoísta por esa vez, disfrutando algo que había perdido hacía mucho y que tenía miedo de recuperar. Enjabonó y enjuagó todo su cuerpo tres veces y usó poco champú porque ya no era el muchacho de pelo largo de sus veinte años. Aguantó todo lo que le permitió su consciencia y cerró los grifos a presión para que no se desperdiciara ni una sola gota más. La toalla que estaba a su costado no era suave al tacto pero estaba limpia, toda una innovación para él. No se secó, solo la envolvió en la cintura y caminó descalzo, liviano como si se hubiera quitado una armadura de mugre de encima, hasta la barraca vacía donde Adrián lo esperaba.

—¿Tú no te vas a bañar?

—Ahora. Aquí encontré una muda completa que creo que te va a servir. Después revisamos mejor y vemos a quién le podemos robar algo más.

—No creo que sea necesario.

—Me llevé lo tuyo. No creo que tenga retorno... De todas formas tenemos muchos uniformes que te pueden servir.

—No me voy a quedar, Adrián. —Su voz tuvo mucha firmeza pero el muchacho siguió con su perorata como si no lo hubiera escuchado.

—Tu chaqueta está en buenas manos, mañana la vas a tener como nueva. Puedes usar la cama de Alan esta noche. De seguro tendrá un par de días de recuperación antes de poder volver... —Otro problema con los sentimientos del pasado: La lealtad. Con un soldado menos, se sintió en la obligación de reemplazarlo hasta que pudiera volver a incorporarse al ejército. Ya eran pocos para enfrentar al enemigo; y ya sabía cómo seguía la historia: El tiempo pasaría, se sentiría cómodo y ya no se marcharía. Tenía que evitar a toda costa que eso le sucediera pero después, en ese momento su mente tenía otra prioridad.

—¿Pudiste ver a tu hermana?

—Se estaba bañando...

¡Qué conveniente! Los dos se estaban bañando al mismo tiempo. Apretó el collar de ahorque con el que sostenía su imaginación para que no se disparara al infinito.

—¡Tengo una idea! —La voz de Adrián lo sobresaltó; aunque seguía hablando, él había dejado de prestarle atención —. Yo voy a chequear como van las cosas con Alan y tú te quedas esperando a Maga.

La idea encontró puerto en su cerebro de inmediato y ya estaba revisando la ropa que Adrián le había dejado a los pies de la cama. Sobre la pila estaban las cosas que había en sus bolsillos. Lo más importante, sus cigarrillos. Una camisa manga larga con varios remiendos invisibles, una camiseta blanca y un pantalón cargo color caqui. Había unos borceguíes negros en el piso y dos pares de medias blancas. Ningún blanco era perfecto y ninguna prenda estaba íntegra, pero estaban dobladas de una manera que demostraban la dedicación que

los civiles ponían en aquellos que noche a noche salían a arriesgar sus vidas por defenderlos.

Se vistió rápido y salió de la barraca rumbo al sector de los civiles. Se apoyó contra la pared, encendió un cigarrillo y esperó con los ojos clavados en la chapa gastada.

XIV

.RT

No estaba en el puente de mando como todos los días a esa hora. Su preocupación estaba más allá de la batalla esa noche y no le había permitido concentrarse desde que había despertado. De hecho, no estaba seguro de haber podido dormir nada el día anterior. La visita al Sector 3 de prisioneros no había sido como las anteriores. La persona que buscaba ya no estaba allí. Se quedó con el ramo de fresas amarillas en la mano porque en la sección de salud no se permitían elementos ex terno como en las películas humanas que había visto en su entrenamiento. No se podía llevar flores que reconfortaran al paciente enfermo.

Miró a la mujer dormida en la camilla que se confundía con el resto de las paredes y equipamiento blanco de la habitación. A través del vidrio todo era un paisaje uniforme recortado en tres dimensiones, impersonal, con la temperatura perfecta para el cuerpo humano, el aire era limpio y desodorizado, el ozono eliminaba cualquier tipo de bacteria o microorganismo que pudiera entrar del exterior. Los uniformes blancos de los sanadores que entraban y salían de la habitación se mimetizaban en la imagen y había solo una cosa que desentonaba con la monocromía reinante: La cabellera roja que se escurría sobre la almohada y enmarcaba el rostro de ella.

Un asistente del puente de mando se anunció en el panel de acceso de la habitación contigua donde RT miraba a través del vidrio. El Comandante apoyó la mano derecha en el panel y autorizó su entrada. El asistente ingresó pero esperó un paso atrás a que su superior lo autorizara a hablar.

—Sí.

—Llegó el reporte de los grupos de expedición. Solo volvieron dos.

—RT apretó la mandíbula pero no movió un músculo más—. Se perdió un vehículo también. De acuerdo con el equipo de reconocimiento el móvil no fue destruido pero todos los miembros de ese equipo perecieron.

—¿Se puede rastrear? —Ya conocía la respuesta antes de hacer la

pregunta. Los rebeldes conocían bastante bien sus sistemas y sabían desactivar el dispositivo de rastreo que tenía el tablero. Era imposible encontrar su ubicación.

—Desactivaron el rastreador.

—¿Otros heridos?

—No, señor.

—Gracias por el reporte.

El asistente desapareció en el mismo silencio que había llegado pero otro miembro de la tripulación entró cuando él abandonó la habitación. Un sanador.

Los dos se mantuvieron en silencio, uno al lado del otro, esperando que alguno dijera una palabra. Uno no sabía que preguntar y el otro no sabía que responder.

—No entiendo...

—Hemos hecho todo lo que se requiere en estas situaciones y no obtenemos respuesta.

—¿Y la medicina humana?

—La radiación está descartada por el alto grado de contaminación que produce.

—Por supuesto. ¿Y la quimioterapia?

—La relación costo beneficio es insignificante. El daño que le causa al cuerpo humano es demasiado.

—Pero...

—Si me permite...

—Sí, por favor... —El sanador se adelantó hacia el vidrio sin dejar de mirar a su paciente y habló despacio.

—Hemos hecho todo lo necesario y ella también. La enfermedad fue localizada y encapsulada a tiempo y no hubo ramificación a ningún otro órgano. Ella ha cumplido al pie de la letra con todas las indicaciones que se le han dado, ha descansado, alimentado e ingerido los suplementos necesarios.

—Entonces... —completó e instigó RT con ansiedad.

—Me permito teorizar apoyándome en las investigaciones que he realizado de la medicina humana.

—Hágalo.

—El problema no está en su cuerpo o por lo menos no en la parte física de su cuerpo.

—¿Existe otra?

—Las crónicas y los volúmenes médicos hablan sobre la psiquis, esa parte intangible del ser humano y de cómo la mente de un paciente, su voluntad de vivir, su fuerza interior, es capaz de vencer la enfermedad más cruenta. Hablan de cómo un ser humano puede sobreponerse a las peores catástrofes y sobrevivir las mayores tragedias.

RT miró la cama y volvió a mirar al Sanador desconcertado. Se vio reflejado en los anteojos negros idénticos a los suyos y se dio cuenta de la mueca de dolor que curvaba sus labios.

—¿Y cómo podemos hacer para incorporárselo?

—Es algo que tiene todo ser humano. Aplicando la lógica inversa, mi opinión es que ella ha perdido la voluntad de vivir. —RT tragó con dificultad a través del nudo en su garganta. *¿Cómo era eso posible?*

—¿Pero por qué? Ella tiene mucho por vivir. Sus hijas son su vida. Ella sabe que la necesitan.

—Ella es una prisionera. Nosotros podemos hacer mucho para que estén confortables, pero la realidad es una sola. No es libre. Nosotros somos sus enemigos. Hemos venido a destruir su raza, a apropiarnos de su planeta, la hicimos prisionera y le dimos una celda con las mayores comodidades, el mejor alimento, el ambiente perfecto, pero esto sigue siendo una celda. Asesinamos a sus hombres. Padres, hermanos, hijos. Destruimos sus casas, quemamos sus ciudades, arrasamos sus pueblos. Aunque hayamos trabajado en su percepción y destrabado sus negaciones, queda guardado en algún resquicio de su mente esa

realidad...—La mueca en el rostro de RT pasó del dolor a la vergüenza. El Sanador tenía razón. Miró de nuevo la cama, desolado por la realidad que enfrentaba. Sintió el contacto físico del Sanador y miró la mano que se apoyó en su hombro con intención de reconfortarlo.

—No sé qué hacer... —dijo bajando la cabeza derrotado.

—Ha hecho mucho... demasiado... —La última palabra sonó acusadora. La voz del Sanador de pronto se convirtió en un susurro—. En mis más de trescientos años de existencia, en todas las invasiones que he presenciado, he trabajado sin pausa con mis pares para que ellas solo tuvieran lo mejor. Lo mejor de nuestra tecnología, lo mejor de nuestros conocimientos, lo mejor que le podemos ofrecer contra lo que ellas nos dan a nosotros. Pero en todo este tiempo, nunca... jamás, he visto las cosas que usted ha hecho por ella. Va más allá de la conciencia, mucho más allá del deber.

RT levantó la cabeza y volvió a mirarlo.

—¿Está mal?

—No. No estoy censurándolo ni condenándolo. Venimos de la misma semilla pero somos híbridos entre dos especies. Usted de una diferente a la mía y los que vienen después de nosotros, diferentes a ambos. Está en nuestra genética la preservación de la especie y hemos incorporado el aprendizaje de nuestra experiencia, pero también tenemos el bagaje de quienes nos engendraron.

—Estoy perdido. ¿Qué tiene que ver eso con Adela?

—Todo y nada. Los dos trabajamos para lo mismo pero nuestros métodos son diferentes. Usted es un soldado. Yo un sanador. Nuestras armas difieren pero nuestro fin es el mismo: Subsistir a costa de otras especies. Nuestro fin puede ser loable pero como alguien dijo alguna vez, el fin no justifica los medios.

—Yo escuché la misma frase a la inversa.

—Porque la traición es solo una cuestión de tiempo y espacio. Mi frase la dijo un sanador. La suya un soldado. Exactamente igual pero

completamente diferente... ¿Verdad?

—Entonces lo que me quiere decir, en definitiva, es que no hay nada que yo pueda hacer...

El eminente en medicina apretó los labios, y sin decir nada dio respuesta suficiente. El Sanador apoyó su mano derecha en el panel rectangular y abandonó la habitación. Otro asistente del puente de mando esperó ante la puerta abierta pero no ingresó.

—Sí.

—Señor. El equipo de reconocimiento de víctimas envió un mensaje urgente. Identificaron sangre humana en uno de los campos de batalla. Se corresponde al que usted cargó con el código 1D2L1. Masculino. —RT giró y se acercó al asistente.

—¿Encontraron el cuerpo?

—No.

No sabía si sentir alivio o desesperación. Volvió a entrar al sector de observación para seguir contemplando a la mujer que moría delante de él sin que pudiera hacer nada.

—Gracias... —murmuró, esperando que la puerta se cerrara, pero no sucedió. El asistente permanecía de pie, allí. Tenía algo más que decir.

—Señor. El Líder requirió por segunda vez su presencia para el reporte.

—Iré en cuanto termine aquí.

—Señor...

—Iré... —dijo levantando la voz dos decibeles por encima de lo que podía ser interpretado como un grito, algo que pocas veces ocurría en su nave. Respiró profundo para componerse y concluyó—: Iré en cuanto termine. Vuelva a su puesto. Gracias.

El asistente aceptó la orden en silencio, apoyó su mano derecha para abrir la puerta y abandonó con rapidez la habitación. RT apoyó una mano en el vidrio y quiso llorar.

Miró al piso y contó los restos de hierba y papel que había junto a sus borceguíes. Era el cuarto cigarrillo que apagaba y se estaba preocupando porque la chica que esperaba no aparecía. Se restregó la mano en la barba, evaluando las posibilidades de irumpir en su habitación cuando la puerta se abrió como intimidada y Magalí apareció ante sus ojos. Vestida por completo de negro, el pelo atado en una cola de caballo que despejaba su rostro anguloso y su piel perfecta, todavía sonrojada por el llanto, abrió esos hermosos ojos de color indescriptible, que sin aviso volvieron a llenarse de lágrimas. Se incorporó sin acercarse, dándole la chance de definir cuál era la distancia apropiada entre los dos. Ella bajó el rostro y juntó las manos, apretándolas como si quisiera sacarles jugo. Inspiró profundo como buscando fuerzas donde no las tenía y volvió a mirarlo. La palabra que quiso salir de sus labios era *gracias* pero no llegó ni a la categoría de susurro. ¿Se referiría a que había llevado a su hermano? ¿Que estaba ahí esperándola? No quiso más distancia entre ellos. Sonrió de costado y puso una mano en su hombro, el único lugar que le pareció tan cercano como seguro en su estado de ánimo.

—Ey... todo va a estar bien. —Ella se mordió los labios, resistiendo el llanto, inclinando la cabeza un poco hacia la derecha, al hombro donde había apoyado su mano. Él apenas levantó el pulgar para acariciarle la mejilla y usó un solo dedo para levantarle de nuevo la cara—. Vamos a comer... Quiero saber si tus pastas son tan buenas como el guiso de anoche.

Maga sonrió y se aclaró la garganta, refregándose el ojo con un dedo, disimulando las lágrimas.

—Hoy no cociné yo.

—Bueno, te perdono... pero solo por esta vez.

Ella meneó la cabeza, sonriendo resignada, y se acercó un poco para caminar a su lado hacia las mesas donde ya se podía percibir el olor de la salsa.

—¿Dónde te quieres sentar?

—Me da igual. Donde te sientas más cómoda.

Caminó hasta una mesa apartada que no estaba preparada. Como por arte de magia, dos mujeres los rodearon y en menos de un minuto la mesa para dos estuvo lista. Los dos se miraron sorprendidos y un esbozo de sonrisa iluminó su rostro. Lucas sentía que salía el sol cada vez que ella sonreía. Pero en ese instante su día soleado duraba poco menos que nada, y otra vez aparecieron las nubes de lágrimas. Lucas chasqueó los dedos atrayendo de nuevo su atención.

—Después podemos averiguar cómo va todo. Ahora, te quiero ver comer

—¿Por qué? ¿Parezco desnutrida?

—No. Estás bastante bien alimentada pero tienes cara de estar cansada.

—No ha sido mi mejor día.

—Me lo imagino... por eso mismo. Come y después vemos.

—Tienes demasiada actitud militar para ser un renegado.

—Nada de normas militares para mí, pero sí, soy bastante déspota.

—Qué conveniente...

La mujer que había hablado con Maga, llegó con dos platos repletos de pasta, desbordando en salsa, cubiertos y dos vasos. Comieron en silencio, saboreando cada bocado y saciando el hambre del día. Se podía escuchar cómo de a poco el murmullo iba llenando la sala principal y se mezclaban los soldados, que no querían ir a dormir todavía, con los civiles, que iniciaban su jomada y se enteraban de las novedades. De las malas y las buenas. Los ojos de los casi doscientos habitantes del campamento iban de la puerta del quirófano a la mesa

donde Maga estaba sentada con el desconocido.

Por el rabillo del ojo pudo ver como Adrián abandonaba la mesa y se dirigía a la mentada puerta. Todos los ojos se clavaron en su espalda, incluso los de Lucas y Maga. Él percibió la ansiedad en su compañera de mesa.

—¿Quieres ir? —dijo, asumiendo que quizá se quedaba con él para hacerle compañía

—No.

Su respuesta tajante cortó cualquier otro comentario. Se concentró en su plato, en limpiar lo que quedaba de salsa con un pan que estaba en la mesa, sin mirarla, pero atento a cada movimiento. Si sus cálculos eran correctos hacía más de una hora que estaban allí y si la herida comprometía algún órgano importante o había más daño de lo que él había podido percibir, iban a estar sentados otro buen rato.

La espera parecía eterna y las almas presentes contuvieron la respiración hasta que el joven volvió a salir de ahí. Sus pasos lo llevaron a la mesa de Lucas y Maga.

—Perdió mucha sangre. Le van a hacer una transfusión.

—¿Qué tan grave fue?

—Papá dice que tuvo que extirpar el bazo, solo queda esperar...

Maga inspiró profundo y se levantó de la mesa con ambos platos, buscando escapar del resto de las miradas. Lucas disimuló su foco de atención y continuó la conversación con Adrián.

—¿Cómo van a hacer con la sangre?

—Mi hermana ya está preparada. Tenemos un transfusor para estos casos y un registro del tipo de sangre de cada uno y quién es compatible, así como quiénes pueden donar y quiénes no.

Uno a uno, los integrantes del escuadrón de Alan se sentaron en la mesa, rodeando a Adrián y Lucas, escuchando el diagnóstico y preparándose para esperar, cuanto menos a que el padre apareciera con más novedades. Una silla quedó vacía junto a Lucas y nadie la ocupó hasta que Maga regresó. Se sentó allí sin esperar invitación y no dijo palabra alguna mientras las conversaciones tomaban un tono un poco más ligero. ¿Estaría esperando que la llamaran para el procedimiento de transfusión? ¿Podría hacerlo? Parecía tan frágil y cansada, perdida en el miedo y el dolor, desprotegida ante tanto fuego alrededor, y Lucas a su lado se sentía tan fuerte, como si pudiera protegerla. No pudo concentrarse en seguir el hilo de la charla, tenía mil y una preguntas sobre ella y ninguna posibilidad de respuesta entre tanta gente.

El sonido de una puerta abriéndose de golpe llamó la atención de todos y los de la mesa levantaron la cabeza para ver quién salía.

Un hombre mayor llevaba en brazos a una joven y desaparecía por el pasillo hacia las habitaciones de los civiles. Tenía el pelo del mismo color rojo furioso que Maga, los mechones ondulados cayendo desordenados sobre el hombro del médico, confundiendo con el color de la sangre que ensuciaba su ambo blanco. ¿Qué habría pasado? ¿El ángel malvado no había resistido la prueba y se desmayó en medio de la operación? Lucas había estirado el brazo por sobre el respaldo de la silla que ocupaba Maga para seguir los movimientos que se alejaban y al volver a su posición la tuvo donde quería, bajo su ala, como un águila guardián. Maga no se resistió, reacomodó su cuerpo para descansar en su hombro, cerró los ojos y suspiró, como si su presencia aliviara su pena. En el silencio del momento, pudo escuchar su respiración aquietarse y su corazón entrar en una suave calma. Miró a los hombres alrededor de él y buscó un cigarrillo en su bolsillo, lo encendió y miró al techo, exhalando el humo y viendo como la estela blanca se ondulaba y desaparecía sobre ellos. Cerró los ojos exhausto pero pleno, como hacía tiempo que no se sentía, peligrosamente completo para ser alguien que no tenía nada. Las voces a su alrededor retomaron la conversación pero su

mente divagó entre el pasado y el presente hasta que todos quedaron en silencio.

Abrió los ojos cuando sintió una mano pesada en su hombro libre. Pestañeó varias veces hasta que enfocó en el rostro severo del médico militar que no podía ser otro que el padre de la chica que estaba abrazando. El hombre aparentaba poco más de cincuenta años, pese a las arrugas y el pelo entrecano. Alto y de porte firme, sus manos eran elegantes y sus dedos largos parecían ser un reaseguro que su profesión era casi un arte. Sus ojos grises en otro tiempo debieron ser alegres y vivaces, pero se habrían endurecido con las cosas que había visto: Los afectos desaparecidos, las vidas perdidas, los cuerpos mutilados y su hijo tendido en una mesa de operaciones, dependiendo de su habilidad y la voluntad de Dios. Adrián intervino en su beneficio, pidiendo el parte médico y distraendo la atención del padre.

—¿Cómo fue?

—Tenemos que esperar veinticuatro horas para ver cómo reacciona.

—¿Y la transfusión?

—Hicimos todo lo que pudimos. Lara dio más de lo que debía pero ¿Quién podría convencer a tu hermana de lo contrario? —Todos hicieron el mismo gesto y Adrián leyó la pregunta silenciosa de Lucas.

—Los cuatro tenemos el mismo tipo de sangre pero Maga y yo tuvimos hepatitis. No podemos dar sangre.

—¿Y no había nadie más? —Adrián negó en silencio y el médico volvió a mirar a Lucas.

—¿Maga se durmió? —Lucas hizo un ademán para acomodarla mejor en su pecho y levantarla, pero la mano en su hombro lo detuvo—. Yo me encargo. Ya llevé a una, puedo llevar a esta también.

La levantó como si fuera una niña de cinco años. Maga se abrazó al cuello de su padre entre sueños y murmuró algo que nadie llegó a escuchar. Lucas no se movió. El Líder del campamento lo saludó con un leve gesto de la cabeza dándole la bienvenida a su nuevo hogar y se marchó con Maga en brazos.

Abandonó la sección de salud y caminó aletargado por los pasillos de la nave hacia su puesto en el puente de mando, devastado e impotente. Necesitaba un momento para recomponerse antes de volver a sus deberes, a enfrentar a los líderes en el reporte que, sin duda, significaría el fin de su misión en la Tierra. Y eso también sellaría el destino de Adela, cortando cualquier posibilidad de encontrar a su familia para... ¿Para qué? ¿Qué estaba dispuesto a hacer él para salvar la vida de esa mujer humana que de pronto parecía ser aún más importante que su propia existencia, su deber y su misión? La revelación del Sanador, su teoría, avalaba las sospechas que empujaban sus secretas intenciones. Él sabía que la única manera de devolverle la sonrisa, y ahora la voluntad de vivir, era regresándola junto a sus seres amados. Esos hijos de los que tanto le había hablado, a los que sentía que conocía como si fueran la familia que nunca había tenido, cada anécdota, cada momento, que surgían de la memoria de esa madre. Ese esposo, el hombre que había elegido para compartir su vida para siempre. Ella sabía que estaban allí, en algún lugar, esperándola. Lo sentía en su sangre, en su corazón. Y él sabía que no estaban en ninguna nave. Las alternativas eran iguales, que hubieran perecido en la batalla o estuvieran escondidos dentro de la Resistencia humana contra la que luchaban noche tras noche.

El final de sus jornadas presentaba el mismo panorama angustioso y ambivalente, una y otra vez. Como Comandante de la nave, la responsabilidad del destino de sus tropas, el éxito o el fracaso de su misión de aniquilación de la especie humana y apropiación del planeta debía ser su prioridad y una parte de él respiraba aliviado al recibir el parte de arribo de sus tropas. El problema era que solo una parte de él respondía a su deber. La otra parte hacía sus propios cálculos: En cada baja de su ejército, en cada grupo de tareas eliminado, la Resistencia seguía subsistiendo, y con ellos la esperanza que la familia de Adela estuviera

con vida. Y eso era lo que aliviaba su conciencia y le daba fuerzas para seguir buscando.

Y la pregunta volvía a ser la misma. ¿Qué sería capaz de hacer él? ¿Dejarla marchar con sus hijas? ¿Encontrarlos y protegerlos? Lo que antes era una utopía, un sueño de grandeza, tan heroico como traidor, ahora representaba, quizás, la única chance de salvar a esa mujer humana. El regalo de pronto se convertía en una necesidad vital.

Recordó los reportes de su asistente: Habían encontrado sangre humana coincidente con las trazas genéticas de Adela. Un hombre. ¿Alan? ¿Adrián? Apretó las manos y cerró los puños. Sintió el ardor de la culpa en ellas, consciente que uno de los suyos podía haber sesgado la vida de uno de los amores de Adela. Y él, como su Comandante, era su directo responsable. Se miró las manos, como si estuvieran manchadas con esa sangre. Era su culpa. ¿A quién había herido? ¿A quién había matado?

Debía volver al puente de mando y reportarse a sus superiores. Apoyó la palma derecha en el lector de identidad y la puerta se abrió, descomprimiendo el vacío con que se sellaba.

Los paneles de protección ya habían bajado y el sol era una mancha rojiza elevándose por encima del horizonte. Los últimos asistentes del comando abandonaron sus puestos en cuanto llegó y las puertas se cerraron, dejándolo en una estancia vacía y hermética. Subió los dos escalones hasta el puente y se paró con los brazos cruzados en la espalda a la espera que su presencia fuera admitida.

Entre sus ojos y los paneles de protección apareció la imagen de los tres Líderes de pie, vestidos como él, con ese saco negro y liviano que terminaba a dos centímetros por sobre el suelo que pisaban. Sus rangos estaban marcados por las líneas doradas sobre su pecho: Ocho ostentaban cada uno de ellos contra solo tres de RT. Los tres hombres, con un remarcable parecido pese a alguna diferencia facial, tenían también los mismos anteojos negros curvados sobre su rostro que ocultaban sus ojos. Levantó el mentón apretando los labios,

esperando hasta que ellos decidieran que el silencio debía terminar.

—Lamentamos interrumpir sus actividades pero necesitábamos tener el reporte de la semana, que ya hemos pedido dos veces.

—Lo sé. Reciban mis disculpas. Ha sido una semana compleja y hemos implementado algunas medidas adicionales de rastreo.

—¿Rastreo de ADN? —RT no permitió que la sorpresa traspasara el vidrio oscuro que ocultaba sus ojos y controló los músculos faciales. ¿Alguien había hecho un reporte de sus actividades?

—Entre ellos... Sí.

—Estamos sumamente decepcionados —dijo MB, el Líder que estaba en el medio del poderoso Triunvirato—. Con sus credenciales de batalla y capacidad de liderazgo, pensamos que la misión en esa parte del planeta sería una de las primeras en concluir, y sin embargo, cinco años han pasado y seguimos exactamente igual.

RT apretó la mandíbula hasta que tronaron sus molares. MB enarcó una ceja extrañado por la falta de respuesta. Era una pieza sencilla para un primer destino como Comandante de una Nave de Ocupación. Un sector subdesarrollado, carente de tecnología, con escasos recursos.

—¿Está usted al tanto que ya han empezado los trabajos de recomposición del planeta en el sector norte? ¿Que la Resistencia allí ha sido erradicada y que ya no hay batallas?

—Aquí queda un único foco de Resistencia. Los últimos suelen ser los más fuertes pero sus recursos empiezan a agotarse.

—Entonces quizás es momento de enviar a...

—Señor... —interrumpió RT y los tres lo miraron como si los hubiera escupido en la cara. Las interrupciones eran calificadas casi como una insubordinación. MB miró a sus costados comprobando que el disgusto estaba en los demás también, inclinó apenas la cabeza a un costado, evaluando que hacer con el insurrecto. El Comandante continuó—: Estamos a un paso de terminar con

este foco de resistencia. Nuestra lucha se ve limitada por el solsticio que acorta las noches y los días son inviabilidades para nosotros...

—Lo sabemos. No estamos demandando que luchen de día, sino que triunfen de noche —acotó CW

—Los reportes indican que las bajas son significativas e incluso que han perdido móviles —agregó DH.

—¿Nada que decir, RT? —volvió a intervenir MB. RT se mantuvo impasible. El veredicto llegó con la fuerza de un huracán—: *Nantes* será removida del hemisferio en una semana. Tiene una semana. Siete días con sus noches. Ciento sesenta y seis horas. Pasado ese lapso, deberá abandonar el planeta y volver a la Nave Madre *Amiens* para su reubicación.

RT inclinó la cabeza y cerró los ojos, admitiendo su derrota y demostrando la aceptación de sus órdenes. MB siguió detallando su plan.

—Un grupo Z será destinado a su sector. —El líder extraterrestre exhaló su cansancio y miró detrás de él, como si pudiera ver a través de los paneles de protección, contemplando la fisonomía del horizonte que bajo la luz del sol amparaba la última resistencia. Cuando volvió a mirar a RT, y este levantó la cabeza, las tres imágenes desaparecieron de inmediato.

La puerta se destrabó con un sonido siseante y los tripulantes ingresaron a ocupar de nuevo sus posiciones frente a los tableros e instrumentos de control de la nave. RT seguía en la misma posición, ajeno a los movimientos a su alrededor.

Tenía ciento sesenta y seis horas para encontrar a la familia de Adela.

Encontrarla. Salvarla.

Y sellar su irrevocable condena por traición.

XVII

.Lara

Se revolvió en la cama y vio como el halo de luz que estaba pegándole en los párpados desapareció con rapidez. Un sonido metálico junto a ella la hizo abrir los ojos y la cómoda oscuridad le permitió enfocar e identificar la figura que dejaba una bandeja con lo que se suponía era comida. Se sentó en la cama cuando la mujer se alejó hacia la puerta. La pelirroja idéntica a ella, aunque solo en apariencia, habló sin detener su paso para abandonar la habitación.

—Papá dijo que comas antes de salir de la cama. Necesitas recuperarte.

—¿Qué hora es?

—Casi las seis. —Se incorporó con cuidado, sintiéndose mareada y débil.

—¿Cómo está Alan?

—Estuvo estable todo el día pero no ha recobrado la conciencia.

Se acomodó contra la pared y movió la bandeja a su regazo. Sopa. Odiaba la sopa. Maga miró por sobre su hombro y sonrió de costado.

—Tienes que tomarla tomar toda antes de salir. Te guste o no.

Cerró la puerta detrás de ella con una sonrisa tiñéndole la voz. Ese tipo de pequeños triunfos hacían a Maga tan feliz. *Pobre perdedora*, pensó Lara mientras revolvía con la cuchara la sopa con visos de agua estancada.

Al mal paso mejor apurarlo pensó contando *uno-dos-tres*; levantó la charola metálica con el contenido barroso y se lo bebió en cinco tragos. Se quemó la garganta y contuvo las arcadas pero lo soportó con estoicismo, sabiendo que su cuerpo necesitaba recuperar lo que había perdido en sangre. Y si Alan necesitaba sangre de nuevo, solo ella podría dársela. Apoyó la cabeza contra la pared con los ojos cerrados e inspiró hasta que la habitación dejó de girar. Necesitaba un baño

pero estaba tan cansada.

Bajó los pies descalzos y buscó algo de ropa en la cajonera metálica. Caminó con cuidado por el pasillo que conducía a los baños de mujeres, todo estaba vacío y en silencio. Todos estaban en sus ocupaciones mientras ella dormía. Odiaba cuando eso pasaba. Perderse el día, o la noche para el caso, era un desperdicio de tiempo y de vida que no tenían en realidad. Nunca sabían cuándo todo terminaría. Los hechos de la noche anterior lo demostraban. Alan podría haber muerto. Cualquiera de ellos. Se bañó rápido, sin desperdiciar un minuto ni una gota de agua.

Envuelta en una toalla y secándose el cabello, regresó a su habitación. Aun cuando se sentía débil, su cuerpo respondía bien al descanso, por lo que podría hacer acto de presencia entre la gente las horas que faltaban para que cayera el sol y aprovechar la noche en algo más productivo que dormir. Quería revisar el móvil que habían capturado. Se metió en el pantalón de jean rotos que había elegido y una camiseta de los *All Blacks* a la que le había cortado las mangas, y que usaba cuando sabía que tendría que arrastrarse en el piso y ensuciarse. Se miró el brazo donde había estado el catéter de transfusión. La vena estaba perfecta. Haría una parada para ver a su hermano antes de ir al garaje. Sus buenas intenciones se vieron cubiertas por la vanidad: Desenredó su cabello y levantó la charola plateada para arreglarlo. Sabiéndose perfecta, abandonó la habitación. En cuanto trabó la puerta se dio cuenta que la habitación de su hermana estaba abierta. Golpeó con suavidad, disimulando detrás del llamado que abrió la puerta y entró sin hacer ruido. No había nadie allí.

La curiosidad le hizo dar una vuelta alrededor, apreciando las diferencias entre una y otra. Las paredes de la habitación de Maga estaban tapizadas con dibujos de colores alegres hechos por los niños del campamento. Pese a no ser necesarias por estar más de veinte metros bajo tierra, tenía cortinas color lila colgando sobre la puerta de acceso a los baños y un móvil de madera pintada con mariposas y libélulas. Sobre la cama había dos chaquetas de cuero de los enemigos y un ovillo rojo que parecía una mezcla entre seda, tanza y lana,

gruesa y brillante. Una aguja de tapicero y el dibujo que había hecho del símbolo en la chaqueta del Renegado. Dejó la bandeja en la punta de la cama y levantó el dibujo para descubrir otra cosa que le llamó la atención: Un cuaderno con tapas de cuero, con una cinta lila que sobresalía. Soltó el dibujo sobre la cama y se apropió del cuaderno. Pasó las hojas con rapidez para comprobar que estaba casi vacío. *Casi*. Volvió a pasar las páginas de atrás hacia adelante y otra vez hacia atrás. Se detuvo en la caligrafía clara y prolija de su hermana, en la primera hoja. “Querido Diario”. Sonrió y caminó por la habitación leyendo los renglones que ponían en letras los sentimientos de su gemela. A la segunda hoja se aburró. La trama del cuento era previsible y melosa. Y repetía sistemáticamente un nombre.

—¿Qué haces aquí?

Lara se dio vuelta, cerrando el libro con fuerza y escondiéndolo en su espalda.

—Te buscaba para agradecerte la sopa. —Maga miró a la cama y de inmediato supo lo que Lara escondía. Sin perturbarse, estiró la mano y pidió el regreso con vida de su diario. Lara apretó los labios, sacó el cuaderno detrás de ella y lo dejó en la mano de su dueña.

—Gracias.

—Siempre escribiste muy bien. Tus cuentos han sido los mejores que he leído en mi vida.

—Gracias. Aunque tus gustos literarios como público no son a lo que yo busco llegar con mis historias.

—No entendí... pero no importa. Me gustan igual.

Maga guardó el cuaderno bajo su almohada, acomodó las chaquetas de cuero y sus elementos de costura cubriendo el preciado bien.

—¿Qué estás haciendo con eso?

—Nada. Ayudando a las costureras.

—¿Traes trabajo a casa?

Por fin Maga acusó fastidio y miró a su hermana a los ojos, sin inmutarse por el hecho que al hacerlo parecía estar mirándose en un espejo.

—¿Qué quieres, Lara?

—¿Sabías que escribiste 48 veces “Lucas” en cinco hojas? Eso da un promedio de más de nueve por hoja. ¿Qué tan interesada estás en ese desconocido que en cualquier momento puede irse tan rápido como llegó?

—¿Qué tan interesada estás tú como para preocuparte en contar cuántas veces aparecía su nombre en mi diario?

—No me interesa él. Me interesas tú.

—¡Qué interesante! Nunca te preocupó lo que yo pensara... o sintiera.

—No seas así. Me equivoqué. Te pedí perdón. ¿No sirve de nada que me haya arrepentido hasta caer de rodillas?

—Caíste de rodillas porque te pegué hasta que sangraste, no porque estuvieras arrepentida.

—Nunca me vas a perdonar ¿Verdad? —Maga la miró y apretó los labios. Lara sabía la respuesta.

—Papá quiere hablar con nosotros cuando el ejército vuelva. Tengo que ir a la cocina a preparar la cena. —Abrió la puerta y la sostuvo con la mano para que Lara pasara y abandonara su habitación. Cerró la puerta sin hacer ruido y la siguió en silencio. Maga desvió sus pasos a la cocina y Lara al improvisado quirófano donde descansaba su hermano mayor.

Se higienizó en el primer acceso, abrió y cerró la puerta del quirófano, intentando que el contacto con el exterior fuera lo más breve posible. Alan estaba dormido, o en coma inducido, que para el caso era lo mismo, pero no estaba solo: Cecilia, una de las enfermeras del campamento, estaba con él. No la escuchó entrar y ella no se hizo notar.

Cecilia acomodó con diligencia la sábana que cubría el cuerpo

desnudo de su hermano, controló los aparatos que estaban conectados para monitorear sus signos vitales y revisó la vía por donde pasaba el suero. No disponían de antibióticos, por lo que una infección podía estar a la orden del día. Estaba por abrir la boca y anunciar su presencia cuando la muchacha, un poco mayor que ella, no estaba muy segura, se sentó junto a la cama, a la altura de la cabecera, y dejó escapar un sollozo. Lara se quedó de piedra. ¿Alan y Cecilia? ¿Y cuándo pasó eso que ella no se enteró? No es que fuera la reina de las actividades sociales en el agujero donde les tocaba vivir pero estaba al tanto de lo que sucedía en el campamento. Su hermano era un galán codiciado pero él no se había involucrado con ninguna de las jóvenes, mucho de ello por el peso de la amenaza implícita de su padre, que lo desollaría vivo si se le ocurría hacerse el picaflor. Igual suerte corría Adrián. Y mucho menos con Cecilia, una de las personas más cercanas al médico, y ella sabía muy bien como cuidaba él a su staff. ¿Y cómo confirmarlo? Bueno, en beneficio de su hermano, que yacía inmóvil en la camilla sin poder aclarar, podía ser un sentimiento unilateral o desconocido por él. Cecilia puso una mano sobre su pecho y apoyó la frente junto a la cabeza de Alan. Se la notaba exhausta, quizá no había tenido la oportunidad de descansar como ella; quizá no había querido.

Lara se acercó y colocó una mano en su hombro, sobresaltándola.

—Perdón, no quise asustarte. —Cecilia se limpió rápido su rostro, pero el daño estaba hecho, sus lágrimas eran reales, tanto como su cansancio.

—Está bien...

—¿Cómo está él?

—Estable... Eso es bueno, pero debemos seguir esperando.

—Debería darle más sangre...

—Tienes que esperar un poco más.

—Lo necesita. Y nosotros lo necesitamos a él.

Su rostro húmedo se encendió en un rubor inesperado. Lara se apoyó en la camilla y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—No sabía nada de lo tuyo con mi hermano... —Cecilia levantó la vista y enarcó una ceja; recién en ese momento se dio cuenta de lo feo que sonó su frase—. Lo siento, quiero decir... No sabía nada.

—No veo por qué deberías saberlo.

—Sí. Tienes razón. —Apretó los labios, saboreando su amarga cosecha, porque después de todo, su respuesta no era solo consecuencia de sus habituales desplantes, sino también de su mala actitud con la gente del campamento y con la vida—. Sé que no soy la más agradable de las chicas en el campamento... y me quedo corta. Pero en este caso no hay posibilidad que me veas como una rival. Quiero decir... Es mi hermano.

Se le escapó la expresión de asco de solo pensarlo y eso le arrancó una sonrisa a la doliente enamorada. Lara correspondió.

—Alan nunca quiso “algo tan serio” —entrecomilló en el aire con los dedos— ¿Pero cómo evitar enamorarte de un hombre tan heroico como él?

—No soy la más indicada para responderte eso...

—Lo sé... Lo sé...

—No solo porque es mi hermano, sino... bueno... nunca nos llevamos bien...

—Pero él te quiere.

—Quiere más a Maga —dijo sin pensar, sintiendo nada más.

—Todos quieren más a Maga.

—Es verdad, necesitaríamos reencarnar varias vidas para ser tan perfectas.

Las dos sonrieron y ya no se sintió tan lejana a Cecilia.

—¿Hace mucho que están en *algo no tan serio*?

—Dos años.

—¿Y qué *no tan serio* es? —Cecilia se escogió de hombros y sus ojos volvieron a anegarse.

—Hace unos días hablamos de... avanzar algo más. No sé... fue como condenarlo.

—No lo sientas así. Sale de noche y no a bailar. Salir herido es un riesgo permanente.

—Pero aun así... Todo este tiempo solo con rasguños y cuando hablamos de pensar en mañana...

—Ceci —dijo inclinándose y apoyando las manos en sus hombros cansados—... No sé si tenemos un mañana.

Se acercó y abrazó a la muchacha que rompió a llorar sin consuelo. Lara le acarició la espalda y la cabeza, dejando que liberara su angustia.

—Tranquila...

—¿Por qué Dios nos está castigando así?

Lara se quedó sin palabras. Cuando eran pequeños, su abuela matema, católica practicante, era quien los llevaba a la iglesia y les hablaba de Dios, de un Dios amoroso que los cuidaba y escuchaba sus oraciones. Con el paso del tiempo incorporó el concepto del Dios que castigaba a los pecadores y ella estaba siempre en primera fila para los castigos en casa, así que suponía que sabía de qué venía el tema. Ya de adulta, supo de las guerras y muertes en nombre de Dios, o de sus muchos nombres, de la contraposición de la iglesia rica y poderosa contra sus pobres fieles muertos de hambre. Fue entonces cuando se alejó del todo de ese concepto que con tanta pasión había plantado en ella su abuelita. ¿Qué podía responderle a esta mujer?

—No lo sé, Ceci. Yo hace tiempo perdí la fe.

—Yo necesito creer... —susurró la otra.

—Con tantos pecados alrededor, estamos más cerca de Sodoma y Gomorra que del Paraíso original. Quizás es lo que nos toca y estos bastardos, los jinetes del Apocalipsis.

El silencio se prolongó entre las dos hasta que el llanto cesó y el abrazo se hizo un poco incómodo.

—Escucha... ¿Por qué no vas a descansar un rato?

—No quiero dejarlo...

—Ve... Aunque sea toma una ducha, come algo. Yo me quedaré.

—¿Estás segura? Tú también tienes que descansar.

—Ya lo hice. Y aquí no es que me vaya a cansar demasiado.

—Ok. Me daré una ducha y volveré. Por favor, no estés tanto tiempo de pie.

Cecilia la orientó para que ocupara su silla y tomó sus manos en las suyas.

—Gracias.

—No. Gracias a ti —le dio un breve apretón y abandonó el quirófano.

El monitor cardíaco indicaba la frecuencia fuerte y regular de su corazón. Las chances de sobrevivir a una herida así eran muy bajas, ex puesto a infecciones, sin antibióticos ni medicamentos, y la recuperación más inviable todavía. Pero ahí estaba él, dando batalla, aun dormido. Y él era tan necesario allí, como soldado, como líder, *como hombre* se dijo mientras miraba la puerta por donde había desaparecido su nueva cuñada. Si tan solo pudiera cambiar su lugar con él. Se acercó y dejó un beso en su frente, acariciando su cabello castaño con reflejos rojizos.

Si tan solo pudiera cambiar de lugar...

XVIII

.Maga

Pasó las pocas horas que quedaban hasta que terminara la noche tratando de no pensar en el campo de batalla y ya se había cansado de rezar. Concentrada en pelar con cuidado las verduras de la cena de esa noche, papa, batata y zanahoria de su propia huerta, su mente cayó sin remedio en el chico que le quitaba el sueño. Lara tenía razón, no solo en el hecho que su diario tenía su razón de ser en él; le interesaba alguien que sabía que no se quedaría, que no permanecería ni en el campamento ni a su lado. Y entonces reconocía que se estaba condenando a sí misma a sufrir. Pero ¿Cómo podía hacer para sacarlo de su cabeza?

Tan abstraída estaba pensando en él, en cómo se había sentido con un solo roce de su dedo, caminando junto a él, sintiendo sus ojos recorrerla, durmiendo bajo su brazo. Tuvo que abrir la boca para poder respirar y sintió el calor treparle por la garganta hasta encender su rostro. ¿Y si no era amor y era solo sexo? Pura y ardiente lujuria. El amor a primera vista existía, ella creía en eso, lo conocía, lo había sentido, pero también sabía que existía la lujuria y que muchas veces, podía ser tan poderosa como el amor más fuerte. Y Lucas era eso, una fuerza irrefrenable de la naturaleza de la que no iba a poder escapar, por más que lo intentara. Era como si él tuviera el control remoto de su ser, capaz de encenderla y cambiarla de canal, de su programación infantil a una novela erótica, porque podía no haberlo volcado en su querido diario, pero los dos sueños que había tenido la noche anterior con él no habían sido de los dos caminando de la mano por un prado de flores violetas.

Se apoyó en la mesada, recordando cómo se había sentido mientras soñaba, entre dormida y despierta, su sueño guiado por sus propios anhelos y sus fantasías reprimidas. Podía sentir sus manos, la proximidad de su cuerpo, y sintió su voz a su espalda empujándola con violencia a la realidad de la cocina, a las papas peladas y el agua hirviendo a su lado.

—¿Estás bien?

Maga giró sobre sí, dejando caer el cuchillo al piso. Lucas la miró desconcertado, todavía vestido con el uniforme de combate, su chaqueta de cuero y el ama cruzada en la espalda. Asintió mientras sonreía y lo miraba, todavía conmocionada por las imágenes de su mente y el tenerlo frente a ella.

—¿Ya llegaste?

—Sí. —Ella y sus preguntas idiotas. *¿Qué iba a ser, un holograma?*

Todavía tenía refrenadas las ganas de abrazarlo como hacía con sus hermanos y el corazón latiendo a mil. La emoción le estallaba por los poros y el diminuto detalle que él hubiese pasado a verla antes de siquiera quitarse el ama, estremeció su alma solitaria—. Estabas durmiendo cuando nos fuimos y no pude despedirme y saber cómo estabas...

—Mejor. Gracias. —Lucas la miraba escéptico y era obvio que su semblante no era el mejor. Entonces confesó—: Llorar me hace mal...

—Entonces no lo hagas.

—Si solo pudiera. —Lucas avanzó un paso y Maga no pudo despegar los ojos de los suyos, hipnotizada por ese brillo seductor que era una promesa de placeres que ni en sueños conocía. *¿Qué tenía ese ex traño que despertaba la oscura esencia de su alma con solo mirarla?* La magia se rompió cuando Adrián entró empujando las dos puertas de la cocina con violencia.

—¿Qué hay de comer hoy?

—Hola, Adrián... —dijo Maga casi como un suspiro. Lucas le dio espacio, el recién llegado ocupó su lugar para saludar a su hermana antes de inclinarse y verificar el menú del día.

—¡Verduras! —murmuró el hermano menor, desilusionado. Levantó ambas manos al techo en una desgarradora súplica al Creador—. *¿A quién hay que matar en este agujero para comer un asado?*

Adrián abandonó la cocina y, como después de una tormenta

tropical, volvió la paz y el silencio al lugar. Lucas miró a Maga como si quisiera retomar la conversación en el mismo lugar silencioso donde la habían dejado, pero ella escapó.

—Ve a bañarte antes que se acabe el agua caliente. La comida estará lista en un rato.

Suavizó con una sonrisa la despedida, se acomodó el cabello detrás de las orejas y levantó el cuchillo que había caído al piso. Desde abajo lo vio salir y se quedó allí, casi de rodillas, intentando comprenderse.

XIX

.Lucas

Ni bien traspasó la puerta de la cocina, Lucas encaminó sus pasos por el pasillo que lo conducía a la barraca de los soldados, donde estaban los baños compartidos y la cama que ocuparía hasta que Alan volviera a estar en condiciones de reincorporarse al ejército. Mientras se sacaba por sobre la cabeza el ama láser que había disparado hasta agotarse, con la ropa sucia de tierra pero nada de sangre enemiga, vio bajar del entrepiso de vigilancia a la que, sin duda, era el ángel malvado del que tanto le habían hablado. El parecido con Maga era sorprendente, y vista de frente, con el pelo estirado y la cola de caballo ondulada oculta en su espalda, cualquiera podría confundirse. Pero en cuanto sus miradas se cruzaron y el brillo frío de sus ojos lo atravesó como un rayo, todas las similitudes desaparecieron. Ella se detuvo un escalón antes de llegar al piso para quedar a su altura. Llevaba una laptop bajo el brazo y una maraña de cables en la mano.

—Hola.

—El llanero solitario... —Lucas levantó las cejas y abrió la boca para contestarle con algún eufemismo sarcástico pero ella siguió hablando—: Conmocionaste el lugar... y a mi hermanita. Ten cuidado.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo que me confunda entre las dos? —Lara lo miró desconcertada y Lucas sonrió de costado. Cualquier cosa que alguno de los dos fuera a decir fue interrumpida por el Líder del campamento.

—Hola, Lucas. Veo que ya conociste a mi otra hija. Lara, ¿Cómo estás?

—Bien, papá. Repuesta. Pasaré a ver a Alan después de ir al garaje.

—Quiero que comas.

—Voy a comer... después de revisar el vehículo. Nadie controló que hubiera algún tipo de rastreador...

—Fue lo primero que se hizo. Despreocúpate. Lucas, ¿Cómo fue todo?

—Demasiado tranquilo. Se retiraron antes que pudiéramos hacer algo. Hubo dos heridos leves en otros grupos.

—Sí. Ya los atendimos. Nada grave. Quisiera tener una reunión con ustedes después de comer para ponerte al tanto de lo que sabemos y como trabajamos aquí.

Lucas estaba por argumentar cuando vio la mirada divertida de Lara. Si pensaba quedarse debería aceptar las reglas de juego de ese lugar y someterse a la cadena de mando, lo que podía implicar estar por debajo de ella. Y el brillo perverso en sus ojos delataba que estaba esperando la oportunidad para disfrutar tenerlo bajo su dominio. No le quedó más remedio que asentir en silencio. El Líder subió las escaleras, dejando un beso en la frente de su hija al pasar. Lara sonrió como un ángel, batiendo las pestañas antes de retomar su camino. Lucas tuvo ganas de estrangularla.

Lara caminaba delante de él y se contoneaba sabiendo que la estaba mirando. Tenía la camiseta metida en el pantalón dándole una vista panorámica de sus atributos, de cómo el pantalón se adhería a su cuerpo, gastado justo en la curva inferior de su cadera, que descendía a sus piernas largas. No tenía bolsillos, habían sido arrancados o quizás era la moda del momento. ¿Qué tan idénticas serían debajo de la ropa? Estaba tan concentrado en adivinar lo que escondía ese pantalón que se encontró a sí mismo en un espacio amplio como una caverna, lleno de automóviles, motocicletas y vehículos extraterrestres. Lara miró por sobre su hombro cuando apoyó la laptop y los cables en el capot de uno de los vehículos.

—No necesito custodia dentro del campamento. —Se sentó en la chapa frontal con un salto y se inclinó hacia delante, mirando a Lucas divertida. Él miró alrededor desorientado. Ella le hizo una señal con la cabeza hacia una puerta lateral—. Por allá vas a las barracas para que puedas bañarte, cambiarte y ponerte

lindo para Maga. A ella le gustan limpitos...

—¿Siempre eres así?

—¿Así como? Yo no hice nada.

—Soberbia. Agresiva.

—Te estoy indicando por dónde tienes que ir. Este lugar tiene un millón de pasajes. Podría dejarte a la deriva y vagar en ellos todo el día...— sonrió casi macabra, como si de pronto la idea le gustara demasiado pero el deber fuera más fuerte. Suspiró—. Pero mi hermana se enojaría conmigo y, la verdad, no tengo ganas de pelearme con ella hoy.

Después de la declaración, Lucas dudó en tomar el camino que la pelirroja maldita le había indicado.

—¿Puedo confiar en ti? —Ella se encogió los hombros sonriendo, abrió la laptop apoyándola en su regazo y balanceó las piernas como si fuera una criatura inocente. Decidió darle una oportunidad y tomó el camino indicado, preguntándose cómo podía haber gente que disfrutara haciéndose la mala.

Sintió una punzada de culpa cuando llegó a la barraca por el camino que Lara le había señalado. Por eso, y por el hecho que fantaseó dos veces en el camino con la sesión sexual a la que habría sometido a la maleducada, y varios métodos para enseñarle a portarse bien, porque si sus padres no le habían dado una nalgada a tiempo para corregirla, él estaría primero en la lista dispuesto a encamilarla y qué noche podía llegar a ser esa. No iba a necesitar agua caliente sino una ducha bien fría para sacarse esas imágenes de la cabeza.

Regresó al salón principal cuando ya estaban levantando los platos. Subió con la laptop al centro de vigilancia, dejó todo allí, conversó dos minutos con Pablo sobre las nuevas configuraciones que quería hacer con el vehículo y le pidió que la ayudara. Pablo tenía los conocimientos teóricos que ella necesitaba para llevar adelante sus ideas. Era su compañero ideal, inteligente y silencioso, sumiso a sus designios. Vio a su padre subir las escaleras hacia su oficina seguido por Adrián, Magalí, Lucas y los líderes de los otros equipos. Se encogió en su asiento, esperando no ser vista y poder escapar de la reunión, pero su padre hizo girar su asiento hasta tenerla en frente.

—Te quiero adentro.

—No comí todavía.

—Te dije que lo hicieras. Busca un plato y ven a la oficina.

Genial, resopló para sus adentros. Entonces tendría la boca llena y no podría replicar las acotaciones del llanero solitario. Comió hasta la cocina, sacó dos papas de la olla, manoteó un tenedor y subió las escaleras de dos en dos hasta la oficina. Su padre le cedió el asiento de su escritorio y siguió hablando de pie con el resto, manteniendo siempre las manos enlazadas en su espalda. Maga estaba sentada a un costado y Lucas a su lado, apoyado contra la pared. ¿Eran cosas de ella o se manejaban demasiado juntos para el tiempo que hacía que se conocían? Lara apoyó ambos pies en el escritorio de su padre, inclinó la silla para atrás y se concentró aplastar la papa mientras el Jefe del campamento hablaba en general.

—Debemos hacerles creer que somos muchos más para que se mantengan atentos a la zona y tengamos la oportunidad de escapar.

—¿Cuánto falta para que esté listo el nuevo refugio?

—Estará listo antes de fin de mes.

—¿Y por qué abandonar este? Es poco probable que podamos conseguir algo tan bien cubierto para los civiles como esto.

—La intención es movernos lo más al sur posible. Conseguimos algunas comunicaciones vía radio con gente de allá y hay más grupos.

—¿Y cómo van a mover a tanta gente? Al sur... donde hace más frío...

Lucas sintió todas las miradas en él. Lara soltó una carcajada, dejó el plato en escritorio y sentenció:

—Es una locura subir a este tipo al equipo cuando no tiene ni idea de contra quién está peleando.

—¿Y tú si lo sabes, verdad? Encerrada veinte metros bajo tierra, ¿no?

De pronto el ambiente se congeló. Lara se incorporó y Lucas hizo lo propio aunque sin alejarse de la pared. Su padre se cruzó de brazos y retrocedió, dispuesto a contemplar el espectáculo.

—¿Qué tanto sabes de los aliens y su aversión a la luz del día?

—¿Por qué es tan importante? Algo los condiciona, no hay que ser universitario para darse cuenta de eso. —Lara miró a su padre exasperada.

—¿Vamos a ponerlo de líder cuando solo puede pelear porque piensa que los *condiciona* el sol?

—Lara, no es algo vital que lo sepa.

—Además... —intervino Adrián en defensa de su nuevo líder—, el tipo pelea como catorce de nosotros juntos. Mano a mano. Sin armas. Los lee como nadie. Sabe lo que van a hacer como si fuera uno de ellos.

—¿Y dejamos un equipo en manos de alguien que se maneja con el sexto sentido para matar enemigos? Dame un respiro. —De pronto la expresión de Lucas se suavizó, al límite del divertimento.

—A ver, fuente de toda sabiduría, ilústrame.

Lara puso los ojos en blanco y se dejó caer de nuevo en la silla, capturando su plato y hablando sin mirarlo.

—Tienen una tolerancia normal a los rayos solares, como nosotros, pero es evidente que necesitan la protección extra a los rayos ultravioleta. Los rayos que detiene la capa de Ozono, que en esta zona del planeta está dañada. No lo toleran...

—¿De verdad? ¿Es lo que piensas?

—Es la lógica...

Fue el turno de Lucas de poner los ojos en blanco y hablar con una propiedad en el asunto que le cortó la digestión.

—¿Qué tipo de lógica estas usando? Es inverosímil. ¿Pueden viajar por el cosmos pero les afecta la luz del Sol? —Lara levantó sus defensas. Rebatió.

—Viajan con protección en sus naves.

—¿Y no la aplican en sus uniformes? Si tienen la tecnología para blindar sus naves, ¿Por qué no usarla en sus trajes? ¿O se los sacan para pelear contra nosotros? —Hubo algunas risas—. No... debe ser algo más.

Lara respiraba entrecortado mientras sus mejillas ardían, rojas como su cabello. Sus ojos flameaban con el fuego del infierno y no había lágrimas allí. Era lava.

—Lucas tiene razón —dijo Adrián, mirando a su hermana de costado y retomando el punto central de la discusión: Sumar al renegado a su ejército—. Con mucha menos información que nosotros, menos equipo, solo, él ha llegado tan lejos como nosotros. ¿Por qué no aprovechar lo que tiene para ofrecemos, incorporándolo a nuestro grupo?

—No es mi decisión, sino la de papá. —Todos los ojos fueron entonces al líder del grupo.

—La decisión no es mía, sino de él. Si quiere sumarse, será bienvenido.

Todos, incluida Lara desde su posición detrás del escritorio y Maga, mirando hacia arriba, buscando sus ojos, lo miraron. Lucas solo miró a Maga.

—Me quedaré hasta que Alan pueda recuperarse y volver a ocupar su lugar. Realmente no sirvo para trabajar en equipo.

—Lo haces muy bien, sin embargo —dijo el Líder, sonando mucho más paternal de lo que debiera, sus ojos bajando de los de Lucas a los de Maga que sonrió satisfecha entrelazando las manos y disimulando los puños cerrados en festejo—. Entonces... bienvenido a bordo, Lucas.

Todos aplaudieron menos Lara y Magalí. Lucas miró a Lara solo una fracción de segundo antes de apoyar su mano en el hombro de Maga. Sonrió cuando encontró sus ojos.

Lara apretó los labios y volvió a agarrar el plato casi vacío de comida. Lo peor de ella floreció como maleza, su temperamento consentido y caprichoso, volvía a mostrar las espinas. Desde que era pequeña, el único momento en que prestaba atención a un juguete era cuando su hermana estaba divirtiéndose con él. Lucas parecía no ser una excepción. Era una cuestión de principios, de los principios que siempre le faltaron.

Abandonaron la oficina y cada uno buscó su lugar. Los soldados a sus dormitorios, Lara al puesto de vigilancia, Lucas y Maga un paso más atrás. Cuando pasaron junto a ella, escuchó con nitidez su conversación

—La verdad es que no estoy tan cansado. Fue una noche ligera.

—¿Quieres dar una vuelta por los alrededores?

—No sé qué tan seguro sea... —Maga sonrió y Lara la miró de costado, echando fuego por la nariz como un dragón herido.

—Podemos ir hasta el río y volver, no son más de diez cuadras. —

Lucas encendió un cigarrillo y miró alrededor.

—OK. Pero voy armado.

—Mi papá no me dejaría salir de otra forma. Voy a ponerme las zapatillas y vuelvo.

Bajó las escaleras comiendo, Lucas siguió sus pasos más despacio. Lara habló detrás de él, por sobre su hombro, juntando las manos en la espalda.

—¿Van a tomar un poco de sol matutino?

—¿Quieres venir? —le dijo Lucas, enarcando una ceja, con el cigarrillo entre los labios. Lara lo miró de arriba abajo y negó entrecerrando los ojos.

—Me aburro.

—No te vayas a derretir a la luz del sol, princesa de hielo.

La expresión de Lara, cualquiera que fuera, pareció diluirse sobre su rostro. Se acercó a Lucas y se puso en puntas de pies para susurrarle contra el rostro

—Pasa por mi habitación cuando quieras y puedo demostrarte qué tan de hielo soy.

—No me gustan las fáciles.

—Cobarde.

—Perra.

Lara retrocedió un centímetro y sonrió, relamiéndose los labios ante la provocación. Ninguno de los dos pestañeó en el duelo de miradas. Sintió cuando su hermana se acercaba y se dio vuelta despacio, soltándose el pelo como si fuera parte de una propaganda de televisión. En el camino de su cuerpo girando para darle la espalda, lo empujó con un solo dedo y volvió a susurrar...

—Es como te gusta, ¿no?

Se cruzó en el camino con Maga, ahora con el pelo suelto y una camiseta blanca sin mangas. Sensual en su inocencia. Se había dejado el jean suelto que tenía antes. Ella hubiera elegido una minifalda para el paseo, delatando sus intenciones a cualquier buen lector.

Mientras se alejaba, pese a todo su desplante original, se planteó muy en serio que tenía que conseguir mantenerse alejada de Lucas. Por el bien de todos, pero en especial el de su hermana.

Salir al mundo exterior acompañada por Lucas era algo que ni en el mejor de sus sueños Maga había podido imaginar. Sentir el calor del sol de la mañana subiendo por el cielo, rozando sus brazos desnudos, segura como hacía tiempo que no estaba, aun cuando fuera un espejismo en medio del desierto, la hizo sentirse viva de nuevo, como hacía cinco años atrás o quizás un poco más. Caminando a la par, sin tocarse, se sentía envuelta por una burbuja, sola con él... sola en el mundo con él. Y nada podía ser más literal. Los enemigos dormían como el resto del ejército, aunque sabía que más de un par de ojos vigilaban sus pasos.

Lucas era una garantía de seguridad. Con una mano en la espalda, sobre su arma, revisando los alrededores sin mover la cabeza, sus ojos ocultos bajo los anteojos oscuros. Después de años de pelear en la oscuridad, sus ojos serían casi tan sensibles como los de los ex traterrestres, aunque nunca tan aterradores; la parte más extraña e inhumana de esos asesinos.

Cruzaron en silencio la avenida y el paseo de la costanera, hasta apoyarse en la baranda de concreto de cara al río que destellaba bajo el sol.

—Hacia mucho que no venía hasta acá.

—Tu papá es un poco protector.

—Lo es con todos en el campamento. Tiene mucha responsabilidad sobre sus hombros.

—Pero contigo especialmente...

—Somos lo único que le queda... y si a eso lo condimentas con el hecho que somos mujeres, tienes un menú infernal.

—Y que lo digas... —Maga miró para un costado siguiendo la línea del horizonte, apartando sus ojos de los de Lucas. Podía sentir cómo la miraba y en ese momento su corazón palpitaba entre el miedo y el anhelo—. ¿Qué hacías antes de la invasión?

—Estaba terminando mi carrera de maestra de grado. Ya había empezado a hacer pasantías en una escuela primaria.

—¿Te gustan los niños?

—Me encantan. Soy la maestra de los que hay aquí. Me encanta mimarlos cuando son bebés, ver sus progresos cuando van creciendo, consolarlos cuando están tristes. Y tratar que no pierdan la infancia aunque estemos en el medio de la guerra.

—Tarea sencilla la que elegiste.

—No siempre se puede elegir dónde estar.

—¿Preferirías estar empuñando un arma? —Maga lo miró y enarcó una ceja. Habló sin sonreír.

—No me gustan las armas. No soporto la sangre.

—Entonces mejor... no me gustaría que estuvieras allí afuera de noche, arriesgándote porque sí.

—Y de pronto... tú también eres *especialmente* protector.

—¿Está mal?

—No.

—¿Te molesta?

—Para nada.

—Mejor entonces.

Se acercó y pasó un brazo por sus hombros para orientarla a seguir caminando por la costanera hacia la derecha.

—Y para mantenemos seguros, sigamos el consejo de tu hermana y vayamos un poco más al sur. —Maga respiró entre los dientes haciendo un sonido gracioso. Lara no podía faltar en la conversación, ¿verdad?

—Lara no suele tener los mejores modos...

—Bastante y te quedas corta. Es desagradable.

—¿Desagradable? —Maga se apartó un poco para mirarlo, un poco incrédula y bastante complacida, no por el interés que él demostraba sino por la

llegada que había tenido.

—Bastante. —Lucas sacó un cigarrillo y lo encendió, soltando el humo por sobre su cabeza, lejos de Maga—. Lo poco que me dijo Alan de tu hermana se quedó corto.

—¡Ah! ¿Hablaron de ella? —El tono de voz le salió filoso por los celos, que no sabía si tenía derecho a sentir pero eran inevitables. Lucas tuvo que reírse.

—Me dijo que era la encarnación del demonio... el infierno necesario contra el ángel de la guarda del campamento.

—Y yo soy el ángel... —dijo, como si el calificativo la aburriera.

—Es lo que dijo Alan. Y no creo que haya exagerado.

—A los hombres le interesan más las chicas malas.

—Mentira. Eso le pasa a los que no saben nada de la vida. Cuando la chica mala te aruinó la vida, ya no te gustan más. Te lo aseguro.

—¿Te pasó?

—Sí.

El silencio que le siguió a la declaración denunció que eso era lo único que Lucas iba a decir sobre el tema y ella no lo iba a presionar.

—Entonces ¿Ya no te gustan más las malas? —Lucas sonrió mirando para el otro lado y ella se sintió una idiota. *¿Por qué no te desnudas y se lo haces todo más fácil?* gritó en su mente, enojada con ella misma. Se cruzó de brazos y apartó un paso de Lucas; él la miró desconcertado por el cambio de actitud.

—¿Qué pasó?

—Nada.

Se detuvieron en el medio de la vereda. Maga lo enfrentó, dando la espalda al río, y él tuvo que reírse de la situación. Se pasó la mano por el pelo mientras terminaba el cigarrillo y lo dejaba caer al piso para aplastarlo con su bota

de combate.

—Maga... no lo tomes a mal, pero la verdad ya estoy grande para este tipo de estupideces de los celos y la competencia...

—Yo no estoy celosa.

—Mejor entonces, porque no hay razón para ello.

—Es que no sé cómo, de la nada, Lara apareció en la conversación y eso me quita el humor de todo.

—¿Por un comentario que no quiso ser más que la manifestación de lo que me pareció en los doce minutos que compartí con ella? No me parece justo arruinar un lindo momento por una tija que no me interesa.

—¿No te interesa?

—No.

Lucas avanzó un paso y ella retrocedió, manteniendo la distancia, pero descruzó los brazos, lo cual era una clara invitación. Él dio un paso más y ella volvió a alejarse, hasta que el vallado de concreto la detuvo. Le sostuvo un brazo y avanzó sobre ella hasta que solo quedó un halo de luz entre los dos.

—No me interesa ella. Me interesas tú. —Se inclinó sobre su rostro, sin dejar de mirarla, sin detenerse y la besó.

La luz, el aire y el espacio desaparecieron entre ellos. Sus cuerpos se encontraron a mitad de camino entre el cielo y el infierno, mientras todo se evaporaba alrededor. Lucas le sostuvo el rostro mientras saboreaba sus labios de principio a fin y ella se aferró a su cintura para que no se apartara, pegada a su pecho, sintiendo el ritmo apasionado de su respiración, el eco de los latidos de su corazón retumbando en su propio cuerpo, recorriendo lugares olvidados. Su lengua acarició cada espacio de su boca, llenándola de su sabor agrídulce como si fuera un licor espeso que llegaba directo a sus nervios, encendiendo sus sentidos. Un escalofrío la recorrió entera cuando él deslizó la mano de su rostro a su cuello, enredando los dedos en su pelo y aferrándola para llegar más profundo,

ajustándola a su humanidad para eliminar cualquier duda que quedara en ella de quién y cuánto le interesaba, y de qué manera específicamente. Y ella respondió a ese llamado con piel enfebrecida, su respiración entrecortada y un gemido ahogado en la garganta, entre el deseo y la desesperación.

Levantó la mirada del plano que Pablo había dibujado con el circuito eléctrico y panel de control del último vehículo que habían obtenido de los invasores. Difería mucho de los otros que habían conseguido y podido adaptar a las celdas solares que proveían energía. Sonrió mientras el muchachito le explicaba lo que había logrado y lo que eso podía significar:

—Fueron dos segundos de acceso a lo que parecía la nave central. No sé si la nave nodriza o la que está apostada aquí, pero pude capturar dos planos completos.

—¡Eso es genial, Pablo! ¿Sabes lo que podríamos lograr con eso?
—¿Metemos en la nave y destruirla? —La ex citación de ambos era palpable, imaginando las posibilidades, como un gran broche de despedida, de destruir la nave que los había hostigado desde el comienzo de la invasión.

Todo su buen humor y diversión desapareció cuando se acomodó el cabello y en el camino sobre las pantallas de seguridad, sus ojos quedaron fijos en la número cuatro. Los vio llegar, tomados de la mano. Dos tortolitos románticos que flotaban sobre las tumbas sin gloria de la ciudad. ¿Se darían cuenta de lo patéticos que se veían? Siguió la imagen en la pantalla con un rictus sarcástico, hasta que se perdieron en el pequeño resquicio escondido por el que se accedía a la entrada del refugio subterráneo. Esperó su aparición triunfal en la pantalla siguiente, contando los segundos que saltaron uno a uno hasta convertirse en minutos. Sin necesidad de una imagen, todo desarrollándose en su prolífica y perversa cabeza, el corazón se le fue endureciendo con cada latido. Pablo a su lado carraspeó. Cerró la mandíbula con fuerza e intentó disimular sacudiendo los papeles. Su segundo se dio cuenta de inmediato y sonrió de costado con disimulo, aunque no lo suficiente como para no desatar la ira de Lara.

—No hables de esto con nadie... ¿Estamos claros? Es muy

arriesgado.

—Pero... —Pablo estaba desconcertado, incapaz de procesar tan rápido su cambio de humor bipolar:

—¿Qué parte no entendiste? Guarda bien esos esquemas y no lo comentes con nadie. Vete...

—Bueno

Pablo bajó la cabeza llevando consigo los informes y planos provisionarios, desapareciendo escaleras abajo rumbo al garaje. Lara hizo tronar las articulaciones de sus dedos y tecleó con furia para cerrar el acceso al edificio. Tendrían que tocar el timbre y ella era la guardiana de la entrada.

Llegaron al mismo lugar donde se habían encontrado por primera vez, tomados de la mano. Aunque no se detuvieron, ella miró el lugar donde los hilos de su existencia se enredaron y ya no pudo sacarlo de su cabeza. No había un solo rastro de ese encuentro y sin embargo para ella permanecería en su recuerdo como un santuario sagrado. Por tonto que sonara, tan absurdo en tiempos de guerra, ella creía en el amor a primera vista, y la presencia de Lucas llenaba su alma como nada lo había hecho nunca antes. Maga buscó el espacio escondido para acceder al viejo edificio, hoy solo ruinas en la superficie que escondían el refugio rebelde. Lucas la siguió después de echar un último vistazo alrededor. El pasaje era oscuro y angosto, apenas con espacio para dos, un recoveco ciego para las cámaras de seguridad que enfocaban al exterior y el interior del viejo hall donde solo quedaba un escritorio desvencijado. El último refugio para los amantes antes de entrar bajo la órbita del ojo vigilante. Seguía siendo el turno de Lara, pensó Maga, pero aunque fuera su obligación, nunca era garantía que la estuviera cumpliendo.

Se detuvo y Lucas quedó a sus espaldas. Contuvo la respiración. Sintió la proximidad de su cuerpo, el calor de su alma quemarla viva, encenderla, su humanidad inclinándose sobre ella hasta que su aliento húmedo acarició la piel justo bajo su oreja; sus labios suaves fueron una caricia pero fue el roce de su barba crecida lo que hizo estallar fuegos de artificio tras sus párpados cerrados. El aire la abandonó en un suspiro derrotado e inclinó la cabeza a un costado. ¿Cómo con algo tan suave podía hacerla sentir tanto? Las manos de él recorrieron su costado, delineando su cuerpo desde los hombros hasta las caderas. Presa del mismo vértigo, giró en sus brazos y sostuvo su rostro con ambas manos. El escondite parecía haberse oscurecido y estrechado, el cuerpo de Lucas pegado al suyo, queriendo fundirse en uno, y sabía que podían estar más cerca, quería que así fuera. El tic tac de un reloj, que sonaba como si estuvieran atrapados en un

campanario, los acercaba más y más, y ella tenía la certeza, por los indicios tras la tela, que él podía darle más placer con el resto de su cuerpo, no solo su boca, o su boca también. *Oh, sí.*

Por primera vez en su vida sintió el torrente de lujuria derramarse en sus venas y cancelar sus pensamientos en pos de sus deseos. Sí, lo deseaba, desesperadamente, como nunca a nadie en su aburrida existencia. Y era evidente que él también, latía contra su vientre, vibraba en la punta de sus dedos, en sus manos que la sostenían, ni alejándola ni acercándola. Se sintió poderosa, en control.

Un beso más fue lo último que su mente procesó, y allá fue, a devorar esos labios que daban y tomaban en un intercambio frenético, hambriento. El beso frente al río había sido romántico, casi inocente, tan solo la exploración del campo enemigo; en este parecían dispuestos a todo, quemando las naves, arrasando con todo sin tomar rehenes. Las sensaciones la hubieran asustado si no estuviera tan al mando de la situación, ella avanzaba y permitía el avance, ofrecía lo que tenía y tomaba hasta donde podía, y él le daba todo lo que quería. Dejarse llevar era tan fácil, lo que ardía bajo su piel consumía cualquier vestigio de pudor, de razón. Sentirse deseada era exhilarante, ser tocada de esa manera era poderoso y peligroso como la más potente de las drogas. Llevada a los extremos, ya no era ella. Se sintió Lara.

El pensamiento la asustó, de hecho la enfrió. Ella no era así, ella necesitaba un sentimiento para entregar su cuerpo, como cofre de algo más importante, su alma. Para ella el amor era mucho más que concretar una unión abriendo las piernas, involucraba mucho más que el cuerpo. Lucas percibió el cambio y la forzó a levantar el rostro, que estaba intentando esconder.

—¿Estás bien?

—Sí... Es solo que... Lo siento...

—No te preocupes, tenemos tiempo.

—No, no lo tenemos. Y yo lo estoy desperdiciando tontamente.

Apenas podía respirar en el medio de los jadeos de la pasión entrecortada. No podía mirarlo a los ojos, y al esquivarlo, al pestañear, las lágrimas cayeron de sus ojos sin que pudiera evitarlo. Él quiso abrazarla pero ella lo detuvo, no porque no necesitara la cercanía, sino porque se iba a quebrar y no quería. No estaba llorando por lo recién acontecido, sino por un millón de cosas que le quemaban en el pecho y había sabido ocultar en ese tiempo. Y de todos, llegó él para meterse bajo su piel y hacerla carne y sensaciones. Justo en momento en que todo estaba a punto de terminar.

Quiso salir pero él le cerró el paso con un brazo.

—Maga...

—Lo siento... —dijo ella y pasó bajo la barrera de su cuerpo, rumbo al viejo salón de recepción de Agua y Sanidad. Se limpió la cara con una mano, disimulando ante las cámaras de seguridad. Él la siguió de cerca, aunque sin tocarla.

Apoyó una mano en la puerta e intentó deslizarla, pero el panel metálico, disimulado entre las paredes, no cedió a su orden. Quien estuviera en el puesto de vigilancia tendría que haberlos visto llegar, y en ese momento, esperar. Se apartó, buscando la cámara de seguridad oculta. Si apostaba su vida no perdería, al asegurar que Lara estaba del otro lado. Estaba por maldecir cuando la mano de Lucas la sostuvo por la cintura y la hizo girar. Lo que vio en sus ojos la hizo temblar. La caricia áspera en su rostro, el contraste delicado del guerrero y el amante, sacudió todo el miedo en su interior.

—¿Estás bien? —dijo con tanta suavidad, con tanto cuidado, que su corazón vibró como si tuviera alas. Con él estaba bien, mirándolo estaba bien. Y en sus ojos descubrió lo que necesitaba para saber que no se estaba equivocando otra vez. Que la cuidaría y protegería estaba grabado a fuego en su mirada, pero la promesa de que no tenía ojos para otra que no fuera ella, que no rompería sus sueños, por cortos y tontos que fueran, en pos del sexo y la pasión, fue lo que la convenció de entregarle su corazón.

XXIV

.Lucas

Abandonó la barraca preparado para el combate pero con la mente flotando en el espacio. Durmió poco y salteado, las imágenes de la tarde con Maga bajo el sol, a la orilla del río, potenciando la adrenalina que tenía en las venas. No pasó por la ducha aunque su cuerpo lo demandaba con desesperación. Utilizaría todo lo que tenía adentro para volverse una máquina letal, enfocándose en la batalla, aunque Maga seguía llenando sus pensamientos con el sabor de sus labios, la suavidad de su piel, sus ansias, espejo de las suyas.

Sonrió revisando el cargador de su arma y una sombra más baja pasó por su lado cargando un bolso militar pesado. Por el pasillo que había utilizado para regresar desde el garaje, reconoció la cabellera roja ondulada debajo de la gorra negra. Ella disminuyó el paso y lo miró. Los ojos de él recorrieron su espalda, desde el bolso en su hombro hasta el final de la camiseta recortada, el pedazo de piel expuesto hasta que comenzaba la tela del pantalón trabado en la cadera, que sugería que debajo no había más que calor femenino, no más tela, no más barreras. Se obligó a sí mismo a retraer la mirada, y sus fantasías volvieron a dispararse, creciendo y agolpándose dentro de su pantalón.

El rostro y el cuerpo era el mismo, que se arqueaba bajo el suyo, recibéndolo con las piernas abiertas, abrazándolo, adhiriéndose a él como una segunda piel. Al comienzo era cálido y romántico, la comunión de dos cuerpos en uno solo, enredados en una danza de pasión pausada y profunda, rodeados de velas bajas, llamas trémulas y susurros como fondo musical. Y de pronto, la imagen mutaba a un espacio amplio, velas altas negras, llamas estiradas, reflejándose en un piso y techo de mármol negro, dos cuerpos en lucha por la dominación del otro, la fricción del encuentro mezclando sudor, lágrimas... algo de sangre, algo de cera... las texturas mezcladas con el cuero del uniforme de batalla, el satén de las sábanas negras y la piel enfebrecida de ambos. La mujer bajo él lo dominaba, cuando mutaba al ángel de pelo lacio que lo envolvía en sus

alas y lo tranquilizaba, lo elevaba al cielo, lo hacía gemir de placer con sus caricias y sus besos. Y el demonio lo poseía, cuando su pelo se ondulaba, arrastrándolo por el lodo hasta el infierno, incendiándole la piel, reduciendo a polvo y cenizas su voluntad y sus huesos.

Pestañeó dos veces y vio al demonio sonreír angelicalmente antes de retomar su camino. Se apoyó en la pared y restregó su cara tratando de despejarse. Estaba preparado para la batalla y descargar toda esa libido en destruir a sus enemigos, y debía focalizar su fuerza en eso, antes de equivocarse el camino y meterse en la cama errónea.

Caminó rápido, sus botas de batalla levantando un poco de polvo a su paso, hasta llegar al salón principal, donde el resto del ejército se había concentrado. Adrián estaba allí, revisando una de sus armas, bromeando con dos compañeros, rodeado de tres niños pequeños a los que nunca había visto. Todos levantaron la mirada cuando él llegó y lo miraron como si fuera un venerable Dios de la Guerra. El Salvador.

—Vamos.

Todos se pusieron de pie para seguirlo por la escalera que los conduciría al exterior, donde el sol todavía brillaba y les daría tiempo para ubicarse cerca del campo de batalla, a esperar que el enemigo apareciera. Lucas encendió un cigarrillo mientras veía pasar a sus compañeros de armas, sus soldados. Su escuadrón era el último en salir.

—¡Lucas! —La voz de Maga le llegó desde atrás en un grito, agitada. La vio venir corriendo con algo negro apretado contra el pecho. Se detuvo justo a su lado, frenando como si hubiera reprimido la necesidad de hacer la típica escena romántica de la novia despidiéndose del amor que partía a la batalla.

Todos los miembros del escuadrón se dieron vuelta para mirarlos, Adrián incluido.

—Perdóname... quería darles esto.

Estiró la mano, separándola de su pecho. Había diez cintas de cuero negro, del mismo cuero con que estaban fabricados sus uniformes, con un bordado rojo que todos reconocieron de inmediato: La cruz en la chaqueta de Lucas.

—Pensé que era un buen símbolo para identificarse.

Lucas no la miró. Tomó los brazaletes y apreció el trabajo del bordado en un hilo grueso y brillante que tomaba la forma de la cruz que él mismo había inventado, que él había cosido a su chaqueta como su símbolo personal. Levantó la vista hacia su escuadrón y todos lo miraron con el mismo gesto vicioso, esa sonrisa torcida e idéntica ansiedad por portar el símbolo que los distinguiría y acercaría más a él. El Renegado estiró la mano ofreciendo los brazaletes para el que quisiera tomarlo. Adrián primero y el resto después, uno a uno, fueron tomando un brazaletes y acomodándolo en el brazo derecho, ajustándolo con una cinta trenzada que salía de atrás. Maga los ayudó a ajustarlo y acomodarlo para que la cruz roja destacara. Lucas quedó con dos en la mano y ella frente a él.

—¿Me ayudas?

Maga tomó uno de los brazaletes y lo acomodó en el brazo derecho por sobre su chaqueta. Ajustó con fuerza y anudó la trenza. Lucas acarició su mejilla con la mano izquierda y le tomó la barbilla para levantar su rostro hasta el de él.

—Gracias. —La besó con suavidad y sin apuro. Nadie dijo nada. Uno a uno, los miembros de su escuadrón ascendieron por la escalera mientras Lucas y Maga se despedían. Él cerró sus labios con un último beso y la miró a los ojos, la pasión y la devoción dilatándole las pupilas—. ¿Me vas a esperar?

—Siempre... —Sonrió de costado y acarició el brazaletes antes de tomar a la carrera su camino por las escaleras.

Dejó la motocicleta escondida y caminó despacio, alerta, empuñando su arma láser, convencida que el escenario volvería a ser el mismo de la noche en que Alan había sido herido. No sabía por qué, pero los ex traterrestres volvían a los mismos campos de batalla donde eran derrotados, como si fuera una necesidad volver a controlar ese territorio. La noche anterior el escuadrón de Alan, ahora liderado por Lucas, había decidido tomar posición más al norte pero solo habían encontrado una patrulla. Otro escuadrón había tomado ese claro y se había enfrentado a un grupo más grande pero los dos se habían replegado sin víctimas, las primeras luces del día y el fin de las municiones estaba poniendo fin al combate. Estaba a menos de doscientos metros cuando vio las luces láser entrecruzarse y corrió ansiosa por no perderse la acción.

Se escudó tras los escombros, esquivando los láser y los estallidos a su alrededor hasta llegar a una pared y disparar a mansalva. Miró alrededor tratando de reconocer a los humanos pero estaban atrincherados y los rayos laser eran rojos. Todos estaban disparando a su máxima potencia. Vio moverse a un grupo de dos justo delante de ella. Se acercó por la espalda mientras desenfundaba el cuchillo que escondía en la bota. En cuanto iba a atacar, vio que tenían el brazalete en su brazo derecho. Se cubrió de los láseres, soltando el cuchillo y cayendo entre los dos soldados que la vieron aterizar como si hubiera caído del cielo.

—¡Mierda!

—¡Es humano! —Se acomodó entre ambos y recargó su láser para disparar por sobre su cabeza, escudada en el hueco que había dejado alguna explosión vieja. Los dos soldados hablaban entre ellos.

—Nos vamos a matar entre nosotros antes de reconocemos.

—Por eso sirve el brazalete de Maga. Es más discreto que la bandera que tiene Lucas en la espalda pero visible para nosotros.

—Y para los aliens también.

Uno de los soldados corrió hacia otro montículo de tierra y ella se quedó sola con el otro. El soldado de la chaqueta marcada llegó para ocupar el lugar vacío.

—Adrián. Ve por atrás y busca una brecha para penetrar. Si no los rodeamos van a escapar con el amanecer.

Adrián asintió y los rodeó. Lucas la miró por sobre el hombro y de inmediato miró su brazo derecho.

—Si vas a luchar con nosotros sería bueno que te pongas el brazalete. Hoy no vamos a preguntar dos veces si eres humano.

Sin decir nada más se sacó el brazalete que estaba en su brazo y lo anudó en el suyo. Se quedó mirándolo un momento pero de inmediato se puso sobre sus pies y siguió a Adrián para buscar entrar en las defensas del enemigo por la derecha. Se cubrieron la cabeza al recibir una descarga de láser y se arrastraron hasta cubrirse detrás de un vehículo destruido. Lucas logró escabullirse buscando posición y ella alcanzó a Adrián a la altura de un montículo de hierros retorcidos. Tomó la posta de los disparos mientras él buscaba una recarga para su arma.

—Voy a moverme hacia allá. Cúbreme.

Ella asintió y él meneó la cabeza antes de salir corriendo, agachado para escudarse a través del campo, zigzagueando de izquierda a derecha, cinco pasos y esquivando la explosión. Lucas le había enseñado a triangular los disparos. Sonrió orgullosa aunque la alegría no le duró.

Contó cuatro pasos y la explosión se adelantó, enviando el cuerpo de Adrián por los aires como si fuera un doble de efectos especiales arrastrado por

cables disimulados por la noche.

—¡No!

El cuerpo del joven rebotó con violencia contra una pared y cayó como una marioneta a la que le cortaron los hilos, arrojado más allá de la red de luces rojas que atravesaban el campo de batalla. Ella se cruzó el arma sobre la espalda y corrió cubriéndose la cabeza hasta llegar al lugar donde el chico apenas se movía. Le golpeó el uniforme, apagando un par de llamas en él y buscó las perforaciones de los láseres, pero no había ninguna, lo cual era un alivio. Le acomodó la cabeza y le destrabó el casco. Tenía los ojos muy abiertos y la boca rota; le golpeó las mejillas, buscando reacción. Adrián pestañeó y arrugó la cara en una mueca de dolor. Estaba vivo.

—¿Te duele? ¿Qué sientes? —Tuvo que gritar tres veces hasta que por fin la escuchó y balbuceó:

—¿Qué pasó?

—Vamos... te voy a llevar al campamento.

—¿Qué haces acá?

Lo ignoró mientras lo incorporaba, ayudándose con el hombro.

—¿Puedes caminar? Pon un poco de voluntad... no puedo sola—.

Arrastraba una pierna pero podía hacer palanca con la otra. Corrieron ocultos por lo más oscuro de la noche, mientras el combate se movía al sector contrario. Eso les daría tiempo para llegar a la motocicleta y podría llevarlo al refugio para que lo trataran. No sabía cuál podía ser el daño sin revisarlo.

Llegaron hasta el vehículo y ella lo ayudó a apoyarse en el piso, exhausto por el esfuerzo pero vivo. Eso era lo importante, estaba vivo. Si podía moverse tan bien no tenía fracturas complicadas aunque respiraba con dificultad.

—Acuéstate —le ordenó. Abrió como pudo el uniforme y le revisó el pecho y el abdomen, palpando con cuidado sus órganos como había visto a su

padre hacer mil veces. Él levantó una mano y destrabó su casco, sacándoselo por un costado, liberando la cascada de pelo rojo por sobre sus hombros. La presión sobre el costado izquierdo lo hizo aullar de dolor y apartarla con fuerza. Escupió sangre como convulsionando y gimió como un niño pequeño. Ella se sacó el guante y vio la mancha de sangre en él. Volvió a tocarlo y se congeló en cuanto palpó de nuevo—. Tengo que llevarte con papá.

La desesperación se adueñó de ella. Le puso su casco a él, ajustándoselo con fuerza, subió a la motocicleta y lo arrastró con ella, acomodándolo entre su cuerpo y el volante. No podía manejar bien pero no le importaba. Tenía que llegar cuanto antes al campamento. Era un riesgo que pudieran seguirlos pero la vida de su hermano estaba en juego.

Arrancó la máquina de una patada y aceleró a fondo, el motor rugiendo en el silencio de la noche, rumbo al escondite de la resistencia, arriesgando su propia vida y la seguridad de los sobrevivientes en un intento por salvar a su hermano menor. Las lágrimas la cegaban. Una parte de ella, la lógica, sabía que era en vano lo que estaba haciendo. No había manera que lograra llevarlo a tiempo. El órgano que había palpado estaba destrozado y tenía una herida sangrante allí mismo. No creía que hubiera manera de salvarlo, sin contar cualquier otra hemorragia interna que pudiera llegar a tener. Lo tenía apoyado en su pecho, el viento cálido de la noche presionándolo contra ella mientras cortaban el silencio a toda velocidad. Sentía como su agarre de a poco se iba aflojando, como su fuerza se iba diluyendo.

Se detuvo a unos metros de la entrada, detrás del edificio donde Lucas se había cubierto la primera noche. Lo bajó de la motocicleta con cuidado y lo apoyó en el pavimento. Se sacó la chaqueta e improvisó una almohada. Le quitó el casco y la sangre le desbordaba los labios.

—Adrián.

—No te vayas.

—Aguanta... voy a buscar a papá.

—No... no me dejes solo... no me quiero quedar solo... —Su voz salió ahogada por la sangre y el miedo. Le agarró las dos manos con fuerza y se retorció sobre sí, las lágrimas marcándole la cara polvorienta, mezclándose con la sangre. Ella lloró desesperada, aferrándose a sus manos y miró el cielo. No había nada que pudiera hacer por él...

—No te rindas... por favor.

—Te quiero... te quiero mucho.

—No, por favor... no... —Se estremeció una vez más y ella lo abrazó.

—Tengo miedo

—No me dejes sola, por favor... no me dejes... por favor...

Se apoyó en su pecho sollozando desesperada, su corazón latía con esfuerzo, perdiendo el agarre a la vida, cada vez más espaciado mientras la sangre ya no volvía a él, perdida en alguna otra herida que no podía ver.

Ella recordó cuando eran pequeños y la noche de tormenta era oscura. Cuando había truenos ella abandonaba su cama, descalza y menuda, cruzaba el pasillo, entraba en la habitación de enfrente y se metía en la cama de su hermano menor, que temblaba debajo de la almohada. Tenía miedo como ella pero jamás lo demostraba. Tenía que ser tan fuerte y valiente como su hermano mayor, como su padre, pero ella sabía que tenía miedo: Era solo un niño, los dos lo eran, pero juntos los dos podrían protegerse de esa amenaza desconocida. Adrián levantó la mano y acarició su cabello, imitando la caricia que ella repetía hasta que él se quedaba dormido a su lado. Ella tembló en los sollozos contra su pecho, sobre su cuerpo destrozado. La mano cayó pesada contra el suelo y su corazón escupió dos latidos seguidos antes de detenerse por completo, finalmente, para siempre.

—¡No! ¡No! ¡No!

Ella lo aferró del uniforme y lo sacudió, inerte, inmóvil, como su marioneta a la que los malditos invasores le cortaron los hilos y le quitaron para siempre. Gritó su impotencia, su dolor. Lloró como hacía siglos que no lo hacía, descargando su furia en el cuerpo de su hermano muerto. Llenó su rostro de besos, cerró sus ojos despacio, acariciando cada rasgo, las facciones que compartían en parte, aunque él era más parecido a su padre.

La vida no era justa llevándose tan joven, pero como el soldado que era, orgulloso del lugar que esa vida maldita le había dado, había muerto con dignidad en el campo de batalla, empuñando un arma, defendiendo su derecho de vivir, la propiedad de su planeta, la vida de sus hermanos.

Se acomodó el uniforme y se calzó el casco, enrollando su pelo dentro de él. Volvió a ponerse la chaqueta y levantó a Adrián como pudo, para llevarlo hasta la entrada del campamento. Lo dejó ahí con cuidado, en el lugar exacto donde las cámaras de seguridad lo captarían. Pronto vendrían a buscarlo. Le acomodó la cabeza y acarició por última vez su rostro sereno.

Corrió hasta donde había dejado la motocicleta y aceleró a fondo a la entrada a los túneles para volver. Tenía que estar allí para cuando encontraran el cuerpo de su hermano.

Tuvo un mal presentimiento, de esos que se resistía a seguir porque sabía que tenía razón. De esos que, cuando tenía razón, le dolían en lo más profundo del alma. ¿Qué podía ser en ese momento? De la nada las fuerzas enemigas se replegaron y desaparecieron en la noche, casi tan rápido como aparecieron. La extraña quietud que los envolvió era la tranquilidad que precedía la tormenta. Algo pasaba en el campamento y muy adentro supo que iba a sufrir. Se palmeó el lugar donde tenía el brazalete y convocó al resto de sus nuevos compañeros de armas en una de las trincheras creadas por los explosivos enemigos.

—Tenemos que volver. Ya.

—Falta Adrián.

Uno a uno se miraron y todos los ojos recayeron en Lucas, que se quitó el casco y miró los alrededores. La punzada en el estómago le dijo que allí estaba el real foco de su presentimiento.

—Vamos a dar una vuelta a ver si lo encontramos. Nos encontramos acá en quince minutos. Esté o no, volvemos al campamento.

—¿Y si no lo encontramos?

—Volveremos a buscarlo cuando salga el sol.

El nudo en las entrañas era idéntico al que sintió en el momento que perdió a su familia y solo había dos personas en ese momento a las que podía sentir tan cercanos como a ellos y estaban en el refugio. Si había pasado algo, serían más útiles allá que buscando más enemigos.

Se separaron y revisaron un perímetro pautado buscando a Adrián, pero no encontraron ningún rastro salvo su casco en el medio del campo de batalla. No hallaron su cuerpo. Alguien se lo había llevado.

Corrieron hasta el móvil que estaba escondido en una arboleda y viajaron rápido, todos atentos a los alrededores de no ser seguidos por patrullas extraterrestres de cielo y tierra.

Lucas encendió un cigarillo y recordó el día de la invasión.

Había peleado con su novia, con la que tenía fecha de casamiento para el mes siguiente. Cómo un momento, una decisión, puede cambiar tu vida para siempre. Discutieron por algo insignificante que de golpe parecía un muro insoslayable entre los dos, amenazando con hacerlo retroceder en sus planes matrimoniales. Ella se quedó masticando rabia mientras él se marchaba pegando un portazo, sin decir adiós. Necesitaba un respiro y se metió en el bar de la esquina. Hacía un año que vivían juntos y todavía se estaba preguntando por qué carajo había dicho que sí al tema del casamiento, si ellos estaban bien así, y si no estaban bien, sería mucho más fácil amar una maleta, salir de ese tema y no meterse en un buffet de abogados. No era un buen indicio empezar un matrimonio pensando en el divorcio, ¿O sí? Saludó al mozo y le pidió el periódico de la tarde mientras esperaba su café irlandés. Sacó su teléfono y abrió la aplicación de Twitter mientras José, el mozo que ya lo conocía, llegaba para tomar su pedido. Lo de siempre: Café irlandés, doble.

Encendió un cigarillo mientras revisaba los tweets de sus contactos. Todo aburrido, aburrido, *¡Aburrido!* Sorbió en silencio y disfrutó la mezcla de café y alcohol, arrojando el peor prefacio de la historia:

¿Es que nunca va a pasar algo interesante en este país de mierda?

Se rio del tweet de su amigo Durgan pero ni siquiera lo llegó a procesar. Sus ojos se levantaron al cielo, con el mismo estupor que los transeúntes, viendo como el cielo se oscurecía, anulando el precioso atardecer. Miró el reloj en su teléfono móvil y comprobó que eran las cinco de la tarde del

sábado seis de mayo. ¿Cómo olvidar esa fecha? Pensó que era una tormenta, de esas que llegaban sin anuncio ni alerta meteorológico, inundaban la ciudad y se marchaban tan rápido como habían llegado. Pero no, las nubes se rompieron, como si de pronto la tierra se hubiera invertido y una polvareda estuviera bajando de la estratosfera. *Ya quisieras...* miró el jarrito de su café irlandés y lo olisqueó con asco. ¿Estaría vencido el whisky? ¿O estaba teniendo una alucinación *a-la-Independence Day*?

Cielo roto, polvareda invertida, de la nada el cielo se cubrió por naves enormes con protuberancias piramidales que se desprendían de ellas a medida que se acercaban a la Tierra. ¿Era una puesta en escena para una película de Hollywood que se estaría rodando en los baratos escenarios de Sudamérica? No. El halo de luz verde que se desprendió de la nave principal e impactó en el centro del edificio de cinco pisos donde vivía, le dijo que no.

Retrocedió hasta pegar la espalda contra la vidriera del bar, que estalló en pedazos por la onda expansiva de la explosión. Vio a la gente correr como ratas asustadas mientras la nave tomaba rumbo norte y seguía destruyendo edificios altos a su paso. Ante sus ojos, el edificio donde estaba construyendo un hogar, imperfecto pero suyo, colapsó y se derrumbó, un piso arriba del otro.

Sacudió la cabeza, volviendo a la realidad. Si la explosión había sido devastadora, aún en el lejano registro de su memoria, lo que seguía no tenía descripción.

Apoyó la mano en el panel de acceso para abrir la puerta pero golpeó tres veces despacio esperando autorización desde adentro, escondiendo la otra mano detrás de su espalda. En cuanto supo la buena nueva que ella ya no estaba en la habitación de recuperación, se apuró al invernadero y eligió las fresias más exuberantes de su jardín. Una voz débil de mujer le llegó a través de la puerta, la empujó y asomó la cabeza antes de entrar a la recámara de Adela.

Estaba sentada en la cama, acomodándose sobre las almohadas, la sonrisa ampliándose en su rostro pálido y demacrado. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella.

—Buenas noches, Adela.

—¡Cuánta formalidad! Un par de días sin verme y ya me tratas como si no hubiéramos pasado los últimos años juntos. —RT inclinó la cabeza y miró al piso con un dejo de vergüenza, hasta que Adela rompió en risas y volvió a llamar su atención.

—Quise pasar a ver como estaba. Y a traerle... —Sacó la mano detrás de su espalda y estiró el pequeño ramo. Adela se incorporó con cuidado, sus pies descalzos cubriéndose con la túnica blanca que vestía. Tomó las flores con ambas manos, con cuidado, como si fueran de cristal. Se las llevó a la cara e inspiró con fuerza, llenando sus pulmones con la fragancia de los pétalos amarillos.

—Son hermosas. Gracias... —Lo tomó de la mano y arrastró hasta la cama para que se sentara a su lado.

—¿Cómo se ha sentido hoy?

—Mucho mejor. Algunos días son mejores que otros.

—Hablé con el Sanador y me dijo que el tratamiento ha hecho su efecto y su cuerpo ya no tiene problema alguno.

Adela miró a un costado, perdiendo la mirada en una imagen enmarcada, colgada en su pared blanca, rompiendo la ausencia de color de la habitación. Era una foto de su familia. Ella, su marido, sus hijos. Una montaña nevada, una ladera verde, un lago azul cristalino, una postal del paraíso natural en la Tierra. San Martín de los Andes le había dicho que se llamaba. RT miró la fotografía y después su cabellera roja, sujeta en una trenza que descansaba sobre su hombro.

—Sí. Lo sé —dijo con una sombra de melancolía. Quizás el Sanador había compartido su teoría con ella y ambos coincidían en que el problema no estaba en su cuerpo.

—Las niñas también están preocupadas, si no se recupera pronto...

—Hoy estuve con ellas. Estarán bien. —Adela volvió la cara y su mirada dorada atravesó los cristales oscuros de las gafas que cubrían los ojos de RT. Tomó una mano en la suya y él bajó la vista a sus dedos entrelazados. Sus manos eran perfectas, delicadas, sus dedos largos, sus uñas cortas. Como debían ser las manos de una mujer.

—No puede darse por vencida.

—No todos podemos vivir quinientos años como ustedes, RT. Los humanos tenemos una vida mucho más frágil y limitada.

La mujer abrió los ojos con desmesura, se conmovió y se llevó una mano al corazón, desplomándose en brazos de RT sin decir nada más.

Volvió de su habitación y entró rápido a la cocina, intentando recuperar el tiempo perdido. Sujetó su cabello en una cola y manoteó un delantal, enganchándolo en la cintura de su pantalón y mezclándose con el resto de las mujeres que preparaban la comida de los soldados. Faltaba muy poco para amanecer, era hora de empezar.

Intentó distraerse con la conversación de las otras cuatro mujeres, rodeadas por su rutina cotidiana, acostumbradas a no saber mucho de lo que acontecía veinte metros por encima de sus cabezas. Los días y las noches solían sucederse uno tras otro de la misma manera, la costumbre del encierro y la clandestinidad estaba incorporada, como las amas, los heridos y la muerte. Desde el interior pudo escuchar la voz de su padre elevarse por sobre su tono normal.

—Necesito que duermas ahora para darle más sangre a tu hermano mañana.

—Hagámoslo ahora. Después podré descansar.

—Necesitas más horas de recuperación. Estás muy pálida. No puedes hacerlo...

—Estoy bien. Puedo aguantarlo. Tomé suficiente líquido y no he tenido mareos ni vahídos. Estoy perfectamente...

—Aquí el médico soy yo... y estás demasiado demacra...

Una vez más, desde el puente de vigilancia, la voz del joven de turno los sacó de su discusión.

—¡Oficial caído! ¡Puerta Este!

Maga exhaló, sintiendo en las entrañas la renovada sensación de desesperación. Sintió como su corazón luchó por salir de su pecho para correr

hacia el entrepiso y poder ver qué sucedía, el terror apretándole la garganta sin permitirle siquiera respirar. Corrió delante de su padre y se detuvo de golpe detrás de Pablo que señalaba el cuerpo que yacía en la puerta del edificio.

—Acerca el zoom... —El líder del campamento dio la orden que se cumplió de inmediato. Lara llegó un momento después para pararse entre ellos. Los tres contuvieron la respiración. La secuencia era una mezcla de vértigo y acción lenta, donde podía percibir todo lo que sucedía, y aun así, el registro era borroso. Su padre tragó y carraspeó para aclararse la garganta. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y se derramaron cuando salió a la carrera como si las palabras fueran el disparo de salida—. ¡Custodia! Vamos a la superficie.

No le extrañó que fuera Lara la primera que arrancara un arma láser del puesto de seguridad, que se utilizaban en situaciones de emergencia como esa. Dos civiles imitaron su movimiento y la siguieron, corriendo escaleras arriba. No podía ver los escalones por las lágrimas, no podía respirar, pero aun así trepó con rapidez sin quedar rezagada en el grupo. Nadie se les unió excepto la custodia, quizá podían intuir, por la manera en que los tres habían abandonado el lugar, que la tragedia volvía a golpear de cerca a esa familia.

Lara agarró a Maga del cuello de la camiseta y la arrastró hacia atrás, tomando su posición contra la puerta. Su padre fue el encargado de abrirla, seguido por los dos civiles armados. Maga quiso avanzar pero Lara la detuvo, creando una barrera al levantar la pierna y apoyar el pie en la otra pared, los ojos clavados en el exterior, en la espalda de su padre, mientras ella misma comprobaba con un dolor que sobrepasaba lo describable, que el cuerpo frente a la puerta era de su hermano menor. Maga escondió el rostro en ambas manos y dejó salir el llanto en silencio, hasta que Lara bajó el pie y la dejó pasar. Salió corriendo hasta caer junto a su padre, arrodillado a un costado del más joven de sus hijos, el más valiente de sus soldados. Los dos civiles dieron la espalda al cuadro, no por pudor sino alertas en su papel de custodia. Se acercó despacio, como si no quisiera despertarlo, apoyando una mano primero en el pecho sin vida de Adrián,

cayendo sobre él hasta abrazarlo y descargar su llanto sin consuelo, sin final.

Se quedaron ahí en el medio de la oscuridad quebrada por el amanecer y el silencio, sin estrellas de testigo, rotos por los sollozos de Maga, el único sonido en la noche trágica de sus vidas. Una más. Una pérdida más. Otra vida destrozada en manos de un enemigo despiadado. Un hermano, un hijo, arrancado de raíz y arrojado a la basura por los invasores.

Supo de inmediato que el problema que su instinto presagiaba estaba en el campamento. Todos los ojos se centraron en silencio sobre él, a medida que avanzaba por el amplio espacio que oficiaba de comedor. Los ojos acuosos de las mujeres y el gesto sombrío de los hombres significaban que la tragedia los había tocado otra vez.

No controló su primer impulso e ignoró a los espectadores para avanzar rápido hasta las puertas vaivén por las que se accedía al quirófano y sala de recuperación. Allí estaba Alan, en su cama, pálido y quieto; Lara estaba parada a su lado con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándolo fijo. Pudo ver que tenía la nariz enrojecida por el llanto. Se concentró de nuevo en Alan y detectó el oscilar tranquilo del pecho, al ritmo de su respiración. Lara no era ajena a su llegada pero aun así lo ignoró; la princesa de hielo permaneció inmóvil. Abandonó la habitación en el mismo momento en que el Líder y su otra hija salían de la cocina, el hombre cobijándola bajo su brazo mientras ella estaba aferrada a su saco oscuro, tratando de no caer.

No corrió a sus brazos ni gritó su desesperación. No fue necesario. Solo caminó los tres pasos que los separaban y se apoyó en su pecho, sollozando en silencio. Lucas la abrazó y hundió la cara en su pelo recogido. No era necesario que dijera nada más. Supo entonces que no tendría que volver al campo de batalla para buscar a Adrián. De alguna manera, él había podido llegar a casa.



Todos los que vivían allí, hombres, mujeres y niños, acompañaron a Adrián y a su familia para darle el último adiós.

Maga acompañó a su padre en todo momento, como si esa mañana hubiera envejecido; derrotado y cansado, los hombros vencidos, de pronto el peso de los años y la guerra le cayeron encima sin piedad. Ella no podía parar de llorar. Por momentos las lágrimas se derramaban solas de sus ojos, en otros se quebraba en un llanto acongojado, como si alguna memoria disparara el dolor directo a su alma y la sacudiera desde los cimientos.

Lucas se mantuvo en formación junto a su grupo, todos portando sus armas, condolidos por la pérdida, pero alerta y con los láseres cargados esperando que los enemigos aparecieran. Todos sentían que las manos les ardían en la necesidad de venganza. Que la noche llegara y a su amparo pudieran cobrar con sangre lo que les había sido arrebatado. Adrián no era solo un soldado, era el amigo de todos, el niño afectuoso que todas las mujeres querían, el amigo de los más pequeños, que siempre tenía tiempo para contar anécdotas de la batalla cuando todos los demás estaban demasiado cansados. Era quien ayudaba a los enfermos, el que aceptaba la carga más pesada en beneficio de otro, el que colaboraba con todos.

Todos lloraron esa mañana mientras cuatro hombres cavaron un agujero anónimo en una saliente cercana al río, sin lápida ni cruz. El padre de Adrián se inclinó sobre él, acariciando su cabello, un calco del suyo en sus años mozos. Al verlos tan cerca el parecido era innegable, aún más que Alan. Adrián era igual a su padre. Besó su frente, sus párpados y susurró algo en su oído. Se levantó despacio y Maga tomó su lugar para despedirse. Presionó dos dedos en sus labios y los apoyó en los labios pálidos de su hermano. Se levantó y tomó un puñado de tierra antes de volver a su lugar. Los hombres que lo habían transportado lo apoyaron con cuidado en la tierra, envuelto en una bandera celeste y blanca, y hasta a Lucas le ardieron los ojos en el significado más profundo de la canción patria. Adrián había muerto con gloria, defendiendo algo más que su patria y su bandera, su planeta y el derecho de todos a sobrevivir.

El padre dio el primer paso para el final, tomando una de las palas con las que se había cavado el agujero, y cubrió con tierra el cuerpo de su hijo varón más joven. La vida era tan injusta cuando golpeaba a un padre de esa manera. Ningún hombre está preparado para enterrar a su descendencia, a la carne de su carne. Pero ese hombre era, ante todo, un soldado, y en tiempos de guerra, cada caído dolía como un hijo y cada hijo era un soldado más. Maga se acercó sin interrumpir a su padre y dejó caer sobre el cuerpo el puñado de tierra que había levantado, elevando una plegaria por su eterno descanso. Volvió a su lugar sollozando con los brazos alrededor de su cuerpo, abrazándose a sí misma para no despedazarse. Lucas miró más allá de la saliente el brillo del sol que se reflejaba en el río quieto. Qué terrible era vivir en la guerra. Tanto para perder.

XXX

.RT

El Sanador ayudó a Adela a incorporarse en las almohadas y se sentó junto a ella, sosteniendo su mano. Estaba pálida, devastada, como si un tren le hubiera pasado por encima. Había tenido dos crisis nerviosas cuando se recuperó del desmayo pero por fin estaba tranquila. No había sido necesario sedarla. RT estaba a un costado en la habitación, mirando impotente lo que pasaba. ¿Qué era lo que pasaba? Repasó palabra por palabra, la breve conversación que había tenido con ella, buscando qué podía haberla perturbado, inspeccionó una a una las flores en busca de algún elemento extraño que la hubiera lastimado, analizó en detalle la foto colgada en su pared, tratando de ver más allá de la imagen pero nada parecía haber cambiado en ese millón de píxeles.

Desconcertado y abrumado, cruzó los brazos sobre su pecho, parado lejos de la cama de la sala de recuperación, esperando. Era lo único que podía hacer. Su relación con Adela había despertado sentimientos y sensaciones en él que desconocía, que no sabía que habitaban en su mente, en su alma. Sus pensamientos y sus sentimientos eran tan parecidos a aquellos que había estudiado en los humanos. Y una cosa era leer de ellos, investigarlos, y otra por completo diferente, era sentirlos en carne propia. Nada en sus ciento nueve años de existencia lo había preparado para esa experiencia. Pero ella lo había transformado, ella había iluminado ese rincón escondido y le había enseñado los secretos del alma.

El Sanador se alejó de la cama y se aproximó a la esquina donde estaba RT.

—Es extraño.

—¿Fue algún problema con su corazón?

—No. Le hice los controles pertinentes y no muestra ninguna lesión en el músculo cardíaco o interrupción en su circulación. ¿Por qué se alteró?

—No lo sé. La conversación era ligera e intrascendente. Fue como si le hubieran disparado.

Los dos volvieron a mirar a la mujer que descansaba entre las mullidas almohadas blancas, ambas manos entrelazadas a la altura de su vientre, el gesto en su rostro de un dolor inconmensurable, por algo que ni ella misma podía llegar a entender, mucho menos explicar. El dolor estaba allí, clavado como una espina en su pecho y ninguno sabía que podía haber pasado.

El aparato de identificación junto a ellos vibró sin sonido y RT presionó un botón para permitir que ingresara el asistente. Se detuvo junto a él y esperó que lo autorizara a hablar.

—Sí.

—Señor. El equipo de reconocimiento de víctimas envió un mensaje urgente. Identificaron sangre humana en uno de los campos de batalla. Se corresponde al que usted cargó con el código 1D3L1. Masculino. Diferente procedencia al que se encontró la noche anterior. —RT y el Sanador intercambiaron una mirada atónita y luego miraron el rostro atormentado de Adela.

El silencio acompañó el regreso de la comitiva fúnebre al campamento. Los soldados se llevaron la comida a la barraca y los civiles fueron retomando sus actividades con tristeza en el corazón. Lucas se acercó a Maga y ella dejó que el hombre se adelantara con paso cansado.

—¿Cómo estás? —Maga negó con la cabeza apretando los labios y los ojos para no llorar. Inspiró con fuerza y habló con voz suave pero quebrada.

—Voy a acompañar a mi papá a su habitación.

—Te espero. —Ella sonrió y apretó su mano como señal de agradecimiento. Se apuró para alcanzar a su padre y miró por sobre su hombro mientras lo abrazaba por la cintura, como si necesitara su apoyo y cercanía para sobrevivir. Lucas se encontró a sí mismo solo en el gran salón, vacío y silencioso. Sus pasos se dirigieron solos a la sala de recuperación donde estaba Alan.

Junto a la camilla del joven estaba Lara, acostada en otra idéntica, los dos unidos y separados por una enorme máquina que no parecía estar funcionando. Ella inspiraba profundo, mientras un grueso catéter salía de su brazo derecho y se perdía en la máquina. Otro catéter salía de allí e iba al brazo izquierdo de Alan. Se acercó despacio y en silencio y ella abrió los ojos en cuanto sintió la presencia a su lado.

—¿Qué haces aquí?

—¿Cómo estás? —Lara levantó ambas cejas y cerró los ojos con gesto despectivo, como si la pregunta fuera sobrando—. ¿Quieres que te ayude?

—Ya terminé. Estoy esperando un rato para poder ir a mi habitación.

—¿Le diste sangre?

—No... es mi turno de enfermera, pero como soy una vaga aprovecho que no hay nadie y duermo junto a él. —Lucas apretó los labios y puso los ojos en blanco. Ella era como él, de esa religión que no sabían pedir ayuda y

usaba el sarcasmo y la agresión para apartar a la gente por miedo a parecer débil, por resistirse a bajar las defensas.

—¿No podías hacerlo después del entierro de tu hermano?

—No me gustan esas cosas. ¿Para qué perder el tiempo con los muertos cuando los que pelean por su vida nos necesitan más? —La sensación de lástima se reemplazó por la irrefrenable necesidad de abofetearla dos veces. Lara abrió los ojos y exhaló algo que pareció un bufido mezclado con risa.

—¿No te cansas del papel de mala?

—No, me encanta. Los hombres lo encuentran sex y como el infierno.

¿No es así, llanero solitario?

—Pobre niña, tan desesperada por gustarme...

—Ve con cuidado, Renegado. No te enredes con las malas... no te convienen.

—¿Y cómo lo sabes?

—Yo inventé el concepto. Hazme caso por esta vez. Quédate con la princesa buena de la historia, no dejes que la bruja te engañe.

—No creo que seas tan mala.

Lara se incorporó despacio, sus movimientos lentos y calculados; sacó con cuidado el catéter de su vena y puso un paño de algodón en la hendidura del codo, apretando con fuerza con el brazo.

—Lo soy... ¿Sabes cómo me decían Adrián y Alan entre ellos cuando éramos pequeños? "Las". Y a Maga "Sie". Por Lassie. La perra buena y heroica de la televisión. Maga es la buena y heroica... —Se apoyó en la mano libre y dejó caer la cabeza hacia adelante, mirándolo entre las pestañas—, yo soy la perra.

Lucas se rio entre dientes y miró a Alan, pensando en las cosas que habrían hecho en su infancia.

—Cosas de niños.

—Le he hecho mucho daño a mis hermanos. En especial a Maga.

—Lucas tragó y la escuchó sin interrumpirla, mirándola mientras ella levantaba despacio la cabeza y perdía la mirada en la pared que estaba detrás de él—.

¿Sabes por qué todos me odian? ¿Más allá del hecho inapelable de ser hermosa, inteligente y superior al resto? Porque le arrebaté a Maga el amor de su vida.

Porque el muchachito, que durante años besó el piso donde yo caminaba, el mejor amigo de Alan y que, ¡*Sorpresa!* era el amor secreto e inconfesable de mi gemela, un día se cansó de esperar a que me percatara de su presencia y decidió darle una oportunidad a la réplica. Y cuando empezó a salir con ella, me di cuenta que lo quería para mí. Y me metí en el medio e hice todos los malabares posibles para salirme con la mía. Dejé a Maga y todo lo que tenía aquí, para huir conmigo al sur.

—No es por defenderte... —Lara re-enfocó en sus ojos grises y lo miró sorprendida—, pero creo que la responsabilidad era de él... Él salía con tu hermana... Él tenía una relación con ella.

—Pero yo era su hermana... Se supone que eso tendría que haberme importado algo. Pero ya está... el daño fue hecho. Es una marca de la que no podré escapar jamás.

—¿Y por qué me cuentas esto? —Lara tensó la mandíbula y él sintió un hambre voraz recorrerlo, y no solo desde sus ojos.

—Porque yo aprendí mi lección... y tú estás con Maga. Quédate con ella. —Lucas avanzó un paso y le acarició el rostro despacio, desde la sien hasta la barbilla. Ella cerró los ojos y sus lágrimas se derramaron. Se acercó pero ella lo esquivó, apretando los labios y alejándose hacia atrás.

—No juegues con fuego, Renegado. Te puedes quemar.

—Yo creo que solo necesitas alguien que te quiera...

—¿Y te estás ofreciendo de voluntario? —Fue el turno de Lucas de apretar los dientes. Hundido. ¿Por qué siempre tenía que hacer la elección equivocada?

Lara se apartó y bajó de la camilla sin ayuda, caminando despacio.

—Hazme caso, Renegado. Quédate con la princesa buena.

Se apoyó en la pared y salió de la sala de recuperación, dejando solo a Lucas con sus pensamientos, sus fantasías y su conciencia zapateándole en la cabeza.

Abandonó la recámara de su padre secándose las lágrimas con el brazo. Apoyó la frente en el marco de la puerta y deseó con todo lo que tenía en el alma que todo fuera una pesadilla. No tenía el corazón preparado para tanto dolor. En el momento en que pensó que su vida podía tomar un rumbo un poco más feliz, aún bajo tierra, pese a la batalla, encontrar un hombre que había despertado de nuevo en ella la esperanza del amor, en menos de dos días perdía a su hermano menor y tenía al mayor al borde de la muerte. ¡Dios! Era un precio demasiado alto para pagar por un solo beso. El dolor la tenía ahogada y su alma clamaba el remedio que una sola persona en ese lugar podía darle, aunque solo fuera sostenerla contra su pecho para consolarla.

Se incorporó y volvió al salón principal. Lucas estaba allí, sentado en la escalera que llevaba al entresuelo, a la oficina de su padre y el puesto de vigilancia. Se detuvo en la entrada y lo miró de lejos. Reflexionó un momento sobre lo que quería y como se vería eso en el momento que estaba viviendo. Pero quería salir de ahí, necesitaba abandonar su cuerpo para evadir el dolor, encerrar su mente, dejar de pensar, necesitaba sentir otra cosa que no fuera la pena, la pérdida, la angustia. Necesitaba refundir sus sentimientos y reconstruirse. Lucas levantó la vista y la miró fijo. Sus ojos ardían, como si eso fuera posible. Brillaban y no eran lágrimas. Sintió el fuego en sus venas estallando en su rostro y se vio a sí misma como una colegiala estúpida. Era una mujer y sabía lo que quería. Que fuera buena no significaba que fuera idiota. Que fuera un ángel no significaba que debía ser una virgen. Y Lucas debía haber percibido sus pensamientos, como el macho que olfatea la hembra en celo, porque se puso de pie, aplastando el cigarrillo con su bota y avanzando hacia ella con paso decidido.

Se detuvo a menos de un paso de ella, mirándola desde arriba, sin tocarla. Maga se aferró a su chaqueta y lo arrastró con ella, llevándolo a su boca para besarla con la desesperación del condenado a muerte.

—Te necesito.

—Estoy aquí —susurró contra sus labios, levantándola en brazos y devorando el espacio entre el salón y la habitación de Maga. Ella hundió la cara en su hombro, abrazando su cuello, temblando en la desesperación de estar con él a solas, a oscuras, desnudos.

Se desnudó por completo e internó su cuerpo bajo las sábanas. Se dio vuelta y apretó la cara contra la almohada, buscando ahogar en ella las lágrimas que parecían gotas de sangre de su herido corazón. ¿Qué sabía Lucas de su dolor? ¿Qué sabía de lo que ella necesitaba? Quería morirse... desaparecer, no haber existido nunca. Si no hubiera estado allí no sentiría como se le desgarraba el pecho por la pérdida de Adrián. Si no hubiera nacido no extrañaría como lo hacía a su madre. ¡Dios! ¿Qué daría por volver a abrazarla, decirle cuánto la amaba, que lo sentía, que no había querido lastimarla como lo había hecho, una y mil veces! Quería ser diferente y no la perra mal nacida que era, la que anhelaba una vez más lo prohibido. No podía lastimar de nuevo a su hermana pero su corazón palpitaba como loco cuando Lucas volvía a llenar sus pensamientos. ¿Por qué? ¿Por qué a ella?

El dolor se mezclaba con su sangre, necesitaba llorar hasta la inconsciencia, donde el sueño le diera un poco de paz a su alma, y a su cuerpo, desgastados por el esfuerzo físico, la sangre que había entregado y el dolor por la muerte de su hermano. Si tan solo hubiera algo que pudiera tomar para apurarlo.

Su mente, traidora, volvió a Lucas. ¿Sería así? ¿Era solo su necesidad de ser querida lo que la llevaba a ser mala? ¿Era su costumbre de apropiarse de lo ajeno lo que la llevaba a sentir que era a él a quién quería para amarla o era un sentimiento real? Con Román había pensado que era verdadero y eso había sido un bálsamo para su conciencia, hasta que se aburría de él, sus aspiraciones ecologistas y el pueblito en el sur le quedó chico para sus ansias de grandeza. ¿Con Lucas sería distinto? ¿Valía la pena volver a perder a toda su familia por un par de pantalones? ¿O era en verdad el héroe que venía a rescatarla de su pasado empantanado?

Sintió la puerta de al lado cerrarse como si la hubieran pateado y se incorporó en la cama demasiado rápido, haciendo que todo girara centrífugo a su

alrededor. Miró la pared que tenía enfrente, la chapa metálica sin pintar que separaba su habitación de la de Maga. Escuchó crujir las tablas bajo el colchón y el respaldo de la cama de su hermana chocó contra la chapa una vez, retumbando en su propio cuarto, en su pecho. Apretó los ojos y se dejó caer en la cama de nuevo, ajustando la almohada sobre su cabeza, buscando aplacar los sonidos que le llegaban nítidos como si no hubiera separación. Gritó desesperada, ahogada contra la tela, desgarrando su garganta con las garras de la rabia, el dolor y la envidia que desbordaban irrefrenables desde lo más profundo. No iba a poder dormir, no iban a ahorrarle detalles, no tendría paz esa noche para llorar a su hermano muerto. Ese era su castigo y lo iba a tener que soportar.

Su cuerpo cayó sobre Maga sin cuidado ni gentilezas. Estaba demasiado ocupado en apropiarse de su boca y sus manos atareadas en desnudarla como para entretenerse en detalles mínimos que lo alejaran de su objetivo: Su piel. Maga vibraba bajo sus manos, ásperas y toscas, y aun así, deslizándose sobre ella como si estuvieran aceitadas, recorriendo cada pedazo de humanidad al que le arrancaba algo de tela. Desnudándola con cada movimiento pero cubriéndola con su propia piel, aunque cuando ella ya estuvo a su merced, solo piel expuesta, dispuesta, él todavía estaba vestido por completo, con la chaqueta de cuero, el uniforme de los ex traterrestres y las botas sucias mezclándose con sus sábanas limpias.

La memorizó de cuerpo entero, recorriéndola palmo a palmo, grabándola en su propia piel.

Ella se incorporó un poco mirándolo a los ojos mientras le sacaba la chaqueta por sobre los hombros. Cuando él quiso hacerse cargo y completar el trabajo, ella mantuvo las manos firmes y desabrochó botones y cierres, apartó cuero y metal, mezcló sus manos con la piel de él y suspiró satisfecha cuando sintió su calor bajo sus dedos.

Sobre ella parecía enorme y en el medio de la oscuridad adivinó su propia necesidad de completar lo que habían iniciado, y ella ya no podía esperar más. Movié una pierna entre ellos para que se colocara en el medio sobre ella, incorporándose sobre los codos para besarlo y atraerlo, acercarlo y encajarlo en el lugar exacto donde se convertían en uno.

Maga se arqueó sobre su espalda en el momento en que lo sintió deslizarse en ella, pegando su pecho al de él, ajustando su cadera a la suya para sentirlo lo más profundo posible. La acomodó sobre las almohadas y ella lo envolvió con las piernas, cuando empujó una vez más hasta el fondo de su ser, escalando en la cama hasta el respaldo, haciéndolo repiquetear contra la pared

metálica en la que estaba apoyado. Los gemidos de Maga se elevaron en el silencio de la mañana, mezclándose con los que él ahogaba en la garganta, hasta que la explosión de pasión que los llenó iluminó la habitación, resquebrajó sus paredes, disolvió los muebles; hasta que la calma los arrojó a ambos, unidos y saturados, cansados, uno en brazos del otro, besándose en silencio, perdidos en su laberinto de pasión.

—Fue fantástico... pero rápido —dijo él abrazándola contra su pecho y buscando a tientas un cigarrillo. Ella acarició su mentón con el puente de la nariz, deslizándola sobre la barba crecida hasta que sus labios llegaron hasta su boca.

—Está bien... —respondió ella en un suspiro—, tengo todo el día para ti.

No sabía en qué momento se había dormido. Cansada de llorar, su cuerpo había sido vencido y entregado a los brazos del sueño. Cuando abrió los ojos, todavía le dolía el alma y le ardían los ojos, pero no estaba dispuesta a perder un segundo más lamentándose en esa cama. En algún momento de la noche había tomado una decisión que cambiaría su vida para siempre.

No podía seguir en el campamento. Las alternativas que su padre la dejara marcharse eran nulas y la encadenaría a la cama si eso fuera necesario. Le dolería perder un hijo más pero en Maga y Alan tendría todo lo que necesitaba. Estar junto a Maga, junto a Lucas, era como tener una granada sin seguro entre las manos. Y no estaba dispuesta a volver a arriesgar la felicidad de su hermana, aun cuando eso significara sacrificar su propia vida.

Sacó el bolso negro que mantenía escondido bajo su cama. Reforzó su vestimenta sobre lo que siempre utilizaba, varios pares de medias, dos pantalones, dos camisetas y sobre ello el uniforme que había adaptado de los extraterrestres. Se calzó las botas de combate y se asentó sobre sus pies, sintiendo como si el peso de la ropa y el uniforme sostuvieran su cuerpo liviano de flotar como un globo extraviado. Miró la hora en su reloj: En treinta minutos bajaría el sol y la batalla comenzaría. Los soldados saldrían por la puerta principal armados hasta los dientes y ella aprovecharía para desaparecer de escena por la puerta trasera.

Levantó el bolso y se encaminó a la salida. Hubiera querido despedirse de su padre, de su hermano convaleciente, incluso de su hermana. Escuchó un golpe y una risa ahogada del otro lado de la pared metálica. Dejó caer el bolso a sus pies y abrió con cuidado la puerta de su habitación, asegurándose que no hubiera nadie en los pasillos, y se acercó a la puerta contigua. No estaba cerrada, así que solo necesitó la presión de un dedo para empujarla despacio y abrirla un poco, pero lo suficiente para ver y escuchar la escena.

Lucas estaba vestido y de su hermana solo se veían sus manos enredadas en su pelo y sus piernas enroscadas en su cadera, el resto de su cuerpo oculto tras de él, apoyado contra la pared. Su chaqueta de cuero tensa, la cruz en su espalda desafiante como siempre. La imaginación le dijo el resto: El pantalón debía estar abierto y apenas caído, lo suficiente para darle paso a su hombría, para entrar a lo más caliente y profundo de ella. Y ella gemía aferrada a su pelo, estirando el cuello, exigiéndolo todo, demandando más...

—Hazme gritar... —Lara cerró los ojos y ajustó la puerta en silencio, queriendo arrancarse los oídos cuando él obedeció.

Se incorporó de la cama en la que Maga dormía, abrazada a la almohada que había puesto en su lugar para no despertarla. Mientras buscaba en el piso su ropa, mezclada con la de ella y las mantas de lana caídas en alguno de los recorridos por la pequeña cama durante las excursiones amorosas al cuerpo de Maga; la miraba respirar tranquila y relajada, la tenue luz de la lámpara en su mesa de noche iluminando la piel de su espalda, su pelo cayendo lánguido, su perfil sereno. Estaba hipnotizado por su belleza y su secreta seducción. Quién lo hubiera dicho...

Trató de no mirarla más para poder abandonar la habitación sin molestarla, ensartando los pies en las medias y después calzándose las botas. Anudó los cordones con rapidez y mientras estaba inclinado, sintió la cama moverse y una mano subir por su costado, escabulléndose entre la chaqueta y el uniforme. Sonrió mientras pensaba cuánto podía demorar su salida hacia la noche y la batalla. Miró de costado y la vio recostada en la almohada, con el rostro apoyado en una mano, sus ojos angelicales ahora brillantes de pasión y una sonrisa tierna como irrevocable invitación a no abandonar la cama nunca más. Abrió y cerró la mano mientras se calzaba los guantes de cuero con los dedos recortados que le permitían disparar. Percibió la mirada de ella, hambrienta de caricias, y su propia piel picarle bajo el cuero viejo y rasgado.

—¿Ya te vas?

—Falta poco para que oscurezca.

—¿E ibas a marcharte sin despedirte?

Lucas se puso de pie rápido pero sin muchas intenciones de marcharse. Maga se acomodó entre las almohadas, subiendo la sábana hasta su pecho y mirándolo resignada entre las pestañas.

—No quería despertarte... estás cansada. —Sus labios se curvaron

y no hubo nada de angelical en su sonrisa. Se puso de pie desnuda, haciendo volar la sábana a un costado y lo arrojó contra la pared. Él se dejó caer como si en verdad hubiera sido sometido, disfrutando del juego de poder que ella estaba iniciando para ver hasta dónde era capaz de llegar. Se apoyó contra su cuerpo, su piel blanca contrastando con el uniforme negro, poniéndose en puntas de pies para llegar a sus labios mientras con las manos deshacía el cierre y el botón que ajustaba su cintura. Lo buscó dentro del pantalón y gimió de placer contra su boca al encontrarlo tan preparado para tenerlo en ella.

Él la hizo girar sobre sí, reemplazando su espalda contra la pared, sosteniéndola del pelo y levantándola de la cadera, acomodándose entre sus piernas para presionar con su bulto palpitante en ese centro ardiente que lo llamaba a gritos. Estaba tan caliente como cuando habían empezado e iba por un camino sin retorno, azuzado por sus gemidos y el brillo en sus ojos porque, sí, ella lo deseaba tanto como ardía él. Aplicó presión y ella gimió, sus piernas envolviéndolo en una presa de la que no podía y no quería escapar. Sus manos pequeñas, delicadas, subieron por su cuerpo, sus hombros, su cuello, para enredarse en su cabello y cerrarse en puños que enviaron destellos de dolor y placer por su columna, directo a sus pelotas. Se miraron, jadeando su deseo; ella exhaló la demanda y él obedeció, ella su deber y comando, quien pulsaba su control remoto.

—Hazme gritar... —dijo Maga, entre la orden y la súplica, y él no se demoró.

A través de toda la ropa que vestía podía sentir su cuerpo desnudo palpitando en la espera, sus piernas abiertas, rodeándolo en sensual presa, y su sexo demandando con gravedad propia, atrayéndolo. Se obligó a detenerse, sosteniendo su rostro con ambas manos y besándola con suavidad, una que desconocía, una que no esperaba. Contra sus labios murmuró:

—Maga, tan dulce, tan suave, deberías estar rodeada de encaje y

seda y no de muerte y guerra...

Ella quiso decir algo, refutar, pero él fue rápido y su boca encontró la sensible piel de su cuello, haciéndola olvidar el reclamo, estirándose para sentirlo más. Todo en él era tosco y oscuro en comparación a ella, sus manos áridas, los guantes ajados, la ropa de combate. Ella tan receptiva, él tan brusco; ella tan frágil y sin embargo capaz de desnudar en él un lado cuidadoso, paciente y sensible.

Acarició despacio su costado, descendiendo por su cintura hasta desencajar su cadera, y levantándola como si no pesara nada, fue bajando por su cuerpo. Su pecho fue la primera escala y su lengua se puso creativa en el juego con sus pezones, arrancándole gemidos y despertando sus sentidos. Dibujaba patrones imaginarios con la yema de sus dedos, explorando con caricias sus reacciones. Fue acomodándola sobre sus pies e inclinándose para seguir degustándola, resbalando por su vientre, mientras sus manos se tomaban ambiciosas y presionaban sus nalgas redondeadas. Sus curvas eran precisas y delicadas, suaves laderas y pendientes con un solo camino: ese vértice cálido y húmedo que ya había visitado. Derramó un rosario de besos de un extremo al otro de su cintura, mordisqueando su cadera, llegando a postrarse de rodillas, mientras seguía acariciando sus piernas largas y delgadas. Estaba perdido, aun cuando su destino final estaba frente a su nariz, literalmente. Merodeó todo lo que pudo hasta que elevó los ojos y la figura de la mujer que estaba adorando le quitó el aliento: Con los brazos extendidos sobre la cabeza, uno sobre los ojos, la boca entreabierta, la espalda arqueada, expuesto el pecho, era mucho más que una musa de amor, era una diosa de sexo. Respirar de nuevo le llenó los pulmones de su aroma de mujer y todo su cuerpo vibró como un cable de alta tensión en sobrecarga. La hizo abrir las piernas, buscando sus secretos, y apartó esos labios calientes hasta llegar al nido de un rosado que iba intensificándose bajo su tacto. Se relamió los labios sin saber bien por dónde empezar, pero la instancia apremiaba, cuando ella levantó la pierna, la apoyó en su hombro y con la destreza de una bailarina clásica presionó su nuca con la pantomilla, forzándolo a avanzar.

Lo más delicado con lo que podía tocarla era con la lengua y lamió de abajo a arriba, rodeando varias veces el botón hinchado que podía pulsar para hacerla explotar. El gemido de ella fomentó su avance, más rápido, más profundo, voraz. Las manos de mujer rasgaron la pared y de pronto se vio envuelto por ella, sorbiendo, chupando, lamiendo, todo lo ilícito y más allá. Pese a que sus piernas apretaban sus orejas, escuchaba sus gemidos, mas no sus gritos. No estaba cumpliendo con sus órdenes, y en lo que a ella se refería, él era el mejor soldado.

Sabía que la cama estaba a sus espaldas, no necesitó mucha fuerza, solo un poco de equilibrio, para hacerla girar en el aire sobre sus hombros, avanzar rodilla al piso como solía hacer en el campo de batalla, y hacerla caer de espaldas sobre el colchón. Ella jadeaba por el vértigo y el orgasmo que escalaba, desparramada sobre las sábanas, con su piel inmaculada y su cabello rojo como en llamas. Se puso de pie y desabrochó su pantalón, no tenía mucho tiempo para preámbulo si no quería perder la cúspide del clímax que ella estaba rozando. La tomó de los tobillos, arrastrándola hacia él, y llegó a ver un destello de su expresión de sorpresa cuando la obligó bruscamente a girar y caer sobre su abdomen. Mientras la sostenía de la cadera y acomodaba para penetrarla, vio las marcas metálicas en su espalda perfecta. La acarició con una mano hasta llegar a la nuca y allí aferró un manojito de pelo rojo y lacio, manteniéndola en posición. Encontró la abertura para encajar con eficacia y se clavó profundo con un solo empujón, resbalando en la espuma que él había creado. La levantó del cabello hasta llevar su espalda a su pecho, su oreja a su boca. Habló en un susurro tan grave que a él mismo le dolió, casi tanto como lo que hervía en sus huevos. Su mano libre la recorrió sin cuidado hasta llegar a su boca, para hundir sus dedos allí como su miembro caliente entre sus piernas.

—No te escuché gritar... ¿No lo hice bien?

—Perfecto... —dijo ella, exhalando la palabra.

—¿Vas a gritar?

Negó apenas, temblando; él la sujeto con saña para enterrarse en

ella con más fuerza. Ella susurró al borde de las lágrimas:

—No puedo... Si nos escuchan...

—Déjame llevarte... Donde no hay nadie... Nadie más que tú y yo...

Grita para mí...

Acariciaba la piel de su cuello, de su nuca, con su barba crecida, levantó su cabeza de un lado al otro, alternando un oído y el otro, clavado en sus entrañas. El sentirla estremecerse entre sus manos con algo tan sencillo lo hizo sentirse poderoso, más que mil armas láser y toda la sangre alien empapando sus botas. Jamás se había sentido así, y no era necesidad, o no la básica que lo había metido en su cama la noche anterior, era otra cosa que nunca había sentido y que era el placer de la mano del placer en otro, ser instrumento y no destinatario, ser quien da y en ese dar, entrega el alma.

El segundo de revelación le hizo abrir los ojos y buscar con desesperación reemplazarlo, él no sabía sentirse así. Él no podía sentirse así.

Salió de ella y la obligó a inclinarse sin alejar la cadera de la suya. La acomodó sin cuidado y volvió a penetrarla, usando toda la fuerza que tenía, logrando un gemido que mezclaba peligrosamente el placer y el dolor. Un gemido fuerte pero no un grito, y en ese momento lo único que él necesitaba era un grito, uno que le hiciera recordar que era un bastardo, un sanguinario, un mercenario. Fue más fuerte y más rudo, enterrándose en ella, impulsado por sus jadeos y sus gemidos, hasta que la hizo estallar en un orgasmo cuyas réplicas vibraron en sus propios huesos. El azote de su liberación llegó tan fuerte y sincronizado, que le dolió hasta en las rodillas, cuando golpeó con tanta fuerza la cama que hizo temblar la pared en la que se apoyaba. Los dos gritaron, ella en agonía, una divina muerte que la dejó tendida, y en él un grito de guerra, cuya fuerza se dividió hacia arriba y hacia abajo, a su garganta y su abdomen, empujando afuera lo más oscuro de su esencia.

Si la lógica hubiera comandado su cuerpo, hubiera terminado esa sesión de sexo rudo y desenfrenado dejando a la chica en la cama, subiendo el cierre del pantalón y haciéndose de los cigarrillos con un dejo soberbio y pagado. Pero no, otro había tomado las riendas de todo lo que en él existía. Se demumbó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo, acomodando sus manos sobre las suyas, entrelazando sus dedos, encontrando su rostro, que giró hasta que sus respiraciones también se enredaron.

—Te amo... —dijo él tan bajo que no podría asegurar si el suspiro de su corazón llegó a materializarse en voz.

—No te vayas... No me dejes...

—Volveré... Quiero que me esperes aquí... Así... —Ella movió la cadera, donde todavía lo albergaba y el respondió hundiéndose más, creciendo de nuevo, dispuesto a volver a empezar.

—Estás haciendo trampa...

—En el amor y en la guerra todo vale...

—Aprendes rápido.

Le apartó el cabello y acarició su rostro con toda la suavidad que sus dedos callosos le permitían. Ella levantó los párpados y sus ojos dorados se clavaron en los suyos.

—Me tengo que ir...

—Vuelve... No me hagas ir a buscarte.

El asistente de armas miró al Comandante de su nave elegir dos armas nuevas y controlar su alineación y carga como un experto. Hacía años que no empuñaba una más que para las prácticas que realizaba en pos de no perder precisión, aun cuando nunca volviera a pisar un campo de batalla. Una vez que había sido elevado de rango, era muy poco probable que volviera a pelear en una invasión, pero en su esencia él era un soldado, por ello había luchado, en eso se había destacado. Pero por razones muy diferentes esa noche volvería al campo de batalla.

RT cambió su traje de mando por el uniforme de batalla común al resto de su ejército. Solo las tres barras doradas en su pecho lo distinguían de sus hombres y tendría una custodia especial mientras bajaba a la Tierra, después de todo, ser el líder de la nave tenía que tener algún privilegio. Pasó por el puente de mando antes de unirse a sus tropas. El sol ya había desaparecido en el horizonte.

Revisó las coordenadas a las que se dirigiría esa noche y verificó los hallazgos en el campo de batalla con el código de ADN que se correspondía con el de Adela. Los dos habían sido encontrados en el mismo lugar, con metros de diferencia, a tan solo horas uno de otro. Algo en su interior, que hoy reconocía como instinto, le decía que si volvía a ese lugar, alguno de ellos, sino los dos, estarían allí para él. Esperaba tener suerte en su nueva y arriesgada misión. *Instinto. Suerte.* Dos elementos incontrolables que pertenecían a la naturaleza humana, no a los de su especie. Dos palabras y sensaciones que había aprendido con Adela, como el amor, la temura, la calidez. Sentimientos, sensaciones, a las que no quería renunciar, ni estaba dispuesto a perder.

Todavía no sabía bien por qué, ni cómo, ni qué haría después, pero tenía que encontrarlos. Se lo debía a Adela. Y en secreto, en silencio, esperaba encontrar a alguien más.

Se reunió con sus hombres en uno de los vehículos que movilizaban las fuerzas de choque y ocupación. Se sentó en la parte delantera y calzó su casco mientras la compuerta de la nave principal se abría de par en par y la rampa de acceso bajaba hasta tocar el piso terrestre. Ya no quedaban reflejos del atardecer, era una noche nublada donde solo podía adivinarse el brillo de alguna estrella colándose tras el inusual gris de ese cielo del sur.

El móvil avanzó en el silencio entre los escombros.

Las calles y los edificios que todavía permanecían en pie mostraban las secuelas de la batalla que parecía no tener fin en esas latitudes. Sintió el peso del fracaso sobre sus hombros pero no era capaz de tomar la decisión correcta para revertir esa situación; tomarla, dar un paso al costado y permitir que aniquilaran lo que quedaba de la resistencia, significaría terminar con la vida de aquellos a quienes Adela amaba, que estaban allí, escondidos, luchando por sus vidas, quizá sin saber que ella estaba tan cerca.

Trabó el casco bajo su mentón, se quitó los anteojos negros y bajó el visor. Encendió el control de víctimas en el panel que tenía enfrente y miró de nuevo el camino, esperando poder ubicar otra traza del ADN de Adela, antes que esa sangre se derramara otra vez.

En cuanto se incorporó al grupo, todos lo miraron con un brillo extraño en los ojos. El padre de Maga estaba en el medio del grupo, impartiendo las órdenes y destinos de cada uno de los escuadrones. Todos sus hombres tenían el brazalete que Maga había hecho para ellos, apretado al brazo por una banda negra que significaba el duelo que honrarían en la batalla esa noche. La sensación de pérdida y el dolor lo llenaron de la furia que necesitaba para enfrentar al enemigo otra vez. El Líder del campamento se acercó a él mientras verificaba su arma.

—Quisiera que tuvieras especial cuidado esta noche.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que mi hija sufra más pérdidas.

—¿Cómo está Alan?

—Recobró la conciencia y está mucho mejor. Espero que hoy pueda comer.

—Es una buena noticia.

—Sin duda. Confío en que sabrás mantenerte con vida.

—Lo he hecho bastante bien hasta ahora.

—Lo sé.

—¿Algo más? —dijo cargando su láser y cuadrando los hombros, preparado para pelear.

—Quisiera que vayan al sector donde cayeron Alan y Adrián.

—Los aliens no van a ir allí nuevamente.

—Por favor...

Lucas entrecerró los ojos e intentó entender la lógica del Líder del campamento. ¿Lo estaba protegiendo, alejándolo de la línea de fuego? ¿O estaba buscando poner en sus manos la espada de la venganza? Asintió, aunque solo

haría una breve inspección en el lugar. Después tomarían rumbo norte, hacia donde solían huir las ratas alienígenas.

Ya estaba escondida entre los escombros cuando los dos grupos armados llegaron, siempre una espectadora de lujo en la batalla por la posesión de la Tierra. Esa noche era diferente a todas las demás. Esa noche las ansias de venganza y la sed de sex o agregaban una cuota de adrenalina extra en sus venas, haciéndola todavía más peligrosa para quien estuviera a su alrededor. Se sentía volátil, como si la hubieran empapado en gasolina. Podía estallar con solo una chispa que se encendiera a su alrededor y esa noche en particular, parecía estar destinada a ser una quimera.

Como si hubieran sido citados por el demonio, los dos escuadrones, humanos y ex traterrestres, convergieron en el mismo patio de juegos. Ambos grupos se movían sigilosos, acomodándose para tener el mejor rango de disparo, los blancos acomodados, los escudos preparados. Como si hubiera un ajedrecista que los acomodara, ella y los dos grupos estaban triangulados, y podía moverse hacia uno u otro lugar con relativa facilidad. Solo era una cuestión de tiempo.

Miró al cielo: No había luna ni estrellas, ni esperanzas en esa batalla. Tocó el brazalete en su brazo y decidió mezclarse con los humanos en la que sentía sería su última batalla. Pensó en Lucas, en su padre, en sus hermanos. Pensó en todos los seres humanos que habían dado su vida en vano y los que quedaban y perecerían de una manera u otra. *¿Por qué?* Se preguntó, con ganas de llorar. *¿Importa?* Susurró en el mismo instante en que los láseres empezaban a cruzarse en el campo de batalla.

Disparó al flanco enemigo y se cubrió como pudo, mientras con el viento del este llegaban nubes de humo y polvo, traídas de otros frentes. A lo lejos podían escucharse las explosiones, ajenas a ese lugar, estremeciendo el suelo bajo su cuerpo. Habían sacado la artillería pesada *¿Estarían desesperados por terminar la batalla?* *¿Se les agotaba el tiempo o estaban cansados que los débiles*

humanos les pudieran estar haciendo frente? Sonrió ex citada por esa posibilidad. Cuánto más interesante se hacía todo cuando tenías enfrente un oponente digno. ¿Qué pensarían ellos? ¿Se sentirían confiados, descansando en su tecnología, sabiendo que era solo una cuestión de tiempo que la resistencia humana sucumbiera, o desafiados por seres con menor capacidad armamentista pero con mucho más corazón y sangre que todos ellos juntos? Desafiados y derrotados. Cada noche sin bajas en las filas humanas era una derrota para los invasores. Cada vehículo robado, cada arma secuestrada, cada gota de sangre fluorescente derramada era una triunfo invaluable para los pocos sobrevivientes terrestres.

Los humanos avanzaron por sobre las fuerzas ex traterrestres y la batalla cuerpo a cuerpo le dio el espacio necesario para incorporarse y alzarse con dos trofeos antes que un nuevo móvil con más invasores llegara hasta ellos. Estaban rodeados. Vio a Lucas batallar con dos al mismo tiempo y se unió a él para sacarle uno de encima y hacer la pelea un poco más pareja. Le cortó el cuello sin detenerse a mirarlo y se apostó a un costado esperando que Lucas terminara con el suyo. Se arrojó junto a ella y se cubrió de los disparos desde el nuevo móvil que buscaba crear un espacio para el reposicionamiento de los nuevos enemigos. Lucas le hizo una seña con la cabeza y ella se movió hacia el edificio a su derecha, que estalló ante sus ojos como una trampa mortal.

Retrocedió bajo una lluvia de láser, cubriéndose la cabeza y zigzagueando hasta un montículo de chatarra que debió haber sido un automóvil en otra época. Lucas había quedado en el medio del fuego cruzado, ignorado por sus propios hombres que disparaban desde otra pared semi-demolida. Ella trató de cubrirlo, reforzando los disparos hacia los aliens y los disparos humanos cesaron como si por fin lo hubieran reconocido. Lucas corrió hacia ella en el mismo momento que uno de los morteros disparaba hacia la posición ex acta donde él se dirigía. Pareció verlo en cámara lenta y su cerebro describió la elipse imaginaria que el proyectil estaba describiendo, adivinando la trayectoria y el destino final del explosivo. Corrió contra él y se lo llevó por delante, tacleándolo con todas sus fuerzas, y la explosión a metros de ellos hizo lo suyo, arrojándolos por el aire, un

poco más allá del campo de batalla, demasiado cerca de los enemigos.

El cuerpo de Lucas cayó con fuerza sobre ella, aplastándola contra la tierra floja, producto de las explosiones, en el medio de una improvisada trinchera que los cubrió de los ojos del enemigo. La batalla se intensificó, los humanos intentando llegar a ellos, disparando por sobre sus cabezas. Lucas no se movía y ella tardó en recuperarse de la conmoción. Él reaccionó y ella sintió sus manos meterse por debajo de su cuerpo para arrastrarla consigo. Su mente se disparó al infinito, él contra su espalda, con toda la presión de su cuerpo apresándola contra la tierra, su mano bajando por su pecho; el aire en sus pulmones huyó y la cabeza le dio vueltas. Una explosión más cerca los cubrió de tierra y él volvió a apretar su cuerpo contra el de ella. El tiempo pareció detenerse. La mano de él subió desde su estómago buscando de nuevo su pecho, explorando, presionando. Descubriendo. Ella apretó los ojos. *Atrapada.*

Aprovechó el elemento sorpresa e intentó apartarse de él, arrastrándose bajo su cuerpo, pero él la apresó con las piernas, volviendo a apretarla contra la tierra, esta vez con otra actitud que poco tenía que ver con protegerla del enemigo. Su mano fue a su cuello y quiso destrabar su casco pero ella se sacudió para zafarse.

—Te dije que me esperaras en la cama... desnuda...

Ella tembló entre sus manos y él interpretó la emoción como la anticipación del encuentro íntimo, la ansiedad por la repetición de las horas pasadas. Otra explosión los aturdió y ella aprovechó el temblor para apartarse y escapar de su cuerpo, arrastrándose hasta que su espalda se pegó contra la montaña de polvo y escombros que los separaba de los invasores. Lucas se sacudió la tierra de encima e intentó incorporarse, pero algo lo detuvo. Miró hacia atrás y vio que una de sus botas estaba atrapada bajo algo deforme y pesado. Tiró con todas sus fuerzas pero no pudo zafar.

Ella se cubrió la cabeza cuando los láser volvieron a cruzarse por sobre ellos, las palabras de él retumbándole en los oídos como las bombas que

caían a su alrededor. Gateó hasta donde estaba atrapado, como quien se acerca hasta un animal atado que lucha por escapar, en el límite imaginario de su alcance.

A la misma altura, acercó su casco al de él, sus rostros cubiertos pero iluminados por los rayos rojos y verdes que chocaban sobre ellos. Él seguía luchando por liberar su pierna pero enfocado en ella, como si estuviera a punto de hacerle un striptease en el medio de la batalla. Inclino la cabeza y sonrió ante la idea, que no era mala, en absoluto.

Destabó el casco bajo su mentón y lo sacó de un tirón, arrojándolo más lejos, liberando la cascada de ondas rojas por sobre sus hombros. Lucas quedó inmóvil mirándola a los ojos y Lara sonrió sin alegría ni emoción. Enarcó una ceja y movió la boca, saboreando la sangre que sentía entre los dientes, producto de alguno de los golpes. Escupió a un costado, marcando el polvo, y gesticuló con los labios para susurrar algo que él no escuchó pero pudo adivinar

—Hazme gritar.

Se movió hacia atrás, alejándose de él, hasta que la espalda se apoyó de nuevo en el montículo de tierra que la separaba de los invasores. Se sacó la chaqueta, bajó el cierre de su uniforme blindado y liberó sus brazos; pasó las dos camisetas que tenía puestas por sobre su cabeza y quedó solo con un soutien blanco deportivo.

—¡Lara! ¡No!

Cuando los láseres se detuvieron, se incorporó y escaló el montículo de tierra para quedar expuesta por completo al fuego cruzado entre humanos y extraterrestres. Levantó ambos brazos por sobre la cabeza mostrando que no tenía armas y caminó con paso lento hacia los enemigos.

XL
.RT

Sentía que le ardían las manos por la necesidad de entrar en el campo de batalla, aunque podía ver todo lo que ocurría desde el móvil, rodeado y protegido por sus hombres. Quería pelear, pero necesitaba estar atento al identificador de ADN, solo por si acaso.

Todo ocurrió al mismo tiempo, con una sensación sísmica interior, como si la Tierra se hubiese detenido. Los reflejos verdes y rojos de los láseres desaparecieron del panel frontal de su vehículo y se trasladaron al detector de víctimas, encendiendo la alarma de identificación. Las letras dentro de la codificación de su propio lenguaje formó la clave con el que él había cargado el ADN de Adela. Miró el panel y de nuevo al campo de batalla, sumido en la desesperación y la necesidad de verificar la imagen que le devolvían sus ojos. Una vez, dos veces. Sacó los anteojos negros de su bolsillo y se los calzó mientras empuñaba su arma y corría hacia la puerta de acceso del vehículo, saltando fuera de él y caminando detrás de sus tropas alineadas, que se ponían de pie uno a uno apuntando a la aparición que se acercaba a ellos con las manos en alto.

El fuego cruzado había cesado y las tropas rebeldes se habían adelantado hasta la trinchera de donde emergió la figura femenina de cabello rojo ensortijado. RT paseó dos veces su línea de fuego de punta a punta, con los ojos fijos en ella, como si fuera un león recorriendo su jaula, la vista clavada en su presa.

Su pelo era idéntico al de Adela, más largo y desordenado, suelto, cayendo sobre sus hombros. Sus facciones eran iguales a las de Adela, sus ojos igual de dorados, y su cuerpo... Se abrió paso entre dos de sus soldados y todos se pusieron en alerta cuando él avanzó hacia la mujer con el torso descubierto. Caminaba decidida hacia su destino, a paso lento pero sin titubear.

Un humano saltó de la trinchera, arrojándose con desesperación

hacia adelante, trastabillando como si sus piernas no fueran capaces de sostenerlo, intentando alcanzar a la mujer, gritando su nombre sin respuesta: Era Lara. Si necesitaba confirmación, ese humano se la estaba dando.

Los rebeldes salieron para detenerlo y el fuego comenzó de nuevo. RT corrió hacia Lara y la atrapó en sus brazos, haciéndola caer al piso, cubriéndola con su cuerpo para protegerla. Su cabeza dio de lleno contra el suelo y sus párpados temblaron antes de perder el conocimiento. Sus hombres avanzaron para cubrirlo y lo ayudaron a ponerse de pie de inmediato. Él jamás la soltó, llevándola en brazos, corriendo hasta el vehículo.

La apoyó con cuidado en una fila de asientos y se quitó la chaqueta para envolverla en ella, mientras gritaba su siguiente orden:

—¡Nos retiramos! ¡Volvemos a la nave!

Libro II

Te pertenezco

¿Cuánto dolor ha quebrado tu alma?

¿Cuánto amor te completará?

Tú eres el relámpago que me guía

No encuentro las palabras para decirlo

Todas están sobrevaluadas

He viajado medio mundo para decir

que te pertenezco

Matt Bellamy ~ Muse

I
.MF

La mujer recién capturada yacía sobre la camilla de la estación de salud número 2. Seguía inconsciente, ya fuera por la conmoción del golpe o porque la sobre-saturación inicial de oxígeno y la vibración alfa de la nave inducían a los recién llegados a un sueño profundo. MF, jefe de investigaciones en ese vector y miembro a cargo del departamento médico, levantó la pantalla y deslizó los datos hasta llegar al indicador de ADN que titilaba. Dejó de respirar dos segundos, el tiempo que su cerebro tardó en decodificar las trazas y asociarlas con la prisionera más importante de la nave. No le gustaba llamarlas así, “prisioneras”, pero eso eran, así como esa nave era una *cárcel* y su misión de salvadores del universo no eran otra cosa que invasiones y colonizaciones. Pestañeó un par de veces y se acercó a la camilla donde un enfermero controlaba sus signos vitales y otro aprestaba el programa de adaptación.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor —El enfermero traspasó, con un breve movimiento, toda la nueva información que había obtenido de la lectura vital de la paciente, a su tabla de registros. La información pobló de datos su pantalla pero sus ojos estaban clavados en la muchacha. Tenía el pelo revuelto, rojo y ondulado, cayendo a un costado de la camilla. Era de un color tan espectacular que en un primer vistazo podría parecer que se estaba desangrando. Vestía un uniforme de combate de los suyos y era evidente que las botas no podían pertenecer a su talla. No llevaba la parte superior del uniforme, su piel blanquísima estaba sucia de tierra y sangre, aunque no tenía signos de estar herida. Era una versión perfecta y más joven de Adela, tenía su perfil, su color de cabello, sus manos. Algo en su expresión le dijo que de seguro también tenía su carácter.

—Señor... —MF carraspeó, leyó con rapidez los datos vitales y asintió cuando comprobó que todo estaba bien para llevar adelante el proceso de adecuación.

Los dos enfermeros comenzaron a colocar las terminales en los puntos estratégicos de la cabeza para encontrar en el lóbulo frontal ese pequeño sector que, mediante una ínfima descarga eléctrica, cambiaba para siempre. Percepción. El sanador colocó la palma de la mano en el lector de la consola de mando y tecleó el código de adaptación asociado a Adela para que se tomara el mismo patrón de modificación. Él había recibido a la mujer cuando llegó a la nave junto a su hija pequeña, cinco años atrás. Tuvo el extraño placer de conocerla en todo su esplendor y ser la primera víctima de su furia. La vio ponerse al frente del grupo de mujeres y espetarle todas las verdades que muy pocas se animaban a verbalizar después de la abducción. Nunca se apartó de su hija, se necesitaron varias dosis de sedante para calmarla y proceder a la adaptación. Una verdadera leona. Y su hija allí, inconsciente y vestida de soldado, debía ser un monumento a su sangre combativa mezclada con la de su padre militar. Una combinación explosiva.

—Todo está listo, señor

Tecleó la clave del protocolo y comenzó el proceso mecánicamente. Su especie había logrado claros avances en todo lo que era medicina corporal, incluso en niveles donde los terrestres apenas incursionaban como la manipulación genética y cirugía cerebral. Este proceso, de alguna manera, era el pináculo de su generación. Controlar la percepción, modificarla de manera micro celular para orientarla en su beneficio, era lo que les daba un altísimo porcentaje de éxito en su misión. Pero algunas mentes eran más resistentes, algunas percepciones estaban ancladas a otros aspectos que ellos no habían logrado decodificar y la modificación, aun concretada, podía derivar en otras situaciones incontrolables, y esa era la base de su teoría. Los protocolos micro celulares no habían podido llegar a lo abstracto de la psiquis, donde residía el verdadero poder del cerebro. Había algo intangible, un espacio hecho de nada, a donde no habían podido llegar y donde se albergaba todo aquello de lo que él y su

especie carecían. O por lo menos eso había creído él hasta ver la evolución de RT.

La puerta de acceso exterior se abrió con un siseo y la voz atronadora que llegó desde atrás hizo saltar en sus lugares a los tres sanadores.

—¡Alto!

MF detuvo la secuencia inicial y giró sobre sus pies para enfrentar al Comandante de la nave.

—¿Qué está haciendo?

Llegaba agitado, como si hubiese corrido la distancia que separaba el puente de mando de la estación de salud. Le tomó un segundo recomponerse después de entrar tan intempestivamente.

—¿Qué sucede, Comandante?

—Detenga la secuencia.

—¿Por qué? Es el protocolo...

—¿Por qué? Porque yo se lo estoy diciendo.

Todo el peso del rango cayó entre los dos como una pesada cortina de hierro. MF ni siquiera se cuestionó otro por qué, en una nave de guerra se respetan los mandos. Siempre. Desactivó la secuencia y espero en silencio. ¿Qué esperaba? ¿Una explicación? Pues, sí...

—Pueden marcharse... —le dijo a sus enfermeros y esperó que la puerta se cerrara detrás de ellos para mirar al Comandante. Pero él no lo estaba mirando, tenía los ojos fijos en la muchacha inconsciente.

—Señor...

—No lo haga...

—Es el protocolo. Es un riesgo enorme tenerla aquí sin la reprogramación. Es casi como tenerla sin bañarse, con todos los agentes

contaminantes del exterior, ex poniendo de nuevo a las mujeres... No sabemos...

—Lo sé. Cuando despierte la pasaremos a alguna de las habitaciones y podrá alinearse.

—El protocolo dice que cuando se reciben especímenes inconscientes debemos proceder con la reprogramación de inmediato. Es más sencillo.

—Conozco el protocolo.

—Pero no lo está respetando...

RT levantó la mirada despacio, como si le costara despegar los ojos de la muchacha.

—Necesito hablar con ella primero.

—Pero, señor... podrá obtener toda la información que necesite de ella aun después de la programación. No se modificará nada de su memoria, ni sus conocimientos. Incluso encontrará menos resistencia a relacionarse con usted, le dirá todo lo que necesite saber.

—No todo...

MF concluyó sus argumentos bajo la línea de mando. Él debía obedecer al Comandante de la nave. Punto. No estaba en sus manos discutir sus puntos de vista u opiniones, no era una mesa de debate o una reunión social. Había recibido una orden que no admitía revisión. O por lo menos no por parte de él. Pero después de 300 años de profesión y varias decenas de misiones en su haber, era la primera vez que veía una reacción de este tipo, y la primera vez también que necesitaba protegerla. Protegerlo.

Dio media vuelta y se encargó él mismo de retirar los electrodos en la frente de la recién llegada y desactivar definitivamente el protocolo de programación. La orden de cancelación quedó grabada con su propia mano. RT, tras él, soltó un suspiro aliviado.

—Me quedaré en la estación de observación hasta que despierte.

—Sí, señor.

Sintió la mano del Comandante en su hombro y un susurro inesperado.

—Gracias.

—No tiene por qué darlas, señor. Solo cumplí su orden.

Abrió los ojos y su primera impresión fue la de estar dentro de un vídeo futurista. Todo era blanco, no había una sola veta de color. Su cuerpo, todavía cubierto por su uniforme negro y su cabello desparramado sobre la almohada en la camilla donde descansaba, era lo único que desentonaba en su entorno. Se sentía débil, mareada, como después de dar sangre. Inspiró profundo y el aire que llenó sus pulmones le resultó familiar. Era como cuando entraba al laboratorio de su padre cuando era pequeña: Desinfectado, libre de contaminación, ausente de todo olor, inodoro diría la definición de diccionario. Oxígeno en tres moléculas, ozono. Tan pronto como se movió, la puerta se abrió con un sonido de descompresión, como si estuviera cerrada al vacío.

Un hombre entró. Un hombre era una manera de decir, ella sabía que no era un ser humano. Su cuerpo, casi idéntico a los que había visto en esos años, su gesto adusto y los anteojos negros eran pistas suficientes para reconocerlo ex traterrestre; eso y su sexo sentido sonando como la alarma de un camión de bomberos. El alien se acercó a ella con paso lento y mostrando sus manos adrede para tranquilizarla. Era extraño que no estuviera atada a la camilla, pero quizás considerarían que, siendo mujer, era inofensiva y manejable, no un soldado que había matado a cientos de los suyos con sus propias armas y sus delicadas manos. Apretó los puños pero decidió dejar el golpe para otro momento, cuando pudiera saber más de cómo revisar la nave y encontrar lo que buscaba. El invasor la miró y sonrió como si la conociera y eso envió una náusea de su estómago vacío a su garganta, sin escalas.

—Buenos días ¿Cómo se siente? —Su acento era neutro y sus palabras suaves y pausadas. Ella asintió en silencio e intentó incorporarse. El ex traterrestre le tendió una mano pero ella la ignoró, apoyándose en sí misma para encontrar equilibrio y poder sentarse—. ¿Puedo ofrecerle algo para beber?

—Quiero hablar con su líder... —dijo con toda la autoridad que

encontró dentro de ella—. Estoy aquí para negociar el cese de hostilidades contra la Tierra y solicitar el inmediato retiro de sus tropas.

El alien disimuló una sonrisa y miró al piso, como si estuviera conteniendo la carcajada. Lara carraspeó para llamar su atención, y él lo hizo, apretando los labios y uniendo ambas manos detrás de su espalda.

—El Comandante de la nave está esperando que la traslademos a sus aposentos. Si usted me permite escoltarla hasta allí, será posible que tengan una entrevista de inmediato.

Lara se incorporó en la camilla e hizo caso omiso de la mano que el tipo le ofrecía. Le bullía la sangre por agarrarlo del cuello y degollarlo. Con el pie, por puro instinto, tanteó su pantorrilla izquierda, donde amarraba un viejo cuchillo. No estaba allí; la habían desarmado. El alien le dio la espalda con completa tranquilidad, su rostro serio, de facciones casi perfectas, confiado que nada le pasaría aun con ella cerca. *Malditos...*

Lo vio apoyar la mano derecha sobre un panel rectangular y la luz de lo que parecía ser un scanner la recorrió en menos de un parpadeo. Empujó la puerta y con un gesto cortés la invitó a abandonar el lugar. Dos tipos de mayor contextura y vestidos con uniforme negro de combate, los esperaban afuera. Esos eran los tipos contra los que ella peleaba cada noche y que a pesar de su físico y sus armas, caían como moscas en sus manos. Los ignoró y siguió al de blanco. Se sentía la *Princesa Leia* de *La Guerra de las Galaxias*, llevada como prisionera para conocer a *Darth Vader*. Sonrió viciosa, sentía que podía destruir ese lugar con las manos desnudas. Todo parecía tan etéreo y delicado, como si estuviera hecho de plástico moldeado.

Memorizó sus pasos y todo lo que recorrió en el camino que parecía no terminar. Perdió la cuenta de la cantidad de aliens que cruzó en los pasillos. Sus uniformes tenían la misma hechura pero en diferentes colores: Blanco, azul, negro. Sus rostros parecían iguales aunque podía notar sutiles diferencias en la

forma del ovalo, los labios o su nariz. Y todos tenían los mismos anteojos, con lo que su teoría que todos tenían los mismos aterradores ojos, cobraba sentido. Su pelo también difería: todas las tonalidades de la carta de *Kolestón*, del negro al rubio, pero ninguno llegaba al color del suyo. Algunos tenían el pelo muy corto, casi al ras, y otros tenían la parte superior más crecida, pero nada fuera de lugar, peinados a la perfección. Los que vestían de negro, ya fueran en sus uniformes de combate o en algo parecido al saco largo al mejor estilo de Neo en *Matrix*, parecían tener más autoridad, aunque ninguno parecía autoritario. Y todos, sin excepción, inclinaban la cabeza a su paso.

Miró alrededor y vio las filas pasar a su lado en el pasillo iluminado. Ni una mujer. Todos hombres. En su mente se abrió paso otra de las teorías de su padre. Tragó y sintió la garganta apretada, con miedo real por primera vez. Recordó varias hipótesis en base a lo que habían podido ver de la actitud de los invasores en sus primeras incursiones a la Tierra. Eliminaban a los hombres y se llevaban a las mujeres y a los niños. Las primeras imágenes después de la invasión ya no parecían de ciencia ficción sino del holocausto, las filas de mujeres entrando a naves más grandes que las de combate, sus sombras vencidas recortadas contra el horizonte de humo y fuego; sus rostros surcados por lágrimas, marcados por el miedo, mirando sin ver hacia un futuro incierto. Y de allí, las teorías derrapaban a los confines más inesperados de la imaginación. ¿Para qué usaban a las mujeres? ¿Cómo prostitutas intergalácticas? Quizás. ¿Alimento? ¿Creación de energía? ¿Investigación? ¿Esclavitud? Las posibilidades eran infinitas como escasas las certezas. Si alguna vez, en una noche de insomnio o aburrida en el campo de batalla, fantaseó con lo que podía ocurrir en el interior de una nave invasora, conocer sus secretos, quién lo diría, era una chica con suerte y sus sueños se hacían realidad.

Ten cuidado con lo que deseas, Lara...

Ahora que estaba aquí, caminando esos pasillos immaculados,

mezclada con los invasores, no sabía qué hacer. Su vida era un devenir improvisado y una lucha permanente por sobrevivir. Haberse desnudado ante Lucas no había sido solo para provocarlo sino para asegurarse que los ex traterrestres no la mataran. Al abandonar el campamento, sus opciones eran pocas: Vagar sola hasta encontrar otro asentamiento humano, la solitaria muerte, o enfrentar al enemigo. Para qué se preguntó en algún momento. Muy escondida en su interior brillaba la esperanza de saber si su madre y su hermanita estaban con vida, y después planear su escape. Menuda fantasía. Pedir la rendición y el retiro de tropas eran solo líneas de una película de piratas, la realidad era que no tenía una mínima chance de triunfo. Pero si albergaba una vaga esperanza, esa llama alimentaba su único plan: Un intercambio.

El ex traterrestre de blanco se detuvo ante la eterna pared que los circundaba. Apoyó la mano derecha y apareció un rectángulo que debía leer la presión de la palma y darle acceso a un panel que ahora se distinguía como una puerta. ¿Tendrían huellas digitales como los humanos? Lo siguió y al entrar, ya sin escolta, el panel se cerró detrás de ella.

Se detuvo y contuvo la respiración. La habitación parecía la suite de un hotel de alta categoría. La cama que dominaba el ambiente era enorme, alta, con dosel, una mezcla entre victoriano y minimalista. Las almohadas, las sábanas y el cobertor, absolutamente blancos. En el extremo izquierdo se levantaba una puerta espejada de piso a techo que podía ser un guardarropa, y hacia la derecha, una entrada parecía llevar a un baño. Había un escritorio con papeles ordenados, lapiceras y una lámpara, todo blanco, y algo parecido a un control remoto. En el medio de esas paredes y el mobiliario, ella parecía una mancha de tinta con su uniforme raído y sus botas de batalla. Quien la acompañaba le permitió apreciar el entorno y habló cuando lo miró de nuevo.

—Espero que el lugar sea de su agrado y comodidad. Cualquier cosa que necesite... —Estiró la mano hacia la pared, donde estaba el rectángulo con el lector y varios botones más, ahora que lo podía ver más de cerca—, puede pedirlo por este intercomunicador y haremos todo lo que esté a nuestro alcance

para satisfacerlo.

—Su líder...

—El Comandante quiere saber si desea ponerse cómoda antes de recibirlo o desea una audiencia de inmediato. —El “ponerse cómoda” le erizó los pelos de la nuca y la hizo estremecerse.

—Deseo verlo de inmediato.

—Muy bien. Entonces se lo informaré ya mismo.

El ex traterrestre inclinó apenas la cabeza y apoyó la mano en el panel para poder abandonar la habitación. Lara dejó salir el aire en sus pulmones casi al mismo tiempo que la puerta parecía sellarse al vacío para confinarla en una cárcel de lujo.

No supo por dónde empezar. Giró sobre sí buscando alrededor algo que pudiera utilizar como arma contra los invasores. Revisó los cajones del escritorio y la mesa de luz, pero estaban vacíos. Corrió la puerta vidriada del guardarropa y se detuvo impactada por el contenido. Vestidos. Como si fuera el exhibidor de una casa de disfraces, lo que colgaba de las perchas era algo así como túnicas que podrían haber sido griegas o romanas. Tremendas fantasías debían tener los ET disfrazando a las mujeres humanas ¿Se mezclarían en orgías inspirados en los romanos, con Calígula a la cabeza? Acarició la tela de las túnicas, todas en una especie de seda pesada, brillante. La parte superior difería en varios modelos, desde un bustier bordado, cerrado con cuello alto y mangas largas, corte princesa, con breteles, caída romana. Todas tenían un broche dorado en el centro del pecho y algo así como una espiga de trigo grabada en el cierre. En el piso había zapatos bajos, algunos cerrados, otras sandalias, todos blancos y dorados repitiendo el detalle de la espiga de trigo, y si los ojos no la engañaban, debían ser de su talla.

El sonido de la puerta descomprimiéndose a sus espaldas la hizo pegar un salto, cerrar rápido el guardarropa y volver a pararse en el medio de la habitación. *Es él*, alertó su mente. Esperó con el corazón acelerado, desatado

entre el odio y el miedo, y los ojos muy abiertos, pero nada sucedió. Tres golpes resonaron en la puerta y arrugó la frente sin entender, hasta que supuso que debía hablar.

—Adelante —dijo con la voz ahogada manteniendo las manos entrelazadas frente a ella para disimular el miedo que tenía y que la hacía temblar.

Cuando inspiró, sintió un aroma conocido. El olor de su antigua casa, de su último hogar. Hacía siglos que no llegaba ese perfume a sus sentidos. ¿Cómo se llamaba? ¿Brisa de la Montaña? ¿Caricias de Algodón? Esos eran los dos perfumes de la batería de productos de limpieza que compraba todos los meses para mantener su casa impoluta, obsesivamente impecable. Se vio a sí mismo cometiendo su primer crimen de *Lessa Humanidad*, su pecado capital, harto de tanta enfermedad con la limpieza. Sacó una lata de cerveza del refrigerador. Abrió un paquete de papas fritas y se dejó caer en el sillón de dos cuerpos tapizado en pana blanca, mientras apuntaba con el control remoto al televisor para sintonizar su programa deportivo favorito, y apoyaba ambos pies en el brazo del immaculado mueble. Entonces todo estalló en mil pedazos. Miró a Roxana, su novia y futura esposa, gritándole desaforada, sin prestar mucha atención a sus palabras. En el medio de los gritos, los insultos perdían sentido. Apoyó la lata de cerveza en la mesa de centro y el volumen de los improperios aumentó en cantidad y calidad. Por desgracia para ella, estaba acostumbrado a los gritos y las peleas como parte de su relación. Lo único que hacía la situación molesta era la cara de los vecinos cuando se los cruzaba en el ascensor y lo miraban con una mezcla de acusación y lástima, su imagen una mezcla indefinida entre el pobre estúpido y marido golpeador. Las gotas que transpiraba la lata de cerveza caían sobre la madera lustrada, formando un círculo perfecto que dejaría una marca; la mano grasosa de papas fritas en el respaldo y los restos de sal y migas completarían la decoración minimalista. Y la marca de las zapatillas, *la marca*, hicieron lo propio como detonador. Sonrió de costado, ignorándola, mientras la dejaba descargarse; el desplante no duraría mucho tiempo, pensó sintiéndose una basura, después de todo, él conocía el desenlace de ese sueño.

No importaba que cambiara el ángulo, los planos, incluso el

escenario, desde el inicio de la guerra, el final era siempre el mismo.

Puso los ojos en blanco y sin decir una sola palabra se levantó, agarró los cigarrillos y las llaves, y salió sacudiendo las paredes del edificio de un solo portazo. Se sentía poderoso cuando hacía eso y los gritos quedaban cada vez más lejanos mientras se marchaba. Levantó una mano mostrándole el dedo medio como única respuesta a los epítetos que involucraban a varios miembros de su familia, aunque ella nunca lo viera. Había bajado los cinco pisos por la escalera y cada escalón lo convencía más de su error, aunque no fuera tan valiente para reconocer la verdad. Ese matrimonio era un error. Su padre se lo dijo, sus hermanas también. Su mejor amiga se había animado a intervenir: “No te cases” le había dicho, pero bueno, eso podía ser solo despecho. Las mujeres son tan *jodidas*.

Cruzó la calle mirando a ambos lados y se sentó en una de las mesas ubicada en la vereda de su bar favorito. Desde allí podía ver el balcón de su departamento. Ese sábado a la tarde era muy cálida para ser otoño, pero ya nadie se preocupaba por los abruptos cambios de temperatura, consecuencia ineludible del calentamiento global. El cielo sobre él, de un brillante azul celeste, sin una nube que presagara la tormenta, su alrededor concurrido. Mucha gente había salido a caminar. Mayo era uno de los meses que más disfrutaba. Ni mucho frío ni mucho calor. Era un día perfecto para el parque *¡Qué idiota!* Si se hubiera llevado consigo la cerveza podría haberla disfrutado allí. En fin...

Sacó su teléfono y abrió la aplicación de Twitter mientras José, el mozo que ya lo conocía, llegaba para tomar su pedido.

Lo de siempre, José: Café irlandés, doble.

Deslizó el dedo por la pantalla táctil, mirando sin ver los tweets de su contactos, todos centrados sobre sí mismos, sobre sus minúsculos problemas, haciendo catarsis de sus miserias ya no en un ciberespacio anónimo sino en una

red interminable donde no había límite para lo privado, donde todos querían ser públicos. José llegó con su café y le acercó un ejemplar del diario de la tarde. Quizá había algo mejor allí. Llegó a leer el último tweet en su línea de tiempo. Durgan siempre tan en sintonía con él; Durgan y su extensa imaginación, dignos herederos de Bradbury y Verne.

“ Me aburro. Me gustaría que pasara algo extraordinario. No sé. Que una nave madre extraterrestre flotara sobre Buenos Aires. Algo así” .

Ten cuidado con lo que deseas, amigo mío.

El escenario cambió, y él estaba acostumbrado a esas pequeñas tretas de su mente, que *aggiomaban* la historia. Un pequeño detalle le daba una perspectiva por completo diferente o le agregaban condimentos de la realidad que vivía, pero el final no cambiaba. Él no era el héroe, nada podía hacer.

En la nueva puesta en escena, el ámbito era el living del departamento de dos ambientes que recién había abandonado. La chica seguía maldiciendo en voz alta y giraba con violencia sobre sí rumbo a la cocina. Insultándolo hasta en japonés, porque Roxana tenía varios idiomas en su haber, se calzó los guantes de látex naranja, abrió con fuerza las puertas del bajo mesada y arrancó el limpiador multiuso, el líquido con burbujas de oxígeno, el lustrador de muebles con olor a lavanda, dos esponjas y un rollo de papel de cocina antes de volver al living. Con los ojos llenos de lágrimas sacó la latita de cerveza que ya había condensado un círculo indeleble sobre la madera. Puso varias toallas de papel sobre la marca y giró a un costado para trabajar con la concentración de un neurocirujano sobre las dos marcas de mugre en el sillón blanco.

Con cuidado, para no agrandar la mancha, roció el líquido con burbujas con ubicada precisión y secó el excedente con una toalla. Raspó con

cuidado utilizando la esponja blanca en el sentido de la pana mientras algunas lágrimas caían sobre la mancha. ¿La mezcla de sal y amargura agregarían algo a esa mancha?

Pronto fue una sombra apenas perceptible, una aureola de apenas un tono más que el resto del immaculado blanco del sillón, sin embargo, a sus ojos, parecía que el mueble completo había quedado veteado. Volvió a rociar con más cantidad del limpiador multiuso y restregó con más fuerza en la superficie acolchada, descargando en ella la frustración que escondía detrás de la obsesión, el dolor de la indiferencia ajena oculta detrás de los gritos y los insultos, cuánto más bienvenida hubiera sido una cachetada que esa sensación de ser transparente, como si estuviera mimetizada con los muebles, un camaleón en su propia casa. Por alguna extraña razón, que su terapeuta aún no había podido develar, se sentía invisible. Y ese matrimonio que llevaba meses planeando era su gran oportunidad de volver a ser el centro de la atención. Quizá su última oportunidad antes de buscar tener un hijo.

Sonrió a medida que la mancha se desvanecía. Luchó hasta que desapareció y suspiró satisfecha por el logro. Se puso de pie, levantando los implementos de limpieza. Fue entonces cuando vio el montón de papeles absorbiendo el círculo de agua. Apretó los dientes y levantó hoja por hoja hasta llegar a la superficie. La mancha estaba allí, impregnada en la madera negra que había lustrado con tanta pasión durante tanto tiempo. Dejó caer todo y quiso gritar otra vez, pero Lucas ya se había marchado y no la escucharía. De seguro el muy infeliz estaría en el bar de la esquina, si salía al balcón y lo veía, la puteada más corta lo iba a mandar sin escalas al mismísimo infierno. Volteó decidida hacia el ventanal cuando un sonido desconocido la hizo mirar al techo ¿Qué era eso? El techo se abrió y un haz de luz atravesó el concreto como si fuera de papel, despedazando su immaculado sillón blanco, partiéndolo en dos, como al piso y todo lo que encontraba a su paso. El segundo de duda fue fatal, podría haber corrido pero era demasiado tarde. Todo se desmoronó debajo y arriba de ella.

Lucas tembló como si él hubiera estado en ese lugar, como si el

piso colapsara bajo sus pies y hubiese caído envuelto en polvo y cemento. Sabía que seguía siendo un sueño, aunque pudiera sentir cada parte de su cuerpo fracturarse en pedazos, el dolor clavándose en él, el peso de los escombros aplastando su ser, destrozándolo, mientras su mente reptaba entre los resquicios llenos de polvo hasta la luz lejana que de seguro era la superficie. La lucha mutó en su cabeza y quiso cambiar la historia, siempre le pasaba lo mismo, siempre quería ser el héroe y corría sin desplazarse del lugar, o empujaba algo tan pesado que no podía moverlo o miraba estupefacto la escena, una y otra vez, sin poder hacer nada. Ahora quería salir porque sabía que su cerebro estaba imitando, con un enorme poder de descripción, los últimos momentos de una persona sepultada viva. Podía sentir la tierra entrar por su nariz en un intento desesperado por respirar, sentía el sabor de la sangre en su boca y el dolor, sobre todo el dolor. En el cuerpo roto, en el alma desgarrada, en la conciencia de saber que no importaba qué hiciera, no lo iba a lograr.

Su subconsciente podía hacer más saliendo de ese cuerpo agonizante y lo hizo. Salió rumbo a la luz, escarbando, arrastrándose, hasta que pudo verse a sí mismo luchar frustrado por remover los escombros. Su desesperación cambió, ya no por ser rescatado sino por rescatar, no por sobrevivir sino por salvar a quien amaba. Más manos se sumaron a las suyas y removieron como pudieron los pedazos de edificio.

El final era el mismo, pensó de nuevo, esta vez con lágrimas en los ojos. Era el mismo porque era un maldito sueño, el comienzo de su pesadilla, que cinco años después, parecía no tener fin. En el medio de los escombros, los gemidos desgarradores de la agonía llegaban mezclados con el aire sucio de polvo y muerte. Miró la última piedra y reconoció la forma, porque la alucinación era la misma. La corrió con un pie y vio el guante naranja aferrado a un pedazo de mueble que en otro momento había sido blanco, ahora tiznado de tierra y sangre.

Una explosión lo llevó directo al campo de batalla y miró alrededor sin saber muy bien si había despertado del sueño o seguía siendo parte de la pesadilla. Atontado, quiso moverse, pero su cuerpo estaba atrapado bajo algo, su

pierna doblada en un ángulo extraño tendría que estar doliéndole como el infierno. Tiró con todas sus fuerzas para liberarse y una sombra al costado llamó su atención. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras la muchacha, porque sabía que era ella, se quitaba el casco y la ropa. Estiró una mano para detenerla antes que se pusiera de pie con las manos en alto, deteniendo el fuego aliado y enemigo. Pegó un tirón y escuchó el desgarró de los músculos, la ruptura de los tendones, el estallido del hueso. ¡Lara! ¡No! Se puso de pie como pudo y trastabilló cuando los enemigos se apoderaron de ella, cerraron sus filas y volvieron a disparar.

—¡Lara! ¡No!

Se incorporó bañado en sudor y gritando, estirando su mano en el medio de la oscuridad que de a poco se disipaba, llegando a la figura femenina que estaba sentada en la punta de su cama, que se apartaba de él mirándolo como si hubiera perdido la razón o al haberla encontrado, no fuera suya. Se miraron un momento apretando los dientes, ella envuelta en furia y desilusión, él sin saber qué decir. Maga bajó la mirada y se encaminó a la salida.

—Voy a traerte la cena.

—Ven, Maga... —Ella negó con la cabeza y cerró la puerta al abandonar la habitación. ¡Mierda! ¿Podía tener tanta mala suerte?

IV

.Maga

Abandonó la habitación y apoyó la frente en la pared opuesta, dándose un momento para recomponerse. Seguía siendo tan *naif* como siempre al pensar que el hecho que Lara no estuviera en el campamento la eliminaría como una amenaza. ¿Qué era lo que había hecho para merecer eso? No había sido suficiente ser una buena hija, hermana, alumna, novia, mujer, como para que en algún momento le tocara un poquito así de felicidad.

La noticia de la *abducción* de Lara, por llamarlo de alguna manera, había puesto en evidencia dos cosas que ella ya sabía: Su hermana era una perra cobarde, no aguantó la presión e hizo su salida de la misma forma teatral que lo había hecho siempre, para llamar la atención, para ser el centro de las miradas. El tiempo se acababa, todos lo sabían, se podía sentir en el aire. Cinco años era demasiado como para que los invasores aceptaran seguir perdiendo contra un puñado de insurrectos. Si tenían la tecnología superior para viajar en el espacio desde donde vinieran, de seguro tenían el conocimiento suficiente para evaporarlos en un abrir y cerrar de ojos. Quizás no lo hacían por no contaminar el planeta que querían ocupar. Si ella lo sabía, Lara también. Entonces, a sabiendas que los invasores tomaban a las mujeres de rehenes, solo Dios sabía con qué intenciones, tomó el papel de heroína con el único objetivo de salvarse. No le importaba nada ni nadie, porque no era necesario ser un genio astrofísico para saber que, siendo ella una rebelde, las dos neuronas malvadas que tenía servirían para sacarle, entre mucha otra información, la ubicación exacta, no solo del asentamiento actual, sino del futuro, el recuento de sus armas, cantidad de soldados y civiles, capacidades tecnológicas, todo. *¡Todo!* Maldita perra egoísta.

Y como si todo eso no fuera suficiente, en el medio de su delirio de dolor, Lucas despertaba gritando su nombre con desesperación, quizás recordando la escena en la que ella exhibía sus mejores atributos como la desnudista barata

que era.

Enojada con su hermana, y consigo misma, quiso huir del espejo de odio y envidia en el que se estaba reflejando. Decidió ser útil y buscar la comida que tenía separada para Lucas para cuando despertara. Por suerte había sido una fractura limpia y el desgarro no era tan preocupante como parecía, pero a falta de rayos x, hubo que hacer una pequeña cirugía exploratoria.

El refugio parecía vacío. Los soldados ya se habían retirado a sus cuarteles y los civiles se dispersaban a sus actividades habituales con una sola premisa, preparar la inmediata evacuación del lugar y rogar porque la nueva locación no fuera descubierta. El desplazamiento estaba programado para el nuevo año, aprovechando los días más largos del solsticio y la debilidad de los invasores a la luz del sol. Pero por los últimos desafortunados eventos, la reubicación debía realizarse cuanto antes. Huir al sur era un viaje largo, tedioso e incómodo, sin muchas certezas de lo que encontrarían al llegar. Su padre había hallado entre unos viejos mapas, un par de años atrás, un lugar que podía llegar a servir para alojarlos, pero nadie sabía con seguridad cuales podían ser sus condiciones. Debían lograrlo antes del invierno, porque así como los veranos cada vez eran más intensos y llegaban antes en esa parte del planeta, los inviernos se adelantaban, crudos y asoladores. Su futuro se había precipitado y su suerte estaba echada.

Recorrió la cocina metida en sus pensamientos, preparó la comida y dispuso la bandeja, poniendo especial atención en el orden que demostrara lo mucho que le importaba el hombre en esa cama. Ese día en particular había pensado mucho en ello y estaba convencida que la intensidad de sus encuentros sexuales no fueron solo una cuestión de abstinencia. Por lo menos no por parte de ella. Como cualquier mujer joven del campamento, lo que le sobraban eran pretendientes, los cuales ella declinaba con su eterna cortesía. Sentía que las heridas de su corazón, después de la ruptura con Román, habían cicatrizado y la última pelea con su hermana había cerrado ese capítulo. Sin embargo ningún

hombre había sacudido sus estructuras y devuelto la vida en más de un sentido, como lo había logrado Lucas. ¿Sería la novedad? ¿Su apariencia de soldado invencible? ¿Su aire de superioridad, indiferencia y una secreta vulnerabilidad escondida bajo el uniforme? O era que, por primera vez en su vida, cuando sus ojos recorrieron su cuerpo, esa mañana lejana hacía no más de 48 horas, Lucas la había mirado con hambre, con deseo, con esa mirada que siempre le habían dedicado a su hermana.

Quizás era eso, Lucas le dio algo que ella nunca había tenido.

Ella era la amiga perfecta, la eterna consejera, el hombro en donde llorar. Y cuando por fin un hombre se detuvo en ella como algo más que la hermanita buena de Alan, la réplica angelical de Lara, qué poco que le duró. ¿Cuánto? Exactamente el tiempo que necesitó su hermana para darse cuenta que quería ese juguete, el que le pertenecía a ella. Y lo tomó como lo hacía siempre, sin permiso, apropiándose, robándolo.

Golpeó con fuerza el vaso con agua en la bandeja y entonces se dio cuenta que no estaba sola. Su padre la miraba en silencio desde la puerta, con el gesto sombrío, su integridad devastada por las pérdidas recientes.

—Papá.

—¿Puedo hablar un momento contigo?

—Seguro.

Dejó todo en la mesada y se adelantó a su padre, que le indicó el camino a su oficina en el entresuelo. No dijo nada hasta que hubo cerrado la puerta tras de él y se sentó en su sillón. Su corazón se estremeció pero trató de calmarse. Si algo le hubiera pasado a Alan ya lo sabía, hubiera habido una pequeña conmoción.

—¿Cómo estás?

—Bien... —dijo sentándose con cuidado en la silla frente a él.

—¿Tú sabías algo de lo que hacía tu hermana?

—¿Hacía? No entiendo.

—Tu hermana escapaba todas las noches y se unía al ejército de manera encubierta.

—¿Te parece?

—Los soldados del equipo de Alan reconocieron haberla visto, sin saber que era ella, pensando que era un renegado como Lucas.

—No sé qué decirte, papá.

—Tú no haces ninguna de esas locuras, ¿Verdad? —Maga inspiró y se cruzó de brazos, apoyándose en la silla, evitando poner los ojos en blanco en clara falta de respeto a la figura paterna que tenía enfrente.

—No. Ese tipo de cosas son las que Lara hace. Romper las reglas, eludir las órdenes, huir de noche.

—Esto es serio, Maga. Por un momento deja de lado el resentimiento por tu hermana y...

—Claro... —dijo poniéndose de pie—, para salir de la rutina, la culpa la tengo yo.

—Tú nunca tuviste la culpa.

—Entonces... —Su padre hizo un gesto con la mano indicándole que volviera a sentarse y ella lo hizo, obediente como era.

—Tenemos que pensar en la gente del campamento. Con Lara en manos del enemigo, con todo lo que sabe, quedamos expuestos como si estas paredes se hubieran derumbado. —Maga asintió en silencio y lo dejó proseguir. El dolor le estranguló el alma al pronunciar los nombres de sus dos hijos varones—: Con Adrián muerto y Alan convaleciente, tu lugar es a mi diestra. Vamos a abandonar el refugio en cuanto podamos organizar los móviles. Haremos una escala en el viejo establecimiento si es necesario pero intentaremos ir directo al Sur.

—Bien.

—Tú tienes las claves para los detonadores... —Su padre abrió un

cajón del escritorio con una pequeña llave y le estiró un papel bien doblado—. Esta es la ubicación de los detonadores y las cargas que colocó Lara.

—¿Me vas a dejar todo a mí?

—Sé que puedes hacerlo —Maga sonrió plena de orgullo al sentir que su padre confiaba en ella como algo más que una buena secretaria.

—Gracias, papá.

—No me des las gracias. Estoy arriesgando la vida de la única hija que me queda...

—No digas eso...

—Pensé dejar a Lucas a cargo pero con su herida...

—Sí, comprendo. —Los dos se pusieron de pie al mismo tiempo y Maga se dejó abrazar por su padre. No era efusivo ni demostrativo pero en ese abrazo pudo percibir todo el amor que sentía por ella y el miedo por poder perderla. Pero no lo iba a defraudar. No era como Lara.

—Ve a llevarte la comida a tu galán.

—Papá...

—¿Qué? —dijo mirándola con una ceja alzada. Ella se ruborizó por completo y salió de la oficina, guardando el papel en el bolsillo de su pantalón mientras volvía a la cocina.

Unos meses después de haber encontrado ese refugio, su padre había decidido colocar explosivos en lugares estratégicos en caso de ser descubiertos, pero no podía arriesgarse a que uno solo tuviera toda la información, ya fuera por una eventual desaparición como por un acto de desesperación. Lara y Adrián habían ubicado los explosivos, ella y Alan tenían las claves de los detonadores para programar las explosiones consecutivas. Ella también tenía el mapa de evacuación y los tiempos de las detonaciones para poder amar la estrategia de escape. Lara y Alan lo habían armado casi como un juego de "Tácticas y Estrategias de Guerra", un laberíntico recorrido por los túneles para evitar ser capturados en caso de ser descubiertos. Nunca se había preocupado

para saber cómo era, pero ahora era su responsabilidad. Sin esperarlo, siendo algo que venía de una acción directa de Lara, su desaparición era, hasta el momento, lo mejor que le había pasado en la vida.

Buscó la bandeja de comida para Lucas y caminó con paso resuelto, mucho más animada para borrar el nombre de su hermana de la mente del Renegado que descansaba en su cama.

Llegó el momento de la verdad, pensó mientras estiraba la chaqueta de su uniforme ante la puerta de la habitación que le había asignado a Lara. Había estado espiándola en silencio, escondido como siempre, detrás del vidrio del círculo interno del observatorio, mientras se recuperaba e incluso cuando despertó. En el esplendor de su belleza, dormida y apacible, no encontraba palabras para describirla. Aun en ese uniforme que ocultaba su cuerpo, que opacaba su luminiscencia, no había imagen alguna que pudiera compararse a ella. Solo las flores exóticas, quizá, que completaban su belleza con un perfume exquisito, o una forma atípica, podrían intentar competir con ella. Solo la poesía, combinando los sonidos de sus idiomas con notas musicales, podría describir la perfección de la imagen que guardaba tras sus párpados, su recuerdo, y a nada de distancia, su presencia.

¿Cómo poner en palabras lo que por dentro lo consumía? ¿Cómo explicar, describir, enunciar las sensaciones y sentimientos que esa musa despertaba? No había forma y era consciente que podría pasar los siguientes cien años de su existencia buscando la manera y volvería a quedar con las manos vacías.

Apoyó la mano junto al panel de acceso, sobre la puerta, tratando de percibir, sin suceso, qué estaría haciendo la mujer de sus sueños del otro lado, además de odiarlo y despreciarlo por destruir a su especie, apoderarse de su planeta, haberla mantenido separada de su madre y su familia por cinco años y retenerla como prisionera en una cárcel intergaláctica de lujo. Sonrió de costado cuando recordó esa misma situación con su propia madre.

El primer grupo de mujeres que fue trasladado a su nave eran casi cincuenta, en su mayoría mujeres, pocas niñas. Estaban todas juntas en un rincón de la enorme sala de espera blanca, lejos de los sillones y las mesas con comida y bebida. Muchas lloraban y la mayoría se encogió sobre sí cuando él entró

seguido por dos guardias y un grupo de seis sanadores. Una sola se puso de pie y le hizo frente, su cabello rojo como el fuego, recogido en un rodete improvisado, sus ropas rasgadas como si hubiera luchado con todas sus fuerzas; de hecho lo hizo, enviando tres soldados a una estación de salud por múltiples golpes y rasguños. Avanzó hacia él y lo increpó con violencia, y tuvo que hacer un esfuerzo, primero para no retroceder cuando ella se detuvo a milímetros de su nariz y después para no reírse, cuando dijo la misma frase que Lara empleó con el sanador:

—*Estoy aquí para negociar el cese de hostilidades contra la Tierra y solicitar el inmediato retiro de sus tropas...*

Eso fue antes de la reprogramación. Tiempo después rieron juntos cuando miraban esa película y Adela recordaba que era una de las favoritas de Lara, fanática del actor que interpretaba al desopilante Capitán Jack Sparrow. Lara era como la Señorita Swan: Una dama hermosa enfundada en un corsete, desesperada por pelear. Su disfraz así lo denunciaba.

¿Entendería ella que él era solo un soldado y que daría su mano derecha porque el universo los hubiera reunido en un entomo de paz y comunión, mil años después, más allá de la conquista y la guerra, esa que la había cruzado en su camino?

¿Podría ella entender la profundidad y complejidad de sus sentimientos, únicos e inexplorados, recién nacidos a la luz de su belleza estelar? ¿Podría él, en su condición de enemigo, ganar su corazón?

Resignado a su destino, pero impulsado por ese nuevo sentimiento que llenaba su pecho y que Adela había bautizado *amor*, apoyó su mano en el panel de acceso, la puerta se liberó y él golpeó con suavidad, esperando con ansiedad inaudita, la voz que le permitiera dar el primer ansiado paso.

Esperó mientras la puerta se deslizaba y daba paso a un hombre alto como el marco, vestido de negro de pies a cabeza, con ese saco a lo *Neo-de-Matrix* que lo hacía imponente. Se quedó con la boca abierta, recorriéndolo con la mirada hasta llegar a su rostro, a sus ojos escondidos, a su gesto solemne. A diferencia del resto, tenía una especie de logo de barras horizontales doradas en el pecho y su conocimiento militar de familia le dio la pauta que debía ser algo que marcaba su rango. No sabía cuál sería pero el tipo emanaba poder. Si no era el Comandante, era su segundo, aunque ya se había anunciado, debía ser él.

Su rostro era perfecto, su nariz y sus labios proporcionados, las cejas sobre sus anteojos curvos eran gruesas y tenía una leve sombra de barba que lo hacía casi humano. Su pelo era corto, más en la nuca que en el frente, los mechones desordenados caían sobre su frente, como si el estilista de turno los hubiera revuelto como estrategia de seducción para darle un toque indómito que lo hacía irresistible. El color era castaño claro con algún reflejo dorado, su pelo era muy parecido al de su hermano Alan. Sus manos estaban unidas delante de él, sus dedos largos entrelazados, como los de ella. Cambió la postura de inmediato, cruzando los brazos sobre su pecho en clara señal de protección y hostilidad. Si le llegaba el mensaje, doblemente bueno.

Sintió que la sangre le subía por el cuello y le estallaba en el rostro como un espectáculo de fuegos artificiales. ¿Era ella la que se estaba sintiendo así por sí sola o porque los ojos de él estaban desnudándola sin tocarla y podía percibirlo a la distancia? Tuvo que hacer un esfuerzo para respirar y reordenar sus pensamientos. ¿Qué tipo de poderes extrasensoriales tendrían los invasores? ¿Podrían leer la mente, generar imágenes en el cerebro de los humanos, manipular sus pensamientos, sentimientos y sensaciones? ¿Él estaba creando la sensación de excitación que tenía, la que solía preceder un encuentro sexual ansiado, o estaba teniendo síntomas tempranos del Síndrome de Estocolmo, en que el

prisionero caía enamorado de su captor? No sabía mucho de ello, pero una parte de su cerebro estaba de rodillas a los pies del alien como si fuera la estrella de cine más codiciada del planeta. La parte más sexual y desinhibida de ella.

Desesperada por lo que estaba sintiendo, revivió en sus recuerdos más cercanos y se aferró a la imagen de su hermano menor, muerto en sus brazos, para encontrar fuerzas fundadas en el odio y mantener a raya sus hormonas desbocadas, encerrándolas en el compartimiento más alejado de su cerebro, donde no pudieran escapar jamás. Él debió notar el cambio en sus sensaciones porque se enderezó y dio un paso más dentro de la habitación, la puerta cerrándose detrás de él, la atmósfera cambiando por completo. Ahora sí, eran un rehén y su captor, *Leia* y *Darth Vader*. Inclino la cabeza un poco, a modo de saludo, y soltó las manos entrelazadas frente a él para colocarlas a ambos lados de su cuerpo.

—Buenos días.

—¿Qué tienen de buenos? —Él apretó los labios como única respuesta y miró alrededor.

—Espero que la habitación sea de su agrado. Si hay algo...

—Estoy aquí para negociar el cese de hostilidades contra la Tierra y solicitar el inmediato retiro de sus tropas de nuestro planeta... Y la liberación de los rehenes. —El Comandante hizo el mismo gesto que el otro alien y eso sirvió para exasperarla y hacerla avanzar un paso, estallando en furia—. ¿Y qué es lo que les hace tanta gracia?

—Lo siento.

—¿Qué es lo que siente? ¿Invadir un planeta que no es el suyo? ¿Exterminar a sus habitantes? ¿Someter a sus mujeres? Porque yo sé lo que están haciendo. Secuestrando a nuestras mujeres... —El Comandante levantó la cara. La intensidad de su mirada la consumió pero no se relajó. Él en cambio, sí.

—Quisiera hacer su estancia lo más placentera posible...

—Suena como el botones de un hotel caro. Si no tiene poder dentro de la nave, quisiera hablar con su líder. No me sirven los camareros.

—En lo que respecta a esta nave y sus tripulantes, yo soy la máxima autoridad a bordo.

—Pero no quien toma las decisiones.

Lara se envalentonó sintiendo que le había pegado en el orgullo.

—Necesito hablar con su líder. —Giró dándole la espalda, esperando la respuesta.

—¿En qué puedo ayudarla? —Lara sonrió sin volver a mirarlo. Podía sentir su mirada clavada en su espalda, enredándose en su pelo, recorriéndola sin el pudor de ser descubierto.

—¿Qué tengo que hacer para que abandonen nuestro planeta?

—No hay nada que pueda hacer. No está en mi dominio tomar esa decisión.

—Lo dicho, solo un empleado... —dijo mirándolo por sobre el hombro—. Necesito hablar con un líder. Alguien con poder. Alguien que me pueda ayudar.

—Quizás yo tenga el poder para ayudarla, si su demanda fuera más específica y más real. —Los sentidos de Lara volvieron a desatarse ¿Era ese un mensaje? ¿Estaba leyendo su mente o su corazón? Algo en su alma se quebró y la resistencia cedió, la desesperación apoderándose de su razón como si pudiera sentir que el tiempo se agotaba. Se dio vuelta y se acercó al Comandante, haciéndolo incorporarse pero no retroceder. Se detuvo frente a él y sintió las lágrimas desbordarle los ojos.

—Estoy buscando a mi mamá...

Se escuchó a sí misma y tuvo ganas de abofetearse. Sonó como una niña pequeña perdida en el parque. De pronto se vio a sí misma como esa niña y a él como el policía que podía representar su salvación. Una vez se había perdido en un parque en La Plata. Dio vueltas durante horas antes de acercarse a alguien para pedir ayuda hasta que encontró un policía y la llevó a la secretaria.

Su madre estaba allí sentada con los ojos rojos de tanto llorar. La abrazó con tanta fuerza que pensó que le iba a romper todos los huesos, pero no le importó. Estar en brazos de su madre era lo único que necesitaba. Esa desesperación volvió a hacerse real en ese momento.

El Comandante no se movió pero algo en su rostro cambió: Certeza. Impotencia. ¿Dolor? ¡Oh, Dios! *Él lo sabía*. Inhaló con fuerza y las lágrimas cayeron de sus ojos, alejándose un paso de él y apoyando la mano en su boca para no gritar para contenerse si el dolor llegaba a ser muy fuerte. Podía sospechar que su madre, que su hermana, estaban muertas, ¿Cómo habrían podido resistir cinco años de encierro? Quizás estar muertas era lo mejor que les podía haber pasado a la alternativa de lo que los invasores podían llegar a hacerles. Quizás las habían trasladado a otra nave, habrían sido parte de una cena, de un ritual sexual, de torturas y vejaciones. Sintió las náuseas empujar el vacío de su estómago hasta su garganta pero tragó como pudo.

—Necesito... —se le quebró la voz de nuevo y necesito aclarar su garganta para poder continuar—, necesito saber de ella. Mi madre y mi hermana fueron atrapadas el día de la invasión en la Ciudad.

Él asintió, como instándola a seguir, y ella tomó eso como una respuesta. Se fue sobre él y lo sostuvo de ambos brazos movida por la angustia.

—Necesito saber si están con vida. Necesito saber qué fue de ellas.

—Eso... —dijo sosteniéndola de los codos, incorporándola sobre sus pies para alejarla un poco, pero sin soltarla—, es una demanda más específica... y más real.

Él sonrió con temura y Lara tuvo que sonreír también, aun a través de las lágrimas. Sentía como la estaba quemando viva con esa mirada que traspasaba los cristales oscuros de sus gafas.

—¿Me ayudarías?

—¿Y qué estarías dispuesta a hacer para ello?

Sus labios se torcieron en una sonrisa que solo contenía implicaciones sexuales y ella sintió que el calor y la humedad pasaron de su rostro al centro de su cuerpo. Él estaba haciendo eso, no sabía cómo pero él lo estaba haciendo. Lo miró a los labios y tuvo que encadenarse mentalmente al piso para no morderlo con hambre sexual.

—Lo que quieras... —dijo sin dudar un momento, dispuesta a desnudarse y tomarlo en ella en un segundo, sin medir las consecuencias. No sería una violación porque estaba más ansiosa que sometida y una parte de ella respiró aliviada al saber que su anatomía era casi idéntica a la de los humanos, por lo que no corría el riesgo que se convirtiera en una rata sobrehumana o en un cocodrilo hambriento que la devorara mientras se enredaban en las sábanas. Y tener una noche de pasión con semejante espécimen tenía que ser algo para recordar, pensó lasciva, deteniéndose de nuevo en esa boca. Se humedeció los labios y pudo ver que era él quien hacía un esfuerzo para respirar. Él volvió a sonreír y le dejó ver su dentadura perfecta y su lengua húmeda y rosada mientras hablaba.

—¿Cenarías conmigo?

VII

.Lucas

Los golpes en la puerta, inusuales para él, lo sorprendieron estirándose sobre la cama, intentando alcanzar, sin éxito, el paquete de cigarrillos que estaba en una silla junto al resto de su ropa. Se acomodó como pudo y vio la puerta abrirse sin esperar respuesta. Maga estaba allí, en la gloria de su belleza, cuando pensó que no volvería a verla, después de darse cuenta que había despertado gritando el nombre menos oportuno. Por primera vez en cinco años deseó haber despertado con el nombre de Roxana en los labios como producto de la pesadilla; cuanto menos le hubiera dado pie a contarle su propia historia y que se compadeciera de él, en lugar de mirarlo con los labios apretados y el gesto serio.

—Hola... —fue lo único que pudo decir. Maga avanzó con la bandeja en las manos y la acomodó en la mesa de luz, moviendo el ángulo hasta que quedó bien apoyada.

—¿Cómo te sientes?

—Y bien, ¿Cuál es el diagnóstico? —Maga lo miró de costado enarcando una ceja y ese solo gesto envió toda su sangre a un solo lugar que pareció rociado por fertilizante en segundos, duplicando su tamaño solo por una fantasía y dos recuerdos.

—Fisura de tibia

No pudo evitar mirarla de cuerpo entero, detenerse en sus manos y desear que lo estuvieran desvistiendo, acariciando, en lugar de estar cerradas en puños. Distrajo su atención acomodando el acolchado en tonos lila y rosa sobre su regazo y miró su pierna en una bota ortopédica amarrada a su pierna. El movimiento le hizo contorsionar el rostro en una mueca y ella se sentó rápido a su lado, preocupada.

—¿Te duele?

—Algo... —Le tomó la mano y ella lo miró a los ojos, obligando a su corazón a detenerse en la incertidumbre de saber si le permitiría estar solo un poco más cerca. Ella era su mejor medicina. Acarició el dorso de su mano con el pulgar y nadó en ese mar dorado que brillaba en su iris. Sus ojos eran lo más hermoso que jamás había visto y la combinación con su pelo era algo que, si creyera en Dios, pensaría que solo un poder supremo podía haber creado.

—Tienes que comer. —Suspiró resignado aunque no a su destino. Sin dejar de dibujar círculos en su mano, aprovechando cada segundo que ella permitiera de proximidad, miró de costado la silla alejada donde estaba su ropa y sus cigarrillos.

—Necesito un baño... y un cigarrillo. —Maga se movió y cuando él volvió a levantar la cabeza para mirarla, tenía una sonrisa extraña—. ¿Qué?

—No quisiera pensar con qué haces esos cigarrillos... y qué tan mal te pueden estar haciendo.

—Son un mal reemplazante de la nicotina, pero el humo sucio lo disimula bastante bien. Con el tiempo te acostumbras a fumar pasto... —Hizo una mueca de asco y él se rio en voz alta.

—Tienes que dejar de fumar.

—¿Por qué? ¿Me va a matar? —Ella apretó los labios y puso los ojos en blanco mientras se estiraba, sin apartar la mano de la suya, para alcanzar el estuche donde guardaba sus amados. Él apreció el arco perfecto de su espalda y la curva de su cadera, para luego volver a mirarla a los ojos cuando se sentó a su lado, esta vez sin disimular ni un poco el hambre que tenía. Hambre de ella. Maga sonrió y guardó el estuche en el bolsillo trasero de su pantalón. Lucas tomó eso en parte como una provocación y otro poco de invitación a recuperarlos. La arrastró hacia él con la mano y la rodeó por la cintura, obligándola a caer sobre la cama, tomando posición. De pronto recuperar el paquete de cigarrillos ya no era su intención.

—¿Quieres los cigarrillos?

—Sí... —*pero después*, pensó mientras se aguantaba a lo macho el

dolor de la pierna en el movimiento que hizo por acomodar la bota y su peso en la cama, maniobrar sobre su rodilla y ubicar su cuerpo con cuidado sobre ella. Quiso besarla pero ella lo esquivó, sus labios cayendo en su cuello, sobre la vena que latía acelerada bajo el impulso de su desbocado corazón, como lo que tenía entre sus piernas, ansioso por volver a estar rodeado de su calor. Con la mano libre acarició el contorno de su cuerpo mientras su boca bajaba por su cuello, su respiración lenta y caliente chocando contra su piel. Ella le iba marcando el camino, abriendo uno a uno los botones de su camisa, entregando su cuello, su pecho, su cuerpo para que lo degustara a placer. Sonrió contra su piel sintiéndola perdida en el delirio y decidió dedicarle todo el tiempo del mundo a su placer. Todo el tiempo, ese momento, y todos los que le siguieran, iban a ser solo para Maga.

Ella estaba más allá, entregada por completo a lo que sus manos y su boca estuvieran dispuestos a hacer, exponiendo su piel, abriendo su cuerpo. En el medio de lo rústico de la tela que la cubría, su cremosa piel era un oasis de calor y suavidad, natural y sencilla, como las cosas hermosas de la vida, sin lujos ni destaques, brillando apenas por el sudor del encuentro que se estaba iniciando.

Maga era perfecta en cuanto sentido le buscara, una pieza única en medio de la extinción, un tesoro en sí misma, una rosa floreciendo oculta de la guerra y el dolor, y era suya, podía decirlo, sentirlo, mientras los dedos de ella se enredaban en su pelo, su propia lengua recorría cada centímetro de su piel hasta que su sabor quedara impregnado en su paladar para siempre y sus manos se metían en el pantalón; la vibración de su cuerpo al encontrar el punto justo donde lo esperaba pareció sacudir la habitación.

Su cuerpo desapareció de entre sus manos y tuvo que pestañear varias veces mientras se incorporaba desconcertado. La vibración que lo había sacudido se repitió y esta vez se dio cuenta que en realidad eran golpes en la puerta.

El padre de Maga abrió la puerta por completo pero no entró a la habitación. Ella estaba de espaldas a la entrada, sentada en el borde de la cama,

tratando de acomodarse en la ropa, abrochando de nuevo los botones de su camisa. Ninguno de los tres dijo una palabra, hasta que Maga se puso de pie y enfrentó el gesto serio del líder militar. Lucas quiso levantarse esgrimiendo varias razones por las que ese hombre, por más padre y jefe que fuera, no podía irumpir así en su habitación, pero no había reclamos en su rostro, solo preocupación. Ese fue el único detalle que lo detuvo.

—Hola, Lucas. Quería saber cómo estabas.

—Bien.

—Vamos a tener una reunión con los líderes de los grupos en un rato. Si te sientes bien...

—Sí. Perfecto. Estaremos allí...

¡WOW! Gritó su mente sorprendida. Miró a la chica a su lado y sonrió, mientras ella se sonrojaba, haciendo que la sensación de temura invadiera su pecho, empujando fuera de su corazón cualquier sentimiento de lujuria que hasta hacía segundos lo embriagaba. ¿Eso era amor?

—Maga... —El militar hizo un gesto para que saliera y ella se acomodó el pelo y abandonó la habitación, pasando rápido junto al hombre de pie y desapareciendo por el pasillo; no cerró la puerta pero tampoco abandonó la habitación. Lucas hubiera querido poder ponerse de pie para no tener que mirarlo desde abajo, pero el hombre le ahorró el trabajo, sentándose en la silla que ocupaba su ropa.

—Soy absolutamente consciente que mi hija tiene 25 años y es perfectamente capaz de elegir con quién acostarse y por qué... pero por desgracia para ella y para ti, soy un maldito hijo de puta, celoso y castrador, que perdió a su esposa y a casi todos sus hijos y ella es la única que me queda para descargar mi instinto machista paternal. Piensa en Maga como en una copa de cristal bajo tu cuidado en el medio de una estampida de elefantes. El mínimo roce y no tendrás que tener miedo de los ex traterrestres, seré yo quien te persiga y te encuentre con un cuchillo de cocina para cortar en las partes adecuadas para que te desangres

despacito y me llevo de trofeo tus bolas. ¿Estamos claros?

Lucas tragó, con los ojos muy abiertos ciegos con la serie de imágenes crudas que desfilaban por su cabeza y el brillo asesino de los ojos dorados de su interlocutor al final del camino. ¿Y no haría él lo mismo a cualquiera que lastimara a Maga? Sí, definitivamente. Solo asintió, las palabras sobran.

—Come. Te estaremos esperando en mi oficina—. Su futuro suegro se puso de pie y se marchó cerrando despacio la puerta.

VIII

.Maga

Esperaba a su padre en el extremo final del pasillo, con los brazos cruzados y los labios fruncidos, temblando sexualmente frustrada por la interrupción de lo que prometía ser un encuentro que la iba a hacer gritar varias veces, y enojada porque siguieran tratándola como a una nena chiquita. ¡Por el amor de Dios! ¡Tenía veinticinco años!

El Líder de la resistencia humana se acercó disimulando muy poco su divertimento y se detuvo frente a su hija con gesto intrigado.

—¿Qué pasa, cariño?

—¿Qué fue eso?

—¿Qué?

—¡Papá! ¡Soy grande! No puedes meterte así como así en mi habitación.

—Contrólate, Maga...

—¡Contrólate nada! No voy a permitir que todo el mundo me siga poniendo el pie encima solamente porque soy buena. No es justo.

—¡No pasó nada!

—¡Ex acto!

—¿Interrumpí algo?

La sangre en el rostro de Maga entró en punto de ebullición y las lágrimas le saltaron de los ojos, arrancando una carcajada de labios de su padre.

—¡Magui, Maguita! —dijo abrazándola mientras ella intentaba zafarse.

—Basta, papá...

—Lo siento, cariño. No fue mi intención.

—Siempre haces lo mismo... y yo... —Maga dejó de resistir el abrazo y lloró en los brazos de su padre, aunque la confusión de sentimientos

mezclaba las lágrimas con la risa.

—Prometo solemnemente no volver a entrar a tu habitación sin esperar respuesta. Te lo prometo. ¡Te lo juro! —replicó mientras ella se aferraba a él para que no viera que lloraba como la tonta que era. Maga estaba pasada de emociones y era demasiado sensible, cualquier cosa era una buena excusa para las lágrimas. Pero esta vez era diferente. Por primera vez no estaba llorando porque le hubieran quitado un juguete, o el asiento en la mesa o el auto, o robado el novio, o ganado de mano en el vestido prometido. Sonrió, pisoteando ese brote de conciencia que le decía que estaba mal lo que sentía, porque lloraba de felicidad a costa de la desaparición de su gemela. Sonrió porque la sombra bajo la que siempre había vivido se había ido para siempre. Su voz, adelgazada por las lágrimas, dio cuenta de ello.

—A Lara jamás le hubieras hecho eso... —dijo mientras se apartaba de su padre. Él le pasó el brazo por los hombros y le besó la sien mientras se encaminaban a la oficina en el entepiso.

—Lara hubiera cerrado la puerta con llave.

IX

.Lara

—¿Qué?

Tuvo que hacer un esfuerzo para entender las palabras del Comandante de la nave. ¿La estaba invitando a cenar? ¿Estaba pidiéndole una cita?

—¿Perdón?

—Cenar... conmigo... a solas... —¿Y ella sería la cena? ¿O era un simple juego de seducción? ¿Era necesario? Fuera lo que fuera que le dijera, tenía todo el poder del mundo para ordenarle caer de espaldas en la cama, que se sacara la ropa y se abriera de piernas, y no solo porque era el líder de los invasores, su captor y ella su prisionera, sino porque su cuerpo y su mente habían sucumbido a cualquier tipo de hechizo que el ex traterrestre hubiera invocado.

—Yo... —El Comandante la alejó un poco más y la soltó, asegurándose que podía mantenerse sobre sus pies.

—Solo una cena. ¿Preferirías pescado o pollo? Es lo que tenemos a disposición inmediata. Salvo que prefieras alguna otra cosa como pastas... Hay una variedad de...

—¿Una cena? —repitió desconcertada por completo.

—O un desayuno si prefieres. El sol saldrá en pocos minutos... — Lara miró alrededor de la habitación. ¿Estaba tratando de seducirla? Levantó las cejas sorprendida y volvió a mirarlo.

—Una cena estaría bien. Después que me digas...

—Después de cenar, confía en mí... —¿Confía en mí? Tuvo ganas de reírse a carcajadas en su cara. *Sí. Claro.*

Se acercó a ella y con una mano le indicó que avanzara hasta el extremo derecho de la habitación. Ella caminó hasta la puerta e inclinó la cabeza

para mirar adentro mientras él hablaba.

—Este es el cuarto de baño. Espero que encuentres todo lo que necesites en él. Si deseas tomar un baño antes... tendré todo listo para cuando termines.

Lara miró incrédula las instalaciones, mirando de piso a techo. Era enorme, pero lo inspeccionaría después. El Comandante volvió sobre sus pasos y se dirigió al extremo izquierdo donde estaba el guardarropa. Sin abrirlo, se dio vuelta para mirarla.

—Y aquí encontrarás ropa. Si no te agrada lo que hay, puedes pedir lo que necesites y te será provisto. En los cajones encontrarás algunas cosas más también. Todo está nuevo sin usar. —Regresó a donde ella estaba, mostrando una emoción diferente bajo los planos de su rostro serio—. ¿Decidiste qué quieres cenar?

—Me da lo mismo.

—A mí no. Quisiera que eligieras el menú...—Lara alzó un hombro indiferente—. Por favor.

—Cualquier cosa está bien para mí.

—Pero para mí no...

Al borde del fastidio y tentada de pedir una hamburguesa de McDonald's, pensó un momento cuál sería su última cena antes de una condena a muerte.

—Tallarines con salsa de hongos.

—¿Y de beber?

—Las pastas se acompañan con vino blanco.

—¿Postre?

—¿Algo de chocolate? —dijo tentativamente y él asintió, convencido de ser capaz de satisfacer cualquier capricho que tuviera.

—Solo pide...

Cerró los ojos e inhaló, sonriendo a las imágenes en su cabeza.

—Brownie con helado de crema y salsa de chocolate caliente —
dijo mordiéndose los labios. El Comandante de la nave invasora inclinó la cabeza en un último saludo y se dirigió con rapidez a la puerta.

—Tómate el tiempo que necesites. Todo estará listo cuando termines. —Y sin decir más abandonó la habitación.

Lara miró alrededor de nuevo, como si todo lo que hubiera pasado en los últimos minutos hubiera sido parte de una alucinación. ¿Se había vuelto loca? ¿Qué estaba haciendo? ¿Era parte del juego al que se estaba prestando por obtener información sobre su madre y su hermana?

Lo que había pasado no era lo que más le preocupaba a la parte lógica de su cerebro, si algo había quedado de ella después de haber pasado por la aplanadora de seducción de ese ex traterrestre; lo en verdad aterrador fue la ansiedad con la que su cuerpo se movió solo a revolver los cajones del guardarropas para ver qué ropa podía ponerse para la cita con el enemigo. ¿Era consciente de eso? Estaba nerviosa como si estuviera por salir con el chico más lindo del colegio, como si ignorara que era un alien asesino, que había invadido su planeta, destrozado su familia, asesinado a su hermano.

Incapaz de reconocer la verdad, se convenció a sí misma que toda la ansiedad que estaba sintiendo se debía a que estaba a un paso de saber sobre su madre, como si ella hubiera logrado con su cuerpo, su cara y su pelo, movilizar al Jefe de los enemigos para someterlo a sus deseos.

Se dio cuenta que había perdido por completo la razón cuando levantó con gesto de triunfo el vestido elegido, el más provocativo del perchero, el más escotado, pensando si a él le gustaría.

Los cajones estaban llenos de prendas de ropa interior de la más

amplia variedad. Desde conjuntos deportivos de algodón hasta combinaciones de encaje, gasa y seda bordados. Y todo era *Victoria's Secret*. Eligió una prenda mínima en encaje blanco y se marchó con todo en los brazos hasta el baño.

El cuarto de baño era un ambiente en sí mismo, blanco absoluto, desde las mesadas de mármol lustrado, los sanitarios, la ducha y la bañera con hidromasaje. Las toallas dobladas en un mueble, mullidas a la vista, también eran blancas. Tenía un espejo de cuerpo entero contra la puerta y uno sobre los lavamanos. El mueble bajo mesada estaba lleno de productos de belleza, de lo más selecto. Desde sales y geles de baño, jabones, champú y cremas de enjuague, cremas para el rostro y el cuerpo, hasta esponjas vegetales y guantes para masajes. Se arrodilló para elegir, sin saber por dónde empezar, después de años de no haber podido disfrutar nada de lo que, antes de la invasión, era parte de su ritual cotidiano. Abrió todos los frascos y aspiró su aroma como si fueran un bálsamo para el alma.

Se le llenaron los ojos de lágrimas pensando en lo que habían perdido en manos de bestias como para la que se estaba preparando. Tenía que hacer algo, tenía que ser útil para la causa de la resistencia. Su posición era invaluable, pensó mientras se desnudaba despacio y preparaba el agua para una ducha. Estaba dentro de la nave, a punto de tener una reunión íntima con quien la comandaba y estaba convencida que si se le ocurría pedir caviar o salmón negro de Noruega, el tipo sería capaz de agarrar su navecita y moverla hasta allá solo para conseguirse lo. Tenía que aprovechar ese momento, sacarle la mayor cantidad de información útil, descubrir sus razones y sus objetivos, ser lo suficientemente rápida e inteligente para sacar provecho de todo ello y usarlo a su favor.

Se metió bajo la lluvia con las emociones mezcladas, justificándose como si su cuerpo se estuviera preparando para ser ofrecido como sacrificio a una causa justa, disimulando detrás de la nobleza sus verdaderas intenciones. Porque para ella lo prohibido, lo imposible, en cualquier nivel de su vida, era lo que en realidad la movía.

Demoró una eternidad en la ducha, en parte porque lo necesitaba

con desesperación, aprovechando a probar todas las cosas que había encontrado en el baño para su cuerpo y su pelo, y para darle tiempo a sus captores a preparar esa cena soñada. Se le hacía agua la boca de solo pensar en lo que había pedido para comer, no lo pudo evitar. Quizás solo sería una ilusión óptica, cuatro pastillas colocadas en un plato que le darían la sensación de sabor y saciedad, equiparando los carbohidratos de la pasta y el azúcar del chocolate. Se envolvió en una mullida bata de baño y decidió aprovechar el arsenal de belleza que había encontrado. Se llenó de crema humectante de cuello a los pies, gasto un pote completo de baño de crema para el cabello y descansó en el piso de mármol sobre otra toalla, cerrando los ojos e intentando poner la mente en blanco. El cansancio la venció sin tregua y se quedó dormida.

A lo lejos le pareció escuchar algunos golpes que despertaron sus sentidos. Se enjuagó el pelo, lo desenredó e intentó inventar un peinado que combinara con el vestido que había elegido, pero su cabello estaba demasiado rebelde y feliz como para atarlo. Lo dejó suelto, secándose con libertad sobre sus hombros, cayendo por su espalda, y se calzó el vestido bajo los brazos. Ajustó el bustier bordado que empujaba su pecho hacia fuera y en cuanto trabó el broche dorado, la tela se cerró sola hasta el piso como si estuviera imantada. Al mirar sus pies recordó que no había sacado ninguna sandalia. ¿Sería de muy mala educación asistir a la cena descalza?

Abandonó el cuarto de baño y en cuanto puso un pie de nuevo en la habitación, tres golpes resonaron en la puerta. Miró su atuendo y se paró junto a la cama esperando que, quien quiera que fuera, entrara. Nadie lo hizo hasta que ella lo autorizó.

—Adelante.

Un ex traterrestre vestido de azul se adelantó mientras otros dos esperaron en la puerta.

—Buenos días, señorita. Si nos permite, quisiéramos preparar la habitación para su cena.

El tono de voz del alien era cortés y servicial. En cuanto ella asintió, los otros dos avanzaron con cajas en las manos. Con rapidez y en silencio, comenzaron a trabajar, adecuando el lugar para una cena romántica ante sus propios ojos. Sin moverse del lugar los vio moverse con gracia y elegancia, concentrados en su actividad como si estuvieran investigando la vacuna contra el cáncer. Acomodaban los manteles, las velas y los cubiertos como si fueran parte de un complicado dispositivo y no algo trivial como una cena. La dedicación que ponían en cada detalle era casi inaudita en medio de lo que estaban viviendo y la sonrisa con la que cerraban cada movimiento les daba un halo casi humano. La satisfacción del deber cumplido en el soldado, la apreciación de la obra completa en el artista. Casi humanos.

¿Qué tan diferentes seguían siendo de ellos, de ella, a medida que se acercaban? Las diferencias fisiológicas y genéticas pasaban desapercibidas, detalles insignificantes que no saltaban a la vista. Y con los anteojos, la parte más aterradora de su anatomía quedaba a cubierto. Un escalofrío la recorrió entera al recordar los agujeros negros que tenían en lugar de ojos y el efecto de casi caer y perderse en ellos mientras los asesinaba a sangre fría.

—Señorita.

Lara pestañeó y vio a los tres hombres parados frente a la puerta. Miró alrededor y todo estaba preparado. El primero deslizó la mano junto al panel de acceso y las luces bajaron con suavidad, resaltando el efecto de la iluminación tenue de las velas bajas en diferentes formas, blancas como todo en ese lugar. Se acercó a la pequeña mesa dispuesta entre la cama y el escritorio, con dos lugares preparados en ella. El mantel, las sillas vestidas y las servilletas, inmaculadamente blancas. El plato de sitio y los cubiertos de plata. En el centro de la mesa, un sencillo arreglo de flores blancas. Más allá, el escritorio también había sido cubierto con un mantel pero no había nada sobre él.

—Si todo es de su agrado, nos retiraremos. —Lara volvió a mover la

cabeza, asintiendo, todavía enmudecida por la sorpresa, y los tres se inclinaron a modo de reverente saludo antes de retirarse.

Entró al sector de cocinas, uno de los pocos lugares donde el color gris metálico del acero inoxidable cortaba con el blanco imperante en el resto de su nave. No era uno de los lugares que más requiriera su atención y nunca se había sentido adepto a las artes culinarias, aun cuando supiera disfrutarlas. Se acercó al Jefe de cocina, que acomodaba con cuidado los ingredientes del plato que preparaba. Miró su trabajo sin perturbarlo y sonrió de la misma manera que lo hizo su compañero al finalizar su trabajo.

—Se ve exquisito.

—Es uno de los platos que más aprecian los humanos.

—No lo he visto en nuestro menú.

—Tenemos tres casos de niñas con alergia a los mariscos, solo lo hacemos a pedido, no están dentro de la dieta cotidiana. —RT arugó la frente.

—¿Lara no es alérgica, verdad? —IB, el Jefe de cocina, sonrió mientras acomodaba una mezcla rosada en una salsa plateada junto al plato decorado como una obra de arte.

—La señora Adela mencionó al pasar que su hija era *adicta* a los langostinos, e incluso hizo referencia a una intoxicación que tuvo... —RT lo miró con expresión aterrorizada—, por haber comido toda la noche su plato favorito.

—¿Toda la noche?

—Los humanos son muy susceptibles a las adicciones...

El Comandante volvió a mirar el plato de comida antes que IB lo cubriera con la charola plateada y lo dispusiera en el carro con el resto de la comida. Adicción no era una palabra que le sonara adecuada. Las adicciones no eran buenas: Absorbían la atención, anulaban la conciencia, convertían a sus víctimas en esclavos de su poder y la rehabilitación solía ser penosa y difícil. Se rehusaba a ver a Lara como una persona adicta, a lo que fuera.

—No le dijo nada a Adela de...

—No. Pero a ella le pedí asesoramiento sobre la cocción de los langostinos. Me generó alguna duda...

IB lo invitó a un sector lateral de la cocina donde estaban los refrigeradores. Sacó una bandeja cubierta con film y la dejó en la mesada para que RT pudiera verla.

—¿Qué es eso?

—Los langostinos antes de ser cocidos. —Se acercó como si los animalejos anaranjados, con patas como pelos y ojos negros saltones, fueran a saltarle encima.

—Desagradables.

—Pero deliciosos, no siempre hay que dejarse llevar por las apariencias. Lo importante es lo que hay adentro y no siempre es visible a los ojos.

RT miró los langostinos con una nueva perspectiva, casi como si fueran un espejo. *Si tan solo eso fuera posible...*

XI

.Lara

Detrás de los tres primeros, otros dos ex traterrestres, vestidos con saco marrón claro corto y pantalones negros, ingresaron con sendos carros con bandejas de lo que ella supuso debía ser la comida y dos botellas de vino blanco en una charola de plata con hielo. Realizaron la misma rutina de saludo, acomodaron las bandejas sobre el escritorio y se marcharon en el mismo silencio con el que habían entrado. Lara miró alrededor preguntándose si todas las naves invasoras tendrían categorización cinco estrellas ¿De dónde habían robado todo eso? ¿Del *Marriott* o el *Ritz*?

Sin tocar nada, se acercó al escritorio donde estaba la comida y se inclinó sobre las charolas plateadas intentando identificar los aromas. Era comida de verdad o un muy buen espejismo. Su estómago rugió como si todo eso fuera real. Estaba por levantar una de ellas cuando dos golpes anunciaron una nueva presencia. El corazón se le disparó en el pecho y corrió a acomodarse nerviosa entre la mesa y la cama, justo en frente de la puerta. Debía ser él. Una vez preparado el escenario para su pantomima de seducción, él haría su entrada triunfal enfundado en su uniforme de gala, pasearía su gloria y su poder delante de ella, cenarían creando un ambiente adecuado para después...

Miró la cama a su lado y tragó, el escalofrío que la recorrió no tenía nada que ver con el miedo sino con las ganas. Se apretó las sienes, empujando fuera de su mente las fantasías que la estaban excitando. Resopló enojada consigo misma y se alisó el vestido antes de invitarlo a pasar.

—Adelante... —La voz le salió en un susurro pero aun así la puerta no tardó más de dos segundos en descomprimirse y deslizarse para dejarlo entrar.

La imagen era la misma que su imaginación había creado y pese a ello le quitó el aire como una patada en el estómago.

Él en su uniforme, era una visión de otro planeta, literalmente: El saco cerrado hasta el cuello con un corte *Mao*, sin botones, cerrado hasta la cintura, con los tres galones dorados en el pecho, largo hasta el piso, pantalón negro y botas negras brillantes como si las hubiera lustrado antes de salir. Los anteojos oscuros seguían cubriendo sus ojos pero saltó la imagen como un charco de agua sucia. Lo que estaba viendo era demasiado hermoso para empañarlo con ese detalle. Tenía el pelo húmedo, peinado hacia atrás y a un costado. Estaba recién afeitado, la sombra de la barba que había visto horas antes había desaparecido. Estaba resplandeciente en todo sentido.

La miraba con una intensidad abrumadora, revelada aun tras de los cristales curvados sobre su rostro. Sintió el calor de sus ojos recorrerla de pies a cabeza, para luego clavarse en sus pies descalzos. Entrelazó los brazos en la espalda y miró alrededor con gesto de aprobación. Lara lo vio moverse hasta el escritorio, donde estaban los platos cubiertos. Levantó la cubeta de hielo con el vino y la colocó en la mesa. Movié una de las sillas, la que estaba más cerca de ella y estiró una mano para invitarla a sentarse.

¿Tendría *Eugenia de Chikoff* una sucursal de su academia de ceremonial y protocolo en Marte?

Lara apretó los labios para no sonreír por la ocurrencia y se encaminó a la mesa. El Comandante le acomodó la silla y ocupó su lugar.

—Espero que todo sea de tu agrado.

—Sí. Sin duda... —Estiró la mano por sobre su plato para tocar las flores del centro de mesa; eran reales. Desde la invasión que no había visto flores frescas, las plantas no crecían sin la luz del sol y los campamentos siempre estaban escondidos. Los jardines habían desaparecido de la faz de la Tierra por los combates contra los aliens.

—¿Te gustan? —Lara asintió en silencio y bajó la cabeza, las fresas eran las flores favoritas de su madre. Pudo sentir la mirada de él

preguntándose qué pasaría por su cabeza en ese momento o leyendo sus pensamientos. Estaba segura que sabía lo que estaba sintiendo, todas las emociones que se mezclaban en ella y la única explicación que le venía a la mente es que tuviera algún poder extrasensorial que se lo permitiera—. Me dijeron que es costumbre en algunos lugares comer algo liviano antes del plato principal.

Se puso de pie hasta el escritorio y llevó un plato cubierto hasta su sitio. Lo descubrió despacio y Lara abrió mucho los ojos para descubrir un manjar marino de langostinos sobre hojas verdes y una salsa rosada, todo acomodado como lo hacían los grandes chefs que su madre solía mirar por televisión.

Lara lo miró desconcertada ¿La escuela de ceremonial y protocolo intergaláctica también tenía una sección de cocina gourmet? Y si ese era el caso, y además de los soldados y los francotiradores también tenían un séquito de especialistas de alta cocina y asesores de imagen y ambientación, ¿Cómo sabía él que los langostinos eran su peligrosa debilidad? En otros tiempos felices había sido capaz de comerse un kilo de esos bichos que a toda su familia desagradaban y cuando tuvo su primer sueldo se lo gastó completo en un embarque congelado con el que se empachó en una sola noche mirando una maratón de *Sex on the City*.

El Comandante vio su expresión y volvió a sonreír, inclinando un poco la cabeza mientras se acomodaba en su asiento.

—¡Wow! —Lara no pudo frenar la exclamación, tomó el tenedor y trató de elegir el más grande y jugoso de los especímenes, blancos con rayas naranjas. Pinchó uno y lo empapó en la salsa rosada. Lo acercó a sus labios pero se detuvo, mordiéndose los labios anticipando el sabor de la carne blanda deshaciéndose en su boca.

El ex traterrestre a su lado miraba la escena en una mezcla de la concentración necesaria para un partido de ajedrez y la lujuria desatada por una escena erótica demasiado bien compuesta. No demoró la llegada del manjar a sus

labios y lo hundió dentro de su boca en un solo movimiento. Masticó despacio y gimió de placer en cada movimiento, cerrando los ojos ante el choque de sensaciones y pecados, hambre y gula, deseo y lujuria. Suspiró después de tragar, con los parpados caídos, y sonrió satisfecha.

Abrió un ojo y lo vio mirándola como quien ve caminar por primera vez a su hijo: Asombro, emoción, placer, devoción, ¿Amor?

—Me alegro que te guste. —Ella asintió repitiendo el acto anterior pero un poco más rápido—. Ante la sugerencia de este plato, cuando vi a esos animalitos... pensé que era poco probable que algo tan feo pudiera gustarte tanto.

Lara tragó su tercer bocado y sonrió.

—¿Los viste vivos? —Él asintió y miró el plato. Era verdad: Vistos con vida, con esos ojos y esas patas eran bastante desagradables. ¿Quién podría asegurar que pudieran ser semejante manjar?— ¿Quieres probar?

Por puro impulso pescó uno de su plato sin salsa y estiró el tenedor acercándolo hasta el Comandante, pero obligándolo a inclinarse un poco más hacia ella. La expresión incrédula e inocente de él la divirtió, y sacudió el tenedor incitándolo a moverse, a acercarse. ¿Tendría nombre? ¿Tendría novia? Él se movió hacia el bocado pero sin dejar de mirarla, entreabriendo los labios lo suficiente para que la pieza curva se deslizara hacia adentro, apresándolo con los dientes y masticando con la boca cerrada.

Su gesto fue de análisis y percepción, y no cambió hasta que tragó y su garganta se movió a medida que el bocado bajaba, los ex traterrestres también tenían nuez de Adán, descubrió ella tratando de ver más allá de la tela de su uniforme.

En un esfuerzo coordinado de su cuerpo y su mente, azotados por el látigo de la razón, apartó la mirada de su cuello e intentó concentrarse en su plato y su comida.

—Es delicioso... —Ella lo miró de costado y sonrió.

- ¿Quieres uno con salsa? Eso lo hace aún mejor.
- Prefiero que los comas tú.
- Podemos compartíroslos... hay suficiente para los dos.
- Come.

Él volvió a acomodarse en su silla mirándola comer en silencio hasta que por fin se animó a la conversación.

—¿Disfrutaste el baño?

—Sí. Mucho. ¿Qué hicieron? ¿Desmantelaron el *Sheraton* para construir tu nave? —Se lo veía tan humano cuando sonreía de costado. Reprimió un suspiro y volvió a los langostinos.

—Tomamos referencias arquitectónicas de los mejores lugares donde pasaban su tiempo libre.

—Y a todos los prisioneros los tratan de esta manera o solamente a mí porque... ¿Por qué? —Lara lo miró, intentando mantener el mismo tono conversación, pero no pudo evitar el comentario picante.

—No eres una prisionera. No quiero que te sientas así.

—Entonces... ¿Puedo marcharme?

—Cuando quieras... Nadie te detendrá ni te seguirá. Eres libre de marcharte cuando lo desees. —Lara dejó caer el tenedor sobre el plato haciendo un estruendo la plata contra la porcelana.

—¿Por qué?

—No te capturamos. Tú viniste a nosotros... —¿Podía leer la mente? Tenía que lograr bloquearlo, pero ¿Cómo? ¿Un sombrero de papel de aluminio?

—No es cierto.

—¿No? —dijo arqueando una ceja por sobre los anteojos, estirando un brazo sobre el respaldo de la silla con un gesto suficiente y soberbio, tremendamente humano. ¿Y si la estaba engañando? ¿Y si era humano?

—Sabía que la única manera que no me mataran era demostrando

que era una mujer. Y con el pelo podría haber pasado por peluca o un hombre de pelo largo. Necesitaba... demostrar... —dijo bajando la mirada al bustier desbordado y él miro al mismo lugar para después volver a sus ojos.

—Dio resultado. De todas formas... no quiero que te sientas una prisionera en mi nave. Si lo que deseas es marcharte...

—No es lo que acordamos.

—Es verdad. Pero no estás comiendo mucho.

Lara volvió a revolver un langostino en salsa y se lo metió a la boca. Masticó dos veces y después de tragar, hizo la pregunta del millón.

—¿Por qué?

RT se quedó pensativo un momento mientras Lara lo miraba con su dorada intensidad. Pensar con claridad cuando esos ojos lo iluminaban y encendían, como la estrella central de ese sistema planetario, era una tarea complicada; desprenderse de su hechizo y su poder, parecía ser un desafío mayor que intentar derrotar el último bastión de la resistencia humana a la que pertenecía. Y *por qué* era una muy buena pregunta aunque no en ese momento de la conversación. Si quería acercarse a ella, y a su corazón, recordarle que era un invasor, un secuestrador y un asesino no eran los mejores aspectos de su personalidad como para conquistarla.

Inspiró buscando fuerzas, se puso de pie y se acercó a la pared frente a ella. Manipuló el panel de acceso, bajó un poco más las luces, y pasó la mano por la pared para convertirla en una pantalla de alta definición con un programa de imágenes que utilizaban para explicarle a las nuevas generaciones la parte científica de su misión en el Universo. La pared blanca cambió a un negro cruzado de colores desconocidos y brillos inusitados, como si fuera una ventana real a medida que viajaban en un crucero interestelar. Estrellas fugaces, constelaciones, nubes de meteoritos pasaban a su alrededor a medida que se acercaban a Xydonia.

La imagen de su planeta de origen, aquel que nunca llegó a conocer, del que solo conservaban imágenes del pasado y relevamientos posteriores, era un recordatorio permanente de la tragedia, y le dolió como no lo hizo nunca antes. Debía reconocer que sus sentimientos y sensibilidad se habían exponenciado a partir de su interacción con Adela y todo parecía tener una dimensión diferente desde su nueva percepción. Lo que ellos inducían eléctricamente, en él había operado de manera natural. La pérdida de su identidad, como el híbrido que era, formado de cientos de cruces en las que el gen de Xydonia predominaba, la pérdida de su planeta, que también había sido hermoso

como la Tierra, la responsabilidad de su especie por esa destrucción, no eran ex cusa suficiente para haberse apoderado y destruido cientos de civilizaciones bajo la bandera de la conquista; pero por otra parte ¿Era correcto dejar que ese camino de destrucción fuera recorrido una y otra vez hasta la aniquilación inevitable, cuando estaba en sus manos poder evitarla? Esa había sido la gran ex cusa, pero ahora, en este planeta, con esta especie, ante esta mujer que había conquistado su corazón solo con su imagen, un amor platónico e imposible, todo parecía injustificado e irrelevante.

Lara seguía mirando absorta el espectáculo del sistema planetario estelar al que pertenecía su planeta, el único habitado de ese sistema de 5 planetas y 29 satélites. Xydonia tenía tres lunas, por lo que su cielo siempre estaba dominado por dos cuerpos celestes, según la posición de los movimientos del planeta. Mirando las ondas de cabello rojo que caían sobre sus hombros hasta la mitad de su espalda, recordó el color del último rayo del sol terrestre al atardecer. Ella era aún más hermosa que la luna y el sol en conjunción. Estaba mirándola atontado cuando ella carraspeó.

—Perdón. Este es mi planeta. Una visión de hace algunos años atrás. —Lara volvió a mirar la imagen y la sorpresa de sus ojos los hizo brillar.

—¿No es la Tierra?

—No.

—¿Cómo se llama?

—Xydonia.

—¿Dónde está? —RT suspiró tratando de explicarle en medidas terrestres la distancia.

—Algo así como dos mil quinientos años luz de su tiempo y espacio.

—¡Wow! Es lejos... —Él sonrió y asintió. Sí, era mucho más sencillo decirlo así. Tocó la imagen del planeta en la pantalla y esta se acercó como si se adentrara a través de la atmósfera hasta llegar a la superficie del planeta. La imagen era desoladora.

Después de atravesar nubes densas, una mezcla entre las cenizas de un volcán en erupción y la humareda de una chimenea industrial, el paneo aéreo mostraba las ciudades devastadas como por una guerra, edificios de arquitectura ancestral demolidos bajo el poder de la naturaleza y un Dios enojado con los habitantes del planeta, incapaces de cuidar el paraíso donde se les había permitido vivir. La imagen se congeló y la sucesión de imágenes mostraba una regresión de ese mismo lugar a su estado original, a cómo eran esos edificios, esas ciudades, antes del último cataclismo.

RT no miraba la pantalla, conocía de memoria esas imágenes, miraba a Lara, que seguía detenida, con el tenedor en la mano, mirando el collage de fotografías hasta que la imagen se convirtió en algo muy, pero muy parecido, a lo que era la Tierra antes que ellos llegaran.

Una ciudad con hombres y mujeres caminando por la calle, con atavíos parecidos a los que los humanos utilizaban, con vehículos similares a los que ellos mismos habían desarrollado. Incluso había perros en la calle acompañando a sus dueños y pájaros volando en un cielo celeste con nubes blancas. Había ríos, playas, montañas, cataratas, lagos, desiertos, bosques. Había elefantes, leones, jirafas, gacelas, pingüinos, tiburones, ballenas. Había hombres y mujeres. Niños.

La imagen volvió a congelarse y la sucesión de fotografías avanzó de nuevo, un poco más despacio y volvió a mostrar ese lugar derruido. El cielo era de un naranja plomizo y las nubes grises y negras apenas dejaban ver una aureola de las tres estrellas en el cielo. El humo y el fuego habían ganado el lugar, la destrucción y la muerte las únicas presencias en esa última fotografía donde se podía ver con claridad las siluetas negras en el suelo de los que habían sido habitantes de Xydonia, ahora solo una sombra.

—¿Qué fue eso?

—Lo que pasó en mi planeta.

RT se acercó de nuevo a la pared y con un solo movimiento de la mano hizo desaparecer la pantalla, devolviéndola a su blanco inicial. Dejó el ambiente iluminado por las velas encendidas y pasó por el escritorio antes de volver a la mesa, con la charola plateada y la botella de vino blanco.

Tomó de nuevo su lugar y con la postura formal de siempre, sacó la botella de vino blanco de la charola de plata con hielo y preparó un descorchador blanco que tenía a su lado.

—Entonces... destruyeron su planeta y ahora quieren el nuestro. — Él apretó los labios y destapó la botella para verter el vino blanco en las copas de ambos.

—Tu planeta tiene las características necesarias para la supervivencia de nuestra especie, y tu raza posee el tesoro por el que rastreamos el Universo para continuar con vida.

—¿Qué? ¿El oxígeno? ¿El agua? ¿Las plantas?

—Eso hace el planeta habitable... pero no es lo esencial. —Dejó la botella de nuevo en la charola plateada y la miró directo a los ojos. La furia los hacía brillar en su máxima intensidad y sintió como su corazón y el líquido fluorescente que corría por sus venas entraba en calor sin necesidad de tocarla, por solo pensarla.

XIII

.Lara

Hizo un esfuerzo, respirando profundo, para controlar el estallido de furia que estaba creciendo en ella. La autosuficiencia y pose del Comandante de los invasores habían apretado el botón justo para que todo su brote rebelde saliera a la luz y era solo una cuestión de tiempo para que explotara.

—Pero es nuestro planeta. ¿Qué les da el derecho a apropiarse de él?

—Es una cuestión básica de supervivencia. —Él volvió a mirarla y ella tuvo taquicardia, hasta que estiró la mano para tomar ambas copas y ofrecerle la suya, con toda la intención de invitarla a *¿brindar?* Tembló zarandeada por el desprecio y el deseo.

—Yo... no... —*¿Por qué iban a brindar? ¿Estaba loco?*

—Preferiría considerar esta cena como un cese de fuego y paréntesis en las hostilidades en la batalla. Tratar de disfrutarlo civilizadamente. No quiero que te enojés.

—Lo hubieras pensado antes de invadir nuestro planeta —dijo retirando la mirada de sus ojos.

Él dejó la copa en la mesa y acercó despacio una mano a la suya. Lara clavó los ojos en ese movimiento y sus músculos se inmovilizaron por el miedo, y por algo más a lo que no le quiso poner nombre porque le daba terror reconocerlo. Él se acercó y ella iba sintiendo como iba traspasando el aura que la rodeaba para llegar a su piel. Pudo sentir el choque del calor de su cuerpo y el frío en él, mientras la proximidad crecía, cauteloso como si se fuera a quebrar si la tocaba. El roce de su piel fue helado e intenso, sutil como la caricia de la brisa, etérea y difusa como una cortina de gasa mecida por esa brisa. De inmediato la piel de él se fundió a la de ella, como si hubiera captado su calor, convirtiéndolo en propio. Su piel era suave, sin una sola sensación de fricción. Uno a uno, todos

los dedos de su mano fueron posándose sobre la de ella hasta que la cubrió por completo. Su voz fue un susurro y entonces ella se dio cuenta de lo cerca que estaba, al punto de poder sentir su aliento helado chocar contra la piel de su rostro, de su cuello.

—Lo siento... —Apretó los ojos, incapaz de pensar qué podía seguir —. Si hubiera sabido cómo te afectaría todo esto y las consecuencias de esto... yo...

En cuanto ella levantó la cabeza, él se apartó para no estar tan peligrosamente cerca. La sinceridad en su voz la apaleó. Nunca hubiera esperado algo así por parte de un alien. Estaba preparada para enfrentarse a ser sometida, castigada, a que ejerciera sobre ella todo su poder, que la tratara como lo que era, su prisionera, su víctima, no que le pidiera disculpas. Y ante el dolor de su propia confesión, sus palabras no tuvieron sentido. *¿Qué hacía?* ¿No era otro signo que había perdido la razón, que quisiera reconfortarlo por no haber podido detener la invasión?

—No creo que pudieras haber hecho nada para evitarlo... —Él estaba mirando sus labios, lo sabía aun cuando no podía ver hacia dónde se dirigían sus ojos, podía sentirlo. Por eso se apartó antes que la distancia se abreviara a cero entre los dos.

Despacio, sin brusquedad, él se levantó y se alejó hasta el escritorio donde estaba el resto de la comida, su mano lo último que se separó de la mesa y de la piel de ella. Volvió con un plato sostenido por una servilleta blanca y reemplazó el que ella ya había terminado. Volvió para dejar ese plato usado y regresó con otro que se suponía que sería para él. Levantó ambas charolas y el plato principal de la cena que ella había pedido, estaba allí, tal y como ella lo había pedido; el aroma de la comida despertó sus sentidos y cambió de nuevo la perspectiva de la situación. El carusel de sus sensaciones giraba sin pausa, entre la realidad de la guerra y las posiciones de ambos, pertenecientes a dos

bandos diferentes batiéndose en duelo a muerte, y el escenario de una cita romántica que, por la atmósfera que los rodeaba estaba destinado a terminar en el mueble que estaba junto a ella, o el piso, o el escritorio, o esa misma mesa. Sacudió la cabeza buscando un punto intermedio en el que pudiera sobrellevar esa cena hasta obtener de él lo que quería. *Una noche de sexo desenfundado para ver las estrellas como solo él se las podía mostrar.* ¡No! El paradero de su madre y su hermana.

Lara estiró la mano sobre el plato para buscar la copa y lo miró esperando a que volviera. Él se sentó junto a ella y tomó su copa sin acercarla a la otra. Ella inspiró e imitó su gesto.

—Ok. Un cese de hostilidades, solo por hoy. Solo hasta que cumplas con tu parte del trato. —Él sonrió satisfecho, acercando la copa hasta la de ella.

—Me parece justo y generoso. —El sonido del cristal tintineó en el ambiente y los dos bebieron sin dejar de mirarse.

—¿Tienes nombre? —dijo Lara, volviendo a mirar el plato de pasta cubierto por salsa y setas.

—Tenemos una codificación de identidad que surge de nuestro creador y una serie de datos adicionales se puede traducir en la lengua de cada planeta que...

—¿Cada planeta? ... ¿Qué...? ¡Un momento! ¿Cuántos...?

—Una pregunta a la vez, por favor. —Lara retrocedió y lo miró...

—¿Tu nombre?

—RT. Nuestra codificación en tu lenguaje puede resumirse a dos o tres letras. Los soldados incorporan los números para identificar rangos y especialidades.

—Pero no son las iniciales de un nombre y un apellido.

—No. No estamos vinculados socialmente como ustedes.

—¿Son nómadas?

—Básicamente, hasta que iniciamos la parte final de nuestra

existencia.

—Dijiste...

—Come...

Lara envolvió las cintas de pastas como pudo, engulló y trató de disfrutarlo en velocidad, tragando y volviendo a la conversación.

—Dijiste “ los planetas” ... ¿ Cuántos más hay como nosotros?

—El Universo es vastísimo para recorrer y conquistar. En cada sistema planetario hay uno o dos planetas con las características de la Tierra y habitantes más o menos parecidos a nosotros. —Lara trató de imaginárselo, más planetas como la Tierra, más seres como los humanos.

—¿ Cuántos has conocido?

—Desde que estoy activo en la amada he participado de doce invasiones como soldado y esta es mi primera misión como Comandante.

—¿ Qué pasó con tu planeta?

RT arrugó la frente mientras giraba despacio el tenedor entre los tallarines, creando un nudo prolijo que llevó a sus labios con cuidado. Masticó sin mirarla y fue por la copa de vino después de tragar, otra vez su garganta llevándose toda la atención de ella. Bebió despacio y por fin volvió a la conversación.

—Nuestro planeta quedó inhabitable antes que yo fuera creado.

—¿ Y por eso salieron a buscar otros?

—El camino a la destrucción era inminente, como lo era con tu planeta cuando nosotros llegamos. La única diferencia era que nosotros ya teníamos la tecnología necesaria para haber explorado el Universo y descubrimos otras formas de vida compatibles con las nuestras para permitimos seguir evolucionando y sobreviviendo.

—¿ A ustedes les pasó lo mismo que a nosotros?

—Sí. Todos los planetas y sus habitantes evolucionan más o

menos de la misma manera y la tendencia de los avances tecnológicos desmesurados y sin control terminan conduciendo a una destrucción sistemática. Por eso tratamos de intervenir antes que los efectos sean irreversibles.

—¿Y qué hacen?

—Antes que los daños sean definitivos, intervenimos para trabajar y salvar el planeta de su destrucción, recreando el equilibrio con la naturaleza.

—¿Y dejan que la vida vuelva a generarse espontáneamente?

—No. Recreamos la vida natural, reestablecemos el equilibrio y trasladamos a nuestros ancianos para que pasen el último tramo de su vida en el paraíso que ellos ayudaron a crear. Ellos... y algunos sobrevivientes de esa especie, que siempre quedan, son los que inician las nuevas civilizaciones. Y todo vuelve a empezar, a veces un poco mejorada, si la memoria perdura. A veces, exactamente igual.

—¿Ya pasó?

—No es la primera vez que estamos en la Tierra.

Lara se atragantó con el bocado que estaba comiendo e intentó por todos los medios no escupir la comida, creando un espectáculo cómico. Mientras se componía, tomó la servilleta pensando ausente: Entonces las historias que los Egipcios, Mayas y Aztecas, Griegos y Babilonios, pudieran ser civilizaciones superiores, incluso extraterrestres, con sus grandes construcciones y avances de su época, no era del todo desquiciado.

—¿Ya estuviste aquí? —Él negó con la cabeza—. Entonces...

¿Qué hacen?

—¿Quieres escucharlo? —Lara suspiró, resignada. Ya estaba allí, necesitaba saber cuál era el destino de su planeta y su especie, porque también sería el de ella.

—Salvo que tengas una historia más interesante...

—¿Te gustan las de guerra o las románticas?

—Vamos por las de guerra... yo también soy un soldado.

—Investigamos las conductas y costumbres de cada civilización. Ese estudio puede llevarnos un período extenso hasta que finalmente decidimos comandar la invasión. —Lara lo miraba con más atención de la que alguna vez le había prestado a cualquiera de sus maestros. Sostenía el tenedor con fuerza, pero sin comida. RT la miró y preguntó—: ¿Cómo está ese plato?

—Exquisito. ¿Todas sus comidas tienen nivel gourmet?

—No. Pero es bueno poder disfrutar de estas atenciones de vez en cuando.

—¿Comen lo mismo que nosotros?

—Básicamente. Aunque mientras estamos en el espacio nos mantenemos con proteínas y nutrientes directos, en situaciones como esta tenemos más margen para comer comidas reales.

—¿Tienes alguna favorita?

—No. Disfruto de cada una. Es un placer privativo. He estado más tiempo en el espacio o luchando... Es la primera vez que he estado establecido tanto tiempo en un mismo lugar.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Cinco años. Estuvimos desde el comienzo de la invasión.

El corazón de Lara acusó recibo de la información y trastabilló antes de iniciar una loca carrera dentro de su pecho. Bajó el tenedor que estaba a punto de meter en su boca.

—Desde el principio... siempre... ¿Aquí?

—Sí. Después del primer desembarco tuvimos que movernos al norte porque se requirieron más fuerzas de las esperadas, pero después comenzamos a hacer el barrido desde el norte hasta el sur y volvimos aquí a terminar de extinguir los focos de resistencia. —La palabra extinguir trajo la imagen de su hermano muriendo en sus brazos.

—¿Qué hacen con aquellos que toman de prisioneros?

La pregunta fue seca y cortante, y RT se enderezó en su silla. Meditó un momento, quizá buscando la respuesta adecuada. Y respondió, optando por la verdad más cruda.

—Solo conservamos a las mujeres y a los niños. —Lara apretó los ojos y él acercó su mano a ella, pero no llegó a hacer contacto. Ella las apartó con rapidez y las entrelazó en su regazo, escondidas de su vista, apretadas por la angustia, y entonces, la imagen en su memoria cambió, a la de su madre y su hermanita. Levantó los ojos que empezaban a poblarse de lágrimas y los vio reflejados en los cristales oscuros que ocultaban los ojos de RT. Él apretó los labios como si pudiera sentir su dolor, cuanto mejor si podía leer no solo su mente sino sentir su pesar, solo para que sufriera como ella.

—Entonces, ¿Puedes saber qué pasó con mi madre y con mi hermana? Ellas fueron capturadas el día de la primera invasión. ¿Cómo podemos hacer para que puedas identificarlas? ¿Sangre? ¿ADN? ¿Nombre y apellido? — Lara estaba demasiado preocupada por seguir enumerando maneras para que él las ubicara que no lo escuchó.

—Ellas están aquí.

—¿Qué?

—Tu madre... y tus hermanas... están aquí. En esta nave. Siempre han estado aquí.

La habitación dio un giro completo alrededor de Lara y tuvo que sostenerse de la mesa para no caer al piso. Quiso ponerse de pie pero RT la detuvo de un brazo, sospechando que no era una buena idea levantarse después de semejante golpe. Se aclaró la garganta y buscó con mano temblorosa la copa de vino, sin llegar a sostenerla. RT la obtuvo para ella y acompañó su mano, sosteniéndola hasta que bebió un poco. Volvió a apretar los ojos, mareada. Cuánto mejor hubiera sido tener agua en la copa y no vino. La habitación volvió a girar, con un vértigo violento, y lo único que podía sentir eran las manos fuertes pero suaves de él, un punto de apoyo al que se aferró hasta que todo el blanco de

alrededor desapareció como si alguien hubiera apagado el interruptor.

XIV

.Lucas

Maga era la única mujer presente, sentada en el sillón de su padre, y estaba quieta con los ojos clavados en la puerta hasta que lo vio entrar, apoyado en sus hombros. Había solo un jovencito de anteojos al que no había visto antes, en la pared, detrás de Maga.

—Bien, ya estamos todos. ¿Cómo te sientes, Lucas?

—Listo para salir a pelear.

—Tomaré eso como un “bien” a secas, porque no vamos a pelear.

Nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? —dijo Lucas incorporándose en la silla.

Era el único que mostraba sorpresa entre los líderes, estaba claro que no solo era una decisión tomada, sino avalada por todos.

—Estamos desmontando todo lo que podemos del campamento, desmantelando el alternativo, y nos vamos al sur.

—¿Al sur?

—Ya teníamos previsto hacerlo antes. Pero a la vista de las circunstancias de la abducción de Lara...

—¿Y qué pasará con ella? —Lucas sintió los ojos de Maga incendiarse en furia y atravesarlo como si fueran un láser del enemigo. Sabía que eso estaba decretando una nueva pelea con ella, pero no pudo evitarlo. Él no iba a dejarla atrás.

—¿Qué pasa con ella? —dijo Maga y entonces todos los presentes, excepto su padre, bajaron la vista. Lucas miró al Jefe y después a la chica.

—¿La vamos a dejar en poder de los aliens?

—¿Y qué quieres hacer? —repreguntó con una nota histérica en la voz, como si fuera empezar a gritar y hacer un innecesario escándalo de faldas. Él no estaba pensando en Lara como una mujer, sino como la hija del Jefe de los sobrevivientes humanos, la hermana de sus compañeros de armas y de la chica

de la que se estaba enamorando, aun cuando esa misma chica se estuviera transformando en una bruja vengativa dispuesta a abandonar a su propia sangre en manos de los invasores.

—Rescatarla...

El único sonido en la oficina fue la exhalación simultánea de todos los hombres, seguido por el estruendo de las manos de Maga en el escritorio de su padre cuando se impulsó para ponerse de pie.

—¿Te volviste loco? Tan caliente estás con ella que eres capaz de arriesgar tu vida...

—Maga... cálmate...

Lucas y el Líder del campamento rebelde dijeron ambas palabras al mismo tiempo y con el mismo tono calmado y conciliador, que hizo que el temperamento del ángel estallara en mil pedazos y gritos histéricos.

—¡Lara se fue porque es una cobarde de mierda! ¡Quizá por inmunidad y protección ya nos vendió, y los aliens están en camino para liquidarnos!

—Lara moriría antes de hacer eso.

—¿Y por eso se desnudó y entregó a los enemigos? Sé realista. Se asustó y como la perra cobarde que es, se entregó.

—Maga... —intervino el padre de la muchacha—, si no puedes estar en la reunión con un poco de ecuanimidad...

—¿Vas a arriesgar la seguridad de todos por una enferma egoísta?

—No —dijo su padre, con la voz inundada de dolor.

—No podemos dejarla atrás... —casi grita Lucas y Maga lo encaró, apoyándose de nuevo en el escritorio, enardecida por los celos.

—¡Escúchate! ¡Quieres parecer un Marine heroico y no eres más que un idiota caliente que cae detrás de la mala de turno!

—Maga... —Ella se enderezó y miró a todos con lágrimas en los

ojos, como queriendo encontrar en ellos un apoyo. Pero nadie intervino. Todos tenían la mirada clavada en el piso.

—Papá...

—Si no puedes tomar las cosas con calma, te voy a pedir que salgas de la oficina y vayas a tu habitación a descansar.

—¿Me envías a la cama sin cenar como a una mocosa? ¿Me estás castigando por decir la verdad? ¡Tan típico!

—No. Eres una mujer. Y eres parte de este grupo. Si no puedes estar a la altura de las circunstancias, solo te pido que salgas para calmarte y dejar de dar un espectáculo patético. —Ella inspiró una vez, y otra vez, la tensa calma de su rostro solo demostraba la tormenta que estaba creciendo en su interior. El Líder del campamento miró a Lucas, que seguía en la misma postura, apoyado en la silla pero sin ponerse de pie. A él le habló—: No puedo arriesgar a mi gente. Hay grandes posibilidades que haya sido forzada a confesar ubicaciones, armamento, tácticas...

Maga bufó, fastidiada, mientras se dejaba caer en el sillón, con los brazos cruzados, mirando a la pared.

—¡Bfff!

—Maga...

Primer aviso.

—Eso lo entiendo. Podemos marcharnos, pero no podemos dejarla atrás. Con una sola unidad podríamos infiltrarnos en la nave, buscarla, sacarla de allí, y hacer un daño considerable antes de irnos. De regalo de despedida.

—¡Hmff! —Maga bufó de nuevo y por el rabillo del ojo pudo ver como varios de los líderes se mostraban interesados en el plan de rescate. Detrás de ella, el chico de anteojos escuchaba con atención. Su padre escuchaba atento todo lo dicho, incluso sus onomatopeyas.

—Maga...

Segundo aviso.

—Podríamos usar uno de los móviles, activar los dispositivos...

—Ellos tienen que saber cuáles han sido capturados y cuáles no...

—... confiemos que podemos disfrazarnos bien...

—No tenemos conocimiento del lugar ni de sus normas de seguridad, ni siquiera sabemos cuántos quedan dentro de la nave al salir sus tropas.

—Pero podemos *hackear* su sistema. Yo podría hacerlo... —dijo el nerd, adelantándose un paso junto a Maga.

—Podemos hacerlo —adhiirió Lucas, poniéndose de pie apoyado en uno de los bastones que le habían dado para poder desplazarse.

—No lo sé... —Lucas tomó la duda del Jefe del campamento como una muestra de debilidad que debía aprovechar.

—Es su hija... no la puede abandonar.

—¡Basta! ¡No vas a ir a buscarla! —Maga se puso de pie como un resorte, dispuesta a defender su postura con uñas, dientes y gritos pero, sin mediar palabra, su padre la tomó del brazo, suave pero con firmeza, y la hizo salir de la oficina, cerrándole la puerta en la cara. No hubo tercer aviso.

El hombre se sentó en el sillón y se recostó, tomando la misma pose que Lara solía tener, cruzando ambas manos bajo su mentón, con la mirada perdida en sus pensamientos. Estaría evaluando, quizás, las consecuencias de sus decisiones, lo difícil de ellas, cuando la responsabilidad y los sentimientos se mezclaban, imposibles de separar. ¿Ariesgaría a sus hombres en una misión suicida por rescatar a su hija? ¿Sería capaz de abandonar a la sangre de su sangre por salvar a un puñado de desconocidos, aunque hubiera convivido con ellos los últimos cinco años? Lucas hizo su aporte para inclinar la balanza.

—Solo una unidad. Analizamos las posibilidades de ingresar a su sistema. Será una operación limpia. Entramos, la sacamos, los volamos a la

mierda y salimos. Una hora. Máximo.

El Líder se puso de pie y caminó en la oficina, como siguiendo el mapa imaginario donde las ideas descabelladas de pronto encontraban un hilo conductor. Los demás líderes de escuadrón fueron sumando opciones y opiniones para amarrar un plan: El rescate de Lara de manos del enemigo.

La habitación estaba a oscuras. O no. Había un reflejo a lo lejos, una luz trémula que de a poco se iba convirtiendo en una llama que buscaba no extinguirse con el paso del tiempo. Estaba acostada sobre algo suave y confortable. Percibió una presencia a su lado. No estaba sola, pero no podía ver más allá de la oscuridad.

Los olores y texturas que la rodeaban no eran las del campamento, toscas e imperfectas, con olor a humedad y moho del encierro, saturados con el polvo de concreto y plomo que los rodeaba y protegía, veinte metros bajo tierra. Despertar en la pesadilla significaba que no había estado soñando, o delirando, sino que todo había sido realidad. Entonces estaba en la nave de los enemigos donde todo era absolutamente lo contrario. Los bordes redondeados, todo blanco, pulcro, impecable, el aire puro, la comida gourmet, la cama mullida. Y él.

Se movió hacia el cuerpo que estaba a su lado y sintió un tacto frío deslizarse por su rostro, haciéndola volver rápido a la conciencia, casi como un empujón en su mente. Se apartó y rebotó en la cama mientras enfocaba a quien estaba a su lado. Era el Comandante de la nave invasora, con quien había estado cenando, bebiendo vino, coqueteando y flirteando. RT.

—¿Estás bien? —dijo poniéndose de pie y alejándose un paso de la cama, con las manos en la espalda, como si quisiera demostrarle que no pensaba hacerle nada.

—¿Qué pasó?

—Te desmayaste... Mi culpa.

—¿Por qué? —Todo le vino a la cabeza a velocidad supersónica: Los rostros de su madre y su hermanita girando con fuerza centrífuga, obligándola a cerrar los ojos y apretar las sienes para mitigar el dolor. Las palabras de él detuvieron el vértigo y sus manos en sus brazos, como en la mesa, le erizaron la piel antes de confundirse con su propio calor.

—Cálmate. Todo está bien.

Estaban a nada de distancia cuando abrió los ojos y en la oscuridad, la sensación de incendiarse bajo su mirada se intensificaba con solo adivinarla.

—Dijiste que... estaban aquí. —Él asintió y ella tuvo ganas de gritar, sin saber muy bien por qué—. ¿Crees que... yo podría...?

—¿Estás bien como para caminar?

Fue su turno de decir que sí con la cabeza, y ayudada por sus manos se bajó de la cama, que era mucho más alta de lo común. Quiso dirigirse a la puerta, buscar el camino hacia su único objetivo, pero él la detuvo, sosteniéndola de un brazo. Lara apretó los dientes, consciente que iba a pedirle algo más para llevarla con ellas, y contra todo pronóstico, ella estaba ansiosa de hacerlo.

La mano de RT subió por su brazo y ella cedió a la suavidad de su piel, sus instintos más básicos tomando el control de su cuerpo a partir de ese momento. Retrocedió lo poco que había avanzado y levantó la cabeza, buscándolo, acercando su cuerpo al de él, mientras la mano que subía por su hombro encontró descanso en su cuello. Se dejó caer para atrás y él la sostuvo. La acomodó sobre la cama, mientras las manos de ella buscaban, como en alguna película, aferrarse a las solapas de su uniforme para arrastrarlo con ella. No había solapas y ella estaba cayendo. Él la miró entre asustado y desconcertado.

—¿Estás bien?

Lara pestañeó dos veces y lo vio alejarse para mirarla mejor, las manos en sus brazos soltándola. Quedó sola en la cama mientras él se apartaba, moviéndose hacia atrás en lugar de saltar sobre lo que ella le ofrecía. Lara se incorporó en un codo, desconcertada.

—¿Puedes caminar?

—Sí...

—¿Quieres comer algo más antes de ir? Quizás algo de azúcar te haga bien. Pedí agua para que tomes... el vino no debe haberte hecho bien.

—Agua...

RT se movió en la oscuridad y volvió a su lado con una copa llena. La incorporó y ayudó a beber pequeños sorbos que despejaron su mente abrumada. Se sentó mejor una vez que terminó y levantó la cara para mirarlo de nuevo

—¿Me llevarás a ver a mi madre?

—Ella está descansando en este momento... —Lara pareció desinflarse en la desilusión y él se acercó para quedar a su altura. Su corazón volvió a palpar con irregularidad al tenerlo tan cerca de nuevo. Tenía que poder controlarse. Tenía que lograr ponerse en control de sus reacciones y sensaciones. Su expresión se dotó de una temura que jamás pensó posible en su rostro—. Pero podemos ir a ver a tus hermanas si así lo deseas.

¿Hermanas? Ya lo había dicho...

—Pero... —Se llamó a silencio de inmediato. Ella sabía que su madre había sido abducida junto a Danna, su hermanita menor que por ese entonces tenía cinco años. No lo sacaría de su error. Conociendo a su madre, quizás había rescatado a otra niña haciéndola pasar por su hija. Quién sabe qué pasaba con los huérfanos. Él sonrió y se incorporó, pareciendo aún más alto e imponente desde su posición en la cama. Le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie.

Su tacto volvía a ser gélido hasta que se equiparaba al de ella. Debía ser una reacción de su sangre fría. Quizás, como los anfibios o los reptiles, el hecho de no tener sangre caliente les hacía variar la temperatura para adaptarse

al medio. Si la temperatura dentro de la nave era estable y controlada, quizás sus cuerpos tomaban la temperatura del cuerpo con el que entraban en contacto. Y que conveniente sería eso si se metía con él en la cama. ¡Dios! Era tan difícil pensar en otra cosa que no fuera eso cuando él la tocaba, cuando él la miraba.

Lara no soltó su mano hasta que estuvo de pie a su lado y RT apoyaba su mano en el panel de la pared para que su puerta se destragara. Fue él quien la soltó al abandonar la habitación e indicó el camino con un gesto de su mano.

Caminaron lado a lado por los pasillos donde los personajes circulaban en orden. Todos inclinaban la cabeza a su paso y ella no podía dejar de mirarlos. El halo de autoridad que rodeaba al Comandante de la nave era innegable. Él era el dueño de todo lo que la rodeaba y estando a su lado se sentía segura, protegida. Nadie le haría nada mientras estuviera a su lado, pero aun así, nadie había dado una sola señal de hostilidad o desdén hacia ella, por el contrario, su gesto era respetuoso, devoto. Cruzó las manos adelante y caminó con la frente alta como si conociera el camino. El pasillo se extendía ante ella como si no tuviera fin. Caminó hasta que sintió la mano de RT detenerla, apoyándose en su codo. Lo miró y lo imitó al pararse de frente a una pared. Otra vez él apoyó su mano en el panel que se disimulaba en la pared blanca y la puerta se descomprimió a voluntad. La empujó y ambos entraron a una cámara oscura con una ventana que daba a lo que parecía un aula de niñas.

Podría haber sido la escuela donde había transcurrido su primer grado, pero las paredes y el mobiliario eran blancos, como el resto de la nave, así como el pizarón. Sin embargo, todo estaba tapizado por dibujos y paisajes de diferentes calidades. Todos eran trazos de niños, en crayón, lápices o témperas. Había flores y soles, y personas tomadas de la mano, rostros sonrientes, casas con jardines. Había réplicas hermosamente imperfectas de cuadros de Van Gogh y otros artistas de los que desconocía el nombre, en atriles donde de seguro esas mismas niñas, una docena más o menos, de edades entre tres y trece años, debían hacer esos dibujos.

Todas vestían de blanco, con túnicas similares a las que ella tenía, y todas parecían hermanas, salvo por las diferencia en sus cabellos. Rubias, castañas, morenas. Solo dos eran pelirrojas.

Una más grande, de unos diez años, con el cabello lacio casi hasta la cintura y una cinta blanca que lo mantenía alejado de su frente. La más pequeña, con el cabello ensortijado hasta los hombros, era la única que se movía en su asiento mientras la maestra hablaba, queriendo explicar algo que había escrito en el pizarrón. Lara se acercó a la ventana y apoyó una mano en el vidrio mientras captaba cada detalle del lugar. Ninguna hablaba, todas seguían con atención las palabras de la mujer, que no dejaba de sonreír mientras enseñaba. Aguzó la vista tratando de leer lo que decía el pizarrón ¿Qué les estaban enseñando? Miró para atrás buscando a RT que se había quedado parado junto a la puerta, con los brazos cruzados en la espalda, mirándola fijo.

—¿Qué hacen?

—Aprenden.

—¿Le dan clase a las niñas?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—¿Qué les enseñan? —Caminó despacio hacia ella y se detuvo a su lado, mirando a través del vidrio con una sonrisa.

—A leer y escribir en principio. Música, arte, poesía. Matemáticas, ciencias. Cuando pasan los diez años pueden elegir qué cosas quieren aprender. Aprenden muchas cosas manuales: Bordar, tejer, pintar, modelar. Se supervisan sus inclinaciones y se auspician sus capacidades. Se completan los conocimientos que ya tienen y se agregan más. —Lara no entendía lo que veía, las razones detrás de todo eso, y no podía encontrar las palabras adecuadas si quería preguntar. Ese hombre, ex traterrestre, lo que fuera, no dejaba de sorprenderla. Despegó la mano que tenía pegada al vidrio, señaló la imagen de las dos niñas con su mismo color de pelo y volvió a mirarlo, él asintió sonriendo.

—¿Danna?

—La clase está por terminar... —Él volvió a mirar por el vidrio sin dejar de sonreír y momentos después la maestra hizo un gesto con la mano. Las niñas se pusieron de pie, dispersándose alrededor del salón, buscando otros lugares. Las mayores buscaron algunos libros y salieron por una puerta, las más pequeñas se sentaron en diferentes rincones donde también había libros y juguetes. Muñecas. La maestra llamó a las dos niñas pelirrojas y habló con ellas, inclinándose para estar a su altura e indicándoles con una mano una puerta lateral. RT hizo un gesto con la mano invitándola en esa misma dirección. Los pies de Lara comieron antes que su cerebro diera cualquier orden, su corazón desesperado por llegar.

XVI

.Lara

Empujó la puerta y trastabilló sin caer. Por otra puerta, las dos niñas entraban y la miraban sorprendidas. La más grande, con la boca abierta y la expresión incrédula; la más pequeña miró a la puerta y corrió con una sonrisa al encuentro del alien.

—¡Arti! —RT se hincó en una rodilla y recibió a la niña con los brazos abiertos. No hubo desbordes emocionales ni gritos, ni la levantó como en una película, haciéndola volar sobre su cabeza. Solo la abrazó y besó con inusitada temura su cabecita—. Ya aprendí a escribir tu nombre...

La niña lo arrastró de la mano hacia un escritorio que estaba allí y lo obligó a sentarse mientras ella sacaba un papel y un lápiz de color rojo, y presionaba para delinear letras enormes. Lara volvió a mirar a la niña más grande que la miraba, inmovilizada y en silencio. Sonrió y levantó las cejas. La niña pestañeó y las lágrimas cayeron de sus ojos. Se acercó despacio y se abrazó a la cintura de Lara, que susurró su nombre, con temor a que pudiera desaparecer.

—Danita.

—No lo puedo creer.

—Estoy aquí... —La abrazó más fuerte, besando su pelo y permitiéndose las lágrimas de alegría y emoción por el reencuentro.

—Pensé que nunca volvería a verte.

—¡Estás enorme! —le dijo, apartándola para mirarla incrédula.

—Han pasado...

—Cinco años... cinco eternos años. —Danna miró a sus espaldas, donde RT intercalaba su atención entre el reencuentro y la niña que hacía malabares con sus pequeños dedos y el lápiz.

—¿Viste a mamá?

—Todavía no.

—Estará feliz —Volvió a mirar a RT y le habló a él—. Gracias.

Lara lo miró y él volvió a concentrarse en la niña. Todo era demasiado extraño a su alrededor y su imaginación no alcanzaba a prepararla para todo lo que estaba viviendo. Danna tomó la mano de su hermana mayor y la acercó al escritorio donde estaba el Comandante de la nave y la pequeña.

—Flor...

La niñita levantó los ojos, dorados como los de su hermana y sonrió a la desconocida. Lara se tapó la boca con la mano al reconocer, de manera innegable, el rostro de niña que alguna vez le perteneció, archivado en las imágenes de su memoria y de alguna foto antigua.

—Ella es Lara, nuestra hermana mayor.

La pequeña soltó el lápiz y sonrió, bajando de un salto del regazo de RT. No necesitó más palabras. Lara se puso de rodillas y la niña se abrazó a su cuello, aferrándose a ella con fuerza.

—Mamá sabía que Arti te encontraría. ¿Papá está contigo? ¿Y Maga? —Lara apretó los labios y buscó el rostro de RT sin saber que responder.

—Tienen que volver a clases. Ahora llevaré a Lara a ver a tu mamá y después podrán almorzar todas juntas.

—Tengo que mostrarte el jardín y los conejos. ¿Puedo? —dijo Flor en una súplica a RT, batiendo las pestañas como si supiera que con solo eso obtendría su sí.

—Por supuesto. Pero después. Primero lo primero. —El Comandante de la nave se puso de pie y levantó el papel del escritorio, mostrándoselo a la pequeña—. ¿Puedo quedarme con esto?

—Sí. Déjame firmarlo para ti. —La niña se lo sacó de las manos y escribió su nombre, terminándolo con un corazón y una línea irregular bajo las letras. Se lo devolvió con una sonrisa. Danna abrazó a Lara de nuevo y se llevó a

la pequeña Flor de la mano, marchándose por la misma puerta por donde habían entrado.

Lara miró a RT, que envolvía el papel y lo escurría en su manga con cuidado. Sonrió satisfecho y ella se contuvo de abrazarlo en agradecimiento.

—¿Arti? —dijo ella enarcando una ceja. Su sonrisa tímida acarició su corazón y, si fuera posible, de seguro se hubiera sonrojado.

—Un extraño juego fonético que tu madre creó con mi nombre. Fue más sencillo para las niñas.

—Ya veo. ¿Cuántos años tiene Flor?

—Florencia cumplirá cinco años pronto. —La niña era su hermana, eso era innegable, e hija de su madre, saltaba a la vista. La pregunta del millón era ¿Quién es su padre?—. ¿Vamos a ver a tu madre?

Lara asintió mientras sus neuronas bullían en hipótesis y supuestos que no se animaba en poner en palabras, quizás más temerosa que la verdad pudiera ser devastadora. La imaginación le estaba jugando una mala pasada o todo lo que le estaba pasando podía seguir derrapando más allá de lo indecible.

Abandonaron la habitación y siguieron por un pasillo desierto sin. RT volvió a la rutina de la mano y el panel, pero en vez de entrar cuando la puerta se destrabó, giró hacia ella y se inclinó, acercándose y sonriendo arrebatadoramente. Tenía que dejar de hacer eso si quería que su corazón siguiera latiendo.

—¿Me permitirías adelantarme y anunciarte? —Lara se encogió de hombros, sorprendida, y se quedó parada en su lugar. RT enfrentó y golpeó la puerta despacio. Del otro lado, una voz inconfundible respondió y multiplicó las lágrimas en sus ojos.

—Adelante.

RT avanzó y ella detrás de él, esperando en el umbral de la puerta.

Adentro de la habitación, tan acromática como la que le habían dado a ella, una mujer estaba de espaldas, doblando algo blanco sobre la cama. En las paredes había fotos, cuadros, dibujos como los que había visto en el aula de las niñas. RT se detuvo, manteniéndola oculta a sus espaldas pero permitiéndole que viera la escena.

—Buenos días, Adela.

—Buenos días, Art. ¿Cómo ha sido tu noche? —dijo ella sin detener su labor. Vestía una túnica parecida a la suya y tenía el pelo largo, mucho más largo de lo que recordaba, recogido con cuidado en una trenza. Su madre se dio vuelta y sonrió con temura al alien que la ocultaba.

—Interesante. Tengo un regalo para ti. —La mujer inclinó la cabeza a un costado, sonriendo como si estuviera acostumbrada a sus regalos y sorpresas, queriendo adivinar qué ocultaba esta vez a sus espaldas. RT dio media vuelta y estiró su mano para tomar la de Lara y hacerla entrar a la habitación. Adela abrió los ojos y la boca con la misma expresión de felicidad e incredulidad que Danna había tenido hacía minutos. Avanzó y Lara soltó la mano de RT para arrojarse a los brazos de su madre.

—Mamá... —susurró entre lágrimas mientras Adela agradecía a Dios por poder tener a su hija de nuevo a su lado.

Abruptamente la soltó y se dirigió a abrazar con fuerza al ex traterrestre, que hundió el rostro en el cuello de su madre y recibió palabras de afecto y agradecimiento mezcladas en ese abrazo apretado y lágrimas de emoción. Lara trataba de encontrarle una traducción a la escena pero solo podía verlos fusionados uno en el otro, susurrando en los brazos del otro, ignorándola.

—Gracias... gracias por traerla sana y salva. Gracias.

XVII

.Lucas

Dos horas después de iniciada la reunión, él y los líderes de cada equipo abandonaron la oficina del Jefe del Campamento para regresar a sus cuarteles. Necesitaban descansar aun cuando no salieran a pelear la noche siguiente. El plan implicaba mucho más despliegue y dispersión de la que solían afrontar, y no podían darse el lujo de fallar y perder hombres en el intento.

El equipo de Lucas fue el voluntario para llevar a cabo la misión de rescate a la nave de los invasores. Se llevarían con ellos el último móvil que se habían apropiado, incorporaron al grupo a Pablo, el genio informático de la resistencia, para *hackear* el sistema de la nave, localizar a Lara, tratar de obtener información y destruir todo lo que pudieran con un virus de videojuegos que ese pequeño engendro del demonio había diseñado, y un sistema de explosivos similares a los instalados en los túneles del campamento, para destruir la nave al abandonarla o volar con ella si fracasaban. Esa era una de las premisas. Tuvieran éxito o no, harían estallar la nave o averiarla lo suficiente como para darles tiempo al resto de los humanos a comenzar su huida rumbo al sur.

Ya habían elegido el horario. Tenían que estar frente a la nave a las cuatro de la mañana. Eso les daría entre sesenta y noventa minutos para llevar a cabo la operación. Se suponía que era el mejor horario porque les daría un margen de tiempo casi exacto entre el regreso de las tropas enemigas y la salida del sol que les facilitaría, sino aseguraría, un escape exitoso.

Los que pudieran salir de la nave tenían que volver a ese mismo lugar donde, hasta las seis de la mañana, los esperaba un último equipo que incluiría una sola mujer: Maga. Ella tenía los códigos y las ubicaciones de los detonadores para hacer volar el refugio. Volvería para verificar que todo estuviera bien y ayudarla, con o sin su hermana. Esa era su prioridad. Volver con Maga. Tenía tanta confianza que todo saldría bien, ese sexto sentido que lo había ayudado a sobrevivir durante todo ese tiempo solo, le decía que no solo podrían

entrar a la nave, rescatar a Lara, sino también asestarles un buen golpe a los ex traterrestres.

Caminando rumbo a los cuarteles, se detuvo en la bifurcación que conducía a las habitaciones de los civiles, al final del pasillo, donde estaba el dormitorio de Maga.

—¿Dónde vas?

—Quiero hablar con Maga... —Dos de los muchachos estallaron en risas y le palmearon la espalda para confortarlo. El tercero lo miró con gesto desafortunado.

—Buena suerte con eso.

Apoyado en el bastón que lo estaba ayudando a caminar, los vio alejarse riéndose de él. *Qué situación de mierda.* Y ahora, ¿Qué le iba a decir a Maga?

Golpeó la puerta de la habitación, que estaba entreabierta, pero no entraría hasta que alguien lo habilitara a hacerlo. La voz nunca se escuchó. Volvió a golpear, con la suficiente fuerza como para que, sin intención, la puerta se abriera un poco más, lo necesario para poder espiar por esa hendidura si ella estaba allí.

Allí estaba, desparramada sobre la cama, abrazada a su almohada, la cara orientada a la pared opuesta a la puerta. Su pelo caía por sobre sus hombros, cubriendo su brazo, encima del colchón y cayendo un poco de él, largo y lacio, brillando aunque la luz no fuera suficiente para hacer destellar nada.

—Maga... —Habló alto y claro como para que lo escuchara, pero ella no respondió ni cambió su posición. Entomó los ojos, fastidiado por la situación que le rompía las pelotas un poco más de lo habitual, pero algo en él lo obligaba a seguir pese a la actitud infantil de ella—. ¿Puedo pasar?

—No.

—Maga, por favor. —Ella se incorporó en la cama y miró a la puerta

con odio, con los ojos enrojecidos por el llanto.

—¡Vete a la mierda! ¡O mejor aún! ¡Ve a rescatar a Lara y quédate con ella! ¡Déjame en paz! —Lucas empujó la puerta y sin soltarla, la estrelló de un portazo en su marco, entrando en la habitación y enfrentando a Maga como si fuera una facción del ejército enemigo. Ella no se amedrentó.

—No lo estoy haciendo por ella.

—Ahórrate las explicaciones, no me interesa. ¡No me interesas!

—No mientas...

Ella se puso de pie, dejando de por medio la cama, y se limpió la cara con la mano, apartando el pelo para darle un panorama completo de su rostro hermoso y enojado. Enarcó una ceja y lo miró con desprecio.

—Son todos iguales, lo que les importa es el envase... y mientras más podrido es el contenido, más les calienta.

Lucas se restregó el rostro, cansado, y miró de reojo la puerta. Tanto más sencillo sería irse de ahí y dejarlos a todos con sus aires de resistencia guerrillera y a esas dos hermanas romperse los cuernos cuando se encontraran, pero no, toda la mierda que tenía adentro lo empujaba a ser el héroe del cuento. Quedarse con la chica, rescatar a la desgraciada y ser laureado antes que los aliens se aburrieran de jugar al gato y el ratón, y les mandaran un impulso electromagnético que los liquidara a todos. Estaba seguro que no iban a usar armas de destrucción masiva si querían quedarse con el planeta.

—A ver... paremos un poco con esta histeria y hablemos. Estás malinterpretando todo. —Maga no cambió el gesto y él avanzó rodeando la cama.

—No te me acerques.

—Maga, por favor... —Se movió despacio, soltando el bastón y apoyando el pie, que aunque dolía estaba más recuperado. Había tenido heridas peores en su tiempo de renegado solitario y seguía caminando. No iba a parecer un lisiado, además, necesitaba las dos manos libres. Mientras ella caminaba

hacia atrás para encontrarse con la esquina de su habitación, él se acercaba, acechándola, mirándola a los ojos, hasta que la pared hizo lo suyo y Maga quedó atrapada entre su cuerpo, rodeada por sus dos brazos extendidos y encadenada a su mirada. Pese a la rabia que pudiera tener adentro, los ojos de Maga solo reflejaban dolor, y podía jugarse la pinta sana a que todo era un cóctel entre odiar a su hermana por todo lo que le había hecho y odiarse a sí misma por odiar a su gemela. Acercó una mano a su cara y un sollozo escapó de sus labios.

—¿Por qué todos la quieren a ella? ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

—Una hermana maravillosa, pura, perfecta, hermosa al límite de lo doloroso, honesta, leal, desinteresada. Es lo único que ella tiene... que no tienes tú.

Maga hizo una mueca y desvió la vista. Lucas le sostuvo el rostro con una mano, mientras buscaba su mano con la otra. La levantó hasta llevarla a sus labios y la besó despacio, sus ojos trabados en los suyos.

—Basura...

—Lara no está aquí... —dijo sosteniendo su mano en la suya y señalando con un dedo su sien —... ni aquí.

Arrastró la mano femenina por su cuerpo hasta hacerla presionar su entrepierna para que sintiera y entendiera cuánto y cómo la deseaba en ese momento. Los ojos de Maga se llenaron de lágrimas mientras él podía sentir su corazón desbocarse contra su pecho.

—Pero...

—Pero, lo más importante... —dijo subiendo la mano entrelazada en la suya, a la altura de su pecho, en el lugar exacto donde los latidos de ambos retumbaban con la misma fuerza con que pronto chocarían sus cuerpos—, Lara no está, ni estará nunca... aquí.

Atrajo su cara a la suya y presionó sus labios con un beso urgente y profundo, como los sentimientos que iba descubriendo paso a paso por ella. Si quería retroceder en alguna de sus decisiones, cada movimiento que hacía le decía que era demasiado tarde. Ya se había erigido como salvador de Lara y estaba perdidamente enamorado de Maga.

Y sería un problema más adelante, porque Maga no lo sabía.

XVIII

.Lara

Esperó hasta que Adela y RT decidieran separarse. Su madre, con una sonrisa imposible en los labios, sin alejarse del invasor, estiró una mano para acercar a Lara. Los abrazó a ambos, hasta que por fin recordó que era a su hija a la que no veía hacía cinco años. Volvió a apretarla contra su pecho, inspirando profundo, como si fuera ella la que había encontrado el camino a casa.

—Bueno... —dijo él, entendiendo que necesitaban un tiempo a solas—. Las dejo. Me retiraré a mi recámara. Cualquier cosa que necesites...

—Gracias, Art...

—Las niñas quieren llevar a Lara al jardín y la granja...

—No la apabullaremos el primer día. También debe estar cansada...

¿Comiste? —le preguntó a Lara y ella vio a RT sonreír orgulloso.

—Cenamos.

—¿Juntos? —Adela sonrió tanto que logró hacerla ruborizar hasta el extremo e incomodar a RT, que bajó la mirada y orientó su cuerpo hacia la salida.

—Las dejo. Volveré más tarde. —Adela se acercó a él y volvió a abrazarlo, tomando su rostro con ambas manos y atrayéndolo hacia ella para besarlo. Lara miró a un costado y trató de desaparecer, sintiéndose una intrusa en ese momento. Apretó los dientes hasta que escuchó el siseo de aire al abrirse la puerta y luego cerrarse.

La mano de su madre se apoyó en su mejilla e hizo girar su rostro hasta que sus ojos se encontraron. Limpió las lágrimas que seguían cayendo antes de volver a abrazarla.

—Princesa ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Comieron juntos? —Lara la miró ex traviciada. Después de años separadas, en los que cualquiera de las dos podrían haber estado muertas, con

tantas tragedias en el medio ¿A ella solo le interesaba saber si había comido con el enemigo?

—Mamá, ¿Estás bien?

—Perfectamente. ¿Hablaste con él? ¿Qué te pareció?

Tragó con dificultad sin poder entender la actitud de su madre. La esquivó y miró a su derecha, enfocando su atención en la foto de su familia completa en las últimas vacaciones en San Martín de los Andes. La imagen feliz de todos ellos antes de la tragedia y la invasión le disparó un sabor agri dulce en el alma.

—¿Viste a Florencia? —sonrió y todo su malestar desapareció.

—Es hermosa...

—Es igual a ti. —Lara entomó los ojos y se cruzó de brazos.

—Te recuerdo que soy la gemela malvada. Si a alguien se parece ese ángel es a Maga. —Adela se acercó a su hija y la tomó de la mano para que se sentara con ella en la cama.

—Bueno... mientras Maga dormía plácidamente, tú llorabas reclamando alimento, atención y mamá las veinticuatro horas del día. Florcita es igual a ti en eso... y no me canso de agradecerte a Dios haber podido reeditar ese maravilloso tiempo para no olvidarte.

—Mamá... tenemos que salir de aquí. —El rostro iluminado e ilusionado de Adela cambió por completo a una expresión que potenciaba el miedo.

—Eso es imposible... —La abrazó con fuerza y habló más para sí misma que para Lara—. Aquí estamos a salvo. Ahora que te tengo a salvo conmigo, no te dejaré...

—Mamá... —Lara se apartó y habló en un susurro, mirando a su alrededor como si buscara micrófonos o cámaras ocultas —. Papá está vivo... buscándote. Esperándote.

Adela quedó inmóvil, sus ojos fijos en los de su hija pero perdidos en las palabras que había dicho. *Las palabras mágicas*, pensó Lara. Si su madre estaba en algún transe o trauma de Estocolmo o Brujas u Oslo, el amor que sentía por su padre la sacaría de allí a empujones. Podía pasar cualquier cosa y el maldito RT podía ser sex y y romántico como el infierno, pero no había nada sobre la faz de la tierra más fuerte que el amor de sus padres. Tomó las manos de Adela entre las suyas y se acercó más.

—Tenemos que lograr salir de esta nave para volver con papá. Estamos todos juntos.

—¿Todos?

Las lágrimas quemaron como ácido en su garganta y en sus ojos. Todos hasta dos días atrás, pensó, recordando la imagen de Adrián muerto en sus brazos y Alan desangrándose en un quirófano improvisado. ¿Qué tan bueno sería poner al tanto de eso a su madre? La mentira podía ser más productiva para forzarla a querer ver a sus hijos de nuevo.

—Todos. Tenemos un campamento. Un refugio. Papá es el líder. — Adela tomó a Lara de los hombros y la miró con severidad, como cuando la reprendía, su tono plano y factual destrozando cualquier plan que hubiera elaborado.

—No. Estamos bien aquí. A salvo. No arriesgaré a las niñas... ni a ti... para salir a la guerra.

—Tenemos una chance...

—No hay nada, Lara. La guerra está perdida. Los humanos debemos aceptar que perdimos y....

—Mamá...

—Es lo mejor que nos ha podido pasar para aquellos que pudimos sobrevivir.

—¿Qué?

—Créeme, hija... he visto lo que sucedería con nuestro planeta y la

humanidad si los Caballeros no hubieran interven...

—¿"Caballeros"? ¿De qué me estás hablando? —Adela pareció contenerse y componer su actitud, volviendo a su burbuja de felicidad.

—Creo... —dijo, sonriendo de nuevo y poniéndose de pie para dirigirse a un guardarropa idéntico al suyo—, que deberías tener una charla ilustrativa con Art para poder entender mejor.

—Sí... ya me hizo una exhibición con proyección incluida al mejor estilo de venta de los tiempos compartidos. Una linda cena con velas y vino, un reencuentro... pero yo no compro espejitos de colores, mamá.

—Lara...

—No tengo nada que entender. La única razón por la que vine aquí era para saber algo de ti... de ustedes. Las encontré. Las voy a sacar de aquí. Fin de la conversación.

—¿Y tú crees que te será tan fácil como escapar por la ventana para ir a bailar? —dijo enarcando una ceja, volviendo a la cama con un libro de tapas bordo que no era otra cosa que el álbum de fotos familiar que nunca habían podido recuperar después de la invasión.

—Mamá...

Lara suspiró impotente y su madre se sentó, más feliz e ilusionada, imposible. Abrió las pesadas tapas del álbum y recorrió las hojas hasta llegar a las últimas que ella recordaba. La graduación de Adrián del instituto secundario. Y entonces aparecieron fotos de un bebé. Lara se acercó y miró una que se superponía a otra más antigua. Veinte años más antigua

—Es hermosa.

—Florencia y tú. Idénticas. El mismo gesto, la misma cara, los mismos ojos.

—Entonces... ¿Es hija de papá? —El pensamiento se soltó de sus labios en voz alta y levantó los ojos a los de su madre. El rostro ofendido de Adela le dio la respuesta que buscaba—. Lo siento...

Adela suspiró resignada y pasó las hojas despacio, dejando que Lara viera las imágenes y ella pudiera hacer su propio relato.

—Después de la invasión, cuando nos trajeron a la nave, nos hicieron estudios médicos. Uno de ellos reveló que estaba embarazada.

—Papá no sabía nada.

—No. Yo tampoco. Son cosas que pasan... —dijo sonrojándose y limpiando una lágrima antes que abandonara sus ojos—. Permanecimos en esta nave pese a que la mayoría de las mujeres decidieron seguir adelante en las naves madres del exterior. Acepté que fuéramos parte de un experimento que no nos sacara del planeta hasta el final.

—Pero era riesgoso... podríamos haber volado la nave en mil pedazos y matarlas... —dijo con el pecho apretado, recordando la cantidad de veces que eso había formado parte del plan.

—Sí. Era uno de los riesgos, aunque la nave es una fortaleza. Pero no quería irme, quizás en mi interior sabía que ustedes estaban cerca.

Lara seguía mirando las fotos mientras su cabeza urdía un plan de escape urgente, aunque sin armas ni refuerzos, solo tenía una opción: Utilizar los sentimientos de RT por su madre, y lo que pudiera sentir por ella, para tenerlo de aliado en sus planes, con o sin su conocimiento.

Pero antes de seguir, tenía que saber qué tan involucrados estaban su madre y el enemigo. La puntada en su costado eran celos, ella conocía bien el sentimiento. El problema era a quién estaban dirigidos. Después de presenciar las muestras de afecto del Comandante hacia la mujer que le había dado la vida, estaba convencida que había malinterpretado las señales en la cena.

Quizás no estaba interesado en ella, camalmente hablando, sino como un regalo para su verdadero objeto de afecto. Él mismo había dicho que le había llevado un presente. ¿Y no sería eso, después de todo, una interesante vuelta de tuerca?

Su vida giraba sobre lo mismo. Robarle el afecto a sus afectos. Lo había hecho con Maga y Román. ¿Era el turno de su madre y el amante extraterrestre? Al menos su padre estaría agradecido esta vez.

Miró a la puerta, ausente, sin escuchar lo que Adela le contaba sobre los primeros años en la nave. ¿Podía culpar a su madre por haber caído en el juego de seducción del Jefe de los alienígenas? No. Ella había intentado desnudarse dos veces para él. Quizás era su secreto, mucho más poderoso que los láseres y la tecnología. Seducir a sus mujeres con ese aire de poder y bondad, caballerosidad, fuerza y delicadeza, un cóctel de destrucción masiva hasta para la más fiel.

—¿Y tú y el Comandante? ¿Son buenos amigos? —La pregunta le salió filosa, ácida, y no porque su madre estuviera teniendo un affaire con un asesino intergaláctico que podía ser su hijo, engañando a su padre y destrozando su institución matrimonial, sino porque ella quería ese espécimen de otro planeta para ella. Sí. Celos, orientados de la peor manera.

—¿Amigos? —dijo Adela algo desconcertada

—¿No? —re-preguntó enarcando una ceja y si con ese solo gesto, cinco años atrás se hubiera ganado una sonora cachetada, las palabras que siguieron le hubieran adjudicado una paliza—. Los abrazos de recién dicen todo lo contrario.

Adela se puso de pie y Lara no pudo leer en sus gestos, lo que sus palabras no dirían. Se detuvo frente a la foto de la familia completa de vacaciones, de espaldas a ella y habló muy bajo, casi en un susurro.

—Art ha sido muy importante para mí y las niñas en estos cinco años. Hemos creado un vínculo muy profundo y sé que ha pasado los dos últimos años buscándolos... —giró y la miró con seriedad—, buscándote.

—¿A mí? ¿Para qué? ¿De regalo de aniversario?

—¿Qué me estas queriendo decir?

—¿Lo quieres? —escupió sin poder contenerse más.

—Por supuesto. —Lara retrocedió sacudida, como si todavía esperara la negativa de su madre.

—¿Te estás acostando con él? —Ahora era Adela la que retrocedía, intrigada y ofendida, con una mano en el pecho como una antigua dama victoriana herida en su honor y castidad.

—¡Lara! Estoy casada... con tu padre... yo jamás... —Lara volvió a enarcar una ceja, pensando que a ella, ningún anillo ni voto religioso la hubiera separado de RT y su cama.

La única razón por la que no había tenido sexo en los últimos cinco años era porque ningún hombre le había interesado más allá de la batalla y ninguno se le había animado, precedida por una reputación del demonio. Ninguno hasta la llegada de Lucas. Se dio cuenta que desde su llegada a la nave, era la primera vez que pensaba en él. Sacudió la cabeza y volvió a enfocar los ojos en su madre. Su gesto de desconfianza hizo que el temperamento de su madre saltara la cerca como por arte de magia.

Adela se adelantó a la cama y Lara se puso de pie para hacerle frente. ¿Se iba a trenzar en una pelea de chicas con su madre por el alien más sexy y de la historia del universo? Ya lo había hecho con Maga una vez, pero Román era un simple humano mortal. Solo imagina lo que sería capaz de hacer por RT.

—No te culparía... —dijo Lara y su madre frenó sus pasos sorprendida, felizmente sorprendida.

—¿Te gusta? —Lara retrocedió y miró al piso.

—No dije eso.

—No me culparías, dijiste. ¿Por qué no? —dijo con suavidad, la paz y el amor natural de su voz empalagando sus propias frases. Lara estaba desconcertada por completo.

—Mamá... cinco años, sin un hombre... es una enormidad.

—¿Y tú? —*Touché*, pensó con una mueca de dolor.

—Mamá... nadie en este planeta querría estar con una perra como yo.

Adela no pudo evitar abrazar a su hija, riendo. Le acomodó el pelo y susurró en su oído mientras la acariciaba con ternura.

—Quizá tienes mucha más razón de la que crees, pero por las razones equivocadas. —Lara inspiró con fuerza, resignada a su destino de paria, en el que ni siquiera su madre le daba un voto de confianza. ¿Es que acaso ella no merecía ser querida como su perfecta hermana Maga?

Adela se separó y la tomó de la mano.

—Vamos, quiero darte un paseo por la nave antes de ir a almorzar.
—Lara puso los ojos en blanco y se dejó llevar por su madre.

El Comandante de la nave llegó a su puesto para una última revisión antes de marcharse a su recámara. Revisó los informes de cada sección y controló los reportes de los escuadrones nocturnos que regresaron después de ellos. No hubo bajas ni pérdidas de equipo ni vehículos.

Mientras sus segundos le informaban los últimos rastreos y emitían los reportes que serían enviados a las naves madre en el exterior con las novedades relevantes -incluyendo la más importante: La captura con vida de Larapensó en su cena privada y en el reencuentro de Lara con su madre y sus hermanas. ¿Qué no daría él por poder seguir compartiendo esos momentos con ellas? Podría seguirlas y espiarlas a través de las cámaras de seguridad o el circuito de observación, pero no sería más que un intruso, un ladrón. Él no era parte de esa familia, no era dueño de esos momentos. Y tenía un deber, que tenía que ser cumplido con eficiencia, aún en el medio del fracaso.

¿Cómo podía haber cambiado todo en tan poco tiempo? ¿Qué se había modificado en él que de pronto, su misión había virado, de la conquista de un planeta al rescate de una humana y su familia? Sentía en su interior como si la humanidad que podía estar dormida en él, algún gen de otra especie, lo hubiera despertado a una nueva conciencia. Un cambio radical, permanente, del que podía identificar el momento exacto en que sucedió.

Fue cuando revisó el lugar donde habían sido capturadas Adela y Danna.

Cuando regresó a la casa familiar para buscar las cosas personales que ella le había pedido, aún sin que entre ellos hubiese crecido vínculo alguno: Una manta que Danita usaba para dormir y que usaba como elemento de apego, una caja de recuerdos que ella conservaba en el último estante de su

guardarropas, y un bolso que estaba en una silla, junto a la puerta de entrada. Agarró el primero que encontró, que era negro y grande, pero el que Adela quería era azul. Cuando lo revisó, descubrió ropa de mujer, un cuaderno escrito y una foto.

Dentro del cuaderno, se permitió leer la última frase, solo una plegaria:

¿Existirá en el mundo... en el universo... alguien que me quiera?

La foto era de una joven idéntica a Adela, veinte años más joven, el mismo pelo ensortijado sostenido con una sola mano contra un remolino de viento, levantando un par de anteojos sobre su rostro para revelar un hermoso par de ojos dorados y una sonrisa que sería capaz de encandilar y apagar todas las estrellas de la galaxia de un ataque de envidia. Era Lara.

En ese momento, su misión en la Tierra había fracasado y él había perdido la batalla.

Adela apoyó la mano en el panel blanco de acceso y tecleó varios botones. Después estiró la mano de su hija y la colocó en el mismo lugar

—¿Qué haces?

—Dándote mis claves de acceso.

—¿Puedes hacer eso? No tendría que hacerlo... no sé... ¿Un superior? —Adela la miró y sonrió.

—Puedo. Tengo las mismas claves de acceso que Art... y ahora también las tienes tú. Úsalas con sabiduría. Confío en ti. —Lara no supo qué decir. No podía creer que su madre, y por carácter transitivo, ella también, tuvieran el mismo acceso que tenía el Comandante de la nave. Se miró la mano y la apretó con fuerza. La llave para su escapatoria.

—¿Él te dio sus claves? Debe quererte mucho... —dijo picada otra vez por los celos. ¿Por qué no podía terminar de creerle a su madre que no estaba teniendo un affaire de otro planeta? No le entraba en la cabeza que pudiera haber resistido todo ese tiempo sin sucumbir al deseo. Pero claro, ella no era su madre, con su grado de honor y fidelidad y sentido del bien. Y ella no había encontrado al amor de su vida.

Salieron por los pasillos y recomieron a sus anchas la nave. Deben haber caminado kilómetros y el lugar parecía siempre el mismo. La situación siempre se repetía: Lugar por donde pasaban, habitación a la que entraban, la actitud de respeto y deferencia, primero hacia su madre y después a ella, parecía una broma de otra época.

—Te respetan mucho.

—A todas.

—¿Por qué?

—Creo que Art es el indicado para responder las preguntas que

tienes sobre ese tema.

—¿Por qué?

—Él sabe más que yo qué, por qué y cómo explicarlo.

—¿Él te lo explicó a ti?

—Sí.

—¿Cómo te sentiste?

—Al principio, sorprendida... desconcertada.

—Necesito que me cuentes. Quiero llegar preparada para cuando hable con él.

—Te arruinaré la sorpresa.

—Vamos, mamá... no es una película.

—No. Justamente. Necesito que lo comprendas con el corazón. Y para eso, no tienes que tener tiempo para pensarlo.

—Estás jugando sucio... y a favor del enemigo.

—Tendrías que entender una sola cosa. No son enemigos. —Lara se embraveció. Se detuvo y obligó a su madre a hacer lo mismo en el medio de un pasillo lleno de gente... aliens... lo que mierda fueran.

—Sí, lo son. Son el enemigo. Vinieron a aniquilarnos. A apoderarse de nuestro planeta. Matan a nuestros hombres. Capturan a nuestras mujeres. — Adela la dejó descargarse con gesto neutro, hasta que las palabras le dieron directo en el nervio materno—. Mataron a Adrián y Alan está muriéndose en una camilla... sin medicamentos... sin atención.

—Adrián...

—Sí. Adrián murió en la batalla... peleando contra esos hijos de puta a los que tanto defiendes. Tu hijo... y miles, sino millones de hombres, murieron en una guerra que no buscamos. ¿Y tú me quieres vender *Vacaciones en Xydonia* con estos tipos? Yo he estado allí... noche tras noche.

Adela retrocedió, herida de muerte, y Lara avanzó hasta que arinconarla contra una pared. De pronto parecía que los aliens se habían

evaporado, estaban las dos solas, sus voces femeninas lo único que rompía el silencio, tan inmaculado como el aire y las paredes.

—Yo maté a cientos con las manos... Adrián también, hasta que lo destrozaron por dentro y se desangró en mis brazos. ¿Y tú quieres que yo *comprenda con el corazón* lo que están haciendo? —Adela lloraba en silencio, con una mano en el pecho, justo sobre el corazón, los labios apretados por el dolor de la pérdida. A través de las lágrimas, habló en una súplica.

—Si pudiéramos llegar a Alan... ellos podrían salvarlo. —Lara tomó a su madre del brazo y la sacudió con violencia.

—¿No me quieres escuchar, verdad? Estos tipos vinieron a apoderarse de nuestro planeta. Nos liquidan. ¡Y tú...

—Ellos nos están salvando.

—¡Mamá, reacciona! Son asesinos. Son invasores. Hubieran venido en son de paz...

—No era posible. La guerra está en nuestra esencia. Tu misma actitud jamás hubiera permitido la convivencia. Los hombres no lo hubieran permitido.

—¡Es nuestro planeta!

—¡Y lo estábamos destruyendo! ¡Si no fuera por su intervención, hubiésemos terminado igual que Xydonia!

—¡Pero era nuestro! ¿Quién les da derecho a tomar lo que no es de ellos? ¡No son dioses!

—No.

—Adela...

Las dos giraron hacia la voz de un extraterrestre vestido de blanco, parecido al primero que Lara vio al despertar en la nave. Adela se limpió el rostro y avanzó hacia el alien.

—MF...

—Las niñas las esperan para el almuerzo.

—Sí... gracias... —El invasor miró a la mujer adulta y la sostuvo del codo mientras perdía el equilibrio, todavía conmovida por la noticia de la muerte de su hijo.

—¿Está bien?

—Sí... yo...

—¿Quiere acompañame para revisarla? Está muy pálida.

—Sí. Sería conveniente. —Lara apretó los dientes y se cruzó de brazos, la culpa desplazando todos los sentimientos que la habían llevado a maltratar a su madre. Los siguió cuando se encaminaron por el pasillo. Caminaron unos metros en silencio, el ex traterrestre sosteniendo a su madre todo el trayecto con cuidado, atento y solícito, hasta una entrada. Apoyó la mano en el panel y su madre entró sola. Cuando quiso seguirla, el ex traterrestre la detuvo y le indicó con la mano una puerta paralela.

—Puede esperarla allí mientras la reviso. —Lara inspiró con fuerza y retrocedió.

El sanador accedió a la estación de salud escoltando a Adela. Su semblante no era el mejor pese a que esperaba que el reencuentro con su hija fuera un catalizador para su buena predisposición. Ella conocía el protocolo y tomó asiento diligente en la camilla, que de inmediato se adaptó a una postura semi-acostada y a la altura del operador. MF colocó la pinza lectora en el pulgar izquierdo y se concentró en la luz roja que brilló contra su uña. Cuando la máquina empezó a ordenar datos en la pantalla de cristal líquido, leyó la información y la cotejó mentalmente con lo que, para los humanos en general y su paciente en particular, era considerado normal.

—¿Está todo bien? —preguntó ella con un toque de ansiedad. Trató de no demorar mucho la respuesta para no preocuparla.

—Perfecto...

—¿Por qué no le creo? —MF la miró sorprendido.

—¿Por qué? Nunca le he mentado.

—Lo conozco suficiente para saber cuándo está preocupado.

—*Bueno, eso es cierto.* Por alguna razón que él desconocía, ella podía leerlo como un libro abierto. Esta no era la excepción. Tampoco podía mentirle, así que acercó un asiento alto e intentó tranquilizarla.

—Su salud está perfectamente bien, Adela. Los registros corporales son acordes a su edad e incluso mejores.

—Eso se debe a los cuidados que nos prodigan. Alimentación, descanso, tranquilidad. Este es un entorno perfecto.

—Hacemos todo lo que está a nuestro alcance para que así sea.

—Entonces... Si no es mi salud...

MF la miró a los ojos a través de los cristales oscuros. En su paso por esta existencia había conocido miles de especímenes femeninos y cientos de

mujeres humanas. Se ofreció a ser parte del experimento de mantenerlas en su planeta para evaluar los efectos de la exposición a los anclajes naturales del entorno y sus observaciones habían sido positivas: las mujeres no mostraban signos de retroceso en la adecuación de su percepción, mantenían su relación cordial con los miembros de la tripulación e incluso con los soldados. Pero esa exposición había derivado en otras consecuencias que se manifestaron en un solo miembro de la nave: Su Comandante. Pero como la observación era unidireccional sobre las mujeres humanas, él no estaba en la obligación de reportar los cambios evidentes de RT en su relación, primero con Adela y después con su hija. Se preguntó muy profundo si esa decisión de no reportar también era producto de la exposición a las humanas.

—MF...

—No es nada —mintió, no muy bien, y en un acto absolutamente inusual y fuera de sí, orientó la conversación a una preocupación personal—... Hoy he recibido la notificación que ha llegado el momento de decidir sobre mi destino final.

—¿Destino final?

El sanador le hizo una breve reseña sobre las opciones de los adultos mayores en el último tramo de su existencia. Siempre podían elegir uno de los planetas reconstruidos, ya fuera para colaborar con su nueva evolución en las primeras civilizaciones o tan solo descansar hasta el final de su trayecto vital. Pero en un paso previo, algunos tenían la opción de integrar el Consejo de Líderes.

—¿Y ha tomado alguna decisión?

—No he tenido mucho tiempo para pensarlo. Creo que puedo ser útil en la reconstrucción de un planeta. Hay tanto por hacer.

—Yo creo que usted sería un líder sabio y generoso.

MF cerró los ojos y en el centro de su pecho sintió el vínculo con su herencia. Era cierto que provenía de un líder, pero nunca encontró en su esencia

ambición de poder; en él primaba el investigador. De su semilla también había nacido un líder; quizás esa inclinación se saltaba una generación. Sonrió a la mujer que seguía mirándolo.

—Gracias por sus palabras, Adela. Tomándolas como de quien provienen, una líder sabia y generosa, es un consejo que tomaré en cuenta al momento de decidir.

—Entonces... —dijo ella, queriendo volver al tema que le importaba—. ¿Cuál es el diagnóstico, doctor?

—Demasiadas emociones por el día de hoy. Indicaré una siesta reparadora para poder seguir disfrutando de sus hijas después.

—Pero Lara...

—Estoy seguro que el Comandante se encargará que todo esté bien con ella.

Los dos sonrieron con complicidad.

La puerta estaba cerrada. Miró el panel y aguzó la vista para identificar la pantalla táctil y los botones, táctiles también. La sombra de una mano apareció en la pantalla, como indicándole donde debía apoyar la suya y así lo hizo. El haz de luz blanquecino escaneó su mano de arriba abajo y de izquierda a derecha en un parpadeo y la puerta se destrabó. Miró los botones al costado, dispuestos como un teclado telefónico, con letras y números en él. Empujó la puerta y se encontró en una cámara oscura con una ventana vidriada que daba a la sala de ex amination donde su madre se recostaba en una camilla y el alien, que debía ser un médico, la conectaba a un aparato ex traño. Eran conejillos de indias. Todas las habitaciones debían tener este tipo de cámara secreta desde donde las observaban.

Tenía que salir de allí y tenía que hacerlo rápido. Se miró la mano. Quizá su madre sí apoyaba su plan de escape, pero no podía hacerlo en voz alta, sabiendo de antemano a lo que eran sometidas. Era por eso que le había dado sus claves de acceso. Ella podría utilizarlas y las dos lograrían, cuando a ella se le ocurriera un maravilloso plan de huida, liberarse y escapar con vida. Miró sin ver las instancias de control en la salud de su madre y el tiempo pasó sin alterar su alrededor, hasta que un par de golpes quebraron el silencio. La puerta.

—Adelante —dijo automáticamente. Hubiera apostado su vida y hubiera ganado millones. Era RT, el caballero de brillante amadura de su madre. Entró despacio y se detuvo junto a ella. Su andar era sereno y calmo, pero su voz estaba quebrada.

—¿Qué pasó?

—Nada.

—¿Por qué la trajeron aquí?

—¿Qué es esto?

—Una estación de control de salud.

—Él dijo que estaba pálida y ella accedió a hacerse revisar. —RT avanzó un paso hacia el vidrio y se mantuvo allí, en silencio, mientras Adela reposaba en la camilla y las máquinas hacían lo suyo. La puerta a su lado volvió a destrabarse y él autorizó la entrada antes que alguien golpearla la puerta.

—Adelante. —El tipo de blanco entró y se paró junto a él—. ¿Qué pasó? ¿Cómo está?

—Dentro de los parámetros normales. Algunas encimas altas pero compensadas por endorfinas. Sus signos vitales estables. Está mucho mejor que ayer... pero su historial cardiológico indica una ligera falla minutos atrás. —Los dos miraron a Lara que se encogió en su lugar, con la culpa grabada en la cara.

—Yo... yo le dije que mi hermano murió... —El médico asintió, como si fuera la respuesta que esperaba, y puso la mano en el hombro de RT.

—Estará bien... pero creo que debería bajar el nivel de ansiedad y emociones ahora. Sería un gran momento para descansar.

—Sí. Gracias... —El de blanco inclinó la cabeza hacia Lara y abandonó la cámara para volver a la estación de salud. RT se acercó a ella, que bajó la cabeza, culpable y dolida.

—Lo siento.

—Yo lo siento.

—Tuve que decírselo. Ella...

—Está bien. Debí decirte que no ha estado bien de salud. Acaba de salir de un episodio de cáncer y...

—¿Cáncer?

—Sí. Pero está limpia. Sin embargo, mostraba signos de algo que ustedes denominan depresión.

—¿Mi mamá tuvo cáncer? ¿Y qué le hicieron? ¿Rayos? ¿Quimio?

—No. No trabajamos con eso. Nuestra especie está mucho más avanzados que ustedes en las terapias de salud.

—¿No tienen estas enfermedades?

—Nuestros cuerpos son susceptibles a lo mismo males que

ustedes, pero con las técnicas que trabajamos, lo que para ustedes es mortal, en nosotros no tienen mayores consecuencias que un simple resfrío.

—¿Qué tan parecidos son a nosotros? —Lara lo miró y recordó con detalle las dos autopsias que presencié un par de años atrás junto a su padre.

—Prácticamente iguales, salvo algunos detalles genéticos. Todas las especies evolucionadas de este tipo de planetas compartimos características similares.

—Pero tienen sangre fría.

—Un detalle evolutivo de adaptación al entorno. Nuestros órganos internos son muy parecidos a los hombres terrestres y exteriormente también.

Lara contuvo la respiración, imaginándose en una cama con él. Estaba excitándose de nuevo y cada vez le resultaba más difícil contenerse. Recordó los ojos de los aliens muertos...

—Los ojos... —RT retrocedió un paso y apoyó una mano sobre esos anteojos curvados que cubrían esa parte de su rostro. Su gesto era de desconcierto y ella tuvo que confesarse—. Dos años atrás capturamos un par de soldados. Hicimos algunos estudios sobre ellos.

—¿Viste sus ojos?

—Sí. —Un escalofrío la sacudió cuando los recordó.

—Eran negros...

Ella asintió, temblando de nuevo, imaginando esos agujeros negros, aterradores, en los rostros de los enemigos que mató con sus propias manos. Adentrarse en ellos fue poder ver lo oscura de su esencia, un balcón en primera fila al agujero negro que tenían dentro. Nada. Asesinos vacíos.

—Estaban enojados... —Él bajó el rostro y volvió a tocarse los ojos —... o tenían miedo.

Lara tragó y sintió que la sangre se le escurría del cuerpo. Las

palabras salieron de sus labios sin pensarlas.

—Lo siento... —RT apretó los labios y volvió a levantar el rostro para mirarla.

—Lo merecemos. Soy yo quien debe pedir disculpas. Siento lo de tu hermano. Si tan solo pudiera volver el tiempo atrás.

—Adrián murió con honor, como un soldado.

—Pero murió y tu madre sufre por ello. Y tú también.

—No te preocupes por mí. —RT miró hacia atrás, al vidrio que lo separaba de Adela, y permanecieron un momento así, en silencio. Ella se permitió admirarlo sin pudor, surcando su perfil perfecto, sus labios, su cuello.

—Vamos —dijo él, apartándose de su camino e indicándole la puerta con una mano—. Danna y Florencia te esperan para almorzar. Puedes pasar la tarde con ellas o descansar. Yo vendré después a ver a tu madre.

—¿Y tú qué vas a hacer? ¿No duermes?

—Debería...

—¿Lo haces? Quiero decir... tu especie...

—Sí. Tenemos las mismas necesidades que los hombres terrestres: Dormir, descansar, comer. Algunas veces duermo... otras no. —¿*Qué otras necesidades?* Se preguntó, lasciva de nuevo. Tenía que dejar de pensar en eso o amarse de valor y arinconarlo contra una pared para saber si compartía algunas otras debilidades de los hombres terrestres hacia las pelirrojas. Se acomodó el pelo y caminó delante de él hacia la puerta.

—Ser el Comandante de una nave en plena guerra no debe ser tarea fácil.

—No. No lo es.

—Tienes que dormir. La noche pronto llegará...

RT esperó que abriera la puerta y ella quedó inmovilizada al sentir la proximidad de ese cuerpo a sus espaldas, como si hubiera entrado en su campo de gravedad y no pudiera moverse. Recostarse en su pecho hubiera sido tan sencillo para sentirlo, cerrar los ojos y dejar que sus manos deshicieran su ropa. Exhaló con fuerza y tembló al sentir una mano en su hombro desnudo. Saltó a su contacto frío pero de inmediato su piel estuvo tan caliente como la suya, en el más literal de los sentidos, pudo sentirlo en su piel y en su voz.

—Lara... —Su nombre en sus labios era afrodisíaco, su pronunciación suave como la caricia de su piel. Él no se movió y ella se dio vuelta para enfrentarlo. Antes de hacer cualquier cosa, algo en su interior, que en otro podría haber sido la voz de la conciencia, la obligó a hacer la pregunta adecuada.

—¿La quieres? —Hizo un gesto con la cabeza hacia la ventana que los separaba de su madre y él miró por sobre su hombro. Sonrió apenas, como si ese gesto fuera la punta del iceberg de aquello que sentía por esa mujer que podía ser su madre y que, en definitiva, sí era su madre. La de ella.

—¿Cómo podría no quererla? —Él volvió a mirarla y la temura en su rostro mutó a algo mucho más básico.

—¿Te estás acostando con ella?

—¿Qué? —dijo torciendo el gesto y apartándose un paso, rompiendo el contacto entre los dos. Ella avanzó...

—¿Te acuestas con mi madre? ¿Son amantes?

—¡No! —le respondió y podría haber sido un gesto ofendido el suyo, hasta que volvió a su postura compuesta, recuperando el espacio abreviado entre los dos. Ella retrocedió lo que pudo, hasta que la pared hizo tope con su espalda y se encontró donde quería... acorralada por él. RT completó su declaración—. Ella es tu madre.

—¿Y? Es una mujer.

—Sí.

—Y la quieres.

—Es tu madre... es la mujer que te dio la vida, que te trajo a este mundo ¿Cómo podría no quererla? Sin ella, no estarías aquí y yo nunca te hubiera encontrado. —Lara dejó de respirar y no exhaló hasta que sintió los golpes en la puerta retumbar en su espalda. Él le dio espacio para moverse y esperó a que se apartara para apoyar la mano en el panel de acceso y abrir la puerta.

Avanzaron fuera de la cámara, ella con las palabras dándole vueltas en la cabeza como si fueran murciélagos azuzados por la luz. ¿Qué era lo que le había querido decir? ¿Y no eran justamente esas las palabras que ella estaba esperando? Miró adelante y un tipo tan alto como RT pero con mucho más físico, esperaba en la puerta. Tenía el mismo saco hasta los pies que RT, pero más cerca era un tono menos que negro, un gris muy oscuro. Inclino la cabeza al verla y se dirigió a su superior en cuanto él salió tras ella.

—Sí.

—Las niñas están esperando para almorzar.

—Perfecto... —Se dirigió a Lara, llamando su atención con un imperceptible roce en su brazo—. Las niñas están en el comedor. Puedes quedarte con ellas en sus clases de la tarde, recorrer las instalaciones de las damas o retirarte a descansar. Como desees. En cuanto tu madre esté mejor, te lo haremos saber...

—Ok. —RT la orientó a un costado y la acercó al panel de acceso para explicarle cómo manejarlo, como encontrar una dirección o como comunicarse con él.

—Donde quiera que esté, digitando mi clave, te comunicarás conmigo. Y con las claves de acceso de tu madre puedes ir a donde quieras. —
¿Cómo lo sabía? ¿Quizás porque era el Comandante de la Nave, Ser Todopoderoso en esa estructura futurística?

—¿Son las mismas que las tuyas? —Su rostro no se inmutó y ella no supo si eso era un sí o un no.

—Te veré en la cena. —Se mordió la lengua para preguntar si comerían a solas de nuevo.

—Ok...

RT sonrió de nuevo, se inclinó para saludarla y giró sobre sus pies, desapareciendo por el pasillo en dirección opuesta a la que el otro ex traterrestre le indicaba seguir con un gentil gesto de su mano. Lara caminó a su lado sin encontrar las palabras adecuadas para entablar una conversación. Y el tipo tampoco mostró ninguna intención de charla.

Descansaba en los brazos de Lucas sin poder dormir. Él estaba exhausto, no solo porque habían hecho el amor de todas las maneras posibles, sino porque, pese a estar herido, puso todas sus fuerzas enfocadas a hacerla disfrutar cada momento que estuvieran juntos. Los latidos de su corazón y su respiración, profunda y relajada, eran el mejor arullo para su triste alma. Se quedaría así para siempre, en sus brazos se sentía segura, apreciada, amada, si eso era posible en tan poco tiempo. Ella creía en el amor a primera vista, pero ella era una romántica empedemida. ¿Cómo podía alguien enamorarse de otro al que solo había visto, del que no sabía una palabra, al que no conocía? Para ella eso era posible, como la existencia de las hadas. Todo era posible si el amor estaba de por medio, incluso la salvación en el medio de la extinción.

Pero la realidad, como la espada de Damocles, pendía sobre su cabeza. Ella sabía, por haberlo visto y vivido, que en circunstancias normales, ella no estaría acostada en los brazos de Lucas, sino escuchando, pared de por medio, como se revolcaba con su gemela. Porque Lara no solo era rápida sino efectiva, conocía todos los atajos para llegar a la cama del hombre que le interesaba y la había visto sacar medio arsenal con Lucas en las pocas horas en las que se cruzaron. Y cuando parecía que todas las nubes se habían despejado en su horizonte, él decidía ir a rescatarla. Cualquiera de las dos alternativas era igual de dolorosa, que su misión tuviera éxito, y la trajera de vuelta, o que fracasara y muriera en el intento. Cualquiera de las dos, implicaría perderlo.

Él había sido claro y contundente, no le interesaba Lara, pero ¿Desde cuándo se le podía creer a un hombre?

Lo quería para ella, y pelearía hasta las últimas consecuencias por él. Quizás porque se había cansado de estar relegada al último puesto en este tipo de cuestiones o porque, ante la inminencia del final de la Tierra, estos preciados momentos eran lo único que le quedaba. No le importaban las razones, Lucas era

suyo.

Besó su pecho desnudo y deslizó una mano bajo las sábanas buscando despertarlo de la mejor manera posible.

Llegó a un amplio salón después del paseo silencioso. El lugar estaba amoblado con mesas y sillas vestidas de blanco, la mejor vajilla, platería y copas de cristal que alguna vez había visto. No todas las mesas estaban ocupadas ni preparadas y las únicas sentadas eran las mujeres de la nave, de todas las edades, incluyendo a las niñas. Todas vestían esos disfraces grecorromanos en diferentes modelos, conversando con placidez, en un tono suave, que hacía del lugar una lujosa jaula llena de pájaros exóticos. De pie, yendo y viniendo, hombres vestidos de blanco y rojo vino tinto, llevaban y traían platos llenos de comida, que servían a las ocupantes de las mesas. Miró alrededor buscando a sus hermanas y al fin sintió un roce en su costado y una manito enredarse en la suya.

—Ven, Lara. Vamos a comer. —Florcita le arrancó una sonrisa mientras la arrastraba a la mesa donde las dos niñas y varias mujeres más, compartían animadas los más variados platos preparados con calidad gourmet.



El almuerzo y la tarde pasaron entre juegos y paseos. La siesta de Flor pudo ser omitida por la excepción de la llegada de su hermana mayor y la llevaron a recorrer todo su "reino", desde las aulas donde aprendían música, las salas de costura donde había telares y cientos de telas bordadas por grandes y pequeñas, las salas de arte, con sus paredes cubiertas de techo a piso por las obras hechas por las niñas. Una biblioteca gigantesca y un gimnasio donde practicaban deportes y gimnasia artística. También había actividades para las

mujeres más grandes, en las áreas artísticas y deportivas, incluidos yoga y tai chi chuan. Una enorme piscina olímpica donde practicaban natación y nado sincronizado. ¿Tendrían cámaras ocultas en los vestuarios? Tembló pensando en las implicancias de la falta de privacidad.

Lara habló con todas las mujeres y todas coincidían en lo afortunadas que eran y en lo bien que vivían en ese lugar. Algunas esperaban su turno para pasar a las naves madre en el exterior y no tenían ninguna intención ni interés de volver al planeta tierra antes de la *reconstrucción*. Florcita mostró su excitación al llegar a la granja y el acuario, donde había animales que podían ver, estudiar y disfrutar en juegos.



La tarde estaba llegando a su fin cuando estaba tirada en el piso de la sala común con sus hermanas, leyendo un libro de dinosaurios. Su madre apareció y las dos niñas saltaron para correr a su encuentro.

—No han dejado descansar a Lara en todo el día.

—La llevamos a la granja y al acuario, vio nuestros dibujos y leyó mis poesías —dijo Danna, orgullosa que sus expresiones artísticas hubieran complacido a su hermana.

—Danna escribe maravillosamente bien.

—Escribe muy parecido a Maga, aunque ella prefería los cuentos.

Danna pertenece más a la escuela poética tradicional.

—Como tú... —Adela se sentó en un chaise longue blanco y Flor acomodó la cabeza en el regazo de su madre, dejándose vencer por el sueño.

—¿No durmió la siesta, verdad?

—No.

—No resistirá a la cena. —La madre acunó a su hija menor mientras Danna levantaba los libros y volvía a llevarlos a la biblioteca—. ¿Qué te pareció?

—Este lugar es irreal.

—Lo es.

—No entiendo... —Adela volvió a sonreír y Lara miró a su alrededor. Las mujeres comenzaban a marcharse.

—Ya va siendo hora de prepararnos para cenar e ir a descansar. — Lara inspiró. La noche. La batalla. La realidad de la guerra—. No me contaste nada de Maga.

—Bueno... está bien... muy bien.

—¿Muy bien?

—Apareció un chico que le interesaba cuando me fui.

—¿Te fuiste? —Lara negó con la cabeza, restándole importancia, y se apoyó en las manos, inclinándose hacia atrás, cruzando los pies, todavía descalzos, a la altura de los tobillos. Había caminado todo el día sin calzarse y no tenía una sola mancha de polvo en ellos. Todo era desesperantemente limpio allí adentro.

—Lucas. Me parece que le gusta... mucho.

—¿Y tú te fuiste?

—Era lo mejor que podía hacer, considerando mis antecedentes.

—Lara... hija... —puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua con fastidio.

—Es un buen soldado. Maga estará a salvo con él.

—¿Se acercó a ti? —Lara trató de evaluar los encuentros entre ella y Lucas, y decidió que su escape había sido la mejor decisión que podía haber tomado.

—No me interesaba.

—Pero te fuiste, eso fue algo muy loable de tu parte.

—Estúpido. Pude hacerme matar.

—Art me dijo que fuiste muy inteligente al acercarte.

—Me desnudé. —Adela la miró, boquiabierta—. Ok... un poco.
Tenía ropa interior, mamá. Soy fácil, pero no exhibicionista.

—¿Por qué saliste? La noche en el medio de la batalla no es un lugar para una mujer.

—En tiempos de guerra no puedes darte el lujo de prescindir de un soldado.

—No puedes arriesgar tu vida de esa manera.

—Yo no elegí entrar en guerra.

—No entiendo como tu padre pudo permitirlo... —dijo enojada con su esposo.

—Papá no lo sabe... bueno... ahora debe saberlo.

—¿No lo sabía?

—No. Escapaba de noche.

—Lara...

—Los viejos vicios jamás desaparecen. De todas formas, soy buena en esto, mamá. Sobreviví cinco años sin ser herida ni capturada.

—Tu padre siempre pensó que debiste nacer hombre. Tienes toda la personalidad para ser un soldado.

Lara sonrió orgullosa y pensó en esa posibilidad. Si hubiera sido hombre, hubiera sido el segundo de su padre. Y hubiera podido ser un líder orgulloso, no una mercenaria solitaria, escondida en las sombras, sin reconocimiento. Aunque las medallas y la gloria no era lo que le importaba.

—Papá nos tenía confinadas.

—¿Qué hacías en el campamento?

—Estaba a cargo de las armas y de las computadoras.

—¿Y Maga?

—Cocina.

—Hará feliz a un hombre.

—Sí... —pensó torciendo la boca, recordando la última imagen de

su hermana, pidiendo que la hicieran gritar.

—¿Y qué me puedes decir de este muchacho...

—Lucas.

—Lucas.

—No sé mucho de él, pero me aseguré que no tuviera muchas ganas de saber mucho de mí.

—Algo de interés por ti debe haber mostrado para que reacciones así.

—Solo porque a los hombres les gusta el desafío de las malas... y a mí ese papel me sale tan bien...

—No eres mala, Lara... solo necesitas alguien que te quiera de verdad...

La frase le pegó como una bola de demolición y quiso largarse a llorar. Sacudió la cabeza y se sentó junto a su madre, acariciando los pies de Florcita que ya dormía. Suspiró resignada, apretando los labios. El amor no era para ella. Bastaba con mirar su realidad: En una nave llena de hombres, el único que le interesaba estaba enamorado de su madre. Adela le acarició el cabello y describió el giro ensortijado de un mechón que caía sobre su hombro.

—¿Y cómo sigue el día aquí adentro?

—Nos preparamos para la cena y después, disfrutamos un libro, una película o una charla, hasta que nos vamos a dormir.

Las dos miraron a su derecha cuando la puerta del salón se abrió y RT apareció en toda la gloria de su uniforme impecable, su cabello mojado y recién afeitado. Lara tuvo que abrir la boca para poder respirar. Se acercó con paso tranquilo y las manos en la espalda, mirando a la pequeña Florencia dormir en brazos de su madre.

—Buenas Tardes, Adela.

—Buenas Tardes, RT.

—Lara.

—Hola...

—¿Quería saber si querías visitar un lugar conmigo? —Lara alcanzó a ver la sonrisa cómplice de su madre antes de desviar la mirada a la niña que acunaba, poniéndose de pie. RT se apuró a sacar el peso de Florcita dormida de sus brazos y la acomodó contra su pecho.

—¿La puedes llevar a su habitación?

—Será un placer.

—Vayan entonces. Nos veremos en la cena.

Adela palmeó el brazo de RT y dejó un beso en la mejilla de su hija mayor antes de marcharse. Él se encaminó a la otra puerta y ella se apuró para apoyar su mano en el panel de acceso y abrirla. El Comandante caminó con la pequeña en brazos hasta llegar a otra puerta disimulada en la pared. Lara volvió a abrirla y accedieron a la habitación de las niñas. Él la apoyó en la cama y la cubrió con el cobertor blanco que estaba doblado a sus pies.

—No cenará.

—Está cansada. No durmió la siesta y está acostumbrada a hacerlo.

—¿Tú dormiste?

—Algo... —respondió RT, acomodó el cobertor sobre la niña y dejó un beso en su frente antes de marcharse. Todo lo que había dentro de Lara parecía derretirse con cada cosa que el maldito ex traterrestre hacía, en una increíble puesta en escena creada para hacerla caer rendida a sus pies. Y lo peor de todo, era que lo estaba logrando. Cada gesto, cada cosa que hacía, solo lo acercaba más a su corazón—. ¿Vamos?

—¿A dónde?

—¿Tienes miedo?

—No. Simplemente quiero saber.

—Es un lugar donde suelo ir a esta hora... a veces con tu madre... a

veces solo. Hoy me gustaría compartirlo contigo. —Su corazón revoloteó como un colibrí, como si supiera a dónde iba. Aunque estando con él, ¿El lugar importaría?

—Ok. —Se adelantó y abrió la puerta, abandonando la habitación.

Él le indicó avanzar por la derecha y caminaron en silencio un rato.

—¿Qué hicieron?

—¿No lo sabes? Pensé que espían todas las actividades de los prisioneros en la nave —Él sonrió sin dejar de mirar el camino. Ella interrogó—:

¿No es así?

—No son prisioneras, como primera medida. Y tienen su privacidad como corresponde.

—Debo decir, en tu beneficio, que todas se sienten muy cómodas en sus jaulas VIP.

—Tu reacción es normal... —dijo sin mirarla y ella sintió su condescendencia como una patada en el culo. Quería provocarlo, sacar lo malo en él, si había algo malo. Tenía que haberlo, el tipo era un invasor, un asesino, el peor, era el que daba las órdenes.

—Ataviadas de época, tejiendo, bordando, haciendo poses de nado sincronizado. Cultivando y cosechando.

—Los contenidos de los programas educativos son elegidos y supervisados por las mujeres mayores. Tu madre entre ellas.

—Por supuesto. Mi mamá siempre quiso que fuéramos señoritas bien.

—¿Está mal?

—Si hubiera seguido lo que ella dictaba para mí, hubiera terminado bailando en puntas de pie en vez de liquidar ex traterrestres.

—La guerra no es lugar para una mujer.

—Yo no traje la guerra a mi planeta...

Los dos se miraron de costado sin dejar de caminar. Él fue el primero en deshacer el duelo de sus ojos para detenerse ante una puerta igual a

las anteriores. El pasillo estaba vacío y por primera vez, Lara vio que ese camino tenía fin. ¿Cuántos kilómetros había recorrido ese día?

—Llegamos. —RT apoyó la mano en el panel de acceso pero se retiró de la puerta. Esperó a que ella avanzara y entrara al lugar.

En cuanto empujó la puerta, las sensaciones en su cuerpo cambiaron como si la hubieran arrancado de esa nave impoluta y trasplantado, en el más literal de los sentidos, a la materialización misma del Paraíso.

Todo era verde, un jardín inmenso lleno de colores, olores y sonidos, como no había en el resto de la nave, como no había visto, como mínimo, en cinco años. Sobre ella, como una cúpula mágica, un cielo celeste impecable, salpicado con nubes como manojos de copos de algodón, completaba el paisaje. Descendiendo a su izquierda, el cielo comenzaba a tomar los colores del crepúsculo, mezclándose en una paleta similar al arcoíris pero difumándose hasta el brillo anaranjado que estaría desapareciendo en el horizonte que ya no podía ver, perdido en el verde de los árboles de ese mágico jardín.

—¿Qué es esto? —pudo susurrar.

—Nuestro mejor proyecto.

—¿Nuestro?

—De tu madre... y mío. Fue idea de ella. Yo solo ejecuté sus órdenes.

Lara avanzó, adentrándose entre los árboles y las plantas, en una perfecta combinación de especies florales y frutales, identificadas al pie del árbol o el arbusto, en macetas de las más diversas formas y tamaños. Había algunas que nunca había visto en su vida, pero extendiéndose a todo lo largo de la pared oeste, un cantero lleno de fresias, las flores favoritas de su madre. Se inclinó para acariciar los pétalos y llenar sus pulmones del perfume exquisito, conmovedor en su simpleza, que la enviaba sin escalas a los eventos más felices de su infancia, sus días en familia, su madre llenando los espacios de su casa con jarrones de esas flores, en sus variados colores.

—Esto es hemoso...

Lara caminó entre las plantas como si buscara algo pero solo recorrió azorada el paraíso artificial. Se levantó la túnica y se miró los pies, sucios por primera vez. Sonrió feliz. Escaló los diferentes niveles, encontrando rosales y jazmines, azaleas y begonias, cerezos y naranjos. Entendió por qué podía caminar kilómetros dentro de la nave sin encontrar un final. La estructura interna debía ser la misma que habían utilizado en ese jardín, con pasillos que ascendían en una suave e imperceptible curvatura que solo se podía apreciar a distancia. RT caminaba detrás de ella en silencio, dándole espacio para moverse a sus anchas, sin interrumpirla pero sin perderla de vista, con una sonrisa extraña en los labios, parecida a la que había visto en su rostro cuando la miraba comer a la mañana.

El camino ascendente la llevó al lugar más cercano a esa cúpula transparente que parecía pintada por Dios. Había una especie de glorieta con un asiento de madera, con sus columnas cubiertas por enredaderas idénticas a la madreselva que crecía en la casa de su abuela. Alrededor de la banca, más fresias en blanco y amarillo. Si ella hubiera creado un lugar para su madre, hubiese elegido exactamente esa escena, con ese mobiliario y esas flores. Se sentó y acarició la madera lustrada, mirando a su alrededor embelesada. Sus ojos volvieron a encontrarse con los de él.

—Este lugar es increíble.

—Me alegro que te guste.

—¿Siempre vienes aquí?

—Sí. Antes que caiga el sol. El crepúsculo es el momento más seguro para nosotros en tu planeta. Y en días despejados el cielo crea los colores más hermosos que alguna vez he visto. En el momento en que el sol desaparece detrás del horizonte, antes que aparezca la primera estrella, esa línea toma el color de tu pelo. El fin de otro día. El comienzo de otra noche.

—Mi mamá está convencida que han venido a salvarnos.

—Es una manera de verlo. Yo también lo veía de esa manera hasta que... dejé de hacerlo.

—¿Por qué?

—Las cosas cambiaron para mí. Antes todo era mucho más sencillo. Era solo un soldado siguiendo órdenes, jamás las cuestioné.

—¿Por qué?

—Algo cambió en mí. —Señaló el centro de su pecho y levantó la vista al cielo que comenzaba a oscurecer.

—Desde aquí no puedes ver esa línea del horizonte... —Negó con la cabeza y miró la pared tapizada de enredaderas.

La tomó de la mano y la llevó hasta allí. Sonrió de costado y metió un pie entre las plantas. Bajo la enredadera había una escalera de madera que le permitiría llegar a lo más alto. Lara se levantó la túnica y comenzó a trepar, adivinando los peldaños que la llevaban arriba. Él hacía lo mismo a su lado hasta que llegaron al borde mismo del cielo. Se apoyó en sus codos y se incorporó para mirar más allá.

A lo lejos se podía ver, por sobre los restos de la ciudad, la inmensidad de su planeta, extendiéndose lejana hasta tocar el horizonte. El sol bajaba, la circunferencia dorada llegando a su fin y creando una línea naranja que se oscurecía a un tono borravino a medida que se esparcía a los costados. En el medio exacto, el color era la imitación perfecta del color de su cabello.

Miró a su costado. Él no estaba apreciando el espectáculo del cielo, su mirada cubierta estaba sobre ella. Dejó su imaginación vagar y se vio a sí misma apartando la mano de la madera para acercarla al rostro de él, percibir la textura de su piel, acariciarlo hasta llegar a sus labios, pedirle permiso en silencio y poder besarlo y probar a que sabía, aspirar su esencia y dejarse caer en él, olvidándose que era el enemigo, el asesino, el invasor. Olvidarse de todo. De la maldad, el horror y la guerra. Intentó pensar en otra cosa para distraer sus fantasías.

—¿Por qué no pueden salir durante el día? —La expresión de RT definitivamente se ensombreció. Volvió a mirar la puesta del sol y ella esperó su

respuesta. No la que ella esperaba.

—Está prohibido.

—¿Prohibido? ¿Por qué? ¿Por quién?

—Es un poco complicado y quizá no lo puedas entender sin una explicación un poco más extensa...

—Mantenlo simple. Siempre funciona. —RT suspiró.

—No podemos destruir un planeta a la luz del sol que le da la vida.

—Pero mi madre dice que ustedes vienen a salvarnos...

—Es el fin último de nuestra misión. Pero para lograrlo debemos destruir todo lo que ustedes han construido. Para salvar al planeta de su destrucción definitiva debemos retrotraer a cero el daño infringido. Y para eso debemos... —Sus palabras quedaron flotando entre los dos, en lo implícito de la guerra que los había reunido y separado.

Lara pestañeó dos veces y percibió el dolor en su mano, sus dedos aferrados a la madera con demasiada fuerza. Él hizo un esfuerzo para sonreír y miró el final de ese atardecer, buscando cambiar su ánimo en el adiós del astro rey. Ella no pudo dejar de mirarlo.

—¿Bajamos? —Asintió cuando se rompió el hechizo. El cielo comenzaba a mutar al índigo para dar paso a la noche. Le tendió la mano para ayudarla a desmontar y la llevó de nuevo hasta la banca, para sentarse junto a ella. Detrás de las enredaderas, las paredes blancas empezaban a iluminarse.

—¿No hay oscuridad completa aquí?

—Sí. Pero como estamos nosotros, el lugar está programado para que haya iluminación.

—Pero si quisiera que hubiera oscuridad...

—Se puede... —respondió, mientras intentaba ponerse de pie para cumplir sus deseos, pero ella lo detuvo.

—No importa, solo preguntaba...

El silencio entre ellos se complementaba a la perfección con el concierto de los grillos y algunas luciérnagas que volaban a un costado.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Siempre sabes qué voy a preguntar? ¿O qué pienso? ¿Puedes leer mi mente?

—No. No soy psíquico. Hablé con tu madre y me dijo que tienes muchas preguntas, las mismas que todas al llegar aquí.

—¿Y a todas les contestas? ¿Es tu deber como Comandante de la nave?

—Como Comandante de la nave puedo delegar esa, y muchas otras funciones, en las personas que considero capacitadas para hacerlo. Hay equipos de información y contención para esas situaciones.

—¿Pero tú se lo explicaste a mi mamá?

—Sí.

—¿Y me lo vas a explicar a mí?

—Si así lo quieres.

—¿Siempre eres tan políticamente correcto? —Inclinó la cabeza desconcertado y ella se rio. RT esperó hasta que ella se compuso, entrecruzando las manos en su regazo y orientando su cuerpo para enfrentarlo.

—¿Por qué?

—Ya te lo expliqué. Supervivencia de la especie.

—Eso ya lo entendí. ¿Por qué todo esto? ¿Por qué las atenciones, las comidas gourmet, el jardín... ?

—Es parte de las comodidades que tenemos para ofrecerles para hacer las estadías lo más...

—¿Por qué las mujeres?

—Ustedes son la razón.

—¿Qué?

—No es el planeta lo que buscamos, o no solo eso. El entorno puede ser creado y reconstruido. No es fácil, lleva tiempo, pero puede hacerse.

Hay otras cosas que no pueden ser creadas de la misma manera.

—No entiendo.

—Podemos avanzar científicamente años luz, como lo describen ustedes, pero la genética sigue siendo la misma. Hay cosas que se pueden modificar, manipular. Otras, simplemente no están en nuestras manos. —Lara lo miraba como si le estuviera hablando en turco. Él hizo un esfuerzo por encontrar las palabras.

—Nuestra especie es un híbrido, una mezcla de especies. Te dije que teníamos algunas diferencias genéticas...

Su mente recordó el resultado del examen de ADN que su padre llevó a cabo en los dos aliens que habían investigado. Sus cadenas de cromosomas eran iguales a las de los hombres humanos, excepto por un pequeño detalle...

—No tienen el cromosoma X.

—No.

—No pueden tener mujeres.

—Y por ser hombres, no podemos gestar nuestra descendencia. Sin el género femenino de la especie, la especie simplemente desaparece.

—¿Y no había mujeres en tu planeta?

—Sí. Pero, en la evolución, los hombres que comandaron los destinos del planeta decidieron que no eran importantes, que eran físicamente débiles, emotivamente inestables y peligrosamente sensibles. Con el tiempo, se las fue descartando, relegando, hasta que, espontáneamente, se inició una campaña de eliminación...

—¿Qué? —RT asintió, apretando los labios, y Lara lo miró aterrorizada.

—Empezó sin saber cómo, puertas adentro. Mujeres, hijas, madres, asesinadas por sus consortes, padres, hijos. Aquellos quienes debían protegerlas empezaron a matarlas. Ese fue el principio del fin. Fue como una bola de nieve,

creció sin control. Siguió como una Inquisición. Quema de Brujas. Ex terminios masivos. Tarde se dieron cuenta del error que cometieron, casi en paralelo con la destrucción sistemática del medio ambiente, la tala de los bosques, la contaminación de los mares, extinción de especies animales. Se quebró el equilibrio de la naturaleza y el planeta entró en un período de autodestrucción.

—¿Por qué? —Él se encogió de hombros impotente, avergonzado de la historia de su propia especie—. ¿Y qué pasó?

—Ya se conocían otros planetas con las características necesarias para la supervivencia y con género femenino compatible con la reproducción de la especie. Se estudiaron esos planetas y se llegó a la conclusión que todas las características evolutivas eran similares a las de Xydonia: Avanzar sobre lo material, arrasar con lo espiritual, la tecnología aislando a los seres civilizados, las ciudades creciendo a ritmos insostenibles, la conciencia de los habitantes no se extendía a las generaciones futuras, a nadie le importaba lo que fuera a pasar en cien años porque nadie estaría allí para sufrirlo, y de esa manera, se llegaba, inexorablemente a la destrucción del planeta y de la especie. El patrón siempre se repetía.

—¿Y no había manera de detenerlos?

—¿Piensas que se podría haber hecho en la Tierra?

—No... —respondió Lara, desilusionada—, aquí tampoco hubiéramos podido detenerlo.

—La historia de los planetas nos enseña que la evolución es siempre la misma y no hay manera de evitarlo.

—Y esto mismo ya pasó en la Tierra.

—Sí.

—¿E intervinieron en un momento similar a este que estamos viviendo?

—Sí.

—¿Cuántos años tienes?

—No los que aparento... —Ella contuvo la respiración y él se rio,

divertido, apoyándose en el respaldo de la banca, más relajado—. No te asustes. Estoy entrando en la segunda etapa de mi vida. Este es mi centésimo décimo año de vida.

—¿Qué? ¿Cuántos años viven?

—Entre trescientos y cuatrocientos años. Depende de la calidad de los últimos años de vida. Por eso se reconstruyen los planetas. Para darle a nuestros antecesores esa calidad que les permita disfrutar plenamente de...

—Ciento diez años...

—Años humanos. —Lara se restregó el rostro incrédula. La edad no le había parecido un tema importante, él no parecía tener mucho más de 25 años, su propia edad.

—¿Cuáles son las limitaciones?

—¿Limitaciones?

—Físicas... —De pronto ella tenía una sola cosa en la cabeza, pero él no era psíquico, ¿Cómo podía hacer para preguntarle? Con más de cien años él no estaba interesado en su madre porque era... ¿impotente? ¿Podría él...?

—Ninguna... creo... —Ex haló y buscó cambiar el tema antes que su mente entrara en combustión espontánea.

—¿Y las mujeres? Nosotras no vivimos lo mismo... y nuestro período de fertilidad es corto y... —Le costaba encontrar las palabras sin que todo se le enredara en el mismo hilo de conversación: Él, ella y el sexo.

—No. Las mujeres, tanto humanas como de otras especies, como dices, tienen un período de fertilidad limitado. Y ante todo, está la decisión de la mujer.

—¿Decisión? ¿Les piden permiso?

—¡Por supuesto! —dijo ofendido. Lara puso los ojos en blanco ante la bizarra moral de ese ex traterrestre.

—Ok... la mujer es apta... y ustedes... —RT cambió la postura por algo más rígido e incómodo. Se pasó la mano por el pelo y ella se mordió los labios al mirarlo, queriendo meterse en su cabeza para saber que pasaba allí.

—Al llegar a la segunda etapa de nuestras existencias, somos física y mentalmente aptos para la reproducción. Se realiza una selección exhaustiva en las diferentes ramas requeridas y se elige a los mejores. Los soldados más fuertes, los mejores científicos, los más acabados artistas en cada rama, los filósofos más prestigiosos, los líderes más ecuanímenes. Los logros y lauros de cada uno suman puntos para ser seleccionados y poder perpetuar la especie.

—Algo así como el pedigrí de los animales.

—Algo así... —dijo sin ofenderse. Quedó en silencio... pensativo...

—Entonces...

—Los mejores son elegidos para inseminar a las mujeres que acceden a gestar a nuestros descendientes. —La palabra “inseminar” le hizo ruido...

—¿Y las que no quieren?

—¿Qué?

—¿Qué pasa con ellas?

—Nada.

—¿No son... eliminadas?

—¡No!

¿Por qué su lógica parecía chocar siempre con lo que él pensaba o su especie hacía? Después de todo, ellos eran los invasores, los exterminadores, los híbridos...

—¿Qué hacen con ellas?

—Nada. Todas siguen viviendo en las naves nodrizas, en comunidades especiales, donde los niños permanecen a su cuidado hasta los seis años. Algunas son maestras, otras sanadoras o artistas. Pueden ser y hacer lo que quieran. Hay cientos de especialidades y todas pueden convivir hasta el momento en que, si lo desean, se suman a algún planeta reconstruido para pasar sus últimos días.

—¿Y solo gestan sus niños?

—Hemos fallado en la reproducción de niñas.

—¿Fallado? —Lo primero que llegó a su mente fue la conservación criogénica de espermatozoides masculino, o tener a los hombres hacinados como simples proveedores de espermatozoides para crear niñas. ¿Y no sería ese un gran chiste feminista?

—Algo en la genética de las especies muta... y no se pueden gestar más niñas... —Analizó los nacimientos dentro del campamento. Era verdad. Pese a ser engendrados a la vieja usanza y por miembros de la misma especie, al contrario de lo que ella sabía, que siempre nacían más niñas que niños, de pronto, la tasa se había invertido radicalmente.

—¿Sabes por qué?

—Suponemos que algún mecanismo de defensa de la especie... o de autodestrucción... —Su cabeza volvió a girar en círculos.

—Entonces, los mejores de ustedes van a acostarse con las humanas dispuestas a hacerlo... —Una parte de su mente estaba haciendo una lista de sus cualidades y otra desnudándose para levantar la mano y seducirlo, al grito " Soy voluntaria ". Si él estaba en esa lista mataría a todas las que se hubieran anotado para ser ella la única en su cama.

—Se realizan inseminaciones artificiales. Jamás permitiríamos que las mujeres pasaran por esa experiencia...

—¿Perdón? —Lara sintió que la cara le hervía pero no sabía si era por la vergüenza de lo que estaba pensando o por el enojo de lo que se iba a perder.

—Después de ser abducidas de su planeta, sometidas, encarceladas, separadas de sus hombres, esposos, padres, hijos, hermanos... el solo hecho de pensar que tendrían que...

—¿Inseminación artificial? —dijo con un absurdo tono de desilusión en su voz. Él asintió y ella suspiró sombríamente, incrédula que las cosas no pudieran ser más extrañas.

El cielo era negro a esa altura de la conversación pero aun así, la luz no había cambiado a su alrededor.

—Y tú... entonces... ustedes... tú... no...

—¿No qué?

—¿Nunca has estado con una mujer? ¿Íntimamente? O sea...

—No. —Lara sintió que la sangre explotaba en su rostro y miró para otro lado mientras se levantaba el pelo ante la repentina ola de calor que la había asaltado desprevenida. Y esa misma ola, más parecida a un tsunami, traía una avalancha de preguntas que no encontraba la manera de hacer sin considerarlo un suicidio. Mientras se debatía consigo misma y las imágenes que ahogaban su mente, él siguió con un discurso opuesto y diferente. —Decidir tener descendencia implica un alto grado de compromiso con la especie y una gran fuerza para afrontarlo.

—¿Afrontarlo?

—Una vez que se realiza la fertilización y una nueva vida surge, estamos indisolublemente unidos con ese nuevo ser. Sentiremos los cambios más dramáticos de su vida, incluso su muerte. Sabremos dónde está, qué le pasa... imagina eso en un soldado como yo. Sentir el momento en que tu hijo pueda morir. Algo así como el instinto maternal... tú sabes...

—No... la verdad que no.

—Las mujeres lo tienen... —Lara esquivó su mirada, sabiendo que ella tenía un millón de cosas, todas malas, y ninguna incluía ese instinto. Por un momento deseó ser Maga para ser lo sensible que él necesitaba, no la perra mala que era.

—No creo que sea tan así... —dijo tratando de minimizar lo que parecía, para él, lo más importante de ser un semental. Si tan solo le diera cinco minutos para mostrarle otras facetas de las deidades de la reproducción. Diez minutos...

—De todas formas, después de este fracaso, dudo que sea

seleccionado. No es que realmente me interese, pero...

—¿Fracaso?

—Mi experiencia como Comandante no ha sido exitosa.

—Encontraste una gran resistencia del otro lado.

—Es verdad. Debo reconocer eso, no en tu especie, pero sí en tu equipo.

—Estamos cerca del final, ¿Verdad? —Él asintió y ella bajó la cabeza derrotada.

—Los trabajos de reconstrucción ya han empezado en el norte del planeta. En menos de una semana nos marcharemos y un equipo de exterminio llegará para hacerse cargo de la situación.

—¡Exterminio!

—Son grupos altamente especializados para terminar con...

—Dios... ¿No hay manera de detenerlos? —RT arrugó la frente y Lara apretó los puños con ganas de gritar.

—Si tuviera un poco más de tiempo... —habló más para él mismo que para Lara, que no pudo evitar llorar. Ella miró al cielo, ahora repleto de estrellas. Una noche perfecta.

RT se puso de pie y le tendió la mano. Lara se levantó pero no se apartó. Quedó frente a él, mirándolo con intensidad, aquella que no podía encontrar en las palabras para decirle las cosas que pasaban por su mente, pero sobre todo por su corazón. Él acomodó un mechón suelto de su cabello detrás de su oreja y acarició su rostro, limpiando el surco húmedo que había dejado una lágrima. Bajando despacio, recorriendo su mandíbula y el cuello hasta descansar en su hombro. Ya no se sobresaltaba al contacto, como si su cuerpo ansiara esa sensación de choque entre fuego e hielo, y cómo su piel se mimetizaba con la suya, en temperatura y sensación, fundiéndose en uno solo.

—¿Qué sientes? —La pregunta podría haber sido para ella pero salió de sus labios y fue él quien contestó.

—No lo sé, nunca me sentí así. Estar con tu madre ha abierto una puerta en mí que desconocía, podría ser una caja de Pandora pero no me arrepiento, y lejos de desatar desgracias, soy un ser nuevo y diferente, gracias a esto que he descubierto, que cambió mi esencia y mi ser para siempre.

—Gracias a ella... —dijo desilusionada. Quiso esquivar sus ojos pero él sostuvo su rostro sin presión.

—Gracias a ella... pero para ti.

Ahora o nunca. Estaba frente al instante que había esperado tanto tiempo, que había soñado, dormido y despierto, y ahora, ante él, tenía a la mujer que había despertado en su interior todo lo humano que albergaba, convirtiéndolo, transformándolo en un ser nuevo. ¿Y qué debía hacer? En su preparación para la invasión había visto cientos de películas, leído decenas de libros que le enseñaban la naturaleza humana, sus reacciones, peculiaridades, actitudes, sensaciones y sentimientos. Y allí estaba, a la mitad del camino, habiéndose acercado lo suficiente para que su calor cambiara su temperatura interior, al alcance de la mano su piel sedosa, su cabello ensortijado, atrayéndolo como un imán del que no podía y no quería escapar.

Ella estaba allí, frente a él, contra su mano, expuesta y vulnerable, pero poderosa y omnipotente. Y él estaba inmovilizado. Nada de su entrenamiento lo había preparado para afrontar semejante desafío: Confesar sus sentimientos.

Porque él no sabía de sentimientos, sino de deber. No conocía placeres, excepto en el cumplimiento de su obligación, ni de satisfacción, más allá de la que se obtenía en la misión cumplida. Y su existencia, bidimensional en cuerpo y mente, había descubierto un nuevo nivel en el alma, en los sentimientos, en la pasión.

Conocía el arte, sabía de música y dibujo, de técnicas en análisis de trazos y sonidos, pero solo después de descubrir sus sentimientos, azuzados por Lara e instruidos por Adela, había llegado a un verdadero nivel de apreciación y creación.

Había copiado obras de arte ajenas con la misma precisión con la que empuñaba un arma o planeaba una operación. Pero por Lara, con ella como su inspiración, había podido crear sus propias obras, no para pasar el tiempo entre viaje y viaje, después del entrenamiento físico o los programas de estudio. Por ella robaba tiempo al sueño, descubrió el desvelo y el insomnio, aprendió a soñar

despierto. Entendió el concepto de vivir en las nubes y la distracción cobró un preocupante significado en sus horas de trabajo. Su existencia había encontrado una nueva ruta y se convirtió en vida en el momento que la vio con sus propios ojos, ya no una fotografía o el recuerdo de su madre, sino en carne y hueso, entre sus brazos y ahora a nada de distancia.

Y ella lo miraba sin miedo, valiente y perfecta, como solo ella podía ser. No le temía y estaba cerca, muy cerca, y por voluntad propia, sin ningún pedido o exigencia, sin manipulación externa, avanzando sin temor mientras él estaba paralizado.

No resistió más los sentimientos que se agitaban en ella, sin importarle el cómo ni el por qué, ni a dónde iba a parar. Por alguna extraña razón sentía que el camino que su corazón estaba eligiendo, hacia ese ser de otro mundo, era el correcto, el que estaba marcado para ella por el destino, las estrellas. Dio un paso hacia él, apoyó una mano en su pecho y se levantó en puntas de pies. RT no respiraba, su expresión entre el asombro, el miedo y la ansiedad lo tenía inmobilizado, pero sus manos la sostenían para que pudiera llegar a él.

—Quiero besarte.

Él asintió y ella deslizó la mano sobre el uniforme, sin encontrar un lugar de donde aferrarse para atraerlo más cerca pero no le importó. Acercándose a su rostro, a sus labios, podía ver cada detalle de su piel inmaculada, sus labios entreabiertos, esperándola; acarició sus rasgos perfectos, despacio, dejando que el calor de su sangre hiciera lo suyo, aclimatándolo a la sensación de piel en piel. Pasó un dedo por la comisura de sus labios y él inspiró con fuerza, inclinándose sobre ella, llegando tan cerca como para hacerle sentir el frío de su aliento, el sabor del interior de su boca mezclado con el aire que respiraba. Tan cerca, podía ver como sus ojos parecían brillar en destellos de neón bajo los anteojos negros, al ritmo de su corazón. El momento de duda eternizó los segundos que la separaban de su boca. Posó los labios despacio en los suyos, cerró los ojos y disfrutó cada momento que su piel se tomaba para aclimatarse a su calor, para fundirse en ella. Presionó un poco más buscando su respuesta, su reacción, queriendo romper la barrera del hielo y derretirlo hasta encontrar lo más dulce de su aliento. Se humedeció los labios contra los suyos y el contacto de su lengua le devolvió el sabor de su imaginación multiplicado por el infinito número de las estrellas. Sus manos escalaron en su cuello hasta buscar enhebrarse en su pelo y

la tela que cubría sus cuerpos parecía imantada, adhiriéndose a su piel y desapareciendo entre ellos, condensando el calor en una nube de tormenta, preparada para liberar rayos y centellas en cuanto se desatara. Lara recorrió sus labios con la lengua una vez, otra vez, golpeando las puertas de su cuerpo con caricias húmedas y ondulantes.

Un escalofrío lo sacudió y las manos de él aferraron sus brazos, separándola rápido de su cuerpo, alejándola de él, quebrando el contacto y la magia del momento. Lara abrió los ojos mareada y sorprendida, desconcertada, y buscó apoyo en la pared con enredaderas mientras él se alejaba hasta la pared opuesta.

—Lo siento... —dijo con la voz áspera, como si tuviera arena en la garganta. Se tocó los labios, donde ella lo había besado y miró sus dedos como si esperara encontrar el rastro de una herida.

—¿Estás bien? —Lara no se movió de su lugar y esperó que él se compusiera y dijera algo, pero no hubo palabras en ninguno de los dos para describir ese momento. Sin levantar la vista, RT le indicó con la mano el camino que debía seguir para salir de allí.

—Será mejor que volvamos. Es hora de comer.

.Lara

Salió como disparada por el camino verde y el recorrido de regreso pareció eterno pero nunca suficiente para encontrar las palabras para justificar lo que había hecho. ¿Estaba mal? ¿Qué pensaría? ¿Necesitaría más tiempo para comprender lo que significaba la cercanía física con otra persona? Su cuerpo parecía reaccionar como el de cualquier hombre humano. Lo había sentido excitado contra ella, pudo percibir en las señales de su cuerpo que pese a ser algo desconocido había sido agradable, ¿O eso era lo que ella quería pensar? ¿Y qué pasaba si la manera de relacionarse de ellos era por completo diferente a la de los humanos? ¿Y si no eran seres dominados por los instintos o las hormonas, como ella, y en un arrebato había amuinado todo lo que pudiera ser entre ellos? RT se detuvo antes de llegar a la puerta donde suponía que estaba su habitación. Sin mirar atrás, Lara apoyó la mano en el panel de acceso y empujó la puerta, al tiempo que las lágrimas pugaban por salir de sus ojos. Corrió hasta el baño y se encerró llorando sin saber muy bien por qué.

Tardó en tranquilizarse, inspirando con fuerza a través de la nariz y exhalando por la boca, hasta que se animó a abrir los ojos y mirarse en el espejo, sin poder perdonarse lo que había hecho. Seguía siendo la misma perra fácil que solo sabía encontrar en la satisfacción del cuerpo lo que no podía conseguir con el corazón, simplemente porque no tenía, porque no sabía amar, porque no entendía el significado del amor a otro nivel que no fuera el físico. Porque siempre había ganado cuando de seducción y sex o se trataba pero había perdido, siempre, cuando se involucraban los sentimientos.

Había perdido con los hombres, con su familia y ahora con RT.

Si por un momento pudiera ser como su hermana, si hubiera

aprendido de ella el valor de lo importante, lo que, invisible a los ojos, solo podía percibirse con el corazón.

Luchó contra la tela de su vestido, descargando su furia en ella, intentando desgarrarla en jirones cuando no respondió a su mandato. Se metió en la ducha, abrió el agua y lloró su propia impotencia e incapacidad, golpeando con sus sollozos las paredes de mármol, agujoneada por el dolor como si las gotas de agua fueran mil agujas en su piel. Se sintió vacía, sucia, inútil, un objeto de formas agradables pero bordes filosos, una rosa sin perfume pero llena de espinas, una estúpida que no había sabido salvar su cuerpo para quien en verdad lo mereciera.

Se envolvió en una toalla y abandonó el baño. Se detuvo delante del panel de acceso y tecleó el código de la habitación de su madre. Le contestó una voz suave, una caricia en medio de su auto flagelo.

—*Lara.*

—*Mamá... ¿Me puedes ayudar?*

—*Voy para allá, hija.*

Se dejó caer en la cama y clavó los ojos en la nada blanca que la rodeaba, mientras los segundos tecleaban en sus latidos como única medida del tiempo que pasaba.

XXX

.Lucas

El Cielo, el Paraíso, el camino de los sueños, el tesoro al final del arcoíris: Maga y su cuerpo, sus labios recorriéndolo y sus manos descubriéndolo. Toda ella, el más mágico milagro de la naturaleza. Y qué manera de despertar.

Lucas se dejó caer en la cama mientras su espalda aún se curvaba, descargando toda su energía y su esencia dentro de ella, mirándola con los ojos entrecerrados, a contraluz, desplomarse sobre su pecho después de una tremenda exhibición de cómo volver loco a un hombre en tres vueltas en la cama. Maga era capaz de prolongar el placer y eternizar el éxtasis, como si conociera la alquimia exacta que debía combinar para lograr hacer de cada momento una elipse perfecta sin principio ni final.

Ella respiraba con fuerza sobre su pecho, su jadeo exhausto aún más afrodisíaco que cualquier perfume, seda cara o encaje labrado. Adivinó una sonrisa en sus labios y se sintió el dueño del universo, poderoso como un dios ¿Lo sentía porque era capaz de hacerla sonreír o porque ella sonreía para él?

Miró de costado hacia abajo, donde su rostro se ocultaba en el pelo pegado por el sudor de la pasión a su piel y esperó que ella lo mirara, lo iluminara con esos ojos dorados, el único faro en el medio de su oscuridad. Cuando por fin lo miró, se quedaron un rato así, adivinándose.

—¿Puedo hacerte una pregunta sin que eso signifique que tengamos que volver a discutir? No es que me queje con este tipo de reconciliaciones, pero... no sé cuánto tiempo nos queda... —Ella torció los labios y puso los ojos en blanco como primera respuesta. Se acomodó sobre él y jugueteó con el vello en su pecho.

—Ok...

—¿Por qué no quieres que vayamos a rescatar a tu hermana?

—¿Por qué quieres ir a rescatarla?

—No vale contestar con una pregunta. —Maga enarcó una ceja y él

estiró ambos brazos para cruzarlos bajo su cabeza.

—¿Por qué?

—Complejo de Héroe.

Maga arrugó el ceño y Lucas narró de principio a fin su propia experiencia el día de la invasión. Era la primera vez que abría de esa manera su corazón; de hecho, hacía mucho tiempo que sospechaba que lo había perdido, que lo había dejado olvidado en alguna cueva oscura, en el medio de la batalla. Con ella era la primera vez que sentía algo que no fuera ansias de matar. Ella era la primera vez en su vida de tantas cosas.

El silencio siguió a la confesión y un momento después se quebró con el chasquido de un fósforo y una inhalación profunda.

—Lo siento... —Lucas besó la frente de Maga y no se permitió siquiera imaginar lo que podía significar para él perderla. Perderla ya no era una opción, ya era demasiado tarde para tomar cualquier atajo que lo pudiera alejar de ella. Y aun cuando el final pudiera estar cerca, porque eso era lo que se sentía en el aire, agradeció a la perra vida que le había tocado, haberla encontrado. Un día o un segundo más, lo que la Tierra y la Humanidad duraran, valdrían la pena con solo sentirla así en sus brazos. Y de pronto ¿No era romántico él también?

—Por alguna extraña razón... —dijo encendiendo un nuevo cigarrillo—. Mi mente está asociando lo de Lara con lo de Roxana.

—¿Por qué?

—¿Porque las dos serían igual de malas? —dijo, pensativo, queriendo hacer una broma—. No lo sé, mi amor. Nunca creí en el psicoanálisis... solo sé que no puedo dejarla atrás. Porque es tu hermana, porque dos noches peleamos codo a codo aun cuando no supiera que era ella... porque es un ser humano y no quiero el destino que le debe tocar en manos de los invasores.

Se dio cuenta del escalofrío que sacudió a la mujer en sus brazos y la abrazó reasegurándole que eso no le pasaría a ella, no mientras él estuviera con

vida.

—Tengo miedo...

—Todo va a salir bien. Tengo una fe ciega en esto.

—Y yo tengo un mal presentimiento. —Maga se incorporó y lo miró a los ojos—. Prométeme que si ves que las cosas se ponen feas, vas a salir de ahí, aun cuando eso signifique abandonarlos a todos.

Lucas apretó los labios; no era un cobarde, la vida lo había hecho un soldado y de pronto estaba orgulloso de serlo, y en su libro de códigos no había apartado alguno que habilitara una acción de ese tipo.

—Maga...

—Salvarla no va a cambiar lo que pasó. Rescatarla no va a traer de vuelta a Roxana.

—Ni que quisiera...

—Lucas...

—Te prometo que voy a tener cuidado y que todo va a salir bien, y que volveré a ti, con o sin tu hermana. Ya no vas a poder deshacerte de mí. —Ella sonrió sin mucha confianza y volvió a hundirse en su pecho, dejándose abrazar—. ¿Y por qué no quieres que rescate a tu hermana? Te hacía mejor que eso.

—Complejo de Perra.

Adela entró a la habitación sin anunciarse y encontró a Lara en la cama, envuelta en una bata blanca, empapada y llorando en silencio.

—¿Qué pasó, hija? ¿Estás bien?

—No.

—¿Qué pasó? —Lara se sentó en la cama y se limpió la nariz con el brazo, sosteniendo la toalla con una mano.

—Mamá... tú piensas... —Inspiró buscando las palabras que necesitaba y fallando con estrépito. Su voz se ahogó de nuevo en el llanto y la madre abrazó a su hija, dejando que sus brazos fueran la fuente que contuviera sus lágrimas desesperadas. Lara se apartó de ella y metió una mano en la maraña de pelo mojado y sin forma que se arremolinaba en su cabeza.

—¿Qué?

—¿Crees que podrás conseguir un par de planchitas para alisarme el pelo?

—¿Qué?

—No quiero ser yo... quiero parecerme a Maga...

—Pero, Lara...

—Quiero ser buena como Maga... quiero poder merecerlo.

—¿Merecerlo? —Adela tragó con fuerza y no quiso pensar que fuera Lucas a quien se refería.

—Yo... no soy suficientemente buena para él. Él merece un ángel... como Maga. Y yo... y yo... —No pudo terminar cuando otro arrebato de lágrimas la empujó de nuevo a los brazos de su madre. Adela no pudo hacer otra cosa que reír.

—Lara...

—Mamááá...

—Cálmate, Lara... por favor... —Su tono divertido hacía que la desgracia de a muchacha tomara proporciones épicas, grotescas en uno u otro

caso.

Adela se puso de pie mientras ella se desparramaba sobre la cama y escuchaba los pasos quedos de su madre ir y venir por la habitación. Volvió a sentirla junto a ella, arrastrándola fuera de la cama de un brazo.

—Vamos.

La metió de nuevo en el baño, le preparó la ducha y varios frascos de color rojo.

—Te bañas, te acondicionas y desenredas bien el pelo, y sales. Voy a buscar un par de cosas a mi dormitorio y cuando vuelva te quiero seca y sentada en esa cama, sin una lágrima en la cara. —Lara sonrió ilusionada.

—¿Vas a buscar planchitas para alisar esto?

—Déjalo en mis manos. Yo sé muy bien lo que necesitas. —Besó a su hija en la frente y la empujó con suavidad bajo el rocío tibio del agua de la ducha. Salió secándose las manos y meneando la cabeza resignada, para abandonar la habitación.

Lara se bañó a conciencia, con un nuevo impulso en su noche. Ella podría hacerlo, podía ser como su hermana y ganar el amor de ese ex traterrestre. ¿En qué momento empezó a sentir eso? Error, siempre lo había sentido, pero lo había escondido detrás de mil cosas diferentes para no reconocerlo. Ella podía ser como Maga, ser dulce, tierna y manejable, podía ser diferente. Delicada, femenina, suave, etérea. Ella podía ser la dama, no el vagabundo. Y eso era lo que RT quería a su lado. Después de todo, así formaban a las mujeres. Sería lo que él quisiera. Sería como Maga.

Se sentó con las piernas cruzadas, secando su cabello y desenredándolo con cuidado para facilitarle a su madre la tarea de alizarlo. Ella solía hacerlo para alguna fiesta o un evento. Cuando domaba sus rulos, después de dos o tres horas en una peluquería y su pelo se estiraba casi hasta la cintura,

parecía otra, un ser delicado. Eso quería ser en ese momento. Eso quería ser para él.

Sintió la puerta descomprimirse y vio entrar a su madre con una caja plateada en las manos.

—¿Lo conseguiste?

—Todo lo que buscaba. —Adela dejó la caja en el escritorio y fue al guardarropa para sacar un vestido de corte greco-romano con un solo hombro cubierto. Lara se bajó de la cama y dejó que su madre acomodara el vestido en su cuerpo, trabando contra su pecho el sello dorado y la tela cerrándose hasta sus pies. A diferencia de las otras túnicas, la caída de ese se adhería a sus curvas. Adela sentó a Lara en el escritorio y apoyó la mano en la pared, que pasó de ser blanca a mostrar el reflejo de ambas. Peinó con cuidado la abundante cabellera de su hija y separó varias secciones para peinarlas y moldearlas. La expresión de Lara cambió al ver que su madre enroscaba cada sección en algo que no dejaría su pelo lacio sino aún más ondulado.

—¿Qué haces?

—Peinarte.

—Mamá... quiero que me planches el pelo.

—No. El lacio no va contigo.

—¡No quiero esto! —dijo arrancándose el cilindro y poniéndose de pie—. Te pedí que me ayudaras.

—Déjame a mí. Yo sé lo que hago.

—¡Quiero que me ayudes a cambiar!

—¡Él te quiere como eres!

—¿Por qué? ¿Tiene síndrome de Jesús y María Magdalena?

—Depende de quién le esté hablando.

—¿Redimir prostitutas?

—Lara... cálmate y deja de pensar así. Eres tu peor verdugo.

—Soy realista.

—No siempre nos vemos acertadamente.

—Todo el mundo lo ha dicho siempre... —dijo agachando la cabeza.

—Nunca pareció molestarte.

—Hasta ahora...

—Wow... —Lara levantó la cara para mirar a su madre y volvió a derramar sus lágrimas.

—¿Me vas a ayudar?

—Si dejas de llorar... —Se secó la cara con ambas manos y se sentó de nuevo frente al espejo.

Adela reacomodó los cilindros y los secó con aire caliente, para después peinarlos, levantarlos y amararlos en un peinado alto con bucles cayendo sobre sus hombros. Al final sacó una tiara de plata y brillantes para sostener la parte delantera del peinado y despejar su rostro. Apoyó ambas manos en los hombros de su hija y la miró en el reflejo del espejo de pared. Lara se descubrió en esa reflexión con la boca abierta y la expresión incrédula, como si estuviera viendo una estatua griega cobrar vida ante sus ojos.

—¿Te gusta?

—Es... genial... ¿Y esto? —dijo tocando la tiara y acercándose para mirarla con detalle en el espejo. Estaba segura de haber visto esa joya en alguna foto antigua, pero jamás en vivo y en directo.

—Florcita la usa cuando juega a las princesas. —La tocó de nuevo pero no le pareció de juguete.

—No es de plástico.

—No. La use el día que me casé... —Las lágrimas cambiaron a los ojos de Adela, mientras recordaba el día que había unido su vida a la del hombre de sus sueños, el padre de sus hijos, su compañero de camino, hasta que la muerte los separe. *Diablos*, tenía que encontrar la manera de reunir a sus padres aun cuando no quedara mucho más tiempo en la faz de la tierra para los humanos.

—¿De dónde la sacaste?

—RT la trajo, junto con muchas cosas más que pudo rescatar de casa, después de la invasión. —Por eso cuando ella volvió a su casa, no encontró nada allí. Todo había desaparecido, incluso sus cosas. ¿Él se había llevado todo para su madre? Lara giró sobre la silla y miró a su madre a los ojos.

—Ha hecho tantas cosas por ti.

—Es verdad.

Lara elaboró la situación un momento y se sintió una estúpida. ¿Y si él estaba enamorado de su madre, aun cuando no fuera correspondido? Podía excitarse si ella lo tocaba o lo besaba, después de todo era parecida a su madre, pero no profundizaría la relación porque ella no era su madre, solo una triste reemplazante. Por eso no respondió al beso. Por eso se alejó.

—No puedo ser Maga... no puedo ser tú...

—Sé tú misma.

—Yo no soy suficientemente buena para él. —Adela suspiró y la hizo ponerse de pie para acomodar el vestido y su peinado antes de salir.

—Vamos... ya deben estar sirviendo el primer plato.

—Mamá ¿Voy a salir ahí como si fuera a una fiesta de disfraces? —

La madre se miró a sí misma, con un vestido parecido al de su hija pero menos ajustado y revelador, y torció el gesto. Entendió su punto—. Ok. Vamos.

Llegaron a la entrada del salón comedor y Lara no dejó de retorcerse en todo el camino, alisando su vestido, modificando su peinado, llevando las mechas sueltas de su cabello adelante y atrás de la oreja según pasaban por los pasillos. Adela entró conteniendo la risa y caminó saludando con un gesto sencillo y sereno a quienes la miraban, seguida por Lara, que por el contrario, intentaba no llamar la atención, aun cuando esto fuera imposible. Con disimulo buscaba entre la gente, una pequeña multitud que parecía haberse multiplicado después de su última visita. Aceleró dos pasos y habló sobre el hombro de su madre.

—¿Por qué hay tanta gente?

—Es la misma de siempre. Pero en este horario se junta la mayoría. Solo queda una guardia en el puente de mando... —miró hacia otro sector— y los soldados.

El grupo que Adela indicó se estaba levantando en ese momento. Vestían de negro pero no era el uniforme de batalla ni la casaca larga de RT. Todos la miraron y en el mismo orden que utilizaban en el campo de batalla, abandonaron el salón por una puerta lateral apartada.

Lara volvió a acomodar los mechones sueltos de su peinado y en el extremo opuesto de la mesa donde iban a sentarse, vio la figura que ansiaba encontrar, ponerse de pie con la boca abierta, mirándola como si en verdad fuera un milagro. Se encogió y retrocedió a la espalda de su madre, sin poder dejar de mirarlo. ¿Era posible que estuviera aún más sexy y que la última vez que lo había visto, hacía una hora atrás? Adela se estiró y agarró a su hija de la mano para arrastrarla hasta la mesa. Atravesando el salón comedor, Lara sintió la intensidad de la mirada de RT y el calor que irradiaba podría haber derretido su ropa, dejándola desnuda ante él.

—Buenas noches. —Todos los hombres que ocupaban la mesa se pusieron de pie y respondieron en un claro murmullo respetuoso el saludo de Adela. Ninguno se sentó hasta que ellas tomaron asiento. RT no había sacado sus ojos de Lara y no lo hizo mientras dejaba su servilleta en la mesa y abandonaba su silla para acercarse a donde estaban ellas.

—Buenas noches, Adela. Lara.

—Buenas noches. ¿Cómo estás? Disculpa la demora...

—No hay nada que disculpar.

—Preparativos femeninos... no sabes qué complicado puede llegar a ser...

—Valió cada minuto de espera... —murmuró él sin quitar los ojos de Lara. Adela se percató de ello y miró a Lara, demasiado ocupada en retorciendo sus manos e intentando disimular su interés.

—No me comentaron nada de su paseo. ¿La llevaste al jardín? —Él asintió en silencio con un gesto extraño en el rostro. Adela volvió a mirar a Lara—: ¿Te gustó?

Lara dijo que sí con la cabeza y se concentró en buscar alguna imperfección en el plato blanco que estaba frente a ella. Adela se rio, meneando la cabeza con alegre resignación.

—Deberías mostrarte tus dibujos. ¿Sabes qué quería? —Los dos levantaron la vista para mirar a la mujer—. Que le alisara el pelo.

—¿Por qué? —dijo él, desencajado. Adela suspiró y estiró su servilleta de un tirón.

—Cosas de niñas. Las que tienen el pelo lacio quieren rulos, las que tienen rulos, lo quieren lacio. Quien lo tiene largo lo quiere corto y la que se lo corta, llora porque no crece lo suficientemente rápido. —Lara temblaba mientras volvía a acomodar su pelo, detrás y delante de la oreja. Era tan patética. Miró de costado y él no dejaba de mirarla.

—Me gusta tu pelo.

Sus palabras salieron de sus labios con tanta sinceridad que ella quiso volver a llorar. Él miró alrededor y vio venir al personal de servicio con los platos. Se acercó un poco más y susurró antes de marcharse:

—¿Te puedo ver después? —Lara asintió rápido con la cabeza y él sonrió un poco, caminando sobre los mismos pasos que lo habían llevado a ella. Lo vio alejarse, él inmutable, ella con una sonrisa tonta en los labios. Adela la pateó por debajo de la mesa y Lara se acomodó hacia atrás mientras dejaban el plato de comida caliente en la mesa.

—Calma, reina del drama. El chico es tuyo.

—Mamááá... —dijo alargando la última vocal en un susurro desesperado, mientras su madre se reía a carcajadas.



Por primera vez vio a humanas y ex traterrestres interactuar en algo tan cotidiano como una comida. Como en las mesas que alguna vez había compartido en el campamento, civiles y soldados conversaban sobre situaciones normales para ellos.

Con las mujeres comentaban, con genuino interés, sobre libros, música y películas, entre ellos hablaban de temas científicos o incluso de armamentos. Había comentarios de comunicaciones con el exterior, nuevos destinos y nombres desconocidos que quizás eran otros planetas o civilizaciones.

Sin incorporarse a ninguna conversación pero mirando con atención, no se sintió una extraña. Todos tenían una sonrisa deferente con ella, como si comprendieran su situación y que necesitaría un tiempo para aclimatarse. ¿Podría hacerlo? ¿Podría vincularse con ellos con tanta naturalidad como sus

congéneres? ¿Cómo habían podido superar las secuelas de la guerra, el trauma de la abducción? Quizá no era tan difícil cuando esos hombres las escuchaban con atención, las atendían con esmero y se preocupaban por su bienestar. O había algo más...

Estaba viendo una utopía que ni siquiera se había logrado entre seres de un mismo planeta. Eran enemigos, la situación los había puesto en ese escenario, pero ellas los miraban como si en verdad fueran Caballeros de brillante armadura que arriesgaban su vida para protegerlas. Y ellos las trataban como el tesoro que eran, conscientes de su importancia.

En la aceptación de las diferencias y en el respeto a los demás, radicaba la armonía, por sobre la igualdad. Podían ser iguales en una sociedad, podían coexistir. Porque hombres y mujeres, como humanos y extraterrestres, no eran iguales, pero eran igual de respetables, necesarios e importantes. Y la mujer, por sobre todas las cosas, ganaba en importancia y trascendencia en la perpetuidad de la existencia.

De pronto, los gestos que en su planeta, entre sus congéneres, se habían perdido o formaban parte de una cultura lejana, en ese salón eran como el aire que respiraban.

Esos seres que por haber sido considerados, ¿Cómo había dicho RT? " físicamente débiles, emotivamente inestables y peligrosamente sensibles", que en algún momento de la historia, de Xydonia y de la Tierra, habían sido discriminadas, relegadas, subvaluadas, llevaban en su interior el secreto de la vida eterna, ya no de un solo individuo sino de toda una especie. Y en ese nuevo contexto, con una guerra de por medio que las tenía como trofeo, eran apreciadas, valoradas, protegidas y atendidas. Veneradas. Sin detrimento de su condición de conquistadores del universo, estos caballeros de un planeta lejano llegaban para restaurar lo que el hombre había destruido, justo a tiempo.



La cena se extendió a un segundo plato y postre. Después de una breve sobremesa, su madre se reunió con varias mujeres mayores que la recibieron con calidez y luego abandonaron el salón comedor rumbo a las salas de estar, para disfrutar de la última hora antes de retirarse a descansar.

Los miembros de la tripulación se movían a ocupar sus posiciones y el resto de los ex traterrestres, también a descansar después de la jornada de trabajo. Todo tan parecido y tan diferente a lo que ocurría en su propio campamento.

Lara miró alrededor apoyada en una pared, apartada de la acción.

RT se había levantado antes que ella y en una esquina algo alejada estaba conferenciando con dos seres vestidos igual a él. Manipulaba una pantalla y de improvisó desapareció, como si una emergencia se hubiese suscitado. Su corazón se detuvo aterrorizado. Los que lo acompañaban se miraron sorprendidos pero no hicieron ningún comentario. Esperaron de pie y él regresó tan rápido como se había marchado. Impartió algunas directivas que se acataron en silencio y con una ligera inclinación, saludaron a su Jefe y se marcharon cuando él levanto la cabeza y la vio.

Domingo, Vacaciones, Feriado, Franco, Día Libre. Ese concepto era el que necesitaba en ese momento.

—*Los equipos de expedición están listos y comandados por...* —
asintió sin prestar atención. Los nombres eran los mismos de siempre y si cambiaban era por una baja, no por falta de capacidad. Miró sin ver los informes y espiando con el rabllo del ojo cómo Lara se ponía de pie y abandonaba la mesa.

Necesitaba un día completo, desde la salida del sol hasta la desaparición de las estrellas para poder dedicárselo entero a Lara. Para verla descansar, comer, caminar y sonreír; para poder hablar y hablar, de todo y de nada, y saber qué pensaba, qué sentía, y si podía incluirse a sí mismo en sus pensamientos, en sus sentimientos.

—*Tenemos los informes meteorológicos y los Orientadores Estratégicos han sugerido los siguientes puntos de acción para esta noche...*

No estaba escuchando lo que su Lugarteniente de puente y el Primero de a Bordo le estaban diciendo sobre la jornada de batalla que se estaba por iniciar. Las tropas estaban preparadas, como siempre; los móviles en los hangares, las patrullas aéreas habían regresado de su reconocimiento estratosférico y las órdenes de sus superiores seguían siendo las mismas. Su cuenta regresiva seguía activa. Sus minutos en la Tierra estaban contados. Pero nada de eso le importaba...

—*En cuanto usted lo ordene, los equipos partirán...* —*¡Dios, necesito un descanso!* La voz que se había despertado en su interior sonó como una docena de campanas de iglesia al unísono.

Él era el Comandante de esa nave y tenía toda la potestad y

autoridad para requerir que una noche, esa noche, sus tropas no salieran en expedición de batalla. ¿Sus hombres le agradecerían la noche libre? ¿Cómo podrían hacerlo? Si ellos desconocían el concepto, como él mismo hasta no hacía mucho tiempo atrás. ¿Y qué harían esos soldados sin las horas de pelea? Dormir, mirar una película, leer un libro, escuchar un disco de *Moore*, confraternizar con las mujeres más jóvenes. Había un universo de cosas para hacer para alguien con la conciencia despierta como él. Los Líderes y sus Ancestros habían sido sabios en ocultar y adormecer el sabor agri dulce del amor y la pasión.

Miró a su alrededor y pensó en las consecuencias que todos los hombres que había en ese momento en el salón comedor, tuvieran los mismos impulsos que él, dirigidos a un mismo objetivo. Las batallas ya no se hubieran suscitado por un planeta sino por una mujer, y él hubiera estado dispuesto a pelear a mano desnuda por Lara, contra cualquiera que quisiera interponerse entre ambos.

—Señor... —La voz de su Lugarteniente hizo regresar su atención a las coordenadas y mapas, mientras seguía como un radar los movimientos de Lara hasta una pared opuesta. ¿Qué pensaría? ¿Qué sentiría?

Que era un cobarde, un imbécil, poco hombre según los dichos humanos. Superado por el evento, se apartó, se paralizó y huyó. Pero ¿Cómo resistir semejante situación indemne? ¿Cómo manejar la manera en la que la sangre en sus venas entró en ebullición, como su cuerpo tomó el control de sus propias funciones ignorando las órdenes de su cerebro? Necesitó casi una hora encerrado y una ducha de agua helada para bajar las revoluciones de su corazón y la excitación de su piel, sus músculos, sus órganos. Los hombres humanos no reaccionaban de semejante manera al roce femenino. A un beso. Ellos eran fuertes para poder soportarlo sin perder la conciencia. Él no. Él sucumbió.

Sus labios suaves, húmedos, cálidos, dulces. Una pequeña cucharada de miel para un hambreado por décadas. Diez, casi once.

¿Cómo podría borrar la patética imagen de su último encuentro? Su

mente se iluminó.

Se excusó con sus dos subordinados y desapareció por un pasillo lateral hasta la Sala de Descanso. Allí había visto lo que necesitaba, hermosa y exuberante, como su destinataria, en un jarrón de cristal en el centro de la mesa. Volvió con rapidez, escondiendo el presente. De verdad necesitaba más tiempo con ella.

—Señor...

—¿Cómo se consideraría estratégicamente que las tropas no abandonen la nave esta noche?

—¿Con qué objeto, Señor?

—Descanso. Reorganización. Inventario de tropas y armas.

Socialización.

—¿Socialización? —dijeron los dos al unísono, desconcertados.

Lucas y Maga se encontraron con el resto de los líderes y el equipo de rescate para ultimar los detalles de la misión de recuperación, evacuación y escape del campamento.

Maga revisó junto a su padre la ubicación de los explosivos en toda la profundidad de ese refugio y en los cinco túneles de intercomunicación. Las cargas estaban alambradas y conectadas a un dispositivo central con un circuito cerrado de televisión y una secuencia automática de explosión: El disparo inicial era manual y el resto funcionaba con una mezcla de efecto dominó y un temporizador sincronizado a la secuencia inicial. De acuerdo al plan diagramado por Lara y Adrián, la única manera de detener las explosiones era desde el dispositivo central ubicado en el comienzo de cada túnel o en el puesto de vigilancia en el salón principal del refugio. El único lugar que no se había alambrado ni dinamitado eran los dormitorios de los civiles, en caso de contingencia. Maga se quedaría hasta las 0600 en el refugio junto a dos guardias en un móvil, esperarían que el equipo de rescate regresara y se reuniría con el resto de su gente en el puesto ALFA.

Lucas verificó la ruta que los llevaría a hasta la nave de los extraterrestres, confirmó el armamento disponible y el informe de cargas y armas. Su equipo estaría conformado por 10 soldados más él y Pablito, que estaría a cargo de la parte técnica: Disfrazar los impulsos electromagnéticos del vehículo para no ser detectados, conectarse a una terminal con su computadora para poder acceder al sistema de los invasores, hackearlo, ubicar a Lara y desactivar sus comunicaciones con el resto de las tropas -que en ese horario tendrían que estar haciendo sus expediciones buscándolos- y con el espacio exterior en caso que quisieran pedir refuerzos. Por último, verificó las cargas de dinamita y nitroglicerina que se habían construido para destruir la nave.

Mientras los líderes conversaban entre ellos detalles menores de la

operación de evacuación, Maga, Pablo, Lucas y el Líder del campamento se reunieron junto a un armario metálico que guardaba el arma secreta que habían estado desarrollando durante los últimos dos años. Utilizarían una docena de uniformes de los enemigos forrados con amianto y tubos de polipropileno que conducían una mezcla de freón y nitrógeno que enfriaba el exterior del uniforme y lo mantenía de esa manera durante una hora más o menos. Diseñados por Lara y Pablo, junto a dos expertos en refrigeración, les permitirían mezclarse con el enemigo y buscar en la nave sin ser detectados por sensores de calor; sí contaban con ellos. Eran incómodos, fríos y frágiles, pero los disimularían dentro de la nave hasta provocar la conmoción. Lucas miró su reflejo en un vidrio, por primera vez peinado y afeitado en los cinco años que llevaba la ocupación.

Con ambas manos en la espalda, ese gesto que portaba como las insignias en su pecho, RT se acercó a donde Lara estaba y sonrió cuando llegó a su lado.

—Hola.

—Hola. ¿Cómo estuvo la cena?

—Ex celente.

—Me alegro. —Se paró junto a ella y con una mano le indicó por dónde seguir, traspasando una puerta lateral a un pasillo desierto—. Estás hermosa...

Lara lo miró y sonrió, acomodando de nuevo su pelo.

—Mi mamá me peinó. Parezco una niña de tres años.

—Cuatro... —dijo él con innegable ternura—. Flor ama esa tiara.

—Mamá jamás nos hubiera dejado jugar con ella, pero Florcita...

—Es un recuerdo invaluable para ella... pero tiene más valor en la alegría de su hija. —RT la miró y sonrió—. Te queda muy bien...

Se miró vestida de blanco, caminando con él a su lado y hubiera dado cualquier cosa por la posibilidad de una unión como la de su madre y su padre, ante un Dios que los abarcara a los dos en la inmensidad del Universo.

Entrelazó las manos delante de ella y él estiró la suya, en la que sostenía una rosa blanca.

—¿Para mí? —dijo ella admirando el brote de pétalos en su máximo esplendor, exuberante y perfumada. Se la acercó a la nariz e inspiró embelesada.

—Un pobre intento de imitación de la verdadera belleza. —Esas

palabras en otros labios le hubieran causado una sonora carcajada. Dichas por él, sacudieron la esencia que guardaba muy dentro de sí, oculta a ojos humanos.

—Gracias...

Entretuvo sus manos con la delicada flor y sus ojos en el camino que recorrían. El silencio solo lograba dos cosas en ella, afirmar la realidad de sus sentimientos y recordar el episodio del beso en el jardín.

—Lo siento... —RT la miró extrañado y se detuvo cuando ella suspiró. No tuvo necesidad de tocarla para que ella cesara su marcha—. Yo... no debí haberlo hecho. Lo siento. No quise...

—No es tu culpa. Yo me sentí... abrumado. —Ella abrió la boca y no pudo decir nada. *Abrumado*. Eso no era bueno.

Él estiró la mano y la apoyó en el panel de acceso de una nueva puerta que se abrió completamente para él.

Aún sumida en su desconcierto y desilusión, entró a la cámara desconocida, que estaba a oscuras y se iluminó en cuanto la puerta se cerró detrás de él. Era un dormitorio, como el de ella, pero mucho más pequeño, impersonal y masculino, del mismo color que el resto de la nave. Algo rompía la monocromía obsesiva del lugar y era un escritorio lleno de libros, carpetas, hojas sueltas y dibujos. Arriba de todos ellos, la hoja en la que Florcita había escrito, en colores, el nombre de RT.

—Esta es mi habitación.

—Linda...

Avanzó dentro de la habitación, rodeando el escritorio hasta la pared. En ella, había una vitrina rectangular cerrada con vidrio. Levantó un poco la cabeza para ver qué contenía: Amas. Armas de fuego humanas. Una *Bersa Thunder 380* calibre 9mm corto con cargador de 7 balas y una *Colt Python* de calibre alto y tambor de 6 balas. Por ser hija de militar, algo conocía de armas, y

las que ahí se exhibían no le resultaron desconocidas. Su padre tenía un aparador lleno de armas cortas y largas, a veces el entretenimiento de los domingos cuando eran pequeños, solía ser limpiar esas armas con sus tres hermanos. El pensamiento se le escapó de los labios.

—Oh... los niños y sus juguetes.

—No son de juguete —respondió él, sin reconocer sarcasmo.

—Lo sé... —Consciente de ello y del recordatorio permanente que estaban en guerra y los dos pertenecían a bandos enemigos, se apartó de allí y volvió al escritorio. Apoyó la rosa blanca a un costado y leyó los títulos de dos grandes libros que descansaban sobre el desorden de hojas: "Manual de cultivos orgánicos" y "Botánica aplicada". Interesante lectura para un militar de carrera.

Los dibujos bajo los libros atraparon toda su atención.

Cuatro bocetos en lápiz, a mano alzada, de una mujer a la cual conocía a la perfección sus facciones, sus gestos, su pose. La veía todos los días en el espejo. Era ella. Mirando a un costado, con el cabello suelto, el pelo en una cola de caballo, inclinada sobre una flor.

Tomó los dibujos y los extendió contra su pecho, enarcando una ceja y esperando una explicación. RT se la dio.

—A veces dibujo... cuando no puedo dormir... —Lara abrió varias carpetas y había más y más retratos. Podía ser ella en diferentes poses, aunque las facciones se confundían, a veces con las de su madre o las de su hermanita. Sin embargo, había algo en sus ojos que era de ella y de nadie más. Cerró la tercera carpeta y acarició sus tapas oscuras. Lo miró cuando inclinó la cabeza y sonrió de nuevo, devastando sus sentidos.

—¿Tienes problemas de insomnio?

—Tu madre dijo que te mostrara mis dibujos.

—¿Y haces todo lo que dice mi madre? Eres mucho más obediente

que yo.

Él volvió a hacer ese pequeño gesto, arrugando la frente cuando no entendía sus palabras. Lara recorrió la habitación, mirando sin ver, haciendo tiempo entre los dos, dándole espacio.

—Yo... tengo que ir a mi puesto de mando —dijo, girando el cuerpo despacio para buscar el panel de acceso y poder abrir la puerta. Ella se adelantó rápido y apoyó la mano en la puerta, como si así pudiera evitar que se abriera.

—¿Tiene que ser ya?

—Debes estar agotada. Quizá después que descanses, podríamos volver a hablar.

Sentía el corazón latirle en la garganta. No iba a poder esperar, iba a saltar sobre él, pensó mientras miraba con el rabllo del ojo la cama blanca que se extendía, sin dosel, a su costado.

—Puedo hablar ahora.

—Quisiera tener más tiempo para que hablemos tranquilos, de lo que pasó entre nosotros y de lo que quiero que pase. —¿Y qué quieres que pase? Era la pregunta que se sacudía en sus labios, intentando liberarse de la prisión auto impuesta de la censura previa. Tragó y mantuvo a raya sus ganas, que pegaban contra las paredes de sus venas, mezcladas entre sangre y adrenalina. Lara hubiera dicho eso mientras lo arrastraba de su uniforme y lo hacía caer sobre ella en la cama, rasgando con las uñas y los dientes su ropa hasta dejarlo desnudo, pero Maga no. Ella hubiera asentido, sonreído como un ángel, acomodado su pelo con una mirada sumisa entre las pestañas y enfrentado la puerta esperando que él la abriera. ¡Oh, maldita Maga! Lara apretó los labios y miró la cama con resignación.

—Podemos hablar más tranquilos al amanecer. Podríamos desayunar... y... —Ella asintió en silencio y se sentó en la cama, entrecruzando las manos en su regazo, resistiendo su instinto natural de desparramarse cual

Maja Desnuda sobre el colchón, testeando su castidad y celibato.

—Te esperaré.

RT la miró en silencio, porque, por supuesto, no esperaba que ella se sentara allí ni que se quedara en su habitación, durmiendo en su cama. Bueno, pensó, un término medio estaba bien.

—Bien —dijo él con rapidez. Avanzó un paso y estiró su mano invitándola a entregarle la suya. La atrajo y la puso de pie, acercándola. De nuevo inmovilizada, presa de su poder, él, su centro de gravedad, levantó la cara para mirarlo sin restricciones—. ¿Puedo besarte?

Movió la cabeza para decirte que sí, sin dejar de mirarlo, pero dejó que fuera él quien tomara la iniciativa. Se movió despacio, usando ambas manos, solo dos dedos para capturar esos mechones sueltos al azar en su peinado, acomodarlos para que no escaparan y sostener su rostro para llevarlo hasta sus labios, despacio... tan despacio, que ella podía sentir como el aire entre ellos se rompía a medida que se acercaban, como sus alientos se enredaban, creando uno solo. Rozó apenas sus labios e imitó sus movimientos cuando ella lo había besado por primera vez, acariciándola primero con la piel y después con la lengua, deslizándola fría y húmeda sobre ella. Las manos de ella estaban pegadas a sus costados mientras las de él bajaban despacio desde el cuello a los hombros, recorriendo cada milímetro con precisión matemática, grabándose en su piel, dejando su rastro de fuego gélido, deslizándose por los brazos hasta sus manos, apoyando solo las palmas y acariciando con las yemas de los dedos la tela que se adhería a su cintura.

Ella abrió los labios y dejó que su lengua se asomara para rozar la suya, solo un poco, para atraerlo, y él tomó la invitación, profundizando el beso, recorriendo el interior de su boca con la misma apremiante necesidad de no perder detalle y memorizarlo para siempre. Fue un beso de esos que quitan la respiración, que marean y emborrachan, que hacen perder el equilibrio y la razón. Se recobró sin abrir los ojos cuando él rompió el contacto. Sus manos describieron su contorno mientras la apretaba contra él y otra vez la tela parecía funcionar como un imán, oleosa entre sus dedos largos.

Susurró contra sus labios, sin apartarse, ahogado en su propio océano de pasión.

—Lo siento... —Su piel gritó en cuanto la privaron de su nueva adicción y ella abrió los ojos, aferrándose a él desesperada.

—No lo hagas... solo... tócame... —Sonrió contra sus labios y

quiso gritar cuando sintió que todas sus ataduras volaron por el aire y la inclinó sobre la cama sin despegarse de ella.

Él no iba a ir a ningún lado, no en lo inmediato.

Apoyó una rodilla y una mano en la cama para hacerla caer liviana como una pluma, sobre el acolchado blanco que era tan suave como su piel. El corazón le retumbaba, ensordecedor, en los oídos y vibraba en cada lugar que él recoría con una sola mano. Ella se animó a moverse debajo de él, arqueando la espalda para ofrecerle el cuello, mientras con las manos revolvía su pelo y lo orientaba a seguir saboreando su piel. Él gimió al encontrarla pegada a su cuerpo, acomodándose entre sus piernas cuando la tela cedía a la muda petición.

Lara estaba más allá de sus sentidos y lo único que quería era darle más piel de la que él podía llegar a pedirle, ofrecerle el banquete de su cuerpo, aun cuando él ni siquiera supiera que era el invitado de honor en ese festín. Quería darle todo, por primera vez, sin restricciones y sin pedir nada a cambio, sin esperar nada, darle todo de su cuerpo porque ya poseía su corazón. Las manos de él fueron a su pecho y un gemido surgió de ella mientras avanzaba por el cuello hasta su oído. No era allí donde ella quería su boca, pero su voz era un velo apasionado que la cubrió por completo, haciéndola suspirar.

—Puedo... —Su mano subió por su vientre contraído, hasta el centro de su pecho, donde estaba el sello dorado que mantenía su vestido cerrado. Su voz se desgarró en la súplica.

—Sí... por favor.

RT apenas acarició el sello y este se abrió sin preguntar por qué, liberando su pecho, su piel, su cuerpo, ofrenda de pasión para la hoguera desatada entre los dos. Ella necesitaba más de su piel también pero no encontró las palabras adecuadas, ni el aire de su voz. Sus manos recorrieron su pecho cubierto por el uniforme, sin cierres ni botones, liso por completo, como la tela de su

vestido. Usó sus uñas pero nada pasó hasta que tembló una vez cuando los labios de él fueron bajando de su oído a su cuello y de allí se perdieron en la curva de su pecho. La boca de él era tan cálida como su propio centro y su pezón se deshizo entre sus labios y su lengua. Ella se aferró a él para no caer de la cama, aun cuando su espalda y el colchón permanecían pegados. Él medía sus reacciones y avanzaba guiado por ellas, escalando en sus gemidos y hundiéndose al ritmo de su respiración entrecortada, explorándola con ambas manos y la boca, una vez más, despacio y profundo.

Se aferró al cuello de su uniforme, atrayéndolo a su boca, abriendo los ojos como si lo hiciera por primera vez, el brillo de la desesperación haciéndolos resplandecer.

—Necesito esto afuera... ya... —RT movió una mano con delicadeza sobre su pecho, acariciando la tela, que volvió a desplazarse para mostrarle sus pectorales amplios, el vello que apenas asomaba en su piel pálida, las marcas de sus músculos trabajados. Quiso reír en el medio de la satisfacción. Deslizó la prenda sobre sus brazos largos y delgados, sus bíceps trabajados, dejando su torso desnudo. Besó su cuello, su hombro y deslizó la lengua sobre el hueso de la clavícula hasta llegar a la hendidura de su garganta. Él se sostenía sobre ella con ambos brazos, mirándola a través de los vidrios oscuros que todavía cubrían sus ojos. Ella se incorporó un poco sobre los codos para quedar a la altura de su rostro—. ¿Cómo estamos?

RT sonrió de costado, dejando que el último brillo de la virtud se hundiera en el horizonte de la lujuria y diera paso a lo que ambos buscaban sin conocer. Ella se estiró con los brazos sobre la cabeza, ofreciéndose de nuevo.

—A la mitad del camino al paraíso... —Sus ojos la recorrieron desde el pelo hasta la punta de los pies, frágil y femenina bajo su cuerpo, pero poderosa e invencible por la fuerza que podía ejercer sobre él con tan solo mirarlo.

Bienvenido al infierno...

Volvió a besarla y sintió como se dejó arrastrar por la pasión, guiado por un instinto que no sabía que tenía, estrellando su cadera en el medio de las piernas abiertas de ella, intentando, sin saber cómo ni por qué, llegar dentro de ella, las puertas de su cuerpo abiertas para recibirlo, ella sabiendo muy bien para qué; y el solo pensarlo hizo que su mente diera vueltas en espiral, enloqueciendo sus sentidos, llevándolos al borde de la explosión. Él jadeaba contra su boca, susurrando su nombre mientras su cuerpo respondía al llamado de la pasión. Sus manos se encontraron en algún punto intermedio y ella lo condujo al lugar donde sus cuerpos buscaban unirse, mostrándole exactamente donde lo necesitaba. Su mano reptó con reverencia a través de la tela y se abrió paso entre el calor y la humedad; el ronroneo en su pecho se convirtió en un rugido al hundirse profundo en ella, hasta que se detuvo.

La miró mientras ella vibraba, movida por el ansiado contacto que pulsaba los pétalos de su interior. Se movió contra su mano, aferrándolo del pelo, mientras una catarata incoherente de gemidos y suspiros se mezclaban con el sudor de su piel y el nombre de él en sus labios. Hacía tanto tiempo y aun así su cerebro no encontró algo parecido en sus recuerdos para comparar con esa sensación explosiva que la estaba pulverizando.

Tardó en recobrarla, contenida por sus brazos, los jadeos raspando contra su garganta como si el aire estuviera envuelto en un alambre de púas. Hundió la cara en su hombro esperando a que pasara el temblor. Podía morir en ese momento y lo haría contenta: Había conocido las puertas del cielo. Lo que había tras ellas solo podía ser mejor.

No moriría... se dijo a sí misma... *no todavía*.

Levantó la cara y lo vio mirarla con el gesto desencajado, miedo y sorpresa mezclados con adoración.

—¿Estás bien? —dijo acariciándole el rostro, apartando los

mechones húmedos de sus mejillas, pegados a la sal de las lágrimas y el sudor. Ella asintió y él volvió a sonreír.

—Más que bien... —respondió, rozando su mejilla con la nariz y deslizando sus labios por sobre su mandíbula, pegándose a su cuerpo, rodeándolo con una sola pierna.

—Hubo un momento en que me asustaste...

—¿Por qué?

—¿Qué te pasó?

Ella abrió los ojos contra su piel y volvió a ubicarse para mirarlo. Todavía tenía los anteojos puestos y la miraba a través de ellos con genuina curiosidad, verdadera ingenuidad. Se mordió los labios mientras deslizaba las manos por su pecho hasta llegar a la cintura de su pantalón: No podía esperar a mostrarle, más que contarle, qué era lo que le había pasado. Si había podido lograr eso tan solo con una mano. *Oh, por Dios.*

Luchó contra la tela y su truculento cierre intergaláctico. Se estiró y le habló al oído mientras deslizaba la mano dentro del pantalón, buscando lo más varonil y engrosado de su cuerpo

—Quítatelo —le ordenó.

Él se inmovilizó mientras ella lo asía con una sola mano y presionaba, mientras mordisqueaba su camino cuesta abajo por el cuello hasta su pecho. Su mano temblorosa acarició la tela que se abrió y con los pies se deshizo de las botas. Ella trabajó el pantalón con las piernas hasta liberarlo lo justo y lo necesario para ubicarlo en la entrada de su cuerpo. Él reaccionó hacia atrás y ella lo retuvo.

—No.

—¿Cómo qué no? —dijo ella, entre enojada y frustrada, incorporándose sin soltarlo, no permitiendo más agónica distancia. RT inclinó la cabeza para acercarse a la suya y susurró aterrorizado.

—Puedo lastimarte... yo... —Acarició la mano que lo sostenía, como queriendo comparar lo que había estado dentro de ella y lo que ella pretendía. Lara se rio entre dientes, conmovida y excitada; se arrastró sobre la cama para trepar sobre su cuerpo y él se movió, apartándose hasta donde la cama terminaba.

—No lo harás... créeme...

—No lo haré...

—Confía en mí.

—No estás en tus cabales... estabas desquiciada hace un momento atrás... hermosa y erótica... pero loca. —Ella sonrió mientras se incorporaba sobre sus rodillas y lo empujaba bajo su cuerpo, apretando su pecho al suyo, susurrando en su oído.

—Por ti... loca por ti...

—Puedes lastimarte.

—No... —dijo en un susurro almizclado.

—No quiero lastimarte.

—No lo harás... biología pura... estamos diseñados para ser uno...

—Él trató de huir de ella, de su cuerpo y su presión, caminando con las manos hacia atrás, arrastrando en el camino las sábanas y el cobertor, mientras ella atrapaba su mano para volverla a hundir en su ser y gemir al unísono, sintiendo ese calor abrasador.

—No... —Volvió a decir su voz aun cuando su mano ejecutaba lo opuesto, contradictoria rendición que volvía a hacerla líquida para él.

—Estoy hecha para ti... estoy lista para ti...

—No... —dijo y esa vez su voz pareció parte del llanto—, no soy humano...

¡Y Gracias a Dios por ello! quiso gritar ella sintiendo las paredes de su interior derretirse entre sus dedos. RT la sujetó e intentó apartarla, pese a las órdenes de su mente, la resistencia de su cuerpo y la presión insoslayable de ella.

—Eres perfecta pero no para mí.

—Soy para ti, créeme. Me sentirás tal cual soy, por ti... para ti, húmeda y caliente...

Y entonces él cedió, atrapado sin salida por esas dos palabras mágicas, dejando que la mano de ella lo guiara, derramados en el suelo, enredados entre el blanco de la tela y el piso. Ella lo orientó y su cuerpo empujó, haciendo el resto, moviéndose contenido, deslizándose despacio hasta llegar al final. Sus cuerpos fundidos en un solo nudo de piel y miembros, sudor y pasión, solo uno.

Lara subió las manos a su rostro y RT bajó la cara hasta que sus dedos llegaron a los anteojos que cubrían sus ojos. El resplandor bajo los cristales era hipnótico y algo en ella le aseguró que no debía tener miedo. Levantó los anteojos y los deslizó por sobre su pelo hasta dejarlos caer para atrás. Sus párpados estaban cerrados y su cabeza inclinada, entre el miedo y la vergüenza, pero a ella no le importó. Era él a quien amaba. Le movió la cara hasta que sus ojos cerrados quedaron a la altura de los suyos. Acarició la piel suave y delicada de sus párpados, sus pestañas largas y espesas, sus cejas despeinadas. RT volvió a bajar la cabeza y ella besó su frente, acariciándolo con los labios por sobre el puente de su nariz, intercalando besos en un párpado y luego en el otro, acercando su rostro y deslizando piel sobre piel hasta volver a sus labios y tenerlo frente a ella. Y él abrió los ojos.

Se movió para atrás como para salir de su paraíso personal y alejarse, pero ella lo retuvo, con las piernas y las manos, en su cadera y su rostro, maravillada por el regalo de su belleza, azul celeste como el cielo de verano, vetado a lo lejos, en la profundidad de su ser, en tonos del neón al índigo. Ella podía ver más allá, dentro de él y encontrar el amor y la verdad del universo entero, hundirse en esa mezcla de cielo y mar, océano y amanecer. *¿Quién lo dijo?* pensó con lágrimas en los ojos y una sonrisa imposible en los labios: *Ojos como el espejo del alma*. Quien haya sido, tenía razón, se dijo a sí misma mientras besaba

a ese caballero de otro planeta, un ser de belleza inhumana que le había abierto las ventanas de su alma, aún más preciosa que su exterior.

Él la sostuvo bajo su pecho, entre sus brazos, contra sus labios, mientras su cuerpo se deslizaba en ella, en la deliciosa y húmeda fricción de su interior. Dos convirtiéndose en uno, la brisa girando exaltada, levantando polvo y arena para volverse un torнадо, la llovizna destrozando nubes y ríos, mutando a tormenta. Torнадо y tempestad tomaron forma en ellos en cuanto él aceleró el ritmo, arrasado por sus propias sensaciones, sin poder detenerse, cuando ella se aferró a él, dentro y fuera, con uñas, dientes y entrañas. Miró sus ojos y quedó hipnotizada mientras su conciencia caía en él, hundiéndose en un mar de lava caliente que la escupió de nuevo al cielo, convirtiéndose en celeste entre sus pies y sus manos, las líneas brillantes de neón que surcaban el cielo, convirtiéndose en un nuevo crepúsculo de fuego, naranja en violeta, celeste en índigo, los colores desgarrados por un prisma imaginario mientras ella volaba y se hundía, entre el cielo y el mar de sus ojos, enredándose en esos hilos mientras giraba, desde adentro y hacia afuera, llenándola y envolviéndola, haciéndola desaparecer en el medio de la luz, para caer atrapada por la oscuridad, directo a la suavidad de su piel.

La noche estaba despejada y las tropas humanas del último bastión de resistencia salieron al campo de batalla por una salida inusual: La puerta del túnel Libertador, a unos quinientos metros del acceso al garaje del refugio, escondido bajo una montaña de escombros y automóviles destruidos en algún enfrentamiento entre terrestres y alienígenas.

Los civiles del refugio también los acompañaron. Los equipos habituales se habían reagrupado en tres más grandes. Uno que patrullaría la zona donde solía haber enfrentamientos, un segundo grupo que custodiaría los móviles con los civiles que partirían rumbo al Sur, y el tercero, completado por los saqueadores, que se encargaría de dismantelar el enclave alternativo y reunirse con el resto, en el punto de encuentro BETA.

Los móviles estaban preparados para salir con los civiles. Uno de ellos había sido acondicionado para trasladar a Alan, que empezaba a recuperar la conciencia en intervalos más amplios. Su padre viajaría con él y coordinaría a los equipos de apoyo.

Solo quedaba un equipo en el último móvil que habían capturado, 10 hombres, un líder y un especialista en informática. El equipo de rescate.

La despedida fue breve pero intensa. El traslado anterior, dos años atrás, había costado casi la mitad de los humanos, cuando fueron sorprendidos por el enemigo. El sol de la mañana los salvó y encontraron ese refugio casi por casualidad. El grupo más numeroso, que se presentaría a la batalla, debería hacer su mayor despliegue para que los enemigos pidieran refuerzos. Era una misión casi suicida, lo sabían, pero era la mejor alternativa para escapar al Sur.

Lucas saludó a los líderes de cada uno de los grupos en silencio y se quedó parado en la puerta mientras los veía alejarse y perderse en el medio de

la noche. El equipo de saqueadores se escabulló entre las sombras sin mucho preámbulo. Era su manera de operar y no iban a cambiar esa noche.

Los civiles y su custodia volvieron al refugio para aprovechar las últimas horas de la noche antes de salir a su primer destino.

Maga se acercó a Lucas y entrelazó sus dedos en la mano sin guante de él. Ya tenía el uniforme modificado para simular la temperatura corporal de los invasores. Se había cortado el pelo y afeitado, tenía un par de anteojos que suponían los ex traterrestres utilizaban cuando no estaban en el campo de batalla.

Solo podían suponer, nada tenían como certeza, excepto la voluntad de llevar la misión adelante y sobrevivir. Apretó la mano de Maga con esa única premisa, volver a ella, que se quedaría a esperarlo.

Sobraban las palabras en ese momento. Quizás hubiera sido mejor aprovechar esos últimos momentos en una cama, pero no quería sentir ese momento como una despedida diferente a cada partida al campo de batalla. Arriesgaría su vida como cualquier otra noche, aunque esta vez tenía un motivo diferente para volver. Tenía una razón para volver, un lugar al que volver. Ya no estaba solo y no la dejaría sola. Estiró el brazo sobre sus hombros y la acercó a su lado. Ella se aferró a su cintura y se recostó sobre su pecho.

Esa cercanía valía más que cualquier intensa sesión sexual a la que pudieran someterse, mucho más íntimo y profundo. Apoyó la espalda en la pared y la llevó consigo, levantando su rostro con una mano. En sus ojos las lágrimas brillaban como diamantes en la noche, pero no se derramaban. Ella era fuerte y frágil, poderosa y valiente, femenina y hermosa, tan pero tan hermosa.

—¿Qué?

—Nada... pensaba en lo mucho que me hubiera gustado haberte conocido antes de la invasión.

—¿Sí?

—Sí. Te hubiera llevado a cenar a un lugar lindo, a caminar por la Costanera bajo la luz de la luna...

—Qué romántico...

—Sí... así soy yo.

—¿Y qué más? —dijo ella con ensueño, estrechándose más sobre él.

—Te regalaría una flor y te diría... —Ella levantó la cabeza cuando el silencio completó la frase. Lucas acarició su mejilla y enhebró sus dedos en su pelo largo y lacio. Se inclinó y la besó con inusitada suavidad.

En su mente, en su corazón, ese beso podía traducirse en un *te amo, te necesito y no quiero perderte, aunque me vaya la vida en ello.*

Libro III

El tiempo se está acabando

Quería libertad
atado y restringido
Traté de dejarte
pero soy un adicto

Y ahora que sabes que estoy atrapado
con los sentidos idos
como nunca soñaste
rompiendo esta fijación

Matt Bellamy ~ Muse

|

.Lara

Abrió los ojos en el medio de la oscuridad, abrazada al pecho fuerte de RT, rodeada por sus brazos. Estaban en el piso, junto a la cama, desnudos y exhaustos, él enredando sus dedos en el pelo de ella, ella concentrada en su respiración, acompasándose a su ritmo.

Levantó el rostro y vio el brillo de sus ojos iluminarla con un tono celeste blanquecino iridiscente. La hizo girar sobre sí y la apoyó con cuidado sobre las sábanas desparramadas, acariciando sus facciones, acomodando las ondas de su cabello, sus ojos reflejándola en un celeste infinito como el del cielo de una mañana de primavera. Besó sus labios acariciándolos despacio.

—Me encegueces con tu belleza...

—Nunca sentí algo así en mi vida —dijo ella en un susurro con el poco aire que tenía.

—Eso nos hace dos...

Y en su caso era realidad pero ¿Podría él entender que pese a haber estado con... ¡*Diablos!* Había perdido la cuenta, ni siquiera sabía con cuantos tipos se había acostado en su vida. La vergüenza le apretó la garganta, mientras él la miraba con devoción, sus ojos sin iris ni pupila mostrándole el color del amor. La desesperación le ganó el pecho, recordó los consejos de su madre, de los que siempre se río, cuando le hablaba de entregar su cuerpo por amor y después del matrimonio a aquel a quien en verdad amara; y ella, que no creía en esas cosas, se burló de la perorata romántica de la virtud y la castidad. Si tan solo hubiera creído en la promesa que su madre le hacía, que en este mundo había una persona que mereciera el premio de su cuerpo, su alma y su amor. Levantó la mirada colmada de lágrimas y él sonrió con ternura, sus ojos brillando en destellos dorados como si el sol estuviera amaneciendo dentro de él. ¿Podía ser tan perfecto? Inspiró profundo y llenó sus pulmones con su aroma. Cerró los ojos y

dos lágrimas se derramaron, rodando por su sien hasta perderse en su pelo. RT la besó despacio, apenas rozando sus labios y ella sonrió.

Ella podía darle algo que estaba intacto, que nadie, nunca había tocado.

Muchos podían haberse apropiado de su cuerpo, pero ninguno había llegado a tocar su corazón. Ese ser de otro planeta lo había conquistado antes de siquiera tocarla. Los sentimientos por él sobrepasaban las palabras que podían describirlos, sería necesario un poeta para explicarlos.

Rogó desesperada que si alguien sobrevivía en su mundo, para reconstruirlo, fueran los artistas, músicos, poetas, los pintores y escritores, no los políticos ni los economistas. Solo en las manos y las voces de los artistas, el mundo podría tener una chance de volver a ser un lugar maravilloso. Ellos hacían del mundo un lugar dónde querer vivir. Un lugar por el que luchar para sobrevivir.

—Debo irme...

Ella suspiró, él también. En los muchos extremos que la pasión unía, ella era en esencia egoísta y él en exceso responsable. Por mucha virtud que hubiera encontrado a su lado no podía curarse en una sola noche de todos sus defectos, necesitaría más tiempo de terapia...

—¿No puedes decir... que estás enfermo?

—No lo estoy... —dijo, mirándola desconcertado. Lara no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Miente.

Cuando él la volvió a mirar, como si estuviera por cometer la estafa del siglo, ella suspiró teatralmente. Él se deslizó sobre su costado y se metió entre su cuello y su oído para susurrar:

—Estaba pensando, que quizás mañana podría ordenar a las tropas

no salir, darles un día adicional de descanso. Aprovechar para hacer un inventario de... —Describió la forma de su oreja con la lengua y ella tembló en sus manos.

—Hazlo hoy... —dijo clavando las uñas en sus brazos.

—Las tropas ya salieron...

—... entonces ve y vuelve... rápido...

RT recorrió con besos cortos el camino de su oído hasta sus labios y habló contra ellos.

—Lo haré. ¿Me esperarás?

—Exactamente aquí —dijo Lara, despregándose como un gato. Él la levantó en brazos sin esfuerzo y la acomodó entre las almohadas, en su cama.

—Prefiero que sea aquí. —Le besó la frente y los labios, acarició su mejilla con la nariz y ella enredó las manos en su pelo para besarlo con pasión. No se iba a marchar salvo que ella lo soltara. No quería dejarlo ir, pero él tenía su deber. Abrió las manos y él inspiró profundo de nuevo, alejándose como si estuviera arrancando sus raíces y la miró, incendiándola con el brillo de sus ojos.

Tomó impulso en la cama y revolvió la ropa alrededor buscando su uniforme. Se sentó con el pantalón sin cerrar, calzándose las botas y ella lo abrazó por la espalda, besando su hombro desnudo.

—¿Tienes hambre? Puedo pedir que te traigan algo.

—Mmm... lo que tengo en mente solo tú me lo puedes traer... —Él se rio apoyando sus manos sobre las de ella, que se dirigían de nuevo a su entrepierna.

—Las noches después de sucesos intensos suelen ser tranquilas... quizás... —dijo echando la cabeza para atrás mientras disfrutaba de las manos de ella, sedosas y ansiosas, adictas a todo título, recomiéndolo sin pudor—, pueda... volver antes...

—Esos rebeldes tardan en reagruparse cuando pierden un miembro... —Besó su cuello y deslizó su pecho desnudo contra su espalda,

haciéndolo crecer entre sus manos y dentro de su pantalón. Sonrió satisfecha aunque él siguiera lamentando el comentario.

—Lara...

—Era una broma. Ve... has que trabajas por un rato y vuelve a mí. —

Gateó hasta las almohadas y estiró su cuerpo sobre el colchón, acomodándose de costado, con ambas manos apoyadas entre la almohada y su cara, mirándolo angelical. RT se calzó la chaqueta y la cerró con la palma de la mano sin dejar de mirarla. Podía consumir su cuerpo con la pasión de su mirada e incendiar su interior con la intensidad de su amor. Se hincó en una rodilla y quedó a su altura.

—Te amo.

—Yo también... —Ex tendió una sábana sobre su cuerpo desnudo, besó sus labios rápido, para no verse atrapado por las redes de su pasión, y con un elegante movimiento estuvo junto a la puerta. Salió de la habitación peinándose con una mano, llevándose con él toda la energía del ambiente.

II

.RT

Los minutos no parecían pasar en el puente de mando. Las unidades habían abandonado la nave y recorrido sus perímetros sin novedades importantes. Quizás era como él había previsto: Después de la desaparición de Lara, los rebeldes habían decidido replegarse y reorganizarse. Si tan solo pudieran enviarles un mensaje que ella estaba bien y que... ¿Qué? La frase seguía quedando inconclusa como con Adela. Los había encontrado. ¿Y entonces qué? El tiempo para los habitantes de la Tierra estaba contado y ya nada dependía de él. Afuera, en el campo de batalla, solo quedaban Magalí, Alan y Marcos, el esposo de Adela.

Si tan solo encontrara una manera de...

No había enfrentamientos reportados y todos sus equipos estaban en modo de expedición. Pero algo no estaba bien.

Bajó del puente y caminó detrás de los controladores, mirando con atención las pantallas en las que se registraban todas las novedades. Las comunicaciones con los móviles, reportes climáticos, novedades de despliegue armamentista. Algún ligero zumbido de las máquinas o el teclear quedo de los dedos de los controladores en los paneles era lo único que se podía escuchar. Nadie hablaba, todos estaban concentrados en su tarea sin perder ningún detalle de su labor.

Todos menos él.

Su mente parecía haberse dividido en varias partes y ninguna estaba atenta a su función de control del campo de batalla. Pensaba en el reencuentro de Lara con su madre, en cómo salvar al resto de su familia, que

todavía estaba en el frente contrario; y en cada detalle de lo que ocurrió entre ambos hacia ya horas atrás. Rememorar cada beso, cada caricia, solo lo ponía más ansioso e inestable. El tiempo parecía estar detenido, encaprichado en alejarlo de su objeto de afecto y deseo.

Analizó el reloj digital con la hora en ese hemisferio, el tiempo que había transcurrido desde que las tropas habían salido al campo de batalla y el tiempo que faltaba para la salida del Sol. Ese era el horario límite para que sus tropas iniciaran su regreso a la nave.

Después de tres vueltas recorriendo la cabina de control, escuchó el llamado de su clave de identificación en su puesto de mando. Subió los escalones de dos en dos y se calzó el auricular inalámbrico con micrófono. El llamado provenía de su recámara y eso aceleró los latidos de su corazón.

—Hola.

—*Hola...* —dijo una voz femenina endulzada por la pasión. RT abrió una pantalla y digitó su clave de acceso para poner allí la imagen del circuito cerrado de su dormitorio. Amplió el zoom tres veces y toda ella llenó la pantalla. Parada junto a la puerta, apoyada en un costado, envuelta en una de sus sábanas blancas, que sostenía con una mano contra el pecho y que cubría apenas el final de su espalda. Se ajustó el micrófono más cerca de la boca y habló en un susurro, chequeando a su alrededor que nadie se percatara de sus palabras y del estado en el que estaba.

—Hola. ¿Descansaste?

—*Como un bebé. ¿Qué hora es?* —Levantó los ojos al reloj digital sobre el puente. 4:35. Faltaba una hora para la salida del sol.

—Temprano.

—*Estaba pensando...* —dijo deslizando las palabras con la misma sensualidad con la que él podía ver como acariciaba el borde del panel de comunicación con un solo dedo. Tuvo que abrir la boca para poder respirar y el aire entrando por su boca siseó en el micrófono.

—¿Qué?

—*Anoche no comí el postre... y hace tanto tiempo que no como chocolate...*

RT carraspeó, aclarándose la garganta, y enderezó la espalda, mientras a su derecha, uno de los controladores llamaba su atención, trasladando una imagen a su pantalla.

—*Señor. Tengo un móvil acercándose con un impulso electromagnético diferente a...* —Adelantó la pantalla del móvil y confirmó lo que decía el controlador. Las tropas dentro del vehículo estaban sentadas y activó la cámara interna para verificar la cantidad. 12 soldados incluyendo el conductor.

—Puede ser que se haya descalibrado alguno de los propulsores con una explosión.

—*Solicita autorización para ingresar a los hangares.* —Quitó la imagen del vehículo y volvió a mirar a Lara.

—Puedo hacer que te lo envíen de inmediato.

—*No quiero servicio de cuartos... quiero que tú traigas dos porciones, una para ti y una para mí. Quiero mostrarte algo.*

—¿Qué? —dijo con la voz seca del deseo apremiante que lo estaba estrangulando. Redirigió la cámara a su rostro y amplió el zoom. Vio como acarició con la yema de los dedos sus labios y los mordió, presa de su propia ansiedad. Ella sonrió traviesa y él sintió el deseo azotar la base de su espalda, respondiendo a su voluntad y comando. La voz del controlador entró distorsionada a su auricular.

—*Señor... ¿autorizo la entrada?*

—*Es una sorpresa. ¿Vienes?* —lo provocó su musa de lujuria, que apretó los labios haciéndolos aún más carnosos y exuberantes, acercándose al panel de comunicación. ¿Sabría que la estaba mirando?

—*Señor...* —El controlador apremiaba por una orden, la cadena de mando asfixiando su cerebro.

—Voy para allá —le dijo a Lara y cerró la pantalla con la imagen de

su habitación. La transmisión exterior del móvil acercándose, en el medio de una distorsión electromagnética, lo devolvió a la realidad. Reacomodó el micrófono contra su rostro y respondió con la asertividad de siempre.

—Autorice el ingreso. Que lo revisen y lo reparen. Y ordene el regreso de todas las tropas de inmediato —dijo mientras descendía con agilidad del puente—. Cualquier novedad, estaré en mi recámara.

—Sí, señor—respondió presto el controlador mientras tecleaba el código de autorización de acceso a la rampa 622.

Quedó impresionado con lo rápido que habían conseguido ingresar a la nave. Haberlo sabido. Pero todo era mérito de Pablo.

Antes de subir al móvil le había explicado el trabajo que había llevado adelante en sus horas de aburrimiento, decodificando los sistemas de comunicación de los enemigos, creando patrones de órdenes sencillas que posibilitaran justamente eso: Infiltrarse. No era más que una fantasía adolescente pero era su pequeña fuente de inspiración. También había logrado conectarse por un breve lapso al sistema de la nave y descargar parte de su sistema operativo, basado en un código binario similar a los primeros sistemas que él había estudiado en su paso por la Universidad Tecnológica Nacional, en su curso introductorio.

Tenía un plano precario de la nave, aunque no habían podido descifrarlo por completo porque contenía dos dimensiones más de las que se conocían en la Tierra, pero la estructura interna de la nave era bastante similar a la de un crucero. Por las imágenes del plano, podían suponer que los cuarteles estaban en la proa, porque eran cámaras con muchas camas, y las celdas de los prisioneros estaban en la popa, porque eran cámaras individuales. No conocían las escalas métricas, pero había sectores amplios que podían suponer eran comedores o salas de estar y también habían podido ubicar dónde estaba el puente de mando y el cerebro de los ordenadores. Allí tendría que llegar Pablo si no lograba acceso remoto.

Tenía dos virus preparados, uno que inutilizaría sus comunicaciones, tanto con los móviles en Tierra como con las naves en el espacio; el otro era un gusano que se desplazaría de cerebro a cerebro y podrían infectar el resto de las naves. Desconocía qué tanto podían conocer de la tecnología terrestre, pero trató de hacer algo básico y antiguo, pero igual de destructivo.

Se dividirían en cuatro equipos de tres cada uno. Uno con Pablo para poder acceder a los sistemas y al puente de mando; dos se quedarían en los hangares capturando y reduciendo a quienes aparecieran; el último estaría comandado por Lucas y se dirigiría a las celdas en busca de Lara y cualquier otro prisionero que pudieran encontrar.

Una pregunta se había instalado en su mente mientras repasaba el plan. ¿Cómo harían para acceder a los diferentes sectores? Tenían que tener alguna clave. Confiaban que Pablo pudiera liberar las entradas y salidas. Él podía monitorear a los equipos y había diseñado una especie de intercomunicadores alimentados por el mismo freón que enfriaba sus uniformes. El pendejo era un genio endemoniado, comandado por Lara.

IV

.Lucas

El vehículo se deslizó por la rampa de acceso a un hangar de grandes proporciones. Había no menos de veinte móviles pero no mucha gente alrededor. Dos ex traterrestres desarmados se acercaron mientras estacionaban y esperaron mientras las puertas del móvil se destrababan y todos los soldados desaparecían. Con una leve inclinación de la cabeza les hicieron lugar y el primer equipo quedó demorado mientras los aliens subían al vehículo. Los otros equipos avanzaron.

Mientras el primer equipo reducía a los operarios, el segundo revisó los alrededores y se escurieron entre los móviles buscando más ex traterrestres que reducir. El equipo de Pablo llegó a un panel de acceso y lo custodiaron mientras conectaba sus portátiles. La única gran duda del chico era los sistemas de contacto. Había tenido que adaptar dos USB e inventar un cable para poder conectarse. Y como era de esperarse lo logró.

Se sacó el casco y se calzó los anteojos en la cabeza mientras analizaba las imágenes que aparecían en su portátil.

—Bueno... confiando un poco en lo que sabemos, estas son las celdas, este el puente de mando y al lado está el servidor... o lo que sea que usen. Tenemos que tratar de mantener la charada de los uniformes hasta el final, no sabemos cuántos soldados puede haber dando vueltas por la nave.

—Ok. Que los equipos uno y dos se queden aquí y nosotros nos vamos. Tú ve al puente de mando y yo a las celdas. —El líder del equipo dos se acercó, sacándose el casco para poder hablar con libertad.

—Las entradas y salidas se manejan con una pantalla táctil. Los que tienen más acceso son los oficiales de mando y los médicos, que están vestidos de blanco. Agarramos uno de esos y tenemos *Access All Areas*.

—¿De dónde sacaste eso? —Marcelo torció la boca en una sonrisa que solo implicaba métodos de tortura y Lucas le palmeó el hombro, complacido

—. Trae al más asustado de los que tengas ahí y nos movemos con ese.

El líder volvió corriendo al móvil y Lucas miró a Pablo que estaba conectando algo al panel de acceso.

—Listo. Tengo conexión inalámbrica. Espero que ninguno lo descubra.

Los dos equipos se amaron en formación y Marcelo volvió con uno de los aliens.

—Muerto de miedo. Te llevará donde quieras. —El ex traterrestre vestido de azul estaba duro como una tabla y Lucas lo agarró del brazo, hundiendo la punta de su arma en su costado.

—¿Dónde están los prisioneros?

—Las damas están en el sector...

—¿Damas? —La furia en los ojos de Lucas traspasó los vidrios espejados de sus anteojos. Iba a matarlo ahí mismo, con sus propias manos—. ¿Cuántas mujeres tienen aquí?

—Vamos, Lucas... estamos contra reloj...

—Llévame a las celdas. —El ex traterrestre asintió y avanzaron en formación, incluyéndolo.

V

.Lucas

Primera prueba de fuego, mezclarse entre los aliens. No había muchos y todos caminaban con idéntica concentración en su camino y su destino. Era evidente que nadie paraba a conversar en los pasillos o a fumar un cigarrillo con un colega. Había sido un gran acierto pasar varias horas poniéndose lindos para la misión. Todos parecían recién pasados por el *Beauty Center* del lugar, afeitados y peinados. Parecían iguales, solo distinto el pelo, vestidos con el mismo uniforme que parecía hecho por el mismo vestuarista de *Matrix*, pero en diferentes colores. Ninguno blanco. Lucas maldijo en voz baja mientras avanzaban por un pasillo que parecía no tener fin. Pablo habló por el intercomunicador.

—*Tenemos que separarnos ¿Qué hacemos?*

—Lleva a este para poder acceder al puente de mando. Yo me busco otro para buscar a Lara.

—Ok. Avisame si necesitas algo.

En una bifurcación tomaron diferentes caminos. Lucas iba a ciegas, confiando en las instrucciones de Pablo y en sus instintos, que esa noche parecían estar más afilados que nunca. Necesitaba uno disfrazado de blanco y para ello, además de indicaciones e instinto, necesitaba suerte. Si tan solo creyera en Dios para pedir un milagro.

Una puerta se abrió a cinco metros de ellos y un ex traterrestre enfundado en blanco salió para caminar en el mismo sentido que ellos. *Gracias*, pensó, aunque si el susodicho existía, tenía que darle algunas muestras más para reconvertirlo a la religión. Lucas avanzó por sobre su formación y se puso justo detrás del alien, volviendo a clavar el láser en su costado.

—Hola, niño bonito. Necesito tu ayuda para encontrar una chica —
El de blanco miró por sobre su hombro y sin detenerse, su expresión cambió al

pánico—. Abre una puerta y entremos a charlar un ratito.

El ex traterrestre se detuvo frente a un panel de acceso, apoyó la mano y empujó la puerta, seguido por Lucas y su equipo.

La recámara estaba a oscuras y el enemigo trastabilló hasta una pared empujado por Lucas. Los tres le apuntaron con sus armas.

—Tenemos tomada la nave. ¿Dónde están las mujeres?

—No les hagan daño... —Lucas avanzó levantando la mano para golpearlo y el invasor no se inmutó. Recapacitó un momento y pensó que no se vería bien llevarlo por los pasillos con la cara rota.

—¿Eres estúpido o qué? Ustedes vinieron a llevárselas... son nuestras mujeres... jamás les haríamos daño. —La cara del ex traterrestre cambió y ese gesto disparó la furia de Lucas. Su arma cayó y lo agarró del uniforme para estrellarlo contra la pared, haciendo rebotar su cabeza del golpe y castañear sus dientes. — ¿Dónde está Lara?

—A salvo... —Lucas miró a un costado y meneó la cabeza:

Respuesta incorrecta. Soltó una de sus manos y estrelló su puño tres veces contra el rostro del enemigo hasta que la sangre fluorescente bajó de su boca y un corte en el pómulo.

—¿Dónde están las mujeres?

—A salvo. —Pese a estar lastimado y con claras evidencias de no ser un soldado, el tipo estaba envalentonado y dispuesto a proteger con su vida el secreto paradero de las prisioneras. Lucas volvió a golpearlo, esta vez con más furia, hasta que el tipo perdió la conciencia. Lo dejó caer sobre la pared al piso y se agachó para levantar su arma. Sin pestañear, la encendió y disparó directo en el pecho del invasor, que apenas se sacudió por el impacto del láser.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Matías, mientras veía el cuerpo inerte del *alien-llave* que podía llevarlos a través de la nave.

—No lo necesitamos... o por lo menos no a todo él... —dijo

desenfundando un cuchillo de su cinturón.

VI

.Lara

La puerta apenas vibró en los golpes que siempre antecedían su llegada. Lara se acomodó en la cama, entre las almohadas, bajo las sábanas, y sonrió, suspirando como si todo fuera parte de un sueño. Él había regresado a ella.

—¿Quién es?

—Servicio de Cuartos. —Iban a jugar. Se rio entre dientes y contestó.

—Adelante.

La puerta se abrió y RT entró con una bandeja en la mano, su gesto serio no escondiendo todas las cosas que le pasaban en ese momento: La sorpresa de encontrarse a sí mismo evadiendo su trabajo, simulando otro deber, sosteniendo una bandeja con dos postres de brownie y helado bañados en salsa de chocolate caliente, dos copas de champagne burbujeante y dos copas de agua cristalina. El deseo, la ansiedad, la expectativa. Lara se incorporó en la cama, sonriendo aún más, mientras él entraba y esperaba que la puerta se cerrara tras de sí. Se adelantó hacia ella y acomodó la bandeja en la mesa de luz. Ella nunca dejó de mirarlo, ignorando de plano el manjar que tanto ansiaba y que había pedido, solo una excusa, todo lo que necesitaba estaba justo frente a ella.

—Hola.

—Traje lo que pediste.

—Ya veo... —dijo ella recomiéndolo con los ojos ardiendo de deseo.

—El postre... —destacó él, inclinando la cabeza a un costado hacia donde estaba la bandeja.

—Oh... sí...

Lara se acercó un poco más a él, buscando besarlo. Él sostuvo su rostro a centímetros del suyo, admirándola de nuevo.

—Gracias.

—Tus deseos son órdenes... —Y no fue una frase hecha, ella pudo sentir en cada inflexión de las palabras, en cada movimiento que él hacía desde su primer encuentro, que haría cualquier cosa por ella y en las pocas horas en las que habían estado juntos, él había ganado su corazón de la misma manera. Ella podía hacer cualquier cosa que le pidiera, incluso aquello que fuera incapaz de pedir.

Lara había tomado una decisión. Se quedaría con él mientras tuviera vida, por corta que fuera, aunque para ello tuviera que renunciar a su humanidad, su lucha, su planeta, aunque debiera seguirlo por el espacio o confinarse en la luna más fría y alejada del universo.

Ella tendría suficiente calor para los dos mientras él estuviera a su lado.

RT se acercó despacio para posar sus labios en los suyos, aminorando la apremiante necesidad de ella. Podía percibir en el ambiente que el tiempo estaba escapando de ellos, diluyéndose entre sus dedos. La pasión los hizo presa de nuevo y antes que pudieran volver a respirar, ya estaban de nuevo en la cama. Su ropa ya no tenía secretos para ella y con una sola caricia de su mano la pieza en su pecho se abrió, el calor de su pecho desnudo chocando contra las paredes frías del suyo, encandeciendo de inmediato. La movió para estirla sobre la cama, acomodarla de nuevo entre las almohadas y deleitarse una vez más con su piel, hasta que ella lo obligó a girar y caer de espaldas contra el colchón. Le quitó los anteojos y acarició su rostro desde la sien hasta la barbilla, alejándose lo necesario para admirarlo en todo su esplendor.

—No puedo creer que estés aquí conmigo.

—¿Por qué no? Dejaría cualquier cosa por ti.

—No... quiero decir... haciéndome sentir así, tratándome como si

fuera...

—... única, perfecta, irremplazable... soy yo quien todavía no puede crear el regalo que me has dado.

—No lo merezco... —Él se incorporó en los codos y apoyó su frente en la de ella.

—Yo vine a aniquilar a tu especie, apropiarme de tu planeta, utilizar tu género para perpetuarnos...

—... a salvamos...

—No es tan simple... no puedes salvar destruyendo. Soy yo quien debe pedir disculpas...

Lara inclinó un poco el rostro a un costado y buscó sus labios otra vez, sosteniendo su rostro con ambas manos, abriendo los ojos para volver a hundirse en ese universo de pasión que escondía RT en su interior. Deslizó sus manos por su cuello hasta sus hombros, destrabando su saco y desnudando su torso.

—Suficientes disculpas por hoy...

—¿Qué querías mostrarme? —dijo sonriendo contra sus labios.

Ella estiró un brazo hasta la mesa de luz y hundió un dedo en la bola de helado de crema que coronaba el postre que había traído. Sin separarse de su boca, deslizó el dedo cubierto de crema fría en sus labios, impregnando los suyos también. Deslizó la crema en su boca, que no se deritió hasta que su lengua se enredó a la suya y juntos saborearon lo dulce de su beso. Buscó más, empujándolo sobre la cama, llenando varios dedos esta vez. Él esperó con ansiedad más del manjar prometido y ella obligó al descuido a hacer caer más helado por su barbilla, cayendo en grumos por su cuello.

—Oh... lo siento. Permiso... —Su boca, pero no sus dedos, abandonaron la de él y recorrió el camino del helado descendiendo por su cuello, mezclando los dientes y la lengua con ese sendero resbaloso, mientras él se

estiraba sobre sí, chupando sus dedos con deleite. Buscó más helado y siguió trazando su camino rumbo al sur, entre la cima de sus músculos y la hendidura de su estómago contraído, subiendo y bajando a medida que el helado, que parecía nunca desaparecer sobre su cuerpo, se esparcía sobre su piel, que de tan fría quemaba. Su mano se detuvo sobre el pantalón que lo retenía, erecto al límite, presionando contra la tela, latiendo contra su pecho, mientras su lengua jugueteaba con los límites de su mente. Con semejante despliegue de crema y chocolate manchando su ropa, empapando su cuerpo, una ducha no podía demorarse. Su mano apenas lo acarició sobre la tela y siguió su camino por sobre una de sus piernas, escapándose entre sus muslos para volver a subir y aferrarlo con más fuerza, mientras escalaba y pegaba su pecho al suyo, el azúcar del helado fundiéndose y condensándose entre el frío y su calor de sus cuerpos. RT gimió al volver a sentirla contra sus labios, su mano apretando, acariciando y presionando, buscando volverlo loco. La sostuvo contra él y ella sonrió satisfecha.

—Eso fue... —No podía hablar, pero no era necesario. Ella podía leerlo en su rostro y en los colores de sus ojos, que impregnados por el calor de su pasión abandonaron el celeste para mezclarse con el púrpura y el rojo, mostrando el incendio en su interior. Su voz susurró una súplica—: ¿Puedo hacerlo yo también?

—Cuando quieras... —dijo ansiosa y complacida, pero cuando él quiso hacerla girar con delicadeza sobre su espalda, ella lo detuvo poniendo una mano en su pecho—, pero ero no terminé todavía...

Sorprendido, quiso dejarse caer en la cama pero ella se incorporó y lo arrastró de la mano fuera de ella, rumbo al baño. Lo hizo girar y lo condujo de espaldas, mientras deshacía su pantalón en el camino. Sin necesidad de órdenes ni explicación, él se desnudó mientras ella preparaba el agua de la ducha a la temperatura justa.

Cuando volvió a mirar atrás, él estaba parado allí, esperando, mirándola. Lara tendió una mano y RT tomó la invitación a unirse a ella. Lo hizo

entrar a la ducha y las primeras gotas de la lluvia caliente en su piel desprendieron una ligera nube de vapor. Ella acompañó con las manos y la boca los surcos de agua que se deslizaban sobre su pecho, recorriéndolo sin pudor, completando la humedad del agua, hasta llegar a ponerse de rodillas y hundirlo en su boca. Soltó un gemido ahogado y él golpeó la pared mientras se sostenía para no caer, fue lo único que se escuchó, mientras trabajaba para empujarlo al límite y luego arrastrarlo hacia atrás, prolongando el éxtasis de su boca, el calor del agua y el sublime momento que no terminaba de llegar. Podía verlo tensar todos sus músculos, haciendo un esfuerzo para mantenerse de pie, respirando con dificultad por la boca, su nombre escapando de sus labios como una plegaria. Estaba tan cerca, podía sentirlo, mientras estaba cada vez más rígido y las venas hinchadas latían con pulso propio.

Sin darle tiempo a nada, se puso de pie y se apoyó contra la pared mientras lo arrastraba consigo, embriagada por el mismo néctar con que lo había emborrachado, por el placer concedido y la dicha ajena. Bajo el agua, lo orientó hacia la entrada de su cuerpo y su instinto hizo el resto. La pared parecía aceitada, su espalda deslizándose con los movimientos de él empujando para llegar a lo más profundo, el agua y su propia esencia explotando al primer contacto, él, su cuerpo y su amor, el afrodisíaco más perfecto del universo entero. Y ese mismo universo pareció partirse en mil colores, atravesado por esas estelas de neón. ¿Tenía los ojos abiertos o cerrados? ¿Era solo un sueño o una alucinación? Estaba de nuevo hundida en sus ojos, ese nuevo paraíso que se había enclavado en su alma y pulsaba en sus entrañas. Él estaba en ella y ahora solo tenía que mirar en su interior para volver a sentirlo.

Tembló en sus brazos una sola vez cuando el último espasmo se derramó en ella y se quedaron así, enredados y mojados, jadeando...

VII

.RT

Lara salió del baño secándose el pelo, envuelta en una toalla. RT ya se había calzado el pantalón y las botas, y se acomodaba el saco cuando giró para mirarla. No tenía palabras para describir lo que habían vivido momentos atrás y la promesa que sus encuentros solo serían más hermosos e intensos hizo que su corazón latiera en un ritmo irregular, como si bailara alocado. Levantó el vestido de ella y la esperó con una sonrisa. La envolvió, primero con los brazos. Ella se puso en puntas de pies y volvió a besarlo. Nada podía compararse a ella y sus labios y las cosas que podía lograr con solo mirarlo... tocarlo... y cualquier cosa que hiciera. El recuerdo lo estremeció en un espasmo que volvió a excitarlo. Podía pasar los próximos doscientos años de su existencia encerrado con ella, privado de agua y alimento, incluso sin aire, y aun así resistiría viviendo de su amor. Ella dejó caer la toalla a sus pies y él sintió su sistema colapsar: Un solo movimiento y una vista panorámica al paraíso de su cuerpo y todo en él dejaba de funcionar, o se activaba en otro sentido, pensó mirando con disimulo como su miembro volvía a crecer entre sus piernas...

Dio un paso atrás y acomodó el vestido sobre sus curvas, ciñéndolo a su pecho y cerrando la traba dorada con un pequeño movimiento.

—Eres hermosa.

—El vestido ayuda mucho.

—Tu belleza no necesita adornos. —Lara volvió a ponerse en punta de pies, apoyándose en su pecho, para llegar a su oído.

—Al diablo con el vestido entonces... volvamos a la cama...

La sugerencia disparó adrenalina, ardiendo en sus venas, y besó su cuello antes de reacomodarla sobre sus pies. Con una mano en su cintura, se estiró hasta la bandeja donde el postre y el helado se habían derretido y sacó la rosa que adornaba su arreglo de desayuno. Le entregó la flor y besó su mejilla con

delicadeza y devoción.

—Te amo.

—Yo también.

—No quiero perderte —dijo porque sus sentidos lo traicionaron cuando una sensación apremiante y desconocida invadió su pecho. Bajó la cabeza y ella levantó su rostro con una mano, buscando sus ojos, otra vez celestes como el amanecer que se anunciaba.

—No iré a ningún lado sin ti. Iré contigo donde sea.

—Yo no sé... —Lara le sostuvo el rostro con ambas manos, la rosa entre sus dedos.

—No importa... encontraremos la manera. Tiene que haberla.

Su beso le dio la certeza de sus palabras, pero también encontró en sus labios la misma desesperación que no tendrían manera de cumplir esa promesa.

VIII

.Pablo

Estaba volviendo al sector de celdas después de destruir los sistemas de comunicación del puente de mando y cargar los virus en lo que él consideraba era el servidor del sistema de esa nave. Informó a Lucas cuál era la ubicación de la recámara del Comandante.

Nivel 1. Sector Q. Sex ta puerta a la derecha. El tipo estaba ahí.

Su equipo ya había instalado los explosivos y llevado a los prisioneros a una sala contigua al hangar, donde esperarían a Lucas para tomar una decisión sobre qué harían con ellos. Los líderes del equipo Uno y Dos votaban por liquidarlos a todos, Pablo no estaba tan convencido, pero era decisión del líder de la misión.

Estaba por comunicarse con Lucas cuando una puerta a su costado se abrió y los tres empuñaron sus armas contra quien salía.

—¡Pablo!

—¡Adela!

Pablo no pudo reprimir el impulso de abrazar a la mujer con la que prácticamente había crecido, el recuerdo de la muerte de su mejor amigo abriéndose para dejar la herida en carne viva.

—¿Qué haces aquí? —dijo ella susurrando mientras le acariciaba la cabeza. Pablo la miró sin soltarla, desconcertado, demasiadas preguntas corrían por su cabeza, pero una sola orden implícita: Sacar a esa mujer de allí y llevarla con su líder cuanto antes.

—Vamos... vinimos a buscarlas... Marcos la está esperando.

La mujer pestañeó varias veces, como si hubiese despertado. Sus

ojos adquirieron el brillo que recordaba en ellos, el nombre de su hombre, haciendo magia.

—Marcos...

—Sí. Vamos ¿Hay más mujeres?

—Somos casi cincuenta...

—Vamos, Adela... le avisaré al líder y saldremos de aquí cuanto

antes.

—No podemos... es... imposible. No podremos escapar.

—Nada es imposible. Ya redujimos a toda la tripulación. Solo

esperamos al líder.

—¿Quién es el líder? —Pablo enarcó una ceja y sonrió.

—Lucas. Su nuevo yerno... —Adela abrió la boca y tardó en reaccionar. Lo sostuvo de los brazos, como queriendo hacerlo entrar en razón.

—Pablito, esto es suicida.

—Lo sé... pero hasta ahora viene funcionando de maravillas.

Vamos. Su esposo y su hijo la necesitan. Maga también... —Las palabras funcionaron como un encantamiento. Adela levantó su vestido y corrió hacia adentro de nuevo, seguida por Pablo y su equipo. El chico activó el micrófono e hizo un breve llamado a Lucas para darle las novedades.

Adela los conduciría a las recámaras del resto de las mujeres que permanecían allí como prisioneras y tenía que avisarle que ya había encontrado a Lara antes que siguiera adentrándose en la nave y su regreso se hiciera más difícil. Llamó una vez, dos veces, pero tenía el receptor desconectado.

IX

.Lucas

Sex ta puerta a la derecha había dicho Pablo.

Lucas contó en silencio y se paró frente al panel móvil mimetizado con el resto de la pared que se extendía a ambos lados. Él y su equipo aprestaron sus armas, apoyó la mano en la pantalla digital y esperaron.

La operación había sido casi un éxito. A medida que los equipos de asalto ex traterrestre llegaban, eran reducidos y los que no habían sido liquidados estaban a la espera de un fusilamiento que él mismo encabezaría. La sonrisa viciosa del suceso cedió un centímetro al recordarse a sí mismo que no era tan así. Casi no era completo. Todavía no habían encontrado a Lara.

En cuanto Pablo le dijo que el Comandante no estaba en el puente de mando, supo que debía encontrarlo para encontrar a Lara, después de todo, si él hiciera prisionera a un espécimen de hembra de ese tipo, lo reservaría para sí, como lo había hecho con Maga. Si le había tocado un pelo a Lara, lo mataría con sus propias manos.

El lector de la pantalla digital escaneó la mano e hizo un sonido, pero la puerta no descomprimió. No tuvo tiempo a desilusionarse: Se encontró frente a frente con un ex traterrestre con todo el porte de ser Jefe. El tipo se acomodó los anteojos y levantó las manos, bloqueando con todo su cuerpo la puerta de entrada, queriendo ocultar lo que había en su interior. Fue inútil. Los tres pudieron ver a Lara fijar los ojos en ellos.

X

.Lara

RT fue el que logró apartarse del nudo de pasión en el que se habían enredado de nuevo. Él era más virtuoso que ella y más fuerte también.

—Debo volver.

—No tardes mucho, por favor.

—Por supuesto que no. Necesito probar todas esas cosas que me acabas de enseñar, sobre tu piel...

La humedad se calentó entre sus piernas y tuvo que apretar las manos en puños para no arinconarlo contra la pared otra vez. No quería torturarlo, si para él era la mitad de difícil separarse, no merecía ese dolor.

Un sonido extraño en la puerta frente a ellos, llamó su atención. RT cuadró los hombros y la apartó a un costado. Avanzó hasta casi salir de la recámara y un momento después lo vio retroceder con las manos en alto, cubriéndola con su cuerpo ante una amenaza latente. Las tres armas láser hicieron el ruido de carga, listas para disparar.

—Oh, Dios...

Lara vio a los tres soldados entrar a la recámara y no llegó a reconocerlos más allá del uniforme. Su primer pensamiento fue que alguien había denunciado a RT por abandonar su puesto y sus líderes habrían ordenado su arresto por involucrarse con una humana, con el enemigo. Pero la voz que siguió la entrada de los tres tipos armados no era de un extraterrestre. Ella conocía esa voz.

—Hijo de puta...

—¿Lucas? ¿Qué haces aquí? —le gritó a espaldas de RT, que se había interpuesto entre el grupo y ella. El líder del equipo habló entre dientes:

—¡Muévetelo!

—¡Vete de aquí, Lucas! ¿Te volviste loco? —Por sobre su hombro vio el láser cargado a su máxima potencia y apuntando al pecho del ser que amaba. Luchó por colocarse entre el arma y él. Las manos de RT en ella desataron la furia de Lucas.

—¡Suéltala!

—Baja el arma —dijo el Comandante de la nave, con el tono sereno y autoritario que siempre usaba. Lucas movió el arma laser con fuerza y estrelló un culatazo en la cara de RT, moviéndolo pero sin hacerlo caer, sus anteojos lo único que volaron por el aire. Lara gritó, pero no pudo superar la barrera del cuerpo alienígena que la protegía. Lucas se quitó los anteojos y los arrojó a un costado. La furia de su amante parecía absorber toda la energía a su alrededor, como un gran agujero negro a punto de explotar. El líder rebelde estaba desquiciado, las ventanas de su nariz dilatadas como si fuera un caballo de carrera en su último esfuerzo. Logró meterse bajo el brazo de RT y ponerse en el medio, al alcance de Lucas que la arrastró hacia atrás, a manos de los otros dos que lo respaldaban.

RT avanzó, sus ojos obsidiana fijos en ella. Las lágrimas de ella inundaron con aroma de triste lluvia el dormitorio. Lucas subió el arma y el cañón del láser se clavó en su cuello. Lara quiso zafarse pero uno de sus compañeros la agarró del cuello y la sostuvo contra él, apuntando el láser a sus costillas. RT vio ese movimiento y retrocedió. Lucas miró de costado y sonrió, avanzando sobre su enemigo hasta que lo amonconó contra la pared.

—No la lastimes... —dijo RT en un susurro.

—¡Detente, por favor! —clamó ella, con desesperación. Lucas pisó la rosa blanca en el camino, destrozándola, enfocando toda su furia en el Comandante. Lara se zafó y se le fue encima, intentando interponerse de nuevo entre los dos. Lucas se la sacó de encima sin cuidado y RT reaccionó a la agresión, pero deteniéndose en cuanto el arma cambió de objetivo, de él a ella.

—¿Qué te pasa? —le gritó, enfurecido.

—Déjalo, por Dios...

Los ojos de Lucas se abrieron demasiado, sus pupilas dilatándose mientras trataba de entender. La lógica lo había abandonado. Pestañeó varias veces y se fue encima de Lara. RT reaccionó y los dos compañeros de Lucas se hicieron cargo.

—Sujétenlo...

Lara retrocedió mientras Lucas avanzaba sobre ella, con los ojos fijos en RT, que luchaba contra los dos humanos de la resistencia, sus congéneres de pronto sus enemigos.

—¿Qué te hizo? —Lucas quiso acercar la mano a su rostro pero ella se apartó como si fuera a golpearla y no acariciarla.

—¿Qué haces aquí?

—¿Y a ti qué te parece?

—¿Te volviste loco? ¿Todos perdieron la razón? —dijo mirando de nuevo a Matías y Francisco, que tenían la misma edad que su hermano menor muerto, sus amigos.

—Lara, ya está todo bien... —dijo Matías, intentando conciliar.

—¡Suéltelo! —ordenó ella pero ninguno de los dos obedeció.

Lucas estaba por estallar en furia, la agarró con fuerza del brazo y la apretó contra la pared. RT rugió como un animal herido y estaba logrando superar la fuerza de los dos jóvenes.

—¿Qué te hizo? ¿Qué les hacen? ¿Les lavan la cabeza?

—¡Déjame en paz! ¡Se van a hacer matar! ¿Están todos locos?

—Somos diez veces menos y pudimos meternos aquí y venir a buscarte.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—¿Es una broma? —Lara lo empujó para sacárselo de encima y avanzó hacia RT, pero Lucas volvió a agarrarla del pelo y la estrelló contra la

pared.

—¡Déjame!

—¡Déjala! —Las voces de Lara y RT fueron una sola. Lucas miraba a uno y otro, incrédulo de la escena. Se acercó a ella y le susurró en la cara.

—¿Te acostaste con él?

—Qué te importa... —Ella miró para un costado y él la sacudió en su lugar, obligándola a reenfocar en sus ojos.

—¡Contéstame!

—¡Qué. Te. Im. Por. Ta!

—Lo hiciste... —dijo asqueado, esa certeza alimentando su furia interior. Se dio vuelta empuñando el láser para apuntar directo a RT, que lo miraba impasible. Lara se arrojó sobre él para detenerlo, pero se la sacó de encima con un solo empujón. Aturdida, Lara volvió a la carga, aferrándose a su brazo y cayendo de rodillas, suplicando entre lágrimas.

—No lo hagas... por favor. —La miró pasmado, incrédulo—. Vuelve con Maga... déjame aquí... por favor.

XI

.Lucas

Él y su equipo no daban crédito a lo que veían. Si no conocieran a Lara, si no supieran que ella se escabullía noche tras noche para mezclarse con ellos como un soldado anónimo, si no la hubieran visto despedazar como el mejor de su ejército a los aliens, podrían entender que sucedía; pero esta mujer era una completa desconocida para ellos, rogando piedad para el enemigo y dejarla atrás, en sus manos. Y en el momento en que sus miradas se cruzaron, todo pareció cobrar un nuevo sentido para ellos. Él debía tenerla en algún tipo de transe hipnótico, esclavitud mental. ¿Qué tanto sabían ellos de las técnicas aplicadas sobre los humano? Por algo querían solo a las mujeres humanas.

El ruido de la radio que utilizaban para comunicarse con las otras unidades hizo que volvieran su atención a la realidad. Matías atendió el llamado.

—¿Lucas, estás ahí?

—Afirmativo.

—*Encontré a Adela, la madre de Maga, y a un grupo de cincuenta mujeres y niñas. Lara...* —Lucas intervino en la conversación desde su micrófono.

—Llévalas al hangar, preparen móviles para sacarlas a todas. Yo tengo a Lara.

—*Vamos a necesitar códigos de acceso más altos para poder abrir las rampas desde aquí y no del puente de mando.* —Lucas miró al Comandante extraterrestre con los ojos entrecerrados y sonrió.

—Déjame a mí. Tengan todo listo. Vamos para allá... —Lara se puso de pie y se interpuso entre él y el enemigo.

—¿Qué vas a hacer?

—Sácala de aquí... —le ordenó a Francisco—. Mati... sujétalo.

Matías echó el ama a su espalda mientras su compañero arrastraba

a Lara, que se retorció con fuerza felina.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Sácala!

Lara pateó, mordió, golpeó al muchacho pero no podía zafarse de su agarre.

—¡Noquéala! —volvió a gritar Lucas y Francisco se inmobilizó. En cuanto Lara se soltó, Lucas le asestó un golpe de puño en la cara que la hizo caer de espaldas como si le hubiera inyectado un dardo tranquilizante. Matías hizo caer al alienígena boca abajo y sostuvo su cuerpo, mientras Lucas desenfundaba su cuchillo con rastros de sangre alienígena seca; puso una rodilla en su cuello y la otra en su antebrazo.

El primer grito de RT hizo reaccionar a Lara, que todavía veía estrellas del golpe que había recibido. Pestañeó varias veces y enfocó en el cuerpo caído, atestiguando el poco quirúrgico pero preciso movimiento a la altura de la muñeca.

—¡No! —gritó con suprema desesperación, como si sintiera en carne propia el más terrible dolor, antes de volver a desvanecerse.

XII

.Lara

Francisco la levantó sobre un hombro y salió a la carrera por el pasillo vacío, dejando a los otros dos atrás, sus ojos registrando la última imagen de RT retorciéndose de dolor. Pudo sentirlo. El dolor era lacerante, como si esa puñalada, el quiebre del hueso, el desgarró de la carne, la pérdida de la sangre, estuviera pasándole a ella. Perdió el conocimiento con el resplandor de su sangre quemándole la retina como si hubiera visto de frente al Sol.



El frío contra su rostro le hizo volver a la realidad. Abrió los ojos pero no se movió, tratando de identificar dónde estaba. Podía sentir el sabor de su propia sangre en la boca y el dolor en la mandíbula. Lucas le había pegado.

Estaba en el piso, mezclada con otras piemas amarradas con sogas plásticas en nudos precarios. Trató de mirar más allá sin moverse pero la perspectiva visual no le daba mucha información. Se incorporó un poco y pudo ver que estaba rodeada de muchos de los ex traterrestres a los que había podido ver durante su corta estadía en esa nave. Un poco más allá, mujeres con niñas en brazos, eran subidas a diferentes móviles alineados ante la rampa que se abría a la Tierra donde todavía reinaba la noche.

—Lara... —Escuchó la voz en un susurro y se dio vuelta con discreción. Era el sanador que había asistido a su madre, el que le había presentado a RT. RT. La desesperación se apoderó de ella y se arrastró hasta donde él estaba. Trabajó con los nudos para liberarlo mientras hablaba muy despacio.

—RT está herido, en su habitación... tiene que ayudarlo.

—Nos fusilarán. Ya eliminaron a dos grupos, solo quedamos nosotros. —Lo miró con los ojos muy abiertos, terminó de deshacer el nudo y se puso de pie.

Sin titubear, levantó su vestido y caminó rápido hasta donde Lucas impartía las órdenes para la evacuación. Los otros dos líderes la miraron y él giró a sus espaldas para enfrentarla.

—Miren quien despertó. La Bella Durmiente.

—¿Qué estás haciendo?

—Nos vamos. Liquidamos este último grupo y volamos la nave...

—¿Qué?

Mientras un equipo levantaba a los prisioneros para hacerlos entrar a una sala contigua, el otro, con Lucas y los demás líderes, preparaban sus armas láser. Los vehículos con las mujeres comenzaban a abandonar la nave. Pablo se acercó a ella y la sostuvo de un brazo.

—Cálmate, Lara. Vamos al móvil.

—¡No! ¡No lo voy a permitir! ¡No somos asesinos! —Lucas verificó su arma, resopló con fastidio y caminó hasta enfrentar a Lara.

—Ya me estás cansando con tu actitud pro-invasores. Sube al móvil. Después lo discutimos.

—No van a matar a nadie más... o me van a tener que matar a mí con ellos...

Lara se zafó de Pablo y se detuvo delante del grupo de ex traterrestres, todos vestidos de blanco.

—Lara, no me pongas en posición de elegir.

—Son médicos... no son soldados. Son civiles, como los que nosotros defendemos.

—Basta...

—Lucas... no son soldados. Por favor, déjalos. Ellos salvaron a mi mamá.

Todos miraron a Lara y después a Lucas; se dio cuenta que había elegido el camino acertado. Siguió por allí su discurso de defensa.

—Curaron su cáncer, la trataron... pueden tener métodos equivocados pero tienen motivos mucho más loables que los nuestros.

—¿Que los nuestros? Nosotros estamos defendiendo nuestro planeta, nuestro derecho a existir...

—Por favor... voy a hacer lo que quieras... pero no los mates. Ya ha sido suficiente por hoy. Iré con ustedes, pero por favor... —Lucas miró a su alrededor, al último móvil que quedaba y los esperaba.

—Suban. —Le indicó a su equipo. Después la miró a ella, como si estuviera haciéndole un gran regalo de cumpleaños—. Sube al móvil.

Los integrantes del grupo bajaron sus armas y se encaminaron con paso rápido al vehículo. Lara retrocedió hasta el sanador que había liberado pero que permanecía a un costado sin alertar a nadie. Lo miró con una muda súplica y corrió levantando su túnica rumbo al móvil, trepando a él cuando estaba arrancando.

Miró por última vez hacia atrás y lloró mientras se alejaba a los tumbos, para desaparecer como un punto más de la oscuridad.

XIII

.MF

MF corrió por los pasillos en medio de las explosiones. Habían colocados bombas en lugares estratégicos y la nave estaba colapsando, pero por suerte, según había escuchado, no habían llevado suficiente para toda la nave, lo cual, a la altura de la mañana y sin comunicación con el exterior, sería su salvación.

Llegó a la recámara del Comandante y apoyó la mano en el panel de acceso al tiempo que veía cómo, desde el interior, por debajo de la puerta, comenzaba a asomar un charco fluorescente, sangre extraterrestre. Empujó con todas sus fuerzas y encontró a RT en el piso, semi-inconsciente, bañado en su propia sangre, sosteniendo su brazo contra su pecho, a la altura de la muñeca, donde ya no estaba su mano. Se sacó la chaqueta y envolvió su brazo mientras lo incorporaba. El Jefe reaccionó y habló haciendo un esfuerzo, aunque con determinación.

—Necesito un implante. Ya. ¿Cuánto tiempo?

—Señor...

—Tengo que encontrar a Lara...

—... ha perdido mucha sangre...

—Transfusión... ¿Cuánto tiempo?

—Se puede hacer... pero...

—¿Cuánto tiempo?

—Nueve minutos. Pero tardará una hora entre que la anestesia haga efecto y se recupere...

—Sin anestesia.

Se puso de pie y caminó ayudado por el sanador. Juntos se encaminaron a la Estación de Salud de esa sección. El sanador seguía intentando convencerlo.

—Señor... es imposible. Hay que conectar nervios... será ex cruciante.

—No tengo tiempo.

—Pidamos refuerzos...

—En cuanto sepan del ataque enviarán a los ex terminadores. Los condenaremos a muerte.

El sanador lo acomodó en la camilla, sacó un equipo de transfusión que conectó de inmediato al brazo sano del Comandante y preparó el instrumental necesario para un implante de emergencia. Se acercó de nuevo a él y habló despacio a su oído.

—Será muy doloroso, señor. La anestesia local no será suficiente...

—Entonces hágalo rápido. Necesito encontrar a Lara.

El valiente Comandante, con la razón anulada por un sentimiento desconocido para él pero del que había sido testigo, volvió a mirar al techo y se preparó para afrontar un dolor que no sabía si podría resistir.

El Sanador le dio un pedazo de tela para morder y lo ató a la camilla para inmovilizarlo. El trabajo que debía realizar para conectar los nervios de su brazo sería como aplicar una descarga de mil voltios directo a su cerebro, pero por suerte el dispositivo de implante tenía un detector programado de las conexiones que debía realizar, por lo que, por doloroso que fuera, el procedimiento sería rápido. La sutura con láser no debía implicar mayores inconvenientes con la anestesia local y al ser un implante provisorio, si algo estaba mal, dentro de las primeras veinte horas podría revisar y revertir el procedimiento, para reemplazar la prótesis con una más avanzada. Trató de no mirar al Comandante mientras trabajaba, sabía que había una sola cosa en su mente que lo ayudaría a soportar ese dolor: Recuperar a la joven humana. En cuanto presionó la máquina para conectar la mano triónica, RT perdió el conocimiento.



Al terminar el procedimiento, MF sacudió con suavidad a RT y este abrió los ojos, pestañeando dos veces para despejarse. Miró su brazo sano con dos catéteres, uno con sangre fluorescente y otro con fluidos de recuperación que ya estaban haciendo efecto. Sin mirar al otro, envió una orden cerebral a su mano y sintió los tendones estirarse, el hueso sostener su peso y los nervios detectar el movimiento de cada uno de los dedos. El sanador lo ayudó a incorporarse.

—Es un implante de emergencia pero completamente funcional.

—Gracias.

—Los sobrevivientes lo están esperando para escoltarlo.

RT se sacó los catéteres del brazo y se puso de pie, haciendo equilibrio contra la camilla.

—¿Y el resto de los equipos?

—La resistencia humana los mató a todos. —Aceptó el par de anteojos que el sanador le ofreció y se los calzó, incrédulo que un grupo ínfimo de terrestres en una misión suicida de rescate hubiera podido destruir a casi toda su tripulación.

—¿Todos?

—El último grupo de sanadores y un equipo que estaba en el último piso fuimos los únicos sobrevivientes. Lara intervino por nosotros. Por ella pude llegar a Usted a tiempo.

—Necesito que demore las comunicaciones hasta que regrese. En cuanto la noticia del ataque llegue al Comando Central, enviarán los refuerzos y no será para bien.

—De día no harán mucho.

—Pero les dará tiempo para prepararse. Demórelas.

—No será difícil. Destruyeron el cerebro de la nave y el puente de mando.

—¿Cómo sabían dónde hacer más daño?

—No lo sé, señor.

El sanador lo siguió a su dormitorio y lo vio arrancar del armario una chaqueta térmica parte del uniforme de campo.

—Señor... no creo que sea una buena idea.

—Necesito buscar a Lara.

—Es una campaña suicida. ¿Cómo podrá encontrarla?

RT se calzó las botas de batalla y atravesó la recámara en tres zancadas hasta la pared opuesta, donde estaba la vitrina de exhibición de las armas humanas que conservaba como colección. Rompió el vidrio con el codo y sacó la *Thunder* y su cargador. Verificó las balas y la guardó en su espalda, bajo la chaqueta, en su pantalón. Al enfrentar al sanador, este repitió su última pregunta.

—¿Cómo podrá encontrarla?

—Puedo sentirla... —Siguió hablando con una sombra de desconcierto abrumador, sorprendido pero seguro—. No sé cómo, pero sé que puedo seguirla como si tuviera un radar y encontrarla como si fuera un murciélago.

—Señor, ¿Puedo hacer una pregunta íntima y personal? —RT tragó el nudo que se le armó en la garganta y autorizó con un gesto de la cabeza—. ¿Estuvo usted en ella?

Le tomó un abominable segundo digerir la pregunta y después pudo responder:

—Sí.

—Hay más de una razón por la que las mujeres son inseminadas artificialmente...

—MF... Estoy realmente apurado. ¿Esta conversación me va a ayudar de alguna manera a encontrar a Lara más rápidamente?

—No, señor.

—Entonces vamos...

Abandonaron juntos la recámara y se dirigieron al hangar, donde estaban reunidos los sobrevivientes.

—Conteo de bajas —dijo hacia el único oficial que había allí, que quien sabe cómo había sobrevivido.

—188 muertos. 30 heridos, 19 mortales. —MF apretó los labios y RT miró alrededor desolado.

—¿Cuántos eran?

—Por lo que pude ver, solo un equipo de 12 hombres. Ingresaron a la nave en uno de nuestros vehículos, redujeron a los soldados a medida que iban llegando del exterior y sorprendieron a los civiles en sus actividades habituales.

—El Comandante bajó la cabeza pero recuperó su enfoque de inmediato.

—¿Soldados disponibles?

—Solo tres.

—Serán mi custodia. Necesito un relevamiento completo de los daños y el establecimiento de un perímetro seguro. ¿Móviles?

—Dos motocicletas, en el Hangar 2.

—Me las llevo.

—Señor... el sol está por salir... —intervino de nuevo MF, en un último y desesperado intento por evitar su misión.

—Volveré antes del amanecer.

Todos lo miraron sin esperanzas. Su Comandante estaba sellando su sentencia de muerte por ir tras los rebeldes humanos en son de venganza. Pero él iba detrás de algo aún más importante. Su vida.

XIV

.Marcos

Era una noche hermosa, con toda la intensidad de las estrellas brillando en el cielo abovedado. Marcos solía disfrutar de las noches de verano, mucho más en los últimos años, cuando todos sus hijos eran grandes para cuidarse, solos o entre sí. Cerró los ojos y recordó alguna caminata por las calles vacías, llevando a su mujer del brazo, avanzando en sigilo, disfrutando de ello. Ella, la noche, el silencio. Los edificios eran altos, sus muros parte de la oscuridad y sus luces se apagaban para dar paso al descanso. Era su última hora, después de un día ajetreado, pero siempre se hacían tiempo para los dos. Era como un volver a empezar, caminando por las mismas calles, treinta años después. Él todavía tenía uniforme, ella todavía lo miraba con adoración. Adela. Su ausencia le pesaba cada día más. Cada mañana al levantarse, cada noche al acostarse. Cada hora de vigilia, cada mes de cada año de los que habían pasado desde que la había perdido.

Durante dos años enteros, antes de formar el primer grupo de resistencia, recorrió día y noche todos y cada uno de los lugares que significaron algo para los dos, direcciones grabadas en su memoria a través de una ciudad reducida a escombros; sólo, porque no quería arrastrar a nadie en su misión personal. Y en cada lugar dejaba una clave, un papel con un símbolo que solo ella descifraría: una fecha, una hoja de un libro, un recorte de periódico. Si ella había logrado escapar, haría lo mismo que él, con la convicción que solo muerto la dejaría de buscar.

Pero un día dejó de hacerlo, cuando decidió que estaba muerto y que para seguir su cuerpo tenía un deber y una misión para con otros. No teniendo razón interior, porque todo se fue con ella, siguió subsistiendo con lo mejor que sabía hacer: ordenar, planear, combatir. Era médico, sí, pero antes que eso era un militar.

Volvió a mirar al cielo. Ya no era un lugar romántico para él sino, en maldita paradoja, el infierno que se había abierto para gestar el apocalipsis de su

tiempo. El final estaba llegando. De toda su familia solo quedaban dos, uno luchando en una cama por su vida, la otra arriesgándose en una misión casi suicida. ¿Y él?

Sacó la pistola calibre 32 que todavía conservaba, una de las pocas cosas que había podido rescatar de su hogar tras la invasión. Hacía mucho tiempo que no la portaba, porque no salía al exterior y porque sabía que todavía era necesario. Pero la había desempolvado el día que Adrián murió, cuando sintió que había vuelto a fallar. Confiaba que Alan se recuperara, trasladaría su campamento a la locación en el sur y dejaría todos en manos de él y Lucas. Tenía un buen presentimiento con el muchacho, era un superviviente, Maga le daría el resto: raíces. Una vez allí...

—Señor...

Guardó rápidamente el arma y se compuso antes de girar para enfrentar la voz a sus espaldas.

—¿Sí?

—Se acercan seis móviles extraterrestres.

—¿Seis? —*Nos descubrieron.*

—Sí.

Marcos corrió al punto de avistamiento que tenían preparado para vigilar mientras esperaban a los dos equipos restantes, el que había quedado en el antiguo campamento, con Maga a cargo, y el que había ido a la nave a cargo de Lucas. En cuanto llegó arriba le entregaron un par de binoculares infrarrojos y su corazón pegó un salto.

—Son humanos... —dijo en un susurro desesperado, cuando los aparatos sensibles al calor mostraban la actividad térmica dentro de los móviles. Pero eso no era lo único. De inmediato detectó figuras más pequeñas en tamaño y estatura—. ¡Hay niños!

El grito en su garganta no se ahogó y todos los miembros de los equipos de observación y seguridad salieron de sus puestos cuando su líder se dejó caer por la escalera, lastimando sus manos al raspar contra la baranda oxidada y corrió hacia la carretera, al encuentro de los móviles.

Los vehículos se detuvieron y dos soldados sin casco bajaron de ellos. Eran sus hombres. Pablo. Marcelo. Tras ellos apareció de inmediato una figura etérea en un vestido blanco, un ángel inmaculado con cabello rojo fuego. Las piernas se le aflojaron y cayó al piso como si le hubieran disparado directo al corazón.

—Dios mío...

Se apoyó en ambas manos para no dar de cara al pavimento. No sintió el dolor en las rodillas ni en las palmas sangrantes, pero las lágrimas le quemaban los ojos mientras su mujer corría descalza a su encuentro. Fue ella quien lo sostuvo mientras él se deshacía en llanto, abrazado a su cintura, cayendo en su regazo.

—¡Marcos!

—Dios mío... —Era lo único que podía decir, la única palabra que resumía cinco años de ausencia, de dolor. Una plegaria de agradecimiento y un pedido de perdón.

—Está bien. Estamos bien.

—Perdóname, por favor. Yo te busqué... Tanto... Tanto... No debí irme ese día...

—Marcos... Por favor...

Marcos levantó el rostro hacia el de Adela, escalando con sus manos lastimadas sobre su vestido blanco. La acarició con la piel y los ojos, incrédulo.

—Dime que no te hicieron nada...

—Estamos bien. Nos cuidaron. Fue... irreal, como un sueño.

Estábamos a salvo.

—¿Por qué volviste, entonces? —dijo con la voz quebrada, agónica, la felicidad de tenerla de nuevo ahogada en la angustia de enfrentarla a la guerra. Adela le sostuvo el rostro y apoyó su frente en la de él.

—Porque estar sin ti no es vida y si ha llegado el final de mis días, quiero que sea a tu lado.

Marcos se incorporó y la besó, incapaz de rebatir sus argumentos, idénticos a los suyos. Tenía algo de heroico en querer devolverla a ese lugar donde ella volvería a estar segura, pero su lado egoísta la necesitaba de nuevo con él. La besó como la primera vez y como la última, la besó como si nadie los mirara. No le importó que todos vieran su sangre y sus lágrimas, que eran prueba irrefutable que estaba vivo, vivo por ella, el tiempo que ella estuviera a su lado. Había muerto y había resucitado. Había recuperado su razón para vivir.

Marcos ayudó a Adela a ponerse de pie y miraron alrededor. Todos sus soldados rodeaban la escena, algunos desde los móviles, otros en tierra. Dos niñas vestidas como Adela estaban a unos metros, tomadas de la mano. Pestañeo varias veces, tratando de ubicarlas en su memoria. Era como si el tiempo no hubiera pasado y Danna todavía tuviera cinco años, pero su cabello fuera idéntico al de Lara. Su esposa, que todo lo sabía, apretó su mano y habló muy bajo, solo para él.

—Se llama Florencia, nació siete meses después de la invasión.

—Adela...

—Te dije que no era menopausia...

—Dios mío...

Las dos niñas comieron a él y lo abrazaron. Otra vez le fallaron las piernas, otra vez cayó de rodillas. No le alcanzaría la vida para darle gracias a Dios por tenerlas de nuevo con él. Todo era tan irreal que tenía miedo de despertar. Si era un sueño, que fuera eterno, rezó otra vez, más creyente en esos minutos

que en su vida entera.

Ya había recorrido dos veces el campamento con el equipo que había quedado con ella. Habían verificado las cargas explosivas, los códigos de cada detonador y el programa diseñado para coordinar la secuencia de destrucción del refugio. Lucas ya tendría que haber llegado, el tiempo pasaba y el peor de los presentimientos ganaba espacio en su pecho. Tanta locura, tal desperdicio de vidas, desatada por la estupidez de una sola persona.

Los miembros de su equipo se pusieron de pie y aprestaron sus armas al ver la nube de polvo que precedía al vehículo extraterrestre. Escudándose en lo más oscuro de la noche, el horizonte seguía sin visos de luz, cubierto por las nubes negras que presagiaban la tormenta.

El móvil estacionó a metros de la entrada y Lucas bajó sin casco ni anteojos. Maga corrió a sus brazos y lo besó con desesperación.

—Estaba tan asustada.

—Todo está bien. Encontramos a tu mamá y tus hermanas.

Maga miró a espaldas de Lucas y en la escalinata del móvil, Lara vestía un disfraz parecido al de una estatua de la antigua Grecia. Volvió a mirar a Lucas que ostentaba una sonrisa de orgullo imborrable.

—¿Mamá?

—Sí. Las tenían aquí, prisioneras. Las enviamos en otros móviles al punto de encuentro.

Lara descendió, levantando apenas la túnica, revelando sus pies descalzos. Los pasó de largo sin mirarlos y habló a nadie con su habitual tono déspota.

—Quiero controlar los detonadores.

—Ya lo hice...

Maga se desprendió de los brazos de Lucas y enfrentó a su hermana, sin soltar su mano. Lara la miró por sobre el hombro, de arriba abajo, y apretó los labios con una mueca despectiva. Maga completó la frase

—Papá me puso a cargo, así que, si no te molesta, vuelve al móvil. Iniciaremos la secuencia de inmediato.

—Ve y completa tu reencuentro, Maguita. Yo me encargo a partir de ahora.

Lara siguió su camino, impertérita, pero Maga la detuvo de un brazo. Los dos equipos reunidos y sus líderes se dispusieron en semicírculo como si fueran a presenciar un encuentro pugilístico.

—Te dije... que papá me puso a cargo.

—Porque no estaba yo. Déjalo, Maga... yo puedo sola.

—¡Ya lo hice yo! —gritó con un inusitado despliegue de histeria.

—Shh... —dijo la pelirroja de cabello ondulado, queriendo hacer callar al ángel de pelo lacio al borde del ataque de nervios. El sonido crispó aún más a la tranquila joven—. Reviso un par de cosas, y si todo está bien, te dejo apretar los botoncitos.

Lara desprendió con suavidad la mano de su hermana y se dirigió a la entrada del refugio. Lucas pasó un brazo por sobre los hombros de Maga y le besó la sien.

—No le hagas caso... debe tener algún tipo de trauma...

—Sí... de nacimiento.

Maga se soltó de su abrazo y siguió los pasos de su gemela. Lucas miró a sus hombres y se encogió de hombros, resignado. Todos entraron detrás de las dos hermanas.



Maga miró todos los movimientos que Lara hizo controlando los explosivos y los detonadores, revisando la secuencia. Solo quedaba cargar el programa, cuando se detuvo de golpe.

—¿Sacaron los cuerpos?

—¿Qué cuerpos?

Lara puso los ojos en blanco y se reclinó en su asiento, mirándola con la soberbia de siempre. Se puso de pie y se asomó sobre la baranda al grupo de hombres que las esperaban.

—Necesito que ustedes vayan a la cámara frigorífica y saquen los cuerpos que tenemos almacenados allí.

—¿Para qué? —replicó Magalí, desconcertada.

—Si los aliens vienen a ver qué explotó aquí y descubren que es un asentamiento humano pero vacío, sabrán que escapamos y volverán a buscarnos, donde quiera que vayamos. Papá hizo almacenar los cuerpos de los primeros muertos para usarlos en una contingencia de ese tipo, pero en el primer año la cámara se llenó. Por eso no se hizo más.

—No lo sabía...

—No importa... Papá estaba bajo mucha presión y pudo haberlo olvidado. Pero ya estoy aquí para solucionarlo. —Se sentía en el ambiente como Maga hervía como una olla a presión. Era cuestión de tiempo para que hiciera explosión. Y Lara estaba jugando con fuego en ese momento—. ¿Quieres ser útil? Ve y busca un uniforme para mí. Y un par de botas de mi talla... o sea de la tuya.

—Pero...

—¿Por favor? —Lara empezó a teclear, cargando el programa para

la secuencia de destrucción. Maga se vio relegada de nuevo a su función servil y cerró los puños para refrenar las ganas de pegarle. Dio media vuelta y desapareció rumbo a la habitación.

Revolvió sus cajones y encontró lo que buscaba, desparramando los contenidos en el camino. No había empacado nada para Lara, confiada que jamás regresaría. Apretó los ojos para no llorar su rabia e impotencia. No quería darle el gusto de llorar delante de ella. No lo merecía.

Escuchó voces del otro lado de la puerta y de inmediato las reconoció: Lara y Lucas.

Se apoyó en la puerta y cerró los ojos, aguzando el oído.

—Lara...

—¿Qué?

—¿Qué te pasa? Arriesgamos nuestras vidas para sacarte de ahí, para salvarte la vida, y ni siquiera das las gracias...

—¿Gracias? ¡Gracias! ¿Te tengo que dar las gracias?

Hubo un silencio entre los dos y Maga abrió la puerta para desbaratar la escena. Lucas estaba de espaldas y Lara pegada contra la pared, cubierta por su sombra, los brazos de él acorralándola, su cuerpo balanceado sobre ella, su cabeza inclinada, buscándola. Abrió la boca para gritarles pero nada salió, estaba allí, inmovilizada, viendo cómo se acercaban.

—Vete a la mierda, Lucas. Déjame pasar...

Lara logró salir de la prisión de sus brazos y los tres se encontraron en el estrecho pasillo. Maga la miraba con el odio marcándole la frente y haciendo brillar sus ojos dorados. Su gemela manoteó la ropa y se calzó el pantalón por debajo de la túnica, anudándola a su cintura mientras metía los pies descalzos en

las botas. Se encaminó por el túnel de salida, pasando entre ellos dos.

—Maga... —Lucas no tenía palabras, no había nada que pudiera decir que cambiara lo que Maga suponía, creía saber. Las lágrimas colmaron sus ojos por la amarga certeza de perder el amor de nuevo y el silencio entre ambos se rompió por esa voz despreciable que resonaba mientras se alejaba.

—Voy a verificar este túnel. Vayan saliendo. Con mi Ok, puedes apretar el botoncito.

Al no recibir respuesta, volvió dos pasos, asomó la cabeza y miró a su gemela.

—Maga.

—Sí.

—¿Me escuchaste?

—Sí.

Lara se perdió por el túnel y cuando Lucas estiró una mano para buscarla, ella lo esquivó. No necesitaba palabras ni traducciones. Lucas seguía buscando a Lara, sin siquiera importarle que ella estuviera allí, a metros nada más. Arriesgó su vida para rescatarla, arriesgó a todos sus hombres, solo por ella, y ahora...

Se limpió las lágrimas mientras caminaba rápido hasta el entresuelo donde estaba la computadora que iniciaría la secuencia de explosiones. Buscó la cámara del acceso al túnel, el que Lara iba a inspeccionar, y esperó a verla aparecer. Movié el control y revisó los interruptores de entrada y salida.

Uno de los soldados llegó corriendo y le habló a Lucas.

—Se activó la alarma exterior del túnel seis. Por lo que pude ver, hay un equipo de extraterrestres viniendo hacia acá.

Lucas levantó la cabeza y miró a Maga, que a su vez ponía en pantalla todas las cámaras de ese túnel. Pudo ver el grupo de extraterrestres, con sus uniformes y cascos, empuñando sus armas mientras avanzaban hacia la bifurcación donde Lara verificaba las cargas explosivas.

—Maga, avísale a Lara que salga ya, tenemos visitas. Cierra las salidas de ese túnel y dile que la esperamos en los móviles. Activa los detonadores. Yo te espero.

—Ok.

Vio a los soldados correr hacia la salida y a Lucas empuñando su arma, listo para disparar. Volvió a mirar la pantalla y acercó el zoom al rostro de su hermana, ajena a todo lo que sucedía. Se calzó el audífono con micrófono y lo conectó al intercomunicador antes de encenderlo. Sin sentarse, comenzó a teclear los códigos de los detonadores y activar la secuencia de explosiones.

Vio a Lara sacar las manos de los explosivos como si quemaran y mirar a su alrededor desconcertada. La carga se había activado en sus manos. Luego giró la cabeza, percibiendo de seguro el sonido de las compuertas laterales a medida que se iban cerrando, marcando el paso de los invasores a su destino final: La carga activada en la intersección del túnel seis, exactamente donde estaba Lara.

—*¿Qué pasa? Maga... ¿Estás ahí?*

Sintonizó otra cámara y vio el equipo de cuatro aliens, tres en formación de punta de flecha y el último atrás, al medio, apurando el paso mientras las pesadas puertas de metal se cerraban con estruendo.

—Sí.

—*¿Qué pasó?*

—Tenemos visitas...

—*¿Qué hiciste?*

—Te dejo con tus amigos. Usa el numerito del striptease, quizás te

salve la vida otra vez.

—¡Maga! ¡No! ¿Qué vas a hacer?

—Digamos que consideraré que, con esto, estamos quedando a mano.

—¡Maga! ¡Por favor, no!

—Que te aproveche, perra...

Terminó de teclear la secuencia, verificó que las salidas posibles del túnel estuvieran cerradas. Apagó el monitor y los parlantes.

Bajó las escaleras con rapidez y se reunió con Lucas.

—¿Y Lara?

—Ya le avisé. Cerré las compuertas del túnel donde están los ex traterrestres. Ella saldrá por la otra salida, tomara el primer móvil y otro nos esperara a nosotros.

—Vamos, entonces...

Maga y Lucas corrieron, él escoltándola por las escaleras, sabiendo que tenían el tiempo justo para escapar de las explosiones.

Piensa. Piensa. Piensa... se dijo a sí misma cuando solo escuchó estática del otro lado de la línea del intercomunicador. Tenía que suponer que la visita a la que se refería Maga eran extraterrestres, que de alguna manera habían logrado rastrearlos hasta allí. Y el sonido ensordecedor de minutos antes, sin duda eran las compuertas cerrándose para acorralar a los aliens, acorralarlos u orientarlos a su destrucción. Volvió a mirar el detonador sobre su cabeza y su instinto le dijo que Maga había tomado una doble decisión: Terminar con la amenaza mientras ella, su novio y su equipo huían. La amenaza invasora y la local: Ella.

Trepó a la pared en el medio de la oscuridad y sobre el intercomunicador encontró la saliente en la que solían esconder una caja de herramientas y un arma, solo por si acaso. Su padre era un gran militar y Alan había visto muchas películas, una gran combinación.

Encendió la linterna y la sostuvo con los dientes mientras intentaba cambiar la conexión del intercomunicador al servidor. Si podía ingresar al sistema podría ver el resto de las pantallas y saber dónde estaban los aliens. *Bingo*. La secuencia de explosiones había arrancado y le quedaban diecinueve minutos antes que empezara, 24 antes que el servidor explotara. Quince para el que estaba sobre su cabeza. Apretó la tecla de tabulación y fue avanzando por las pantallas. No sabía si reír o llorar por tener, una vez más, la razón. El grupo de cuatro alienígenas en formación caminaban por el mismo túnel en el que ella estaba, las compuertas que se iban cerrando los guiaban, con certeza, a la bifurcación donde ella estaba.

No veía nada, nada más allá de las lágrimas, ninguna otra cosa que no fuera su destino, firmado y sellado por su propia sangre, y una sola imagen llenó su mente, latiendo con fuerza propia, desde su interior. Un cielo celeste, mimetizado con el mar, atravesado por la cola de un cometa que le pintaba una

franja naranja, dividiéndolo y uniéndolo en un nuevo color, imposible, increíble, único e irrepetible. La mezcla de dicha y dolor se hizo carne en ella, podía morir en ese instante con la convicción que había conocido el amor, un amor que la hacía plena y completa, como nunca antes se había sentido, que había durado tan poco, horas apenas, pero que valieron tanto la pena como varias existencias enteras que se le pudieran conceder, en este planeta o en otro, en cualquier universo. No le importaba morir porque en la enormidad que nos rodea, que una fuerza superior hubiera puesto en su camino ese amor, esa alma, y ese encuentro, intenso en su brevedad, justificaba por completo lo efímero de su existencia.

Pero no moriría sin pelear, se dijo, limpiándose las lágrimas.
Después de todo, era un soldado y tenía un arma.

Se parapetó contra la pared y cerró los ojos, confiando en sus sentidos, sintiendo más que escuchando, los pasos que se acercaban a ella, las partículas de polvo acumulado estallando con cada pisada sobre el concreto del túnel abandonado. Eran cuatro, si disparaba a las piernas podría lastimarlos e inmovilizarlos, y quizá tendría una chance de escapar. Salir y mostrar sus atributos femeninos en medio de la oscuridad para obtener un salvoconducto no era una alternativa, su gente había destruido la nave y asesinado a todos sus ocupantes, ¿Qué piedad podrían tener con ella? Y RT ya no estaba allí para salvarla.

La duda le apretó el pecho y las lágrimas volvieron. ¿Estaría bien? ¿Habría sobrevivido? ¿Habrían llegado a tiempo a ayudarlo? Escapar de la muerte solo era una opción si él estaba del otro lado, esperándola; de otra manera, quizás la muerte era la puerta necesaria para llegar a estar con él en un lugar donde nada pudiera separarlos. Apoyó la cabeza en el homigón armado de la pared y su mano descansó en su pecho, sintiendo y recordando los latidos de sus corazones, acompasados por la pasión.

El silencio y la oscuridad se rompieron con varios disparos; Lara cubrió su cabeza y se aprestó para responder el fuego, pero un reflejo brillante la

detuvo, una voz entre las sombras avanzó hacia ella con determinación.

—Lara.

Su reacción fue desesperada. Soltó el arma y corrió fuera de su escondite, aun sin saber si lo que estaba ocurriendo era una trampa de su imaginación. RT estaba allí, parado en el charco de sangre fluorescente que se esparcía en el piso polvoriento, manando de la cabeza de los tres soldados extraterrestres. Sus pies volaron sobre los cuerpos para arrojarlos a sus brazos y hundirse en su cuello. Él la abrazó, estrechándola contra su cuerpo. Se destrabó el casco y lo sacó, permitiendo que sus labios se encontraran de nuevo. Lara renunció a su propia respiración, aferrándose a él hasta que todo giró a su alrededor y fue él quien puso distancia entre ellos, cuando ambos jadeaban por un poco de aire. Ella le acarició el rostro y él limpió las lágrimas que dejaban sus ojos, brillando aun en la oscuridad.

—Tenemos que salir de aquí... —dijo ella encontrando algo de fortaleza—. Esto va a volar en minutos.

—¿Volar?

—El refugio está minado. Tenemos menos de 15 minutos para que se inicie la secuencia.

El gesto de RT cambió abruptamente y la levantó de la cintura para apartarla de la sangre que teñía el piso, sangre de sus propios hombres, a los que él había asesinado con su propio puño, por ella.

—Sentí las salidas cerrarse...

—Sí... pero cada puerta tiene un comando manual. Podemos salir, pero vamos a tener que correr. Ahora.

XVII

.Lucas

Volvió a mirar el túnel oscuro y caminó hacia el móvil. Maga estaba sentada, mirando al frente, con las manos apretadas en su regazo. ¿Qué carajo le pasaba a Lara que no salía de allí? Una parte de él lo empujaba a correr de nuevo por los túneles para buscarla, ese complejo de héroe que la pelirroja malvada y desagradecida se empeñaba en frustrar, pero la otra parte, más poderosa en ese momento, la razón quizás, le decía que ni lo intentara. Por preservación de su propia vida, ya fuera por evadir las explosiones en los túneles o la furia de la chica que amaba.

Trepó al vehículo y dio la orden de marcharse.

Encendió un cigarrillo y caminó entre sus hombres para llegar hasta donde Maga estaba sentada, mirando por la ventanilla. Su perfil era hermoso, como si los ángeles lo hubieran modelado. Nunca había tenido algo tan hermoso, frágil y perfecto a su lado, y se cuestionó ser merecedor de tanta belleza, más aún en tiempos de guerra. Con una mano corrió el pelo que le cubría el hombro hasta hacer que la cortina de impecable lacio cayera sobre su espalda, rozando su final. Todo en ella era como si fuera parte del paraíso. Su pelo, sus ojos, su piel; pero por sobre todo, era lo que guardaba en su interior lo que en realidad había enamorado. Su calor, su bondad, su pasión, su entrega incondicional, su lealtad. Mirándola, se preguntó por qué tenía que haber encontrado el amor en el medio de una batalla perdida, pero por otro lado agradeció haberla hallado aun cuando no les quedara mucho más tiempo para disfrutar.

Maga giró la cabeza y lo miró a los ojos. Pudo sentir el amor en ellos y sonrió de costado al pensar como había podido ser tan imbécil toda su vida al haber sucumbido a las mujeres que hacían gala de su maldad y no haber

valorado aquellas que lo habían querido de verdad. Dejó caer la colilla de cigarrillo a sus pies mientras ella se acercaba y recostaba en su pecho, buscando su calor y protección.

XVIII

.Lara

Hizo gala de su cerebro mientras recorrían los túneles, después de haber escapado, repasando el mapa de detonadores que había memorizado. Las explosiones comenzaron detrás de ellos, diagramadas como un sol, para ir estallando desde los túneles, hacia el campamento y las salidas, por lo que podían sentir las intercaladas, más cerca y más lejos, retumbando en sus oídos y sus huesos.

Corrían lado a lado, RT llevándola casi en el aire de una mano mientras ella iba indicando el camino zigzagueante para evitar los estampidos, camino al lugar donde él y sus hombres habían dejado sus motocicletas.

Las detonaciones eran cada vez más ensordecedoras y conmovedoras, Lara temía que la secuencia los alcanzara y ya no pudieran evadirla. Confió en sus instintos y llegaron hasta el final del túnel, donde pudieron ver una luz difusa en el medio de la nada. La entrada estaba camuflada todavía, no se había utilizado, tendrían que correr unos cien metros más hacia el sur para encontrar los móviles.

Una última explosión, casi bajo sus talones, pareció darles el impulso necesario para atravesar el camuflaje de hojas y ramas, saliendo directo al exterior y a la mañana.

Detrás de la línea del horizonte, bajo una capa densa pero entrecortada de nubes grises, los rayos del sol pujaban por amanecer. RT levantó una mano para cubrirse los ojos, con un grito desesperado. Lara retrocedió mientras él caía de espaldas contra la pared exterior. Lo cubrió con su propia sombra, sintiendo apenas el calor del sol en su nuca. Su expresión de terror, de desesperación, la atravesaron como un rayo.

—¡No! —gritó él. Lara le sujetó las manos y lo obligó a mirarla.

—Mírame. Soy yo....

—No puedo... No merezco... Vivir...

—Art... Mírame. Estás aquí por mí, salvándome. Estás aquí por amor. No tienes nada que temer.

—Bésame... —le rogó— Perdóname.

Lara se inclinó sobre él y lo besó. RT respiró su aliento, como si el aire que salía de ella lo sanara, lo salvara. La abrazó hasta fundirla a su pecho y miró de frente el amanecer recibiendo la absolución. En los rayos del sol descubrió el costo de su redención.

RT se puso de pie y arrastró a Lara con él.

—¿Estás bien? —preguntó ella, preocupada. Le alcanzó los anteojos.

—Tengo que sacarte de aquí. ¿Dónde está tu gente?

—A salvo...

—¿Dónde?

Lara dudó un momento, no por temor a que él pudiera descubrirlos, sino porque quisiera apartarla de él.

—En un punto de encuentro.

—¿Tienes las coordenadas? —Ella asintió en silencio mientras él se sacaba su chaqueta y la ponía sobre sus hombros desnudos. Todavía tenía la parte de arriba de su vestido, manchado por el polvo del escape, y no tenía ningún abrigo. Tomó el casco y lo acomodó con cuidado en su cabeza, apartando su pelo y ajustándolo bajo su barbilla. De nada serviría pelear para que no lo hiciera, él iba a hacer todo lo necesario para protegerla, incluso arriesgando su vida.

Corrieron hasta encontrar las motocicletas apostadas contra la pared. Ella tecleó las coordenadas del punto de encuentro que había escuchado de los soldados mientras volvían al campamento. La posibilidad que se encendió en su corazón apuró sus dedos. Quizás él había decidido quedarse junto a ella, morir a su lado; le pediría permiso a su padre para que él se sumara a la

resistencia humana, o buscarían otro lugar los dos solos. Ella no iba a dejarlo y él no la dejaría. Eran uno.

RT subió a la motocicleta y la hizo arrancar mientras ella escalaba tras él, abrazándose a su cintura. Se aferró más a él a medida que aceleraba, el aire que cortaban se convertía en viento y el sabor de la lluvia se anunciaba, dulce e indescriptible. Levantó la cabeza cuando aminoraron la velocidad y las primeras gotas, pesadas, comenzaron a caer sobre ellos.

Los diez móviles robados a los ex traterrestres avanzaban a su máxima velocidad por las autopistas destruidas, rumbo al Sur. RT los fue superando bajo la mirada atónita de sus ocupantes, hasta llegar al primero y ponerse a su par. Los móviles fueron deteniéndose y cuando el primero estacionó, cruzaron la motocicleta delante de los faros encendidos.

Los soldados bajaron, armados, y Lara se adelantó un paso, sacándose el casco y deteniéndolos a todos. Los padres de Lara bajaron del segundo móvil y fue su madre quien corrió al encuentro de ambos, con desesperación. El Líder de la resistencia humana avanzó más despacio, decidido.

—¡Lara!

—Estoy bien, mamá...

Adela estiró un brazo para atraer a RT y estrecharlo en un abrazo imperfecto. En cuanto su padre llegó, ella se soltó y avanzó hacia él. No se dijeron nada. Él la abrazó y hundió la cara en su cabello, como cuando era más pequeña.

—Con unos años menos te hubieras ganado una buena paliza épica por lo que me has hecho pasar.

—Lo sé... lo siento. ¿Cómo está Alan?

—Consciente.

—Papá... —Dio un paso atrás y tomó de la mano a RT para acercarlo a su padre—. Él es RT... es...

Su padre levantó el rostro y miró al ex traterrestre sin una emoción definible, o eran tantas, simultáneas y antagónicas, que no tenían descripción.

—Señor. —RT estiró la mano a modo de saludo y el hombre siguió mirándolo fijo. No hubo tiempo para que retrocediera. Marcos estrechó la mano con firmeza, casi como si fuera un abrazo, pero en su esencia todavía no podía permitirse eso.

—Gracias por salvar a mi mujer y a mis hijas... Y a mi hija... en todos los sentidos. —Las mejillas de Lara estallaron en colores y Adela se acercó sonriendo.

—Podemos hacer una cena de presentaciones formales cuando lleguemos a nuestro nuevo hogar... pero ahora deberíamos marcharnos.

Se unió a su esposo y en un abrazo sencillo caminaron los pasos que los separaban de su móvil. Lara buscó la mano de RT y quiso avanzar, pero él no lo hizo.

—Ven...

—No voy a ir con ustedes, Lara. —Todos giraron, Lara incluida, sorprendidos por esa actitud.

—¿Qué?

—Tengo que volver... cubrir su rastro para darles tiempo para llegar a su nuevo lugar e intentar convencer a mis líderes que ustedes han desaparecido.

—¡No!

—No hay otra alternativa. No puedo dejar que envíen a los ex terminadores.

—Si es el fin, te quiero conmigo, no me importa.

—Que no vivas no es una alternativa para mí.

—No es vida si no estoy contigo. No me dejes. —Él la abrazó y ella se aferró con todas sus fuerzas a su cuerpo, mientras la lluvia comenzaba a descargarse copiosa sobre ellos, llorando su despedida—. No me dejes.

—Nunca te dejaré.

—Sí... lo vas a hacer. —Ella levantó la cara para mirarlo, lágrimas y lluvia mezclándose en sus ojos, en su piel.

—Volveré...

—¿Y si no te creen? ¿Y si saben que nos ayudaste a escapar? ¿Y si te envían a otro lugar en el Universo? —Sus últimas palabras salieron ahogadas en los sollozos de la desesperación. No estaba preparada para despedirse, dejarlo y arrancarse el corazón para que se lo llevara con él. No podría vivir así. Hundió la cara en su pecho y lloró la mezcla de dolor y furia, frustración e impotencia, que vibraban en su corazón. Él le levantó el rostro con la mano enguantada y sonrió, el brillo de sus ojos traspasando el cristal de sus anteojos.

—Mírame. —Lara apretó los ojos y quiso apartarse, pero RT la detuvo.

—No.

—Lara...

—No quiero perderte... no ahora...

—Te prometo... te juro... por lo sagrado de este amor, que volveré... que te buscaré. Pero necesito salvarte... Salvarlos...

—¿Cómo sabrás dónde estaremos?

—Te encontraré.

—Entonces ellos también podrán... y quizás sea el final antes que volvamos a estar juntos... —Él sonrió confiado y ella quiso cachetearlo—. No quiero sobrevivir sin ti a mi lado.

—No me estás escuchando... —Tomó su mano y apoyó ambas entrelazadas sobre su corazón—. Estoy aquí, en ti... Nada podrá separarnos.

—Demasiado poético para mí.

—Tú eres mi poesía...

—Y tú mi vida. No me dejes... Me voy a morir... —Y rompió a llorar otra vez. RT la consoló un momento, acariciando su cabello.

—¿Confías en mí? —Lara no se movió de donde estaba y él volvió

a preguntar lo mismo. La separó de él y se inclinó, buscando su mirada—.

¿Confías en mí?

—Sí.

—Entonces hazme caso.

—No quiero.

La tomó de nuevo entre sus brazos, apretándola contra su cuerpo y la besó, desesperada y apasionadamente, y en esa despedida, enhebró cada fibra de su ser en ella, como cada vez que habían fundido sus cuerpos, sus almas se entrelazaron en una unión que iba más allá del fuego de la pasión física, más que un deseo mental, algo profundo y superior que los anudaba para siempre, completa y de manera indisoluble. Ella claudicó en sus pedidos, entregó su estandarte y declaró perdida esa batalla. Se rindió al invasor y se sometió a sus designios, que en ese momento eran para salvarla. Él susurró contra sus labios cuando el final llegó.

—Promete que me esperarás.

—Hasta el último latido de mi corazón.

—Suenas bien para mí.

—Te amo. —Ella se separó para mirarlo y vio un destello plateado caer por su rostro. En ese momento sintió que era la última vez que lo vería.

—Yo también. Más de lo que las palabras pueden expresar.

—Promete que harás lo imposible para volver a mí.

—Aunque se lleve el último latido de mi corazón.

—Antes por favor... —Se fundieron en un último beso que terminó con la tormenta.

Lara lo liberó de sus brazos y se quedó parada allí. RT levantó su rostro una vez más para memorizar sus facciones y besó con delicadeza su frente, sus ojos y sus labios, en una muda despedida. Antes que fuera demasiado tarde, él montó su vehículo y sin mirar atrás, la rodeó para retomar la autopista, de

regreso a la ciudad.

Lo vio desaparecer y solo cuando de su imagen quedó una estela de vapor, se derrumbó de rodillas, abrazándose a sí misma, como si en el medio exacto de su cuerpo, que era donde su ausencia más dolía, fuera el único lugar al que aferrarse para sobrevivir. Sus lágrimas se mezclaron con la lluvia en la tierra fértil en el medio de la nada.

Libro IV

La luz que me guía

El brillo del sol atrapado en nuestros corazones
podrá elevarse de nuevo
Pero yo estoy perdido, quebrado, frío y confundido
con ninguna luz que me guíe dentro mío

Oooo

Tu eres la luz que me guía

Oooo

Matt Bellamy ~ Muse

|

.Lucas

Faltaba una hora para el alba. Era la última parada antes de llegar a su destino: El campamento en San Martín de los Andes.

Había una satisfacción diferente en él cuando veía el amanecer ahora, porque la mujer que amaba estaba en sus brazos y se había encendido una esperanza que parecía perdida en los últimos cinco años; y un poco antes también. Había un optimismo descarado en él, extraño en su naturaleza descamada, fría; nunca se había sentido así. El mérito, otra vez, lo tenía el ángel que ahora buscaba su mirada.

—¿Qué estás pensando?

—No sé si merezco sentirme así...

—¿Así cómo? —Se excusó con el cigarrillo en los labios para no responder, no porque no quisiera, sino porque no sabía cómo poner tantos sentimientos en palabras. Tan hábil con las amas, tan torpe con el alma. Pero se esmeraba en todo momento por demostrar con hechos eso que lo desbordaba, aunque nunca sabía si era suficiente. Entonces lo soltó.

—Sabes que te amo, ¿Verdad? —Maga volvió a levantar la cabeza y lo miró con una expresión que transitó la sorpresa, la emoción y el desconcierto. Esa última lo asustó. —¿Qué? ¿Te queda alguna duda?

—No... Es solo que... —Sí, tenía dudas. La sostuvo de ambos brazos, apartándola un poco para poder mirarla bien de frente y sin manera de evadirse.

—¿Qué? Dilo, Maga. Si vamos a estar juntos, necesito saber qué piensas y qué sientes. No soy muy hábil adivinando los estados emocionales de las mujeres y eso me ha costado más de un dolor de cabeza.

Maga bajó la vista y enarcó una ceja, como si por ese lado viniera

el problema. Lucas presionó un poco en su agarre y Maga inspiró, tomando valor.

—Todavía necesito saber por qué fuiste a buscar a Lara.

—¿Por qué?

—Sí.

—Tú sabes por qué.

—Si es por la razón que yo pienso, con ella de vuelta aquí no voy a sentirme muy... —arrugó la frente, como buscando la palabra adecuada. No la encontró. El silencio que la envolvió era doloroso y clamaba a gritos la más desnuda de las verdades. Lucas lo sabía y así lo hizo: Desnudó su verdad.

—Esta guerra de mierda me puso de frente con los sentimientos más bajos de mi ser: odio, venganza, dolor. Mientras más peleaba, más cerca estaba de lo más sucio en mí, regodeándome en lo perverso, llenándome de satisfacción con cosas como la muerte y la sangre. Si lo que teníamos antes de la guerra se llamaba humanidad, esta se enterró para ayudarme a sobrevivir. No es que antes fuera un dechado de virtudes, pero yo tampoco era así —Maga quiso abrir la boca para interrumpirlo pero él no la dejó. La acercó a su cuerpo, acercó su boca a la suya y habló contra sus labios intentando no dejar de mirarla—. Entonces apareciste en mi vida y todo cambió. Todo. Mi foco de interés, mi desesperación, mi necesidad, todo aquello que creí perdido, olvidado, despertó. Y lo que no existía, nació.

Maga levantó ambas manos para enmarcar su rostro y obligarlo a callar con un beso suave, pausado, profundo. Se abrazaron con fuerza y teniéndola así, casi fundida a su cuerpo, envuelto en su perfume, habló muy bajo.

—Entonces, cuando todo lo que había volvió a salir a la superficie, cuando volví a sentir, cuando descubrí las sensaciones y los sentimientos que había en mi interior, esperando por alguien como tú, tuve la necesidad de ser mejor. Tú me hiciste ser mejor. Si hasta ese momento ser un renegado solitario era suficiente para sobrevivir, ahora mi lucha se multiplicaba por dos. Ser mejor de lo que ya era... para merecerte... —Maga sollozó en silencio, lo supo porque la sintió

vibrar en su pecho, apretar el abrazo y respirar húmedo. Deslizó el rostro sobre el de ella, arrastrando sus lágrimas, y la forzó a echar la cabeza hacia atrás para mirarlo—. Lo hice por ti y por todos aquellos que significan algo para ti.

Lucas le limpió las lágrimas y esperó su respuesta, su reacción. El momento se esfumó con una presencia alrededor. Bajó una mano hasta el arma que todavía tenía en el cinturón. Se detuvo al escuchar la voz.

—Tranquilo, soldado.

El líder de los rebeldes, casualmente su futuro suegro, con su voz grave y profunda, no solo tensó todos sus músculos y alteró sus nervios, sino también los de Maga. Hubo un murmullo alrededor que les dijo que ya no estaban solos, y cuando se separaron pudieron apreciar que toda la gente que ocupaba los móviles en los que se desplazaban, estaban congregados alrededor. Cuánto tiempo hacía que estaban allí, mientras ellos dos seguían en su burbuja romántica, era un maldito misterio.

—Lo siento —dijo Marcos cuando ellos se apartaron. El hombre tenía el brazo izquierdo sobre los hombros de su esposa y a su otra hija a la diestra. Lara los miraba con una expresión vacía, aunque la incomodidad transpiraba por sus poros. ¡Dios! Si Maga pudiera estar un momento en su interior para poder sentir todas las "no sensaciones" que su gemela producía en él, teminaría con sus dudas en un instante. Sostuvo un segundo la mirada en los ojos de la otra y de inmediato volvió al Líder del campamento.

—¿Ya tenemos que irnos?

—En un momento. Antes... Necesito hablar contigo. —Lucas miró alrededor de nuevo, ¿Qué era eso? ¿Una audiencia? Tuvo la sensación que no iba a ser una conversación privada. Maga se acercó hasta que sus brazos se rozaron y sus dedos, por propia inercia, se entrelazaron.

—Usted dirá...

—No he tenido tiempo para agradecerle la iniciativa de rescate que

llevaste adelante, que fue un éxito rotundo en todos sus aspectos y logró rescatar sanas y salvas a todas las mujeres.

—Gracias.

—No me alcanzarán nunca las palabras para darte las gracias desde lo personal, por traer de nuevo mi vida...

Marcos tuvo que callar y el silencio se hizo más pesado entre todos. En un escaso segundo, y con tan pocas palabras, Lucas comprendió cuál era el destino que Marcos buscaba cuando llegaron al campamento en el sur. Lo supo porque él había sido igual durante los cinco años de ocupación: Desalmado, solitario. Suicida. Su misión concluiría llevando a su gente a un lugar que consideraba a resguardo y después dispondría de su vida. Los dos habían perdido el sentido con la guerra y esa misma guerra les había dado una razón para seguir. Pelear por sobrevivir, un día más para Lucas, por la familia que le quedaba para Marcos. Encontrar a Maga, recuperar a Adela y las niñas, fue lo que de alguna manera les devolvió la esperanza, aunque quizá perecer o perder doliese más mañana. Pero valía la pena vivir el ahora y esperar un mañana. Lucas abrazó a Maga, imitando la posición de Marcos. Todos sonrieron. Todos menos Lara.

La tensión en ella era palpable, su postura gritaba que no quería estar allí, entre muchas otras cosas más.

—Lara también desea darte las gracias.

No, no era cierto. La muchacha se cruzó de brazos y lo miró con un nivel incalculable de rabia en sus ojos dorados. Marcos apoyó su mano derecha en el cuello de su hija y la tensión se reveló en todo su cuerpo, la lucha interna, evidente. Finalmente habló.

—Gracias, Lucas —La mano de Marcos se movió y Lara estiró el cuello. —Gracias por ir a la nave y rescatar a mi familia.

—Y a ti también...

—No. Yo no necesitaba ser rescatada. Yo quería estar allí.

—Lara...

Lucas puso los ojos en blanco, fastidiado, resoplando porque no necesitaba eso, ni el agradecimiento público ni el desplante de la reina del hielo.

—Lo que sea, Lara. Está hecho...

—Claro que está hecho. Y RT tuvo que irse para cubrir nuestro rastro, para salvar el desastre que hicieron. Mataron inocentes...

—¿Inocentes? —Ex plotó finalmente —Ninguno de esos hijos de puta eran inocentes. Y el tipo que estás defendiendo, menos que ninguno. Si estaba al mando de esa nave, tiene manchadas las manos con la sangre de los nuestros. ¡La de tu hermano entre ellos!

—Yo no tengo que escuchar esto... —dijo ella, intentando una salida dramática.

—¡Sí, tienes que hacerlo!

Cuando Lucas avanzó y estiró el brazo libre para detener a Lara, haciéndola girar sobre sí y poniéndola de frente, no solo de él sino de Maga, todos inspiraron y contuvieron la respiración. La reacción era inesperada, él lo sabía, todos estaban esperando otra cosa, pero si no ponía las cartas en la mesa allí mismo, la situación se tomaría insostenible con la futura convivencia, el tiempo que durara, y él era muchas cosas, pero no un mártir. Los ojos de Lara brillaban furiosos y Maga temblaba a su lado con la mano abierta y el brazo tenso; si todavía estaban conectados era porque él la agarraba con fuerza. Así, por él, con él en el medio, estaban conectados los tres.

—Suéltame... —dijo Lara entre dientes.

—Permíteme patear tu ego: la razón por la que fui a buscarte es por tu parentesco con Maga. Nada más.

—Sí, claro... *Nada más...*

Esta vez nadie se animó siquiera a respirar. Lucas evaluó la profundidad de sus ojos, el brillo en ellos. Ese brillo lo suavizó.

—Tienes razón, hay algo más. —Maga intentó soltarse pero él la sostuvo más cerca—. Puedo no ser militar ni hijo de uno, pero tengo códigos, tengo honor, y yo no dejo a ninguno de los míos olvidado atrás. Y en la noche, más de una vez, sé que hemos peleado codo a codo. Fui a esa nave a buscar a la hermana de mi chica, pero también a un compañero de armas.

Lara no pestañeó, mantuvo los ojos muy abiertos, lagos dorados centelleantes. La represa de su dolor se rompió, se quebró con esa última palabra, y se deslizó en una lágrima, cristalina y salada. Entendió su dolor y también su esencia. No eran muy diferentes, quizás ella no podía expresar sus sentimientos de otra manera, no sabía cómo hacerlo, y quien había llegado para enseñarle, ya no estaba. Y por todo eso, muy en lo profundo sabía que él reaccionaría igual que ella, azuzado por la pena.

Lucas soltó a Lara y abrazó a Maga. Hubo agradecimientos personales y muestras de afecto del resto de la gente, que poco a poco fue subiendo a los móviles, a medida que el sol se levantaba en el horizonte. A su turno de subir al vehículo, dejó escalar primero a Maga y esperó en el estribo a que los rezagados tomaran su lugar. La figura de Lara, recortada contra el albor del sol, giró sobre sus pies y corrió para subir de un salto al último móvil.

Se miraron un instante, el que alcanzó para que ella, con una sola seña, le diera su mudo "Gracias".

Y sí. Era un hecho que ese día tampoco tenía ánimo para levantarse. Un cuadradito más para tachar en el calendario, si ese existiera. Cambió de posición una vez, dos veces, hasta que quedó con los ojos clavados en el techo. Los días se arrastraban como un áspid sigiloso que rondaba su cama, una amenaza latente. El paso del tiempo no traía alivio sino angustia, ya no desesperación sino desconsuelo. Su cuerpo se sentía aún peor que su alma. Su apetito se había desvanecido junto a su voluntad de vivir y lo poco que comía, forzada por su madre, lo vomitaba sin poder evitarlo. Dormir tampoco era para sosiego, los sueños y las pesadillas se mezclaban, recuerdos de lo que fue por segundos y miedos de lo que pudiera pasarle, porque su única preocupación era él. No podía evitarlo.

Noche tras noche, el tiempo pasaba, perdiendo sentido para ella.

Cuando la noche no era una báscula pesada apoyada en su pecho y podía inspirar un poco más profundo, se animaba a escurirse tras los soldados, enfundada en una chaqueta de frío que la mimetizaba con el entorno, aunque no la hacía invisible. Todos sabían que estaba allí y tenía custodia siempre.

Trepaba por un camino escarpado de la ladera, peligroso y resbaloso, pero la adrenalina del riesgo le daba alguna sensación de vida a su cuerpo. Allí había una saliente con vista privilegiada al despliegue de milagros que el Creador había desparramado en esos parajes del sur.

Nunca había sido muy religiosa y su esencia rebelde la empujaba en marcha forzada por el camino de las sombras, lejos de la virtud. “Las chicas buenas van al cielo, las chicas malas a todos lados” había sido el *lei motiv* de su vida, hasta que se cruzó con un ser que solo había podido ser creado por algo superior y quiso ser buena para merecerlo y tenerlo. Y lo tuvo, solo para perderlo y

encontrarse a sí misma en el límite exacto en donde cabía la pregunta del sentido de su vida.

Su vida tenía un sentido aunque estuviera asustada de aceptarlo.

Miró hacia arriba, no por invocación religiosa sino porque suponía que él estaba allí, y de cara al viento helado que se clavaba en su piel, vio las nubes moverse en extraña anarquía.

Su mente estaba con RT, así como su corazón, sus recuerdos, toda ella. Trataba de imaginar qué caminos había decidido seguir, repasando con la imaginación sus pasos después de dejarla. Habría vuelto a su nave destruida y encubierto su huida con la destrucción del campamento. Quizás un parte de batalla diera cuenta de la eliminación definitiva del último bastión de resistencia humana y se hubiera dado comienzo a los trabajos de reconstrucción del planeta. ¿Sería eso la causa de ese viento extraño que siempre venía del norte? Jamás se detenía. De día y de noche, las nubes dibujaban extrañas formas en el cielo, desapareciendo rumbo al sur.

El aire se sentía diferente, mucho más parecido al que se respiraba en la nave extraterrestre, aunque quizás era solo porque estaban en un lugar que no estaba contaminado como la ciudad, sin tizne de polvo y pólvora.

Como cada noche, en su cama o en ese peñasco, hizo un inventario mental de todos los recuerdos que guardaba de él, del primero al último, no omitiendo ninguno. ¿Cuánto tiempo más podría sostener esa misma rutina sin volverse loca?

Volvió al campamento con la primera luz del día, antes que los soldados regresaran. No le sorprendió ver a su madre sentada en su cama, con los brazos cruzados.

—Saliste de paseo.

—Ajá.

—¿Cómo te sientes?

—Cansada... —dijo mientras se quitaba el abrigo, buscando que se compadeciera de ella y se fuera.

—Ven a comer.

—No quiero, mamá. Quiero dormir.

—Tienes que alimentarte.

—No... tengo que dejar de vomitar, y si como algo, es lo que haré.

Me destruye.

—En un mes seguramente pasará pero no por ello puedes dejar de comer.

Dejó la chaqueta colgada y miró a su madre de costado. El sabor ácido en su saliva era producto de esas náuseas que la asaltaban sin horario preestablecido y era uno de los síntomas que le hacían suponer, como a su madre, cuál era la razón de su malestar.

—Hay una sola manera que esto se acabe.

—Estás embarazada.

Sip... era eso. No es que llevara un control exhaustivo de su período antes de estar con RT, eso era algo molesto que iba y venía sin mayores complicaciones para ella, no necesitaba la excusa de la menstruación para ser ciclotímica o estar de mal humor. A la primera sospecha, la mezcla de emoción, temura y terror la inmovilizó. Embarazada, de un ex traterrestre, sola. Todas las combinaciones para la tragedia perfecta.

—No lo sé, mamá...

Adela enarcó una ceja como única respuesta y Lara se dejó caer en la cama como declaración de derechos. Quería dormir y no despertar, salvo que llegara su príncipe azul, caballero de brillante armadura, amaneciendo en él con un beso.

—No te preocupes. Todo saldrá bien.

—¿Has visto algún embarazo... de este tipo?

—No, pero sé que los híbridos llegan a buen término, son prácticamente iguales a los humanos, y en cuanto a ellos he sobrevivido a varios, múltiple incluido.

Lara apretó los labios sin abrir los ojos. Su hijo no era un híbrido. *Bueno sí*, pero no le gustaba la palabra, era un ser maravilloso surgido del amor con un ser único y fascinante. Las lágrimas se escaparon entre sus pestañas para perderse en su pelo, derramadas sobre su sien.

—Tú eres la experta.

—Y como tal te digo que tienes que comer. Si no quieres salir, te traigo lo que quieras, pero tienes que alimentarte. —Suspiró resignada, su madre no iba claudicar. Se incorporó y se limpió la cara. Adela la abrazó y ella dejó salir su angustia, anclada en el peor de los sentidos. Se sentía tan sola...—. Embrazadas también estamos más sensibles, así que no reprimas las lágrimas, sacarlas te va a hacer bien.

—Sí... seguida... además de famélica voy a terminar deshidratada.

—Vamos. Te voy a hacer algo rico y tengo escondido algo que te va a encantar.

—¿Chocolate? —dijo con súplica de niña pequeña. Adela se puso de pie riendo y la arrastró fuera de la cama. Era maravilloso como la mujer que le había dado la vida encontraba divertimento en su tragedia personal.

Lara se ató el pelo en una cola de caballo y vio su reflejo al pasar en un espejo. Estaba pálida y demacrada. Su madre tenía razón, si cuanto menos no lo hacía por ella, debía hacerlo por la vida que llevaba en su interior. Si no podía tener a RT junto a ella, por la razón que fuera, su hijo, porque sería un varón y tendría sus ojos, sería el motor que necesitaba para seguir adelante, el tiempo que les quedara.

Se abrazó a su madre y juntas llegaron al salón comedor.

De pronto parecía haber muchísima más gente de la que recordaba. A los que ya vivían en su campamento, se sumaron las mujeres que habían huido de la nave junto a ella. Quién sabe si era la decisión correcta. Al llegar al sur, encontraron otro foco de resistencia terrestre, mucho menos armada y organizada, pero con más elementos masculinos para sumarse a la lucha.

Adela confiaba en que, ya fuera por intervención de RT o por la tradición de los Caballeros de Xydonia, se les concediera la oportunidad de recrear la civilización de terrestres para los tiempos que vendrían. Pronto llegarían los Predecesores y habría un reencuentro de culturas que les permitiría reiniciar la humanidad en el más amplio sentido, por tercera vez en su era.

Marcos, por su parte, mantenía su ejército para seguir dando batalla. Dudaba en la capacidad de persuasión de su yerno de otro planeta, aunque en secreto esperaba que el muchacho regresara por su hija. Siempre había estado seguro que Lara sería la que llevara el novio más extraño a su casa, pero nunca pensó que se animaría a tanto. Y como no podía ser de otra manera, las dos habían elegido líderes en lo suyo, como parte de un mandato genético.

Maga y Lucas continuaban con su relación. Aun cuando mantenían las formas en la mesa familiar, se los veía cercanos e íntimos. Disfrutaban del día a puertas cerradas y de los momentos de esparcimiento general sin la intervención de Lara, que pasaba casi todo su tiempo encerrada en su habitación. Una bendición.

Alan se había recuperado por completo bajo el cuidado de su madre y Cecilia, a la primera persona que llamó cuando recobró la consciencia. Y por supuesto, los mimos de sus hermanas menores. Él fue el primero que levantó la vista y sonrió al verla. Florencia y Danna corrieron para abrazarla y la escoltaron lado a lado para sentarla junto a su hermano.

En el otro extremo de la mesa, Maga apretó los labios y bajó la

mirada. Lucas saludó inclinando la cabeza y volvió a su plato de comida.

—Hola, belleza —dijo Alan, sorprendiendo a su hermana con un beso en la mejilla. Él no era adepto a las manifestaciones de afecto y ella no solía recibirlas, ni de él, ni de nadie. Lara se sonrojó y enredó los dedos en su mano más cercana.

—Hola. Me alegra tanto verte de pie.

—No lo hubiera logrado sin ti... —Ah, eso era, agradecimiento por la sangre. Bueno, *peor es nada*, pensó para sí misma, minimizando el comentario al encogerse de hombros.

—Tienes que comer...

—Estás tan delgada...

—Tendrías que dormir más y no salir a la noche, no es seguro para...

Las voces de su familia se convirtieron en un zumbido en sus oídos y ya se estaba arrepintiendo de haber abandonado el cascarón. Apoyó los codos en la mesa y se tapó la cara con las manos, gesto suficiente para que su madre saltara de su silla y comiera a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí, mamá. Solo me duele la cabeza.

—Otra cosa que desaparecerá como por arte de magia —dijo palmeándole el hombro e ignorando la mirada fulminante de su hija.

—¿Desaparecer?

—¿Qué tienes, Lara? —dijo Florcita, preocupada, rodeándola con el brazo como si pudiera darle consuelo.

—Nada... —masculó entre dientes, intentando mitigar el punzante dolor y las ganas de matar a su madre.

—Nada, amorcito... Lara va a tener un bebé.

—¡Un bebé! —gritó la niña, rompiendo cualquier código de silencio o secreto que Lara quisiera aplicar a su estado. Todos en la mesa y las de

alrededor giraron para mirar a Flor, que se puso de pie en la silla y empezó a gritar como loca—. ¡Voy a ser tía! ¡Voy a ser tía! ¡Ya no seré la más pequeña!

Lara quiso enterrar la cabeza como un avestruz en la mesa, mientras toda la gente se acercaba a saludarla, felicitarla, algunos ignorando quién era el padre de la criatura, algunos otros imaginando quizás, un triángulo a la vieja usanza entre las dos gemelas y el naciente líder, ex Renegado. Mirar a su costado significaría encontrarse con la mirada atónita de su hermano y su secuencia de preguntas implícitas, o peor aún, con su padre y su moral castrense, pero girar la cabeza al otro lado le hizo encontrar una realidad por completo diferente.

Lucas y Maga la miraban desencajados, él porque de seguro repetía en *slow motion* la escena del rescate, ella en brazos del Comandante de la nave extraterrestre, ella defendiéndolo, rogando por su vida. Pero la mirada de su hermana fue tortuosa para ambas. Había algo más en sus ojos, que no era el eterno odio que ostentaba y del que era por completo merecedora, o la repugnancia que estuviera embarazada del enemigo, de los invasores, los asesinos de su hermano, sino algo más.

Quiso huir, desaparecer y alegar el malestar de siempre la habilitó a abandonar la mesa con una bandeja llena de comida. Así lo hizo.

Entró a la habitación y arrojó la bandeja sobre el mueble donde guardaba su ropa. Se dejó caer boca abajo en la cama, abrazando la almohada para que su llanto no se escuchara. Tenía la angustia atascada en la garganta y le vendría como los dioses una sesión de llanto desconsolado, de esas que la dejaban agotada. Quizás hasta podría dormir.

Con o sin lágrimas, los engranajes de su mente no se detuvieron. Como mirándose en un espejo, diseccionó cada una de las facciones de su hermana para adivinar que escondía. Asco, odio y vergüenza eran bastante fáciles de descubrir, frustración por la no concreción de su plan para matarla, y con esta noticia volvía a ponerse en el centro de la atención. Podía ser la razón.

Se incorporó y miró la bandeja de comida. Su apetito estaba debatiéndose si volver por un rato o marcharse del todo, asustado por tentar a los demonios vomitivos. Sonrió con tristeza, por lo menos su humor no se había marchado solo se había vuelto un poco escatológico; esa era una buena señal, hasta que tres golpes resonaron en la puerta.

—¿Quién es?

—Magalí.

Las compuertas del Salón de Conferencias de la Nave Madre *Amiens* se abrieron y RT ingresó en su uniforme de gala, custodiado por dos soldados armados. El salón tenía un estrado con 15 líderes sentados, tres de los cuales eran a los que él debía reportarse, los que habían comandado la Misión 1789 de Conquista, la tercera en el planeta conocido como la Tierra. Pudo ver algunas personas al ingresar pero no pudo identificar a nadie de espaldas.

Durante doce días se habían escuchado todas y cada una de las declaraciones, en calidad de testigos, de los tripulantes sobrevivientes a la masacre comandada por el grupo de humanos rebeldes en misión de rescate de las mujeres de su especie. Doce días ex tenuantes donde se había escuchado con lujo de detalles los acontecimientos que, por supuesto, incluía la llegada de Lara a la nave y su inocultable relación con el Comandante de la nave. RT estuvo presente en todas las declaraciones sin poder refutar una sola palabra. No se admitía defensa alguna en este tipo de juicios, aunque a veces se permitía una declaración antes del final. Y el día había llegado.

Los dos guardias lo siguieron hasta el estrado y él tomó su lugar, de pie en el púlpito de acusados, con la frente alta, las manos cruzadas a sus espaldas, una de ellas enguantada aunque ya no fuera necesario. Su prótesis de emergencia había sido reemplazada con éxito y la que tenía era tan funcional como su verdadera mano, pero él conservaba el guante, no solo como recordatorio personal de lo que había tenido que vivir, para que sus congéneres supieran lo que fue capaz de sacrificar, sino porque ese guante conservaba, como ninguna otra cosa en él, parte de Lara: sus lágrimas en la despedida. Apretó la mano para tratar de encontrar en el guante algo de la fuerza que esa frágil humana guardaba en su interior.

Escuchó en silencio la mención de su identificación, rango y posición. Luego la pregunta clave.

—¿Cómo se declara?

—Culpable.

Hubo una pequeña conmoción en la sala, que duró lo mismo que el fogonazo de un fósforo encendiendo la mecha en un polvorín.

—Conoce perfectamente las consecuencias de su declaración.

Reconociendo su culpabilidad este juicio es absolutamente innecesario. —MB habló con la fuerza y contundencia de siempre. Su líder directo era el que sentía la traición más profunda y quien quizá, dependiendo del resultado de ese juicio, debería enfrentar su propia Corte Marcial.

—Si me permite, quisiera hacer un último descargo.

—No se lo permitiré. Defraudó a la Armada y a todos sus congéneres, deshonoró las tradiciones que hemos mantenido durante centurias, humilló y abandonó a sus compañeros de armas, mintió deliberadamente, ocultó información vital para la misión, utilizó los instrumentos y personal del Ejército para su uso y conveniencia personal. Perdió el sentido de unidad... —Por suerte para él no se había divulgado los tres asesinatos a sangre fría, por la espalda, de sus tres soldados para rescatar a Lara. Inspiró justificando sus crímenes por amor
—... pero encontré mi conciencia... encontré mi alma...

El salón quedó en silencio, incluido MB.

—No encuentro ese argumento suficiente para condonar la pena.

—No estoy buscando eso... pero quisiera exponer, en mi caso, las falencias de los procesos de Conquista y lograr la realización de un replanteo de la educación de las generaciones futuras.

MB se puso de pie, apoyando ambas manos en el estrado, mirándolo con furia. RT sonrió de costado. Había destapado la caja de Pandora en su líder. Lo que el amor había logrado en él, en MB lo había conseguido el desafío a la cultura y la tradición, a los valores pre-impresos y transmitidos de generación

en generación.

—¿Usted? ¿Usted pretende hacer un planteo de falencias en los procesos de Conquista?

—Tener una relación más estrecha con las mujeres de este planeta me hizo...

—¿Tuvo relaciones carnales con una humana y pretende enseñarnos que ese es el mejor camino para conseguir salvarlos?

—No. Pero no sé quién nos dio a nosotros el título de "Salvadores"... quién nos asignó esa función en el Universo. Nosotros cometimos errores como el resto de los planetas, pero lejos de subsanarlos, nos erigimos sobre ellos para justificar nuestra subsistencia. Quizás lo que nos pasó era la condena a esos errores, a no cuidar y defender lo que se nos había dado como un regalo, desde la naturaleza hasta el género femenino. Destruimos lo máspreciado de nuestra propia especie y...

—Y entonces... —dijo el líder ex traterrestre, irguiéndose en toda su altura y enfrentando a RT, subiendo el tono de su voz—. Entonces, colaboramos para salvar esos planetas y...

—Y nunca se nos ocurrió pensar si esta rutina sistemática de destrucción y degeneración no será la herencia genética que estamos dejando en estos planetas, grabados en nuestro ADN, transmitiéndose de líderes a líderes, esparcidos en las nuevas generaciones humanas. Que la ambición de poder y conquista sea el legado en los híbridos que creamos en cada uno de los planetas, que reconstruimos y regeneramos, una y otra vez.

Un nuevo murmullo llenó la sala y MB carraspeó, mirando a sus costados, moviendo la cabeza con lentitud, con aire preocupado. Su preocupación podía ser el halo de su salvación, si sus ideas encontraban un caldo de cultivo entre los líderes presentes.

—Usted sedujo a la humana con las técnicas utilizadas entre ellos, brindándole un ambiente conocido al que ella sucumbiría y...

—Tuve una cita, le di libertad para elegir y ella me eligió a mí, me honró con el regalo de su cuerpo y su amor. No hubo necesidad de reprogramación como con el resto de las mujeres. Podemos querer engañarnos y alimentar nuestro ego, creyendo que ellas nos reconocen como salvadores, caballeros medievales que llegan para rescatarlas, cuando la única verdad es que somos desesperados híbridos que no nos resignamos a desaparecer... —De nuevo la conmoción y el silencio, la reflexión y ponderación de una situación sin precedentes.

—Lo suyo carece de vergüenza...

—Lara me dio un nuevo nivel de conciencia, de pasión, de necesidad...

—... una adicción...

—Si lo quiere llamar así. El chocolate también es adictivo y no por ello es malo.

—Cualquier cosa que produzca adicción es mala.

—No el chocolate... no el amor...

—Usted ha sido víctima de ello, debe poder reconocer que distrajo sus sentidos, que lo llevó a incumplir su deber. Su mente se disparó a otros lugares y lo desenfocó de su misión. Eso puede considerarse correcto.

—No. Pero me dio un nuevo nivel de comprensión, en el cual la invasión y la conquista no son la solución. Me dio la posibilidad de reconoceme imperfecto, débil pero con una fortaleza derivada de la pasión capaz de hacerme salvar el mundo solo, constructivo, capaz de amar y ser amado, no desde un estado servil o de esclavitud, sino por mutua decisión. Y no quiero volver atrás.

—Esto es una corte marcial... no un *Talk Show*... —RT arqueó una ceja y miró al resto de los líderes, que lo observaban inamovibles en su gesto y posición. Tenía toda su atención, aunque no pudiera distinguir en cuál de ellos su discurso había calado. El silencio no era una buena señal pero sus argumentos habían terminado. Se había mostrado tal cual era ahora, les estaba mostrando la cara de la nueva generación que se produciría fuera de los cánones establecidos. Tenían una encrucijada ante ellos y él era la representación de un nuevo camino,

desconocido, y eso siempre daba miedo. Lo viejo es seguro, controlable, manejable, nunca más acertado en su propia especie. En esos líderes estaba la decisión, no solo de salvar su vida, sino dar un cambio de dirección a su Civilización. MB relajó su postura pero no volvió a tomar asiento. Con la misma voz calmada de siempre repitió los cargos—. ¿Cómo se declara?

—Culpable.

Todo estaba dicho. Los líderes se retirarían para su deliberación, no había posibilidad de empate en la votación de los miembros de la Corte Marcial. Los guardias le indicaron amablemente que debía descender del púlpito de acusados y esperar en la recámara la decisión.

Después de tomar declaración a los testigos, todos los tripulantes de la nave de ocupación *Nantes* y del Comandante mismo, en la investigación y proceso sobre los hechos sin precedente ocurridos durante el final de la ocupación en el planeta Tierra, el tribunal de Líderes se puso de pie para retirarse a la deliberación de la sentencia y condena concluyentes en ese juicio.

MB, el Líder al que respondía directamente el Comandante RT, fue el último en dirigirse a la puerta lateral que conducía a la Sala de Jurado.

—Señor, ¿ Puedo tener una palabra con usted? —MB se detuvo y miró al lugar de donde provino la voz en la cámara vacía. Los dos se sintieron en el espacio, en la conmoción habitual de un momento único en la vida de uno de ellos. Era el primer encuentro en persona de ese creador con el fruto de su simiente. El vínculo entre las dos puntas del origen era inevitable e inquebrantable, estaba destinado a ser y se prolongaba físicamente mientras permanecieran en ese estado, pero las sensaciones iban espaciándose a medida que el tiempo avanzaba y los eventos ya no eran únicos. MF había podido sentir el primer latido del corazón de MB, su primera respiración, su primer paso, su primera palabra. También había podido sentir su primer dolor, su primer triunfo, su primera derrota; su orgullo en el primer galón en su grado militar y su primer ascenso, también sus ansias de poder y su último triunfo al llegar al Consejo de Líderes. Era una pena que el vínculo no fuera recíproco y MB no pudiera sentir el orgullo que sentía por él. Por su hijo.

Las emociones en MB eran encontradas pero también controladas, justamente por el conocimiento de esa capacidad inherente a su especie de sentir estos eventos.

—Señor..

—Lamento entretener su atención en este momento tan importante

pero...

—No. Por favor. Es un honor. —Había una nota de emoción verdadera en la voz de MB, pero también había temor. Era raro que fuera así. O quizás no—. No sabía que estaba destinado al *Nantes*.

—Me ofrecí para el proyecto de investigación.

—Es una pena que las cosas hayan resultado tan mal.

—Fue una situación imprevisible... Y como ya expuse en mi declaración, imposible de controlar para el Comandante. —La sorpresa de MB por la defensa a RT por parte de su progenitor fue palpable, incluso detrás de sus anteojos oscuros, aunque la expresión de su rostro fuera inescrutable.

—Las declaraciones fueron escuchadas y la decisión será tomada en consecuencia.

—¿A qué le teme?

MB inspiró y contuvo el aire. El aura a su alrededor se conmovió. Exhaló lentamente con cada estudiada palabra.

—No temo pero es mi deber aplicar el castigo correspondiente a la ley que se ha violado.

—La cual es... —preguntó MF muy interesado. MB permaneció en silencio. El sanador había hecho su trabajo e investigado todos los vericuetos legales que se podían esgrimir en contra del Comandante, pero solo se habían violado protocolos, procedimientos. Lo que sí se había roto era toda una serie de prejuicios instaurados en su especie con respecto a las relaciones interpersonales; códigos que no estaban escritos, que nadie había dictado, pero que se venían siguiendo desde el principio de los tiempos. Todo se retrotraía a la destrucción de su planeta.

—El jurado dará su veredicto. —Tal como lo sospechaba, MB descansaba en una plataforma sin base cierta pero a nadie le interesó plantear una defensa. Cualquiera que llegaba a un juicio marcial no tenía otra defensa que sí mismo y RT estaba tan orgulloso de lo que sentía y de lo que había hecho que

aceptaría cualquier castigo con alegría. Entonces MF sentía que debía hacer algo, por razones que desconocía, pero que se sentían como una fuerza natural.

—Entiendo que es su deber preservar la ley y el orden de nuestra especie, de sentar un ejemplo y mantener el *status quo* que nos ha llevado a ser quienes somos en el Universo, pero creo que hoy debería imperar la compasión y la comprensión.

—¿Me está diciendo qué debo hacer?

—No, por favor. Pero apelo a aquello que se esconde en su interior; para tomar una decisión con sabiduría.

—RT merece la pena capital por solo animarse a tocar a la humana. Va en contra de todo lo que hemos hecho en centurias.

—Él cayó, por amor...

—Es inaceptable, en su posición de poder y confianza, en su condición de Comandante, en situación de guerra.

—No pudo hacer nada para evitarlo.

—Es por eso que, desde el tiempo que se recuerda, se ha evitado esta interrelación. Como usted bien ha dicho, es una fuerza incontrolable. Peligrosamente incontrolable.

—¿Y usted entiende que por pensar de esa manera condenamos a nuestra especie y debimos salir del planeta que nosotros mismos destruimos para buscar esa parte que negamos, suprimimos y ex terminamos, por ser “ peligrosamente incontrolables” ? Por generar en nosotros sentimientos y sensaciones que nos dominan por sobre la lógica y la razón. ¿Puede verlo?

—Yo puedo ver que RT cometió un crimen y debe pagar por él.

—¿Con su vida?

—Él se declaró culpable.

—Entonces la sentencia esta dictada, por él mismo; solo queda la condena. ¿En manos de quién está?

MB curvó brevemente la comisura izquierda de su labio. Los dos

sabían la respuesta.

MF exhaló.

—Me temo entonces que está todo dicho.

—Sí, señor.

—Lamento profundamente no poder cambiar su manera de ver las cosas.

—¿Para eso ha venido?

—De hecho, no. Además de tener que declarar en este juicio, debo presentarme para transmitir algunas decisiones sobre mi futuro inmediato.

El aire entre los dos se enfrió. MB hizo notar su apuro mirando la puerta por la que debía volver al recinto del Jurado y luego a su creador, el sanador.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—No. Es evidente que su decisión está tomada más allá de la reflexión.

—Debo honrar mi función.

—Y yo la mía. Quizás sea el momento de propiciar el cambio.

—Es una pena que esto no sea una democracia. —MB sonrió, altivo.

—Pero aun así, yo puedo hacer algo...

Y entonces el aire se electrizó con el peso irrefutable de una posibilidad que MB no había considerado hasta ese momento. Los dos conocían de procedimientos y protocolos. MB tenía razón, su especie no se regía por democracia ni elecciones, sino por un Consejo de Líderes integrado por los mayores que iban ascendiendo en base a méritos y trayectoria. Los recambios podían producirse por dos razones: o que alguno de los miembros se retiraba, en cuyo caso se elegiría un sucesor en base a méritos de trayectoria, incluso la estirpe. Eso quería decir que él o los descendientes de ese líder calificaban para

ser considerados para la sucesión. La otra manera de que se produjera un recambio, era que alguno de los miembros calificados por trayectoria, que ya tuviera edad para retirarse, eligiera honrar al consejo durante un tiempo antes de su paso final a uno de los planetas reconstruidos. Pocos tomaban esa decisión porque la política era una carrera en sí misma. Si no habían llegado al Consejo de Líderes desde el principio, era poco probable que eligieran estar allí. Además, estaba el tema del reemplazo. Siempre había algún miembro que quisiera retirarse, pero así como el ascenso contemplaba la prioridad de la estirpe, el desplazamiento inverso también lo hacía. Si MF decidía entrar al Consejo de Líderes, era menester que su descendiente le cediera su lugar.

La conmoción en MB era indisimulable, pero fría y calma como su especie.

—¿Me está amenazando?

—No tengo el poder ni las herramientas para hacerlo, pero debo reconocer que si no veo una actitud adecuada en el Consejo de Líderes, es mi deber participar para que sea justo.

—¿Qué sabe usted de Justicia para impartirla?

—Aparentemente no importa.

A buen entendedor, pocas palabras, pensó con satisfacción MF.

—Si no tiene nada más que decime y no hay nada más en lo que pueda serle útil, el deber me llama.

—Ha sido un placer conocerlo.

—Lo mismo digo... —dijo con un temblor de furia en la voz. MB se inclinó ligeramente a modo de saludo y giró sobre sus talones para escapar rápidamente.

Si en el ambiente que estaban hubiera un poco más de hidrógeno en el aire, la combinación se hubiese congelado en la estela que dejó al

marcharse MB y el hielo hubiese caído, creando un camino a sus espaldas. MF solo esperaba que su acción tuviese la consecuencia esperada. La ira, como el amor, eran sentimientos desconocidos, y por tal motivo, impredecibles.

El Comandante fue llevado nuevamente a la Sala de Juicio donde su tribunal en pleno lo esperaba. MB, desde el estrado, terminó la conversación que sostenía con DH y se sumó al silencio que se hizo al ingresar. Donde antes estaban los testigos convocados, había una sola persona sentada, con su etemo ambo blanco mimetizado con la monocromía de la sala: MF, el sanador en jefe de su nave, el único cuyo testimonio manifestaba una clara intención de defensa. ¿Tendría su actitud alguna consecuencia en su futuro? Estaba a punto de retirarse, había recibido la notificación por su intermedio en los días anteriores al ataque. Eso RT lo sabía.

Mantuvo la vista al frente, clavada en el líder del tribunal, su superior inmediato y responsable de sus acciones como Comandante. El tribunal tomaría una resolución sobre su condición pero la condena dependía de él, y en el concepto de traición, había una sola posibilidad para el criterio del Líder MB: Pena Capital. Muerte. Solo restaría saber cuál sería el método aplicado.

Cerró los ojos e inspiró profundo. Cerró los ojos y sintió. Más allá del espacio que los separaba, de ese vasto Universo, donde quiera que estuviera, la sintió. El fruto de su amor estaba vivo. Crecía. Pero ella sufría, un dolor que estaba más allá de la carne. Lloraba, una ausencia más allá de las palabras. Sus lágrimas ardieron allí donde ella lo había marcado, donde su sangre fría ardía como en el infierno. Ella lo estaba quemando desde adentro.

—Puede leer la sentencia.

MB se dirigió al asistente y RT cuadró los hombros para enfrentar su destino.

—Este tribunal, reunido para analizar las acusaciones vertidas sobre la investidura del Comandante de la Nave *Nantes*, por los delitos de incumplimiento de los deberes impartidos por este Consejo, desatención sobre

sus subordinados, omisión expresa de órdenes durante el transcurso de la misión, interacción indebida con la especie humana, malversación de recursos estelares en beneficio personal y de terceros ajenos a la causa, tergiversación, manipulación, ocultamiento y desinformación a sus superiores en beneficio personal y de terceros ajenos a la causa; por traición a sus deberes de Comandante, lo que derivó en la muerte de 128 soldados, 28 fuera de servicio, y 59 civiles tripulantes de su nave, se encuentra al acusado *culpable* de los delitos sin posibilidad de amnistía ni exoneración.

Hubo un breve silencio, seguido por el anuncio del asistente.

—Quien preside este tribunal marcial, Líder MB, procederá a leer la sentencia del condenado.

MB se puso de pie y se acercó al púlpito, bajo la atenta mirada del Consejo de Líderes, el único testigo, MF, y el acusado, RT.

—Creo que sobran las palabras para establecer una sentencia sobre los múltiples delitos en los que el Comandante RT ha recaído en los últimos cinco años, y en las terribles consecuencias de sus actos. Estoy convencido que no hay perdón posible a la traición, ni amnistía ante la pérdida irremediable de soldados y civiles que estaban, no solamente bajo su mando, sino bajo su cuidado. Inexcusable. Sin embargo —RT re enfocó toda su atención, sobreponiéndose al desasosiego de su alma ante lo inminente e inevitable—... Las declaraciones de los testigos y los registros que pudieron rescatarse de la nave, bitácoras y grabaciones de vídeo, ponen al desnudo las devastadoras consecuencias de la interacción a la que el Comandante estuvo expuesto. Es concluyente que estaba fuera de lo que se puede considerar un sano juicio o ecuanimidad en su poder de decisión. Todas las pruebas me remiten irrefutablemente a una condena de culpabilidad pero las mismas pruebas lo demuestran inimputable de sus actos.

RT tomó aire para responder, para defender sus razones, pero la expresión desesperada del Sanador a su derecha lo hizo recapacitar. Lo que estaba en juego era su vida. Era imperioso conocer el final de ese discurso antes de reaccionar.

—Si considerara que era consciente de sus actos, no dudaría en una condena a muerte, pero en este caso, mi única opción es condenarlo a la degradación y el exilio, privándolo de cualquier beneficio del rango, despachándolo al planeta que decidió defender por encima de su propia especie, a sobrevivir por sus propios medios.

Nadie dijo nada, pero la sorpresa era palpable. MB se vio obligado a aclarar.

—No le estoy otorgando los beneficios de un retiro en la Tierra reconstruida, como merecen los Predecesores. Será una vida por mucho lejos de lo que ha experimentado entre nosotros. Una vida de trabajos forzados, sacrificio y dolor... Si sobrevive... Creo que es un castigo suficiente y ejemplar para los registros de las generaciones posteriores. Si nadie tiene nada más que agregar, se asienta como cosa juzgada y se dará ejecución a la condena de inmediato.

Hubo un momento inmóvil en el tiempo, y con el orden y silencio con el que se movían siempre, los miembros del Consejo de Líderes se pusieron de pie hasta vaciar la sala. RT fue el último en abandonar la sala, siempre escoltado por seguridad.

La celda de espera solo tenía un descanso sin comodidad y en ese lugar RT esperaba sentado, con los codos clavados en las rodillas y la cabeza entre las manos, a que vinieran a buscarlo para su último destino. Podía considerar que la suerte había estado de su lado, su condena era casi el equivalente a un perdón, pero algo extraño latía en el centro de su pecho, que no le daba paz. No le importaba que lo dejaran a la deriva y sin elementos, consideraba que tenía los conocimientos necesarios para sobrevivir, pero los líderes debían saber eso también, MB conocía sus capacidades a la perfección, después de todo era su jefe inmediato superior. La pregunta ¿Por qué? Seguía dando vueltas en su cabeza como una bandada de cuervos. Generosidad y compasión no eran términos que figuraran en el diccionario de los líderes militares de Xydonia. Quizás en otros miembros de su especie sí, pero en los militares no.

La puerta de acceso a su cámara se abrió sin aviso, o él estaba demasiado ocupado en sus elucubraciones, y una figura inesperada lo hizo casi saltar sobre sus pies con sorpresa.

—¡MF! —ex haló. Se contuvo en su lugar, temblando internamente, reprimiendo una oleada de sentimientos sobre los que no tenía control.

—Señor..

—Olvídelo... Ya no tengo grado ni rango. Soy mucho menos que usted en lo que a aspecto se refiere.

—Siempre tendrá mi respeto y mi admiración, señor.

—Es usted muy generoso.

—Y usted muy valiente.

—No lo crea... No le regalaría un minuto en mis zapatos.

—Todo está bien. Ha terminado.

—¿Usted cree?

RT se apartó hasta la pared pero le indicó a su interlocutor que tomara asiento con un gesto de la mano enguantada.

—¿Le han reemplazado el implante?

—Sí.

Los dos actuaron mecánicamente, médico y paciente. MF lo examinó con satisfacción y RT volvió a poner el guante en su lugar en la prótesis perfecta.

—Intentaré estar con quienes se encargarán de despacharlo a la Tierra. De seguro lo dejarán en el mismo lugar donde estuvo su último destino. Desde allí podrá ir a buscar a Lara...

—No voy a ir a buscarla.

MF se enderezó como si lo hubieran azotado.

—¿Por qué? Ella lo necesita.

—Tengo que protegerla... protegerlos...

—Pero...

—Esto no es normal... —dijo en un susurro, mirando alrededor como si inspeccionara los recovecos de la minúscula recámara.

—¿Normal? ¿Qué cosa?

—La actitud de MB. La condena. Debería estar ante un pelotón de fusilamiento o con una inyección letal. ¿Por qué me deja partir? —MF apretó los labios y desvió la mirada al piso. —Temo que su intención sea justamente darme la libertad para ir a buscar al grupo rebelde y ex terminamos a todos juntos.

—No, señor.. Yo no creo...

—No puedo arriesgarlos.

—Ella está embarazada, sola... Debe estar asustada.

—Lo está... —dijo con tanto pesar que el aire se condensó.

—¿Puede sentirla? —RT asintió, dejando caer la cabeza, derrotado.

MF apoyó una mano en su espalda, a la altura del cuello—. Ella no sabe qué

esperar. No puede dejarla sola.

—No voy a ponerlos en peligro.

—Es una hipótesis sin sentido, usted se estará privando de encontrarla, de estar con ella. El destino de la Tierra y sus ocupantes está cerrado. El proceso de reconstrucción está en su fase final. Pronto se iniciará el traslado de los Predecesores.

—Eso quiere decir que todavía hay Equipos Z, terminando su labor.

—Ellos no se van a animar a tocarlos...

—¿Por qué? ¿Qué los detendría?

Los dos se quedaron en silencio. Nada los detendría. Él siguió con su diatriba...

—Y si yo llegara a buscarla, ¿Me aceptarían entre ellos?

¿Aceptarían al asesino de sus hombres? ¿De Adrián? Yo no empuñé el arma pero di la orden. Sobre mí pesa esa condena. ¿Y qué haría Lara? ¿Renunciaría a su especie, a su familia, para estar conmigo?

—Yo creo que sí...

—Y después de todo lo vivido, ¿Sería eso justo?

—Es algo que ella debería poder decidir.

—Ya no uno solo exiliado sino los dos, expulsados del paraíso por el pecado original.

—No sé qué decirle...

—No hay nada que decir.

Los dos se quedaron en silencio, en lo devastador de una epifanía que excluía cualquier posibilidad de final feliz. MF se puso de pie.

—Debo marcharme.

—Gracias por acercarse a verme.

—Ya no hay restricciones de comunicación, no fue tan complicado.

—No creo que hubiera una fila para felicitarme...

—Tampoco la hay para apedrearlo —RT sonrió con tristeza—. Haré todo lo posible para preparar sus pertenencias.

RT asintió. MF puso una mano en sus hombros.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—¿Salvaría? —MF lo miró sin muchas esperanzas.

—Manténgase en la zona templada. Debe cuidar su temperatura corporal. Busque refugio. Quizá haya bosques...

—Tendré un largo trayecto para averiguarlo.

—¿A dónde irá? —Su decisión estaba tomada.

—Al norte.

VII

.Lara

Maga entró a la habitación y cerró la puerta tras de ella, apoyando la espalda allí para no separarse de ese lugar lo que durara la conversación. Lara se acomodó en la cama y la miró con gesto de fastidio.

—¿Cómo te sientes?

—Cansada.

—¿Estás asustada? —Lara negó con la cabeza—. ¿Es del ex traterrestre?

Enarcó una ceja y sonrió de costado. Estaba esperando que le preguntara si su hijo era de Lucas o si sabía de quién era. Después de todo, ella era la perra promiscua del campamento.

—Sí.

—¿Vas a tenerlo? —Ella se levantó y se acercó a ella hasta quedar frente a frente, cara a cara con su propio espejo de carne y hueso. Maga se hizo para atrás y puso ambas manos al frente para frenar a su hermana—. Quiero decir... si no sabes que te puede pasar... o si fue producto de una violación.

Lara se tuvo que reír. Su hermana era una idiota potenciada o de verdad se había perdido toda la escena de despedida la noche de la huida. Se apartó y puso distancia, yendo hasta el extremo opuesto de su habitación. La risa se le apagó y fijó sus ojos en los de ella, fríos y duros como el oro.

—¿Te importa?

—Eres mi hermana.

—Qué bueno que lo puedes recordar ahora...

—Lara... yo...

—¿Tú qué? De verdad, Maga... ¿Qué ibas a lograr matándome? ¿Ibas a matame... por un tipo?

—No fue por un tipo... fue la vida. Siempre a tu sombra, siempre relegada. Me gustaría que pudieras tener un día en mi cabeza para que pudieras ver todo lo que me tocó vivir por tu culpa.

—No necesito meterme en tu cabeza para saberlo. Soy consciente del daño que te he hecho desde que nacimos. Pero aun así... incluso para alguien como yo, te pasaste...

Maga no pudo sostener la mirada, arrepentida y dolida. Lara exhaló, casi con fastidio.

—No te sientas tan mal. A mí me sirvió, para sentir que estamos a mano. Y para saber que eres tan perra como yo.

—Por más que lo intente no lo lograré. Siempre serás mejor que yo, incluso en eso.

—Te graduaste con honores.

—Tengo una gran maestra.

—Si te sirve de consuelo, en muchos momentos he querido ser como tú, sobre todo cuando lo conocí a él y sentí que no lo merecía. Yo quería ser mejor para él y ser mejor, era ser como tú.

—No soy tan buena, como verás...

Maga se dio vuelta para marcharse, pero apenas abrió la puerta, volvió a cerrarla y le habló de espaldas a su hermana, su voz un susurro, un lamento.

—Tener un hijo es lo más maravilloso que te puede pasar... porque ya no estarás sola nunca más. Disfruta tu milagro.

De Lara solo se escuchó un suspiro teñido de lágrimas. Maga entreabrió la puerta y salió despacio, cerrando tras de ella, escuchando apenas las palabras de su hermana.

—Sin duda serás una gran madre.

Maga se secó las lágrimas que comenzaban a caer. Su sueño eterno, su primer, único y último anhelo, ser madre, no llegaba, y quien menos lo había querido y deseado, lo tenía sin haberlo buscado.

¿Y no sería ese un castigo ejemplar?

VIII

.Maga

Salió de la habitación de su hermana y corrió por el pasillo hasta la suya. No tuvo mucha suerte en pasar sin ser vista, chocó de frente con Lucas y sus ojos oscuros llenos de preguntas que ella no podía responder en ese momento. Las lágrimas del dolor, la culpa, la envidia y la traición la tenían ahogada, y en los brazos de él, la crisis se intensificó.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estabas?

—Yo... No...

Lucas no dio muchas vueltas y sacó sus propias conclusiones, mirando más allá, al otro extremo del pasillo. La abrazó y la hizo entrar en la habitación.

—¿Qué pasó? ¿Qué te hizo? —La referencia era inequívoca.

—Nada... Hablamos...

—¿Y qué te dijo?

—Nada...

—¿"Nada" te puso así? Ay, Maga... Eres demasiado buena. Deja de protegerla.

Aferrada a su camiseta, Maga lloró con el peso de la culpa.

—No soy buena. No soy buena...

—No siempre podemos verlos objetivamente y siempre estás tan ocupada preocupándote por los demás... —Maga lo interrumpió, desencajada, susurrando su dolor.

—Tú no entiendes... Soy mala...

—A ver.. ¿Qué tan mala eres?

—Quise matarla... —Lucas apretó los labios, reteniendo una sonrisa. Él seguía sin entender.

—¿Lo hiciste?

—¡No!

—¿Alguien te ganó el lugar? ¿Se te adelantaron?

—¡Lucas! ¡No estoy bromeando! Tú crees que yo soy buena, pero no lo soy... —Y otra vez rompió a llorar. Lucas no aguantó la carcajada y la abrazó para contener, además de las lágrimas, el estallido de rabia por su divertimento.

—Vamos, Maga. Creo que todos en este campamento, en algún momento, hemos querido matar a tu hermana. De tan difundido creo que ya ha perdido la categoría de pecado. —"Oh ¿Sí? ¿Pero alguien realmente lo ha intentado?" le preguntó en silencio la voz de su consciencia y Maga tembló.

—No es mi único pecado.

—A ver, mi pequeña pecadora... Confiésate conmigo —le dijo, levantándole el rostro con una mano.

—La envidia.

—No me animo a preguntar qué.

—¿Por qué ella va a tener un bebé? Nunca le han gustado los niños, siempre le resultaron molestos, ruidosos. Siempre escapó a la obligación de cambiarlos o alimentarlos. Siempre ha estado pendiente de su figura, de su belleza, y despreciaba todo lo que tenía que ver con el embarazo. —Lucas la escuchó sin interrumpirla y fondeó sus ojos con temura.

—Puesto así... ¿De verdad crees que tener un hijo, con esas pretensiones, con sus antecedentes, incluso en su triste realidad, puede sentirse como un premio? ¿Como una bendición?

—Un hijo siempre es una bendición. Incluso en tiempos como este.

—Tú lo sientes así... La pregunta que en realidad quieres hacer es: ¿Por qué ella va a tener un bebe y no tú? —Se mordió los labios para no responder lo obvio, lo que reafirmaron más lágrimas callando su grito. —¿Es lo que quieres?

—Es mi sueño...

—Maga...

—Yo sé... Yo sé que estamos en guerra y quizá no sobrevivamos.

Yo sé que es un momento horrible, que traer un hijo a este mundo hoy es terriblemente egoísta... Pero este es mi pecado. La envidia. Lo codicio.

Lucas la miró largamente. Contempló su rostro perfecto enmarcado en sus manos. Secó sus lágrimas con los pulgares y se inclinó para besarla suavemente. Su frente, sus ojos cerrados, sus mejillas húmedas, sus labios cálidos. Habló intercalando su voz y sus besos.

—Yo te perdono, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Lucas —dijo ella ahogada, mientras él bajaba los labios por su cuello, desprendiendo los botones de su camisa, orientándola a la cama. —Tú no eres cura.

—En lo que respecta a ti, soy Dios, nena. Ahora, pongámonos serios y empecemos a hacer bebés, antes que cambie de idea.

IX

.Lara

Era una noche muy fría. *Diablos*, suena como un mal cuento de terror; pero sí, hacía mucho frío esa noche. Había perdido el ritmo para escalar a su peñasco, no la dejaban salir como antes por problemas de seguridad, pero ya no aguantaba un minuto más encerrada, asfixiada. Sola. Siguió avanzando, aunque las lágrimas le dificultaban ver el camino.

Un movimiento, como un temblor, sacudió sus pies y la hizo detener. Por puro instinto, retrocedió hasta ocultarse contra la ladera de la montaña al escuchar el sonido de la nave extraterrestre que los sobrevolaba. Hacía unos días que solo salían los grupos de defensa, camuflados y armados, por la presencia de naves. ¿Sería posible que los hubieran localizado? Los informes indicaban que volaban bajo y a poca velocidad, era innegable que los estaban buscando. Habían sido cuidadosos al deshacerse de todos los elementos que las mujeres llevaban consigo al ser rescatadas de la nave, y al comprobar su estado de salud, también se verificó que no tuvieran transmisores de algún tipo, pero ellos no sabían que tan avanzados podían estar en ese tipo de tecnología. Aunque RT pudo seguirla y encontrarla, después de mucho analizarlo, quizás lo logró por el vínculo indisoluble que existía entre ellos y crecía en su vientre. Volvió a mirar al cielo. ¿Y si era él?

No pensó. No fue su mente la que dirigió sus actos.

Soportando el resplandor de los reflectores, levantó las manos y se desabrochó la chaqueta, bajando la capucha para liberar su pelo, abriendo primero los botones y luego el cierre. *Diablos*, tenía demasiada ropa como para intentar el recurso de exhibición de atributos y se congelaría antes que los aliens siquiera repararan en ella.

¡Corre! Gritó su cerebro, pero ella seguía empecinada en

deshacerse de la ropa, para abordar esa nave y suplicar que la llevaran de vuelta con la verdadera razón de su vida. Tenían que ser los ex terminadores. La parte racional de su cerebro le decía que los habían encontrado y se tomarían revancha por el último ataque, pero nada le importó. La esperanza latió tanto en su interior que se disfrazó de certeza, su necesidad de verlo, de recuperarlo, pudo más que cualquier instinto de supervivencia y lógica de preservación.

La nave siguió su trayecto unos metros pero se desvió, haciendo un rodeo sobre su cabeza. La maniobra provocó una ventisca que arremolinó su pelo; ante sus ojos empezaron a aterrizar.

Lara corrió por el camino de piedras sin cuidado, hundiéndose en la tierra anegada por las últimas lluvias, el camino convertido en un lodazal. El poder de las turbinas al descender hacía que algunos peñascos se desprendieran. Nada la detuvo, debía llegar a la nave, pero ella no fue la única que se dio por enterada de la llegada de los ex traterrestres.

Las fuerzas de defensa del campamento ya estaban parapetadas alrededor del claro donde la nave detuvo sus motores. Lara derrapó detrás de los soldados rebeldes que apuntaban al vehículo ex traterrestre. En su interior pugnaba la necesidad que RT bajara de allí, se aferraba a su necesidad como si colgara de un barranco. Él había prometido volver a buscarla, no abandonarla, él podía encontrarla.

La rampa de acceso descomprimió y descendió lento. El ruido de la carga de las armas láser se mezcló con el silbido del viento. Una sombra se alargó sobre el claro y fue avanzando paso a paso. Su uniforme blanco era como el de los soldados, no parecía portar armas, sus manos ocupadas con dos maletas metálicas. Ella lo conocía, pero no era quien esperaba. Para resguardar su integridad, corrió todo lo rápido que pudo, esquivando a quienes intentaron detenerla y se plantó delante de él.

—Lara —Ella miró tras de él, esperando que alguien más descendiera, pero su esperanza se apagaba con cada latido de su corazón. El sanador dejó las maletas y la sostuvo de los hombros—... no deberías...

—¿Dónde está?

—No está aquí...

—¿Qué pasó? ¿Por qué vino usted y él no? ¿Que pasó! ¿Está bien?

—Tuvo el juicio y... —*Maldito suspenso* ¿Por qué diablos no lo decía todo de una vez?

—¿Está bien? ¿Está vivo?

—Sí... —La tensión la abandonó y le temblaron las piernas. MF la ayudó a mantenerse en pie—. Escucha Lara, necesito reunirme con tu líder. ¿Podrías... arreglarlo?

—Es mi papá.

Tres soldados vestidos de negro, y armados como siempre, descendieron de la nave y se alinearon detrás del sanador. Una voz humana le llegó brutal desde atrás.

—¡Lara! ¡Sal de ahí! ¡Ahora!

—¡No!

—¡Muévete, carajo!

Lara se dio vuelta, enfrentando a sus hombres, y abrió los brazos para proteger al Sanador. Alan salió de su escondite.

—Maldita sea...

—Llama a papá.

—¿Estás loca?

—¡Sabes que sí! ¿Para qué preguntas? Busca a papá y a mamá.

Alguien quiere hablar con ellos.

—Está bien, pero quítate de ahí.

—No. Tráelos.

—Perra... —murmuró la sangre de su sangre mientras hacia una seña para que se movieran a buscar a su padre.

Los soldados, alienígenas y extraterrestres, bajaron sus armas y quedaron a la espera, en una inesperada tregua.

X

.Lara

Marcos, el líder del campamento humano, llegó al claro donde la nave había aterrizado y apagado sus motores a la espera. Lara seguía de pie junto al sanador, rodeada de soldados de un bando y el otro. El Líder, su padre, llegó enfundado en su uniforme negro pero sin armas, por lo menos no a la vista. Al acercarse, lo hizo escoltado por Alan y Lucas, los dos armados hasta los dientes. Detrás de la línea de soldados humanos, Adela y Maga miraban las instancias del encuentro con inculcable angustia. Marcos avanzó hasta Lara.

—Ve con tu madre.

—No.

—¿Perdón? —contestó, incrédulo, el padre militar.

—Yo entro con ustedes... —dijo, y luego extendió una mano a Lucas. —Dame el ama.

A Marcos se le olvidó todo el protocolo gentil y caballeroso que lo caracterizaba, y levantó a Lara del brazo como si tuviera cinco años. Los soldados ex traterrestres encendieron sus armas aunque no las levantaron porque el Sanador los detuvo con un gesto de la mano.

—No me contestes ni me desobedezcas. Te prohíbo que entres ahí.

—Yo puedo escoltarte. Con Alan, si quieres... No puedes ir con Lucas.

—Deja los celos...

—No. Si algo pasa... ¿Dejarás a Maga sola? ¿Y el campamento sin líder? ¿Y mamá y las niñas?

—Lara... Tú...

—Yo no importo. De todos siempre he sido la más " prescindible" .

—No digas eso... —En la mirada de Marcos se veía el debate interno entre el amor y la razón. Lara rara vez coincidía con su padre y

lamentablemente esa era una de ellas, pero no en la parte “ prescindible” .

—Sabes que soy un soldado y tú eres un líder. Un líder sabio.

Piensas en el bien general por sobre el tuyo propio. —Marcos miró a su esposa con desesperación y esta avanzó entre los soldados y extendió una mano para saludar al Sanador.

—Adela... —Marcos soltó a Lara y se posicionó detrás de su esposa, en un gesto con algo de protección y mucho de propiedad.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está RT?

—Él no está aquí. Yo he venido para solicitar mi inclusión en su campamento con miras a la repoblación de la tierra, una vez que nuestro trabajo haya terminado.

—Eso quiere decir... —Adela no pudo continuar pero no fue necesario, era algo que ya habían conversado como una posibilidad latente, como la guerra o la extinción. El perdón.

—Sí. Pero debemos tener una charla con su líder para establecer normas y evacuar dudas.

—Por supuesto...

—Lara quiere venir... —dijo Marcos y Adela lo miró, decidida.

—Que vayan Lara y Alan... —respondió a la pregunta no enunciada de su esposo y después a la del Sanador—: Revíselos, por favor.

—Por supuesto —dijo el de blanco con una ligera inclinación de la cabeza.

Lara avanzó de nuevo a donde Alan y Lucas la miraban con labios apretados.

—Dame el arma.

—Estás loca... —dijo Lucas, desenganchando el fusil láser del hombro como si lo tuviera clavado. Lara exhaló cansada por la repetición de lo obvio. Tomó el fusil y golpeó a su cuñado en el pecho.

—Cuida a mi madre y a mis hermanas.

Lucas asintió y se adelantó un paso hasta Adela. La movió del costado izquierdo de Marcos y allí tomó su lugar la hija. Sin mirarla, su padre le habló, severísimo.

—No quiero escucharte ni una sola vez, Lara. El único que habla, pregunta y responde, soy yo. ¿Entendido? —Lara respondió moviendo la cabeza, acatando la orden desde el minuto cero.

Una vez que Adela estuvo fuera del perímetro del claro, el Sanador dio media vuelta, sus soldados se apartaron y lo dejaron pasar, seguido por Marcos, Alan y Lara, ascendiendo por la rampa hasta el interior de la nave enemiga.



El interior de la nave era igual a la que ella había visitado, con un recorrido más corto que los condujo a una especie de sala de conferencias. Una larga mesa dominaba el lugar, dos ex traterrestres con uniforme azul se pusieron de pie en cuanto los vieron llegar y esperaron así hasta que el líder humano se ubicó frente a ellos, mesa de por medio, y el Sanador entre los dos. Los cuatro tomaron asiento al mismo tiempo. Lara y Alan permanecieron en guardia contra la pared.

—Estamos muy agradecidos que haya asistido a esta reunión, no es algo habitual pero siempre que podemos lo requerimos.

—Es difícil pensar en términos de negociación cuando nuestro planeta ha sido invadido y la población aniquilada.

—Hablemos en términos de futuro y no de pasado.

—Estoy de acuerdo.

—El Predecesor aquí presente ha tomado la decisión de sumarse a su campamento y permanecer en la Tierra después de terminado el proceso de reconstrucción. No es algo común, pero ha sido autorizado.

—¿Y cuáles son los términos de esta decisión?

—Primero su autorización —dijo el Sanador—. Y una vez terminado el proceso, deberíamos movilizarnos a tierras más templadas para comenzar un asentamiento y que la vida siga su curso.

—¿En qué consiste el proceso?

Una pantalla bajó tras los tres extraterrestres y la película que se proyectó era bastante parecida a la que RT le había mostrado meses atrás, días que parecían pertenecer a otra vida. Él le había mostrado cómo Xydonia fue igual a la Tierra en muchos aspectos, cómo fue su evolución hacia la autodestrucción, y por último un gran despliegue que incluía destrucción de estructuras edilicias, remoción de escombros, limpieza de cielos y mares, extracción de desechos con naves enormes.

Al final, La Tempestad.

Las formas eran diferentes en cada planeta, pero siempre era una conjunción de las fuerzas desatadas de la naturaleza, el viento, la tierra y el mar; choque de elementos como cierre y comienzo de todo en la superficie del planeta. Y la película terminó.

El silencio en la sala fue sobrecogedor. Marcos carraspeó para poder empezar a hablar.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Siete días. Durante ese tiempo deberán dismantelar todo aquello que se relacione con esta época en cuanto a avances tecnológicos y acopiar alimento, agua y materiales naturales hasta que puedan abandonar su escondite.

—¿Cuánto tiempo durará la Tempestad?

—Cuarenta días y cuarenta noches.

—¿Y a qué punto revertirá?

—Es difícil decirlo...

—Necesitamos saber con qué nos enfrentaremos cuando salgamos del encierro. —En que estaba pensando su padre, se preguntó Lara, ¿*Dinosaurios*?

El sanador tomó la palabra.

—En líneas generales son entre 4000 y 5000 años de la era de destrucción. Es probable que nos encontremos con tierras anegadas, rocas o cenizas. Depende del lugar.

—¿Cómo fue la última vez en la tierra?

—Agua del cielo.

—El diluvio universal... —dijo Marcos, más para sí que como parte de la conversación.

—Bastante parecido a cómo lo han transcripto las dos religiones monoteístas predominantes. Tienen su parte de fábula y parábola, pero mantiene la esencia.

—¿Necesito una Biblia como guía?

—Creo que usted cuenta con un gran sentido común.

—¿La supervivencia está garantizada?

De nuevo silencio. El Sanador negó con la cabeza. Marcos hizo un esfuerzo para que no se le quebrara la voz.

—¿Hay alguna posibilidad que tomen a las mujeres de nuevo y... las salven? —¿*Qué pasó? ¿Se volvió loco?* Lara casi da un paso al frente pero Alan la detuvo y negó apenas con la cabeza.

—La posibilidad siempre está para ellas. Ellas son la prioridad, siempre. Pero...

—No soy un hombre al que le gusten los peros.

—Lo entiendo, pero sus chances de sobrevivir son altas. Lo han logrado con poca ayuda hasta aquí. Si sobreviven y nos llevamos a las mujeres, la raza humana quedará condenada a desaparecer.

—Pero si no...

—Es su decisión, señor.

Era difícil para Lara entender el razonamiento de su padre pero muy en su interior sabía que él siempre pondría por delante el bienestar de su esposa y sus hijas por sobre el suyo propio. Y muy profundo sabía que ella misma también tomaría esa resolución. El silencio se convirtió en la única respuesta de todos. Hasta que uno de los ex traterrestres uniformado en azul intervino en la conversación.

—Si lo ayuda en su decisión, debe saber que así como las mujeres son prioritarias para nosotros, también lo son nuestros Predecesores. Si los líderes han autorizado que el Predecesor MF se sume a su comunidad en este momento, es porque las chances de supervivencia son altas y las expectativas de un último tramo de su existencia, tranquilo y pleno, estarían casi asegurados. Siempre hay factores que quedan fuera de nuestro control, pero por el resto, las condiciones están dadas para su sobrevivencia. —Y el otro agregó:

—Deberán ser cuidadosos al supervisar las entradas a su refugio todos los días para que no queden selladas con hielo. Es una gran ventaja que la Tempestad ocurra en el solsticio de verano para su hemisferio, pero las temperaturas revertirán a las normales antes de los efectos invernales y calentamiento global.

—O sea que, una vez terminado el Diluvio...

—La Tempestad...

—Sí. Lo que sea...

—Deben migrar. La vida será casi inviable en latitudes tan frías.

—Muy bien, eso haremos.

—Con respecto a la alimentación, el Predecesor contará con

suplementos dietarios para aquellos con carencias. También estabilizadores y medicamentos. Deben haber sido cinco años duros.

—Muy duros...

El silencio en la sala decretó el final de la conversación. El Sanador fue el primero en ponerse de pie.

—Adela me ha...

—Mi esposa —dijo Marcos con tono acotado y seco.

—Sí, claro. Su esposa... Ella me pidió que revise a sus hijos antes de descender.

—Me parece una buena idea. Los señores podrían indicarme dónde buscar aquello que nos han prometido mientras tanto.

Y así, Lara y Alan siguieron al Sanador mientras Marcos salió por otra puerta, escoltado por los otros dos ex traterrestres.



En la estación de salud, Lara tomó asiento en una de las camillas que se adecuó de inmediato para brindarle comodidad y ponerse a la altura del sanador. Podía ver a Alan en una camilla idéntica a la suya pero estaban separados por una pared de cristal. MF estaba con ella y otros dos sanadores con su hermano, pero él no le quitaba los ojos de encima. El sanador la hizo apoyar la mano en una pantalla y un haz de luz azul escaneó su palma de ida y vuelta. Una catarata de caracteres incomprensibles pobló la pantalla de la máquina que tenía al lado.

—Está todo bien, Lara. Quizás está un poco anémica pero eso se

puede estabilizar con facilidad.

—¿Y... el bebé?

—Enzimáticamente todo está bien pero podemos hacer un ultrasonido. ¿Quiere verlo? —Lara no contestó, fueron sus lágrimas.

El sanador apretó todo para el estudio mientras Lara se desprendía de la parte superior de su ropa de abrigo; por último levantó su camiseta y el gel frío la hizo tiritar al tocar su vientre. El cabezal se deslizó con suavidad sobre su piel y el aparato presionó hasta quedar fijo en un lugar. MF hizo girar la pantalla hasta que Lara pudo ver la imagen en ella. Había una vida creciendo en su cuerpo, tal como lo imaginaba. Lo que estaba viendo no le era ajeno, conocía de biología y había visto cientos de películas y documentales con un cuadro similar. Pero esa imagen la golpeó con la contundencia que solo el amor y la propiedad podían propinar. Era su hijo. Se limpió las lágrimas varias veces y se incorporó todo lo que pudo para apreciar la pantalla mejor.

—¿Está bien?

—Por supuesto. Todos sus signos vitales son claros y el tamaño es acorde al tiempo de gestación.

—¿Cómo pudo pasar...? —dijo ella muy bajo, preguntándose a sí misma otra vez cómo era posible que quedara embarazada si no estaba en un momento fértil. Le dio vueltas mil veces a las fechas, a los tiempos, y como una tortura, a los dos encuentros con RT. MF la sacó de su ignorancia.

—Ni siquiera es necesario que estuviera ovulando. Nuestra especie avanza en la conquista sin detenerse ante nada, incluso en esto... Es una de las razones por las que la práctica en la preservación de la especie se lleva a cabo artificialmente. —Lara ya no lo estaba escuchando, estaba por completo abstraída en la imagen que se movía como un milagro dentro de ella.

—¿Él lo sabe?

—RT lo sabe; lo siente. Fue así como pudo localizarla la primera vez.

—¿Y por qué no vino a buscarme?

—Para protegerla... Protegerlos.

—¿De qué? —MF negó mientras tocaba un botón y la aparatología desplegada sobre Lara se retrotraía. —¿De qué nos quería proteger?

—De él.

—¿Pero por qué? —dijo rompiendo a llorar sin consuelo. —¡Oh, Dios! Malditas hormonas, lo único que hago es llorar, y vomitar, llorar más y vomitar más!

—Él puede sentir lo que usted siente...

—¡Ojalá lo sienta! ¡Ojalá! ¡Ojalá sienta mi dolor, mi miedo, mi soledad!

Lloraba acongojada, desesperada. MF no supo que hacer, no sabía cómo acercarse a consolarla, a reconfortar su dolor. Tres golpes en el vidrio que separaba las estaciones de salud lo hicieron levantar la cabeza. Alan le hizo señas y el sanador accionó un comando para que el vidrio se deslizara. Avanzó hasta la camilla donde estaba Lara y le apartó las manos del rostro.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te hizo?

—Nada...

—Dime qué pasó... ¿El bebé está bien?

—Sí... Todo está perfecto... —La última palabra se extendió aguda y llorosa para ahogarse por completo en el pecho de su hermano.

—Y si todo está bien, ¿Por qué lloras así? —Solo había lágrimas, balbuceos y un hipo agobiante que la hacía rebotar contra el muchacho. Alan miró al sanador y preguntó a quién sabía—. ¿Está todo bien?

—Físicamente sí, pero creo que su madre podrá manejar mejor que nosotros esta situación.

Alan asintió pero los dos sabían que solo una persona acallaría tanta angustia contenida en el corazón de esa mujer.

XI

.Lucas

La espera del regreso del Líder del campamento y sus escoltas no fue sencilla. Pasó más de una hora de plena incertidumbre, Lucas se quedó con sus hombres en el perímetro de la nave y envió a las mujeres de nuevo al refugio. Marcos fue breve al llegar.

—¿Qué pasó?

—Volvemos al refugio. Todos. No quiero que nadie quede afuera.

—¿Y si nos siguen? —Marcos dio media vuelta y lo enfrentó. Sus ojos tenían un brillo extraño.

—Es todo, Lucas. Se terminó.

Esa no era la respuesta que esperaba. No para él. No iba a quedarse de brazos cruzados sin hacer nada. Marcos debe haber percibido lo que su cuerpo irradiaba.

—La guerra terminó. Debemos decidir qué vamos a hacer. Hablaré con la gente del refugio y tomaremos una decisión.

Marcos siguió caminando hasta alcanzar a sus dos hijos. Estiró ambos brazos sobre sus hombros y lideró el camino hacia el refugio. Lucas hizo una seña a su equipo y se reorganizaron siguiendo al líder, sin dar la espalda a la nave enemiga, de la que no descendió nadie más.

A su llegada al campamento, Maga salió a su encuentro corriendo, mientras Adela hacía lo propio con el resto de su familia. Desde donde estaba pudo escuchar el diálogo de madre e hija.

—¿Cómo estás? ¿Qué te dijo el sanador?

—Estoy bien.

—¿Y el bebé?

—Perfecto.

—¿Lo viste? —De Lara solo se escuchó cuando inspiró fuerte arrastrando sus lágrimas; Adela la abrazó y la muchacha cerró con un sollozo.

—Es igual a él...

Después de las formalidades sociales, Marcos empezó a dar órdenes: Llevaron a Lara a su habitación, ordenó a Lucas y Alan organizar el campamento para una reunión general informativa en una hora y se encerró con su esposa sin decir más.

Su curiosidad alcanzaba niveles corrosivos pero no le quedó más alternativa que obedecer y esperar.

Prepararon una mesa con dos lugares y de a poco la gente se fue congregando alrededor, en las bancas de madera que se usaban en el comedor, en asientos propios o de pie. Civiles y soldados, hombres y mujeres, todos por igual, esperaron las instancias de la reunión. Había un murmullo continuo, que se suspendió en silencio pétreo cuando el Líder y su esposa llegaron al salón central.

Marcos corrió la silla para que Adela tomara asiento pero no se sentó a su lado, permaneció de pie. Su voz sonó potente, imponente, no sabía bien si por el mismo o la acústica de esa cueva que hoy era su hogar, o por el silencio que clamaba ser roto, como condensado en miedo. Esa era la sensación general, una que no se había sentido antes. Miedo. A lo desconocido, a lo incierto. Las pocas palabras que habían intercambiado en el claro corrieron como pólvora esparcida por los testigos: Que la guerra había terminado era noticia vieja pero nadie conocía sus implicaciones fuera de Marcos y Alan, por haber estado presentes en la nave, Adela por ser la confidente, y Lara, que no estaba allí. El frío le comió por la espina dorsal con cada palabra.

—Después de la reunión con los invasores que aterizaron hoy en el claro, vengo a plantearles las alternativas que nos dejan para el futuro del planeta.

Marcos habló con certeza y contundencia, narrando con bastante detalle lo que le habían transmitido en la reunión. Sus frases eran largas y también lo eran sus pausas, sin embargo nadie se animó a interrumpirlo o alzar la voz. Las razones de la invasión fueron como un cachetazo para más de uno, no valían de nada los discursos ecologistas, las suscripciones a Greenpeace ni los programas de reciclado. A esa altura de los acontecimientos el daño era irreversible y sus consecuencias aún peores.

Si el golpe a la pequeña población sobreviviente fue grande, por darle una dimensión conocida, llegar al punto de su interés específico sobre el género femenino de la raza humana hizo temblar al silencio mismo. Habló de cuestiones genéticas y de cromosomas, pero también habló de como a quienes hoy buscaban para salvar su especie de un destino de extinción, en un pasado lejano fueron proscritas, perseguidas y eliminadas, en un camino que empezaba exactamente en el punto donde ellos intervenían.

Cuando la última conmoción terminó, y volvió a reinar el silencio, no fue Marcos quien habló.

—A mí me gustaría saber —dijo Lucas— quién erigió en juez, jurado y verdugo a estos hijos de puta.

—No lo sé, Lucas. No los estoy justificando. Tú sabes bien como la mayoría que está aquí, cuánto y cómo he perdido en manos de esta guerra. Pero no estoy mirando atrás, sino a mañana.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nos están dando la posibilidad de sobrevivir y re-habitar el planeta, una vez que concluyan los trabajos de recuperación natural.

—¿Qué?

—Eso. Ni más ni menos.

Lucas estaba desencajado, completamente fuera de la situación. Lo habían metido a empujones en una guerra sin sentido, como todas, es cierto, pero

contra otro enemigo, un invasor, que de pronto, ante sus propios ojos, se convertían en salvadores, en benefactores que premiaba su capacidad de supervivencia con la oportunidad de reiniciar la vida en el planeta.

—¿Qué es esto? ¿Los septuagésimo sex tolos Juegos del Hambre?
¿Es una broma?

—¿Te parece que estoy bromeando?

—¿Y yo tengo pinta de Katniss? Marcos, esto no es lógico.

—Nada de esto es lógico...

—Hemos peleado contra estos tipos durante cinco años. Hemos pasado hambre, frío, dolor y muerte. Hemos perdido nuestras familias, nuestros hogares, toda nuestra vida y nuestro planeta... Y ahora, con un pase mágico del destino, son un dechado de virtudes, salvadores desinteresados que nos premian por haber resistido a que nos liquidaran. No puede ser tan sencillo.

—Bueno... No es tan simple.

Marcos esperó a que el mumullo que había escalado tras las palabras de Lucas, menguara un poco. Algunos coincidían con el discurso de su yerno, que estaba a unos 10 metros del centro, mezclado con los soldados, de pie detrás de Maga, que estaba sentada en uno de los bancos largos de madera. El salón se fue apaciguando por necesidad. Necesidad de saber. Y Marcos se encargó de darles la verdad.

—El planeta está siendo reconstituido, restableciendo su balance y equilibrio con las fuerzas de la naturaleza. Todo vestigio de evolución debe desaparecer.

—¿Qué tiene que desaparecer?

—Todo lo que tenemos: Amas, móviles, tecnología, ropa, libros.

—¿Nos van a desamar?

El mumullo fue un bramido. Los soldados se pusieron de pie y empezaron a discutir. Marcos intentó calmarlos hasta que lo logró. Lucas hablaba

agitado.

—¿Vamos a entregarles voluntariamente nuestras armas? ¿Por qué no nos cortamos la cabeza y se las entregamos ya colocadas en picas, así no se cansan en el esfuerzo inocuo de matarnos de noche?

—Vamos a entregar todo. Las armas también.

—¿Y después qué?

—Tenemos siete días en los cuales prepararan la mina para soportar lo que ellos llaman "La Tempestad". —Y con esa frase Marcos recuperó la atención de su campamento para enarrar lo que le explicaron los extraterrestres y los paralelismos con lo que él recordaba de la Biblia y las películas. Su voz, al final, se disolvió en el silencio que se prolongó mientras los hombres y mujeres procesaban semejante bagaje de información. Lucas volvió a tomar la voz cantante.

—¿Y si todo es una trampa? ¿Y si lo que quieren los aliens es dejarnos indefensos para liquidarnos? ¿Y si la solución para el final, después de tanto pelear, es convencernos de encerrarnos en una montaña y dejamos morir de hambre o de frío? —Todos los ojos fueron, del joven renegado al líder rebelde.

—No lo sé, Lucas. No tengo todas las respuestas.

—No me sirve, Marcos. Prefiero seguir peleando.

—No hay nada más por qué pelear.

—¿Quién lo convenció de esto? —Marcos inspiró profundo y apoyó ambas manos en los hombros de su mujer. Ella respondió:

—Yo.

—¿Adela? ¿Por qué?

—No pretendo que lo entiendas —dijo Marcos, con la voz seca de tanto monólogo ininterrumpido—, pero siempre he confiado en la intuición de mi mujer, en su sabiduría. Esta no va a ser la excepción.

—Yo sé —continuó Adela— que ellos nos están dando esta oportunidad. Siempre lo hacen. Restauran el equilibrio del planeta y permiten a aquellos que sobrevivieron, los más fuertes, volver a empezar. Y suman a estos

grupos a sus predecesores.

—¿Sus qué?

—Sus ancianos. Les dan la oportunidad de pasar la última parte de sus vidas en el planeta reconstituido.

—¿Algo así como un hogar de retiro en el paraíso?

—Algo así... Algo un poco mejor de lo que nosotros le damos a nuestros padres... Y lo que le dejamos de legado a nuestros hijos.

—Y esa alternativa —intervino nuevamente Marcos, respaldando las palabras de su compañera— es la última pata de nuestro trato con los ex traterrestres.

—Oh Dios, Marcos, no me deje adivinar —dijo Lucas pasándose ambas manos por la cabeza.

—Uno de sus predecesores ha solicitado unirse a nuestro campamento, atravesar las instancias de La Tempestad junto a nosotros, y ser parte de nuestra comunidad cuando debamos salir de nuevo a la tierra y movemos al norte para instalarnos.

El momento de estupefacción latió dos segundos y cien voces se levantaron en contra de todos los argumentos. Marcos permaneció inamovible con los ojos fijos en Lucas, cuya voz explotó como lo que era, un tambor de guerra.

—¡No! ¡No voy a vivir con un ex traterrestre bajo el mismo techo! ¡No respondo de mí si lo tengo enfrente!

—¡Esa no es tu decisión! —Fue la respuesta del otro lado, la voz de Marcos arrasando con todas las demás. Se serenó cuando volvió la calma general—. Tampoco es mía, es por eso que he convocado esta reunión. Para que podamos resolverlo como lo hemos hecho siempre: escuchándonos, entendiéndonos y votando.

—Es evidente cuál es su posición. También es evidente que no todos están de acuerdo con usted. —Marcos entrecerró los ojos cuando Lucas le hizo frente— ¿Qué pasaría si la mayoría votara en contra de su propuesta?

—Lo aceptaré, por supuesto. Pero hay una alternativa más: Las mujeres pueden volver con los Caballeros de Xydonia y continuar la vida que llevaban antes que las sacaras de la nave. Todas están invitadas, las que estaban y las que no. Y si no se aceptan las condiciones ofrecidas por ellos, es la alternativa que voy a tomar para todas las mujeres de mi familia, y que apoyaré e impulsaré para todas las demás.

—¡Yo no me voy a ir! —gritó Maga, poniéndose de pie de un salto.

—Sí que irás... Mientras no tengas tu propia familia sigues estando en la mía y harás lo que yo diga.

Lucas sujetó a Maga por la cintura y aceptó el desafío.

—No necesito que usted ni nadie, ni una iglesia ni un papel, me diga o acepte que ella es mi mujer.

—Si es tu mujer, ¿La condenarías a una muerte segura o la salvarías a pesar de que fuera el final de los dos? —Lucas inspiró y el aire tembló en su interior. Cerró los puños y la soltó. Maga se dio vuelta con los ojos llenos de lágrimas y lo abrazó.

—¡No! ¡No! No me voy a ir a ningún lado. ¡No!

Marcos se dirigió a todo el campamento.

—Nos volveremos a reunir aquí en una hora. Conversen entre ustedes, piénsenlo, consideren las opciones. Los que necesiten hablar conmigo, estaré en mi oficina. En una hora votaremos y se hará lo que decida la mayoría.

El líder del campamento ayudó a su esposa a ponerse de pie y se encaminó a su despacho. Lucas tomó a Maga de una mano, pateó con todas sus fuerzas una silla metálica que estaba en su camino, y lideraron el paso rumbo a los dormitorios.



Por votación, pero no unánime, se decidió acatar las órdenes de los ex traterrestres, aceptar la presencia del sanador y que Marcos siguiera siendo el líder del campamento. También se votó que hubiera una alternativa a la migración y que se decidiría cuando terminara la Tempestad quienes se marcharían y quienes se quedarían; mientras tanto, todos convivirían.

XII

.Lara

Durante seis días con sus noches los miembros del campamento recolectaron alimentos y madera, comenzaron a desmontar todo lo que fuera eléctrico, metálico y mecánico, y se inspeccionó hasta el último rincón para que no quedara vestigio alguno de la evolución de la humanidad, la misma que los había llevado a la devastación. Todo se trasladó al claro donde aterizaron dos naves. Mientras una cargaba todos los restos de la civilización, de la otra descendieron algunos animales domésticos y de granja, forraje, sacos con granos para siembra y otros para alimentación, y un cargamento de comida concentrada diseñada para el período que les restaba afrontar aislados. Había suplementos dietarios y medicinas que el sanador administraría, y de las cuales se desharía cuando abandonaran el lugar.

Un equipo de ex traterrestres trabajó para colocar una especie de compuerta en la entrada a la montaña, que podrían abrir y cerrar para verificar la situación en el exterior. Esa compuerta se cerró la noche del séptimo día. Esa noche nadie durmió; el viento y la lluvia azotaban la piedra con la contundencia del enojo de Dios por la destrucción de su obra maestra, con la fuerza de la madre naturaleza llevándose cien años de basura y escombros, de desechos y desidia de los humanos. Cada trueno, cada golpe, cada oleada que sacudía la montaña maciza como si fuera una persiana mal cerrada, los conmovía para grabar a fuego en su ADN el fin de su era y las consecuencias de su indiferencia. En ese momento, en un silencio atronador, todos reunidos en el centro de la montaña, el único pensamiento de esas casi cuatrocientas personas era “¿Qué hemos hecho?”, no como pregunta retórica sino para generar en respuesta todas y cada una de las cosas que hemos hecho, o hemos dejado de hacer, para llegar a un final así.



Tratando de salir de su propio círculo depresivo, Lara abandonó su habitación y se dirigió al comedor donde se compartía una de las comidas diarias. El campamento alternaba entre la comida tradicional y la suministrada por los ex traterrestres. Eso le había dicho el sanador, que la visitaba todos los días para controlar la evolución de su embarazo. Solo Lara y los más pequeños comían comida “normal” todos los días, y suplementos dietarios. Todo un desperdicio en tiempos de crisis, si la comida siempre la vomitaba. Tomó un plato y se sirvió un poco de puré; el solo ver la mezcla ya le producía náuseas. Ocupó un lugar en la mesa principal, donde solo quedaban Lucas y Maga, Alan y Cecilia, Danna, Florencia y su madre. Todos la miraron con una sonrisa condescendiente que demostraba que se veía tan mal como se sentía. Arrojó el plato en la mesa y se sentó sin responder a la cortesía.

—Buenas tardes...

Lara giró en su asiento para mirar al hombre que saludaba, el sanador. Nadie respondió su saludo, pero en cuanto él apoyó su plato en la mesa, en el lugar entre ella y las niñas, cuatro sillas se arrastraron y las dos parejas al otro lado de la mesa se marcharon sin decir palabra. Ella se volvió para mirar al resto de su familia, con la sorpresa del ex abrupto impreso en la cara.

—¿Qué fue eso? —preguntó Lara.

—Lo siento... —dijo Adela al sanador, quien intentó sonreír aunque había una mezcla de dolor y culpa que no le correspondían.

—No hay problema, Adela. Yo puedo comprenderlos.

—Yo no... Además... ¿Siempre hacen eso o se atrevieron ahora porque papá no está? —Nadie dijo nada, respuesta suficiente. Lara revolvió su

puré murmurando—: Cobardes...



Tiempo de revancha. Lara volvió otra noche a la comida del campamento y se sentó con toda su familia. Esa noche si estaba su padre sentado a la mesa. Las conversaciones fluían entre unos y otros y se mezclaba con el murmullo de las otras mesas colmadas del salón central. El olor a pasta llenaba más que la comida, que era racionada, y ella ya se sentía al borde de explotar con dos bocados. El sanador insistía en que comiera comida, que debía mantener todos sus sistemas funcionando a la par de su bebe; él también insistía en comer con el resto del campamento en lugar de hacerlo en su habitación: Decía que estaba acostumbrado a moverse en comunidad, en equipo, que no servía para estar solo, aun cuando no tuviera lazos profundos con sus compañeros. Lara perdió su tren de pensamientos cuando la asaltó por la espalda el conocido ruido de las patas de las sillas sobre la piedra. Miró a una de las mesas y pudo ver a todos sus ocupantes levantarse, con los platos todavía llenos de comida, cuando el sanador se acercó para sentarse. Lara miró a su padre, que seguía comiendo como si nada. Entonces él lo consentía; no podía ponerlo en manifiesto de otra manera pero no castigándolo era su manera de aceptarlo, de avalarlo. Indignada, empujó su silla con un estrépito similar al anterior y todos los ojos se clavaron en ella. Se puso de pie, levantó su plato y, con una mirada elocuente y desafiante, se alejó de la mesa familiar y fue a sentarse a la que había quedado ocupada solo con el sanador:

—Lara... ¿Qué hace aquí? No es necesario... —dijo el hombre tan bajo como pudo.

—Sí... Sí lo es...

—Yo lo entiendo. No es necesario forzarlos...

—No es forzarlos —dijo Lara en voz alta, tan alta como pudo hablar sin gritar, pero para que todos la escucharan—. Es hacerles entender que le deben un mínimo respeto...

—¿Respeto? —gritó alguien, en una mesa un poco más alejada, poniéndose de pie. Lara sonrió de costado, agradecida por la reacción—. Esas bestias mataron a los nuestros, aniquilaron nuestra especie. Mataron a mi familia, y a tu hermano también.

Lara se puso de pie, apoyándose en el respaldo de la silla.

—Pero este hombre que está aquí no es un soldado ni uno de los líderes que decidió la invasión. Y está aquí por una sola razón.

—¡Para salvarse! —gritó otro.

—Para salvarnos. Ustedes no se dan cuenta, o no quieren darse cuenta, pero él ha puesto en riesgo su propia vida para protegernos, para que los extraterrestres nos permitieran sobrevivir. De otra manera, hubieran hecho hasta lo imposible para destruirnos, solo para borrar el precedente de haber sobrevivido tanto tiempo, de habernos metido en su nave y matarlos en su propio territorio. Sin él, que podría haber elegido cualquier otro grupo cuando ya hubieran estado asentados, si alguno sobrevivía, jamás hubiésemos sabido de la Tempestad, no hubiéramos tenido tiempo para organizarnos y aprovisionarnos. Sin él hubiéramos muerto ahogados, de frío, de hambre, las opciones para morir son muchísimas, y sin embargo, tenemos una opción para vivir. Una oportunidad para sobrevivir.

No esperó ninguna respuesta. Volvió a sentarse y siguió revolviendo la comida con los ojos clavados en ella. Las lágrimas empezaron a caer sobre la salsa, su discurso había sido profundo y sentido porque ella sabía quién, allá afuera, no tendría ninguna de las oportunidades que ella sí. El sanador puso una mano en su hombro.

—Gracias, Lara.

—Yo lo puedo entender, ¿Por qué ellos no?

—No es lo importante.

Lara limpió la humedad en su rostro y lo miró de costado.

—¿Usted cree... que RT pueda sobrevivir?

Los segundos latieron en silencio entre los dos.

El sanador apretó un poco la mano en su hombro y la soltó, por eso no sintió el escalofrío que la recorrió.

—El Comandante es un soldado altamente preparado, en estrategia y en el campo de batalla; además es inteligente, práctico y organizado, todas características imprescindibles para la supervivencia.

—Pero, ¿Cómo va a hacer para sobrevivir sin saber qué es lo que viene?

—Soy sanador, Lara, no vidente. —Lara levantó los ojos y lo miró. Estaba pasando mucho tiempo con su padre, esa era una de sus frases favoritas. MF la vio y soltó el cubierto para concentrarse en ella.

—¿Por qué no vino a buscarnos?

—Ya le dije...

—Sí... Pero... Después... Cuando el peligro pasó...

—No lo sé...

—Si él podía sentirnos... Usted dijo que él podía... Si sabía que estábamos bien...

—Él necesita estar en un lugar templado, incluso más que ustedes. Su cuerpo sufrirá más los cambios bruscos de temperatura. Pero aunque no tenga alimento, su cuerpo consume mucho menos calorías que el de los humanos de sangre caliente. Si puede encontrar refugio de la Tempestad, puede pasar esa temporada con muy poco suministro.

—¿Y si no lo encuentra?

—No lo sé, Lara. Pero mantengamos la fe.

Fe. Una palabra tan simple, tan pequeña, para sostener la diferencia entre la razón y la locura, entre la vida y la muerte.

XIII

.Lara

Génesis 7

4 Porque pasados aún siete días, yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches; y ræeré de sobre la faz de la tierra a todo ser viviente que hice.

Pasaron los cuarenta días más largos en la historia de la humanidad, o por lo menos de su vida, pensó Lara mientras se acomodaba en la silla del improvisado salón de reuniones del Campamento del Fin del Mundo. Alguien estuvo doblemente creativo al denominarlos así, tanto por el lugar donde estaban como por los tiempos que le tocaba atravesar.

Tal como los Caballeros de Xydonia anunciaron, esa especie ex traterrestre que había llegado a su planeta con una doble misión, tanto de conquista como de rescate, la Tempestad terminó. Y en cincuenta y no cien más, como se narraba en la Biblia, las aguas retrocedieron y la tierra se secó. El equinoccio había empezado y debían migrar al norte, a latitudes más templadas, para poder sobrevivir. Era su turno de volver a empezar.

La reunión trataba de eso, de cómo se desplazarían, cuando y hacia dónde. Debían trazar un plan. En una tarima un poco más alta que el resto de los presentes, estaban sentados su madre, su padre y MF, el sanador ex traterrestre que se había sumado al campamento antes de la Tempestad. Ella tenía primera fila y sentía los ojos de sus congéneres clavados en la nuca, porque era muy rara la ocasión que abandonaba su habitación e interactuaba con los humanos. Comía sola, participaba de la instrucción de líderes para matar el tiempo y esperaba con paciencia junto a la salida sellada que los equipos de supervisión hicieran su trabajo: abrir las compuertas, remover hielo o restos arrastrados por el viento, hacer una inspección ocular, siempre que la lluvia se los permitiera y después volver a sellar la salida. Y ella esperaba que él llegara, en silencio mantuvo su esperanza

que RT viniera a ella, pero eso no sucedió.

Un día salió el sol, apareció el arcoíris y llegó con ellos la ilusión del perdón. Un día las aguas retrocedieron y se pudo ver un horizonte de piedras y cenizas y con eso llegó el momento de tomar una decisión.

El murmullo se fue apagando a medida que la ansiedad crecía. El campamento no había estado inactivo en los noventa días de espera. Se habían creado comisiones, se habían armado distintos equipos para preparar movilidad, acopiar alimento, organizar y dar forma a la sociedad que vendría. El momento de poner en práctica todo lo que había preparado había llegado.

Marcos había diagramado la migración en cuatro etapas y dividido el campamento en grupos con un cuadro etario que pudieran sobrevivir individualmente, ya fuera porque el grupo anterior fracasara, se extraviaran o no se reencontraran, o buscaran otro rumbo. La decisión más difícil fue elegir a los líderes de cada grupo. Alan y Cecilia irían en el primer grupo; Marcos, Adela, el Predecesor, Lara y las pequeñas, irían en el segundo; Lucas y Maga en el tercero. Saldrían con una semana de diferencia, intentando recorrer los más de mil quinientos kilómetros que los separaban de su punto de origen en los tres meses que quedaban antes que llegara el invierno. No tenían elementos de navegación así que utilizarían las estrellas y el sol para orientarse. Los líderes habían estudiado eso, entre otras cosas, durante los tres meses de encierro. Había quedado un cuarto grupo de personas que no estaban de acuerdo con la migración y pretendían quedarse en ese refugio. Sus padres habían intentado convencerlos por todos los medios de que no se quedaran, pero era imposible erradicar una cuestión mucho más que cultural. Hacía siglos que el hombre no era migrante, no de la manera que necesitaban hacerlo ahora: solos, sin recursos, sin saber qué enfrentaban.

Y ahí estaba el otro problema a enfrentar: el primer grupo, liderado por Alan, se resistía a ser la avanzada exploratoria hacia lo desconocido. Las teorías sobre lo que encontrarían, desde Dinosaurios hasta animales de otro planeta, eran de increíbles a risueñas. La mayoría se inclinaba por enviar un grupo

pequeño de expedición. Marcos se negaba a hacer un grupo sin líderes y no había nadie más en quien confiara.

—Podemos seguir perdiendo tiempo valioso donde la temperatura todavía nos favorece, reacomodando los grupos —dijo Marcos, cuando se propuso votar de nuevo sobre el tema, o reconfigurar los grupos. Lara exhaló fastidiada: los problemas de la democracia con una persona cero democrática. Entonces dijo la sentencia mágica—. Tengo dos soldados dispuestos a integrar una expedición de avanzada. Solo me falta un líder.

Quizás ese era el momento, público y exacerbado, con el tiempo corriendo en contra, que siempre le había sido esquivo y no había conseguido imponerse.

Lara se puso de pie y miró a la gente detrás de ella. Las voces se acallaron de golpe y esta vez les dio el privilegio de mirarla de frente y apreciar su embarazo pese a la camiseta suelta.

—Yo quiero ser líder de esa expedición.

—No —dijo Marcos, bajando la vista a un papel que tenía adelante y garabateando algo que era nada, solo estaba evitando mirarla.

—No hay nadie más. Ya tienes los líderes de los otros grupos. Ya tienes todo armado —Marcos siguió ignorándola. Su madre apretó los labios cuando la buscó por apoyo. Desde atrás, los dos soldados que se habían ofrecido, avanzaron hasta pararse a su lado. Uno de ellos era Pablo, su segundo en el campamento anterior y mejor amigo de su hermano menor. El otro era Daniel, también compañero de armas de Adrián. Su padre reaccionó.

—¡No voy a discutir esto aquí!

—¿Y dónde sino? ¿En privado, donde no se vea que las mujeres no son tratadas como iguales?

—No son iguales... —A las palabras de Marcos, volvió a levantarse el mumullo como respuesta. Lara se estaba envalentonando, impune por el

público y su estado.

—¡Sabes que soy tan apta como cualquiera de tus soldados, táctica y prácticamente! ¡Sabes que puedo hacer frente a las contingencias que se presenten, he estado en los entrenamientos!

—¡Estás embarazada!

—Sí, ya nos dimos cuenta, pero voy a parir salga primera o última.

—No puedes estar a cargo de un grupo en ese estado.

Estaba por argumentar que no pariría con la cabeza sino con otra parte de su cuerpo pero su padre era capaz de bajarse del estrado y callar su argumento con un sonoro cachetazo. Las hormonas tomaron control de su discurso.

—Es mi derecho, me lo he ganado, lo merezco, lo reclamo. Si Adrián estuviera aquí, le hubieses permitido ser líder, pero a mí no.

—Eso es algo que nunca sabremos... —dijo por fin Marcos, mirándola. Estaba cansado y ella tocó la llaga que nunca cicatrizaría. Ella tenía razón en mil cosas y él también, pero nunca se pondrían de acuerdo. Era parte de su ley. Pero en algo coincidían, ellos dos y toda su familia, y era en lo mucho que extrañaban al hijo, al hermano, que había muerto tan temprano. Lara se permitió las lágrimas y la frase que siguió, también.

—Si Adrián estuviera vivo y yo fuera con él, me autorizarías —No fue una pregunta, así que Marcos no contestó—. Entonces, si llamo a mi hijo Adrián, como él, es como si mi hermano me acompañara. Es su legado, y el tuyo también. Es nuestro derecho.

Nadie dijo nada. Las miradas iban de Lara a su padre y flotaban entre el resto de los miembros de la familia. Marcos era un líder justo pero también acomodaba las situaciones, dentro de lo posible, para cuidar y proteger a los suyos. Negarle esto a Lara pondría esa situación más en evidencia y profundizaría las diferencias que ya dividían el campamento. Y él debía pensar en algo superior:

la supervivencia de la especie. El hombre aferró la mano de su esposa y contestó:

—Has lo que quieras, Lara. Siempre lo has hecho, no va a ser esta tu primera excepción.

El salón soltó una exhalación que mezcló alivio y fastidio. Lara se acercó a los dos soldados y se saludaron con la mano, como Adrián lo hacía con ellos. Marcos se puso de pie.

—No puedes ir solo con dos soldados. Es necesario que vaya alguien más que te asista, una enfermera... —El silencio en la sala fue sepulcral, hasta que una voz resonó, no entre el auditorio sino al frente.

—Yo iré con ella —dijo el Sanador.



La despedida del campamento, antes de partir a lo desconocido en su propio mundo, fue larga y conmovedora. Estuvo dos horas hablando con su madre sobre todo lo que debía hacer si su parto se adelantaba o llegaba a término sin que ella estuviera para ayudarla. Como la conocía, por ser más que su madre, le dio un cuaderno de páginas recicladas con todas las instrucciones, desde las más complejas sobre el trabajo de parto y las contracciones, hasta las más básicas sobre la alimentación y los malestares más comunes, tanto del niño como de la madre. Se prometieron reencontrarse y lloraron juntas largo rato. La despedida con Maga fue silenciosa pero profunda. En ese momento, como nunca en los años que habían compartido, sintió el dolor de la separación y el perdón de ambos lados, porque comprendió que la única actitud censurable de Maga fue producto de cientos de "pequeñas" actitudes horribles que ella siempre había tenido para con su hermana. Reconocer sus errores le permitió perdonarse, y al

hacerlo, también pudo perdonar a su hermana, equivocada por amor. Marcos tenía a Flor en brazos y le dejó la despedida a la pequeña. Él le dijo todo con la mirada: que tuviera cuidado, que no se arriesgara, que plantara campamento antes de entrar en trabajo de parto y que los esperara, que ellos llegarían a ella.

Repasó los rostros de las personas con quienes había convivido en esos últimos años. Temió no volver a verlos pero una patadita en su interior le hizo sentir que todo estaría bien, que si habían llegado tan lejos y sobrevivido era para continuar. Se secó las lágrimas con una sonrisa y encabezó el grupo en busca de su lugar.

El contingente estaba integrado por dos soldados y el sanador. Iban en dos carretas tiradas por una vaca y un toro, llevando consigo animales de corral, dos perros, semillas, herramientas rudimentarias y dos tiendas de campaña. La tierra por la que avanzaban era seca y gris, lo que parecía cenizas, que cubría la superficie pedregosa y deforme, en realidad era sedimento marino: debió quedar allí cuando las aguas subieron, mezcladas con la lluvia, teorizó el Sanador.

Movían rocas creando camino al andar. Lara avanzaba más rápido, liderando y marcando la ruta; los soldados iban moviendo piedras, y las carretas, a medida que avanzaban, creaban surcos que el sanador abonaba y sembraba, eligiendo con cuidado y sabiduría las semillas que, con el paso del tiempo, formarían tanto la espesura de un bosque como un camino transitable.

Al final del día, cuando el sol se ocultaba tras las montañas del oeste, Lara se sentaba en el lugar más alto y veía cómo cambiaba el paisaje a medida que ellos transitaban, cómo el sanador trabajaba la tierra con la paciencia de un padre. Su paso por esa tierra era una huella y no una cicatriz, como había sido antes; así debió ser siempre y en algún momento de la evolución, la intención se perdió. La tristeza se hizo carne en ella con el peso de la culpa y en silencio pidió perdón.

Entonces, después de contemplar un atardecer rico en colores, de naranjas mutando a violetas, cuando asomaba la primera estrella de la noche, miraba una sola vez al norte, escudriñando en la nueva oscuridad. La esperanza

se disolvía en sus lágrimas, en el paso de un tiempo sin medida, sin horas, sin días, contado en ciclos y ausencias. Amanecía y anoecía, la luna nacía, se llenaba, adelgazaba y desaparecía, para renacer otra vez. Las nubes se formaban, blancas primero, grises después, llovía y paraba, y los rayos del sol jugaban con el arcoíris en su esplendor. Llegaba la noche y Lara dormía hasta que el alba la volvía a despertar. En su nueva medida del paso del tiempo, con cada ciclo que se iba y junto a un suspiro, volaban los retazos de fe que desgarraban su alma, temiendo que ya no lo volvería a ver. Pero como un truco de magia o alquimia para el dolor, a cada paso la necesidad de proteger su legado, la razón de su sacrificio, la movía a avanzar. Si RT había dado su vida por ellos, ella no podía desfallecer; tenía que seguir, por sí misma, por su hijo, por la tierra que volvía al principio, a su tercer "érase una vez".

El viento comenzó a ser gélido a pesar de soplar del norte. El equinoccio terminaba y el invierno venía marchando con su fría amenaza. Lara se inclinó, apoyando las manos en las rodillas, para recuperar el aliento al llegar a la cima. Se había cansado como si hubiese escalado el Aconcagua, pero apenas categorizaba como meseta. El silencio se rompía con un mumullo desconocido y un aroma verde se le coló por la nariz, despertando su cerebro aletargado por tanto gris y frío.

Avanzó ayudada por un bastón de madera largo, se sentía pesada y desbalanceada, sabía que tenía que encontrar un lugar donde establecerse pronto, su reloj interno estaba diciéndole que el tiempo se estaba acabando. Entonces lo vio.

Como si fuera una falla, entre dos mesetas, una más baja que la otra, se abría paso un arroyo que serpenteaba sobre las rocas; tan transparentes eran sus aguas que se podía ver su fondo, y con un incipiente borde de musgo que contrastaba con la monocromía del lugar. Era difícil ver de dónde venía el afluente pero olía a hielo y lluvia. El terreno circundante, incluso el que estaba bajo sus pies, era negro y no gris, con el aroma a la vieja tierra que su madre usaba para

cultivar su jardín. Turba. Parpadeó varias veces para comprobar que no estaba delirando, que no era un oasis creado por su imaginación. Estuvo un rato así hasta que sintió que ya no estuvo sola.

—¿Qué es esto?

—No lo sé —respondió a la pregunta del sanador.

—Es perfecto.

—Sí. Debemos bajar.

Ya era de noche cuando lograron llegar al arroyo y sentarse a beber como si hubiesen caminado cuarenta años por el desierto. Mientras Pablo y Daniel amaban el campamento, el sanador revisó a Lara.

—Estás cerca. El bebé ya está acomodado.

—Puedo sentirlo... —dijo apoyando la palma de la mano en la base de su vientre. El bebé empujaba como queriendo salir atravesando su piel y no los huesos de la pelvis.

—Deberíamos quedarnos aquí. Es el primer curso de agua que encontramos y la tierra se ve fértil.

—Pero tenemos que seguir..

—Yo creo que no.

—Yo creo que sí... —y no terminó de decirlo que una contracción la hizo aullar de dolor y estirar la espalda como si eso la fuera a aliviar. El sanador la acomodó y la sostuvo hasta que el dolor pasó.

—¿Nos quedamos aquí?

—Parece que a mi hijo le gusta el lugar.



Nadie durmió esa noche, Lara por los dolores de las contracciones, el sanador controlando su evolución, Pablo y Daniel soportando los gritos. Había sido una noche larga y angustiante, tres de cuatro sin mucha idea de qué podía pasar y uno muy tranquilo porque eso recién estaba empezando. Una sola cosa quedó clara como la luna llena, el umbral de dolor de Lara era bajísimo.

Los dolores habían menguado, o ella ya se estaba acostumbrando. Exhausta e incómoda, se echó a los hombros una manta de lana y salió descalza de su carpa. Se orientó por el ruido del arroyo, caminando con cuidado sobre el terreno empedrado. El cielo empezaba a tomar un color negro azulado a medida que el sol comenzaba a asomar detrás del horizonte. Podría subir la meseta para tener una visión mejor del amanecer, pero no se arriesgó. Todos sus sentidos y su instinto de preservación estaban enfocados en el niño por nacer. Su hijo, su luz guía.

—Adrián...

Por primera vez dijo su nombre sin lágrimas, sin dolor, como antes, con una sonrisa, con amor. El agua a sus pies la trajo a la realidad. Levantó la falda de su camisón, el que su madre le había ordenado que usara cuando empezara el trabajo de parto, largo, amplio, liviano, y con un escote que le llegaba hasta el ombligo, o hasta ahí hubiera llegado si su vientre no quisiera imitar a un elefante. *Tan sexy*, pensó, mientras intentaba inclinarse para beber un poco del agua fresca de manantial, con movimientos, ni *sex* ni elegantes, sino torpe, prominente, “gorda”.

Algo tan simple como beber de un arroyo se convirtió en un desafío a todas las leyes de la física, que aún no se había descubierto. ¿Cuánto faltaría para que un Newton hablara de la gravedad y un Einstein de la relatividad? Cuando sació su sed, se quedó sentada un rato para recuperar energía. Acarició su vientre tranquilo, quizá su hijo estaba tan cansado como ella, quizá estaba asustado porque no sabía qué le esperaba del otro lado de la vida, no entendería por qué, después de nueve meses de flotar en paz, lo estaban desalojando con

tanta brusquedad. Pobre bebé, arrojado a un mundo hostil con una madre que no tenía idea de nada. Por instinto o costumbre, miró al norte aunque su esperanza ya no tuviera luz. La soledad se clavó como una daga en su alma.

Se apoyó en el suelo y logró ponerse de pie, alzando la vista al amanecer. El sol asomaba por el borde escarpado de la meseta, y en ella se recortó una sombra que logró hacer latir su corazón en agonía. Se quedó quieta con los ojos fijos en la silueta, esperando que desapareciera si era un efecto del sol en sus retinas, pero rogando que no se fuera, que se materializara y se acercara.

La sombra la miraba, podía sentirlo, conocía la sensación aun a la distancia. Era él.

La sombra se fue convirtiendo en ese ser de otro planeta que había robado su corazón. Se quedó quieta por temor a dar un paso en falso y que todo desapareciera. Si era un delirio, si estaba soñando, necesitaba de esa fantasía para seguir adelante un poco más. Él bajó la meseta, cruzó el arroyo y se detuvo a un paso de ella, dejando caer a un costado la carga que llevaba en la espalda. Lo miró completo, de pies a cabeza, le acarició el rostro cubierto con una barba crecida, el pecho amplio, la ropa raída.

—¿Estás bien? ¿Sobreviviste?

—Sí... Déjame verte... —dijo mientras la apartaba y admiraba su vientre. Tocó su rostro con devoción y la estudió, preocupado—. Estás fría. ¿Qué te pasa?

¿Fría? Lara dejó escapar un gemido de dolor y le pegó una cachetada que resonó en el valle. Su grito también.

—¿Por qué tardaste tanto? —Él no tuvo chance de responder, ella lo agarró de la ropa y lo acercó para besarlo con desesperación y hambre, con furia y deseo. Sentir sus manos heladas contra su cuerpo a través de la fina tela, la

trajeron de vuelta a la vida. Aun a través de su gentil roce percibía que él se sentía igual que ella: sediento, famélico, febril.

Algo más que sus besos apasionados y los jadeos mezclados con sus nombres, se escuchó en ese paraje silencioso.

—Comandante.

El sanador estaba de pie a la entrada de la tienda de campaña. De la otra tienda salieron los dos muchachos. RT la abrazó y aprovechó para acomodar la manta en sus hombros para mantenerla cubierta.

—Señor —. RT extendió la mano y recibió rápida respuesta al saludo. —No sabía que estaba aquí. ¿Y los demás?

—Hemos salido primero del campamento en el sur. El resto se ha dividido. Esperamos que puedan seguir nuestro rastro.

—¿Y cómo llegaron tan lejos? Solos... —RT la miró de costado como si pudiera adivinar las razones por las que ellos, por sobre todos y contra toda lógica segura, fueron los primeros en salir. Lara los interrumpió con voz ronca:

—Podemos... entrar..

—Sí. Claro... —le respondió el Sanador, indicándoles con la mano que avanzaran al improvisado campamento. Lara se cerró la manta y caminó rápido mientras RT la seguía y esbozaba una disculpa.

—Será un momento... Podemos poner al día nuestras bitácoras después de...

—¡Entra! —dijo Lara, ya dentro de la tienda.

RT entró y se mantuvo con la cabeza inclinada, la tienda era más baja que él, eso le facilitó a Lara tenerlo cerca para continuar con lo que había empezado a la intemperie. Volvió a buscar su boca y a pegar su cuerpo al de él aunque su vientre fuera un obstáculo insalvable. Él la sostuvo mientras caían de rodillas sobre la improvisada bolsa de dormir.

- Pensé que no volvería a verte.
- Te dije que no te abandonaría.
- ¿Tan seguro estabas?
- Sí.

Él pudo acomodarse y ella sentarse a horcajadas. Sus manos descendieron sobre sus pechos hinchados, listos para amamantar, y luego se deslizaron sobre su vientre, tenso y duro como una roca. La criatura en su interior se movió y RT lo acompañó abriendo los dedos y abarcándolo con las palmas.

—Eres un milagro. Mírate... Llena de vida... Llena de amor.
—Soy un desastre... —RT levantó el rostro para mirarla. Le acarició las mejillas húmedas y la acercó a su boca.

- Un precioso desastre. Un maravilloso desastre. Mi desastre.
- Bueno... Tuviste bastante participación en esto.
- No sabía que podía pasar. Debí tomar precauciones. Lo siento...
- No lo sientas. Por él estamos juntos otra vez.
- Por él...
- Prométeme que sin importar qué pase, te quedarás conmigo.
- Te lo prometo. Te lo juro. Soy tuyo.

El beso se tomó urgente, al igual que sus manos, que avanzaron sobre su cuerpo desnudo bajo la tela del camisón. Su respiración entrecortada la denunciaba emocionada, excitada; sin dolor, su interior lo reclamaba como parte de una adicción, pura necesidad. Enredó los dedos en su cabello crecido y desordenado y fue ella quien profundizó el beso, metiéndose en su boca y bebiéndose su dulce sabor, satisfaciendo con roces el tiempo de ausencia, disfrutando el vértigo que giraba en su cabeza. Cuando liberó su boca, esta fue a su cuello, haciéndola gemir y apretar los dientes para no gritar, presa de su exquisita succión. Una contracción les hizo romper el contacto.

- No sé si sea conveniente —dijo él, sosteniéndola—... Quizás es

peligroso...

—Peligroso es que me dejes así con el revuelto de hormonas que vengo acarreado y nueve meses de abstinencia.

—No lo sé... —dudó RT. Lara tembló mientras bajaba por sus brazos, buscando sus manos.

—Tócame... —susurró y lo encamilló por sobre sus muslos, bajo el camisón, hacia el centro de su cuerpo. La ansiedad la tenía líquida, con una sola cosa en la mente: pronto todo se desataría y después "cuarentena, cuarentena, cuarentena".

No pudo ir más allá. El latigazo impiadoso de dolor la hizo bramar y arquearse, y RT la sostuvo hasta hacerla caer sobre las mantas.

—Lara...

—No voy a poder con esto... —gritó de manera entrecortada.

—Sí puedes... Cálmate... Respira...

El sanador entró a la tienda sin invitación, nunca más bienvenido. La revisó rápido y su mirada lo dijo todo: el momento había llegado. El hijo había esperado a su padre, el padre había encontrado a su hijo.

El trabajo de parto fue lento y doloroso. Las contracciones se fueron haciendo más largas e intensas, también más seguidas. Lara gritaba y lloraba en brazos de RT, bastante alejados de la imagen romántica de un nacimiento, quizá porque era el primero en ese nuevo tiempo o solo porque el castigo por comer la maldita manzana prohibida del paraíso y el "parirás con dolor", estaban más vigente que nunca.

—¿Por qué sufre tanto? El nacimiento de Florencia no fue así... —recordó RT de sus tiempos de Comandante, cuando presenció el último parto de Adela.

—Adela dijo que el primer parto siempre es el más complicado, a

medida que el cuerpo va pasando por esto, tiene memoria y...

—¿*Tiene memoria?* ¡Yo tengo memoria! —gritó Lara— ¡En mi vida vuelvo a pasar por esto! ¡Me voy a morir!

—No te vas a morir, Lara. Eres fuerte y valiente. Tu puedes... —Ella ya no lo estaba escuchando, volvía a retorcerse de dolor.

El sol dibujaba despacio su orbe en el firmamento y cuando estuvo en el centro del cielo decidieron hacerla caminar para acelerar el proceso. MF y RT discutieron la posibilidad de aprovechar el agua como medio para que lograra tener un parto más cómodo. La palabra *cómodo* la hizo reír entre lágrimas; les cambiaría el lugar a cualquiera de los dos cuando quisieran *ponerse cómodos*.

RT se sentó en el agua y sostuvo a Lara de cuclillas. El sanador estaba centrado en su misión. Los dos jóvenes soldados ni siquiera se acercaron al arroyo. Ella ya no gritó porque toda su fuerza y concentración estaba puesta en los músculos que necesitaban moverse para dar a su hijo a la vida.

Fue un momento que se deslizó mágico en el tiempo, todo un comienzo, el principio, la ruptura del silencio, un encuentro. Y así, envuelto en los fluidos del interior, un poco gris primero hasta que el sanador lo colocó en el pecho de su madre, hasta que lanzó su primer grito de vida, el primer heredero de la nueva tierra nació.

RT cayó sentado, envolviendo a Lara en una manta, sosteniéndola en sus brazos mientras ella hacía lo mismo con su hijo, uno capullo del otro, parte de la misma vida, de la misma flor, cuidándose y alimentándose el uno del otro. El bebé pestañeó varias veces y movió la cabeza hacia la voz que le daba la bienvenida, esa que había escuchado desde el interior. Abrió los ojos y aunque dicen que los bebés recién nacidos no ven más que manchas, enfocó en los rostros de esos dos seres que le habían dado la vida. Y su magia era absoluta, preciosa y completa, porque tenía los ojos de sus padres: la forma de su madre y

el color del interior de su padre cuando conoció el amor.

—Bienvenido, Adrián... —Lara levantó la cara hacia RT, que la abrazaba y con la mano libre, con un solo dedo, acariciaba con sumo cuidado el bracito de su hijo. A él le preguntó—: ¿Está bien... que lo llamemos Adrián?

—Lo que tú quieras es perfecto para mí.

—Te amo.

—Gracias, Lara. Gracias por este momento. Gracias por este hijo.

Gracias por tu amor.

Epílogo

Invencibles

Llévalo a cabo,
haz realidad tus sueños.
No dejes tus luchas.
Estarás bien,
porque no hay nadie como tú en el Universo

No tengas miedo
de lo que tu mente conciba
Deberías resistir,
defender lo que crees
Y esta noche
de verdad podremos decir
que juntos somos invencibles

Matt Bellamy ~ Muse

—¡Mamá! ¡Tenemos que imos!

Las dos mujeres estaban sentadas en el umbral de la pequeña casa de barro y piedra, una acariciaba su vientre en avanzado estado de embarazo de dos niños, la otra amamantaba a su segundo hijo. El sol caía perezoso por el oeste decretando en su crepúsculo el final del día. La aldea, en su movimiento continuo, se preparaba para la noche del equinoccio de primavera, algunas mujeres volvían del río, otras de los campos, un cuerno lejano anunciaba el regreso de los cazadores. Maga se levantó con dificultad y miró al horizonte que oscurecía, de dónde provenía el sonido. Luego miró al cielo.

—Será una noche hermosa.

—Sí. ¿Cuánto tiempo te falta?

—Dos lunas.

—¿Cómo te sientes?

—Como si fuera a explotar.. —Las dos rieron. Maga se dio vuelta para mirar a su hermana—. ¿Duele mucho?

—Ya me lo preguntaste mil veces, no pienses más en eso, no te salvará de sufrir cuando llegue el momento. Disfrútalo mientras puedes.

—Tengo miedo... Un parto múltiple... Sin...

—El Sanador te llevará bien. No te preocupes. Además está mamá.

Ella sabe todo.

—Sí, pero...

—Deja los peros, Maga. Todo va a salir bien. Con anestesia y una cama mullida podría ser más fácil, pero ya nunca lo sabremos, así que... relájate. No me vas a decir que ex trañas la tecnología, ¿Verdad?

—No. Pero algo de los avances de la medicina, sí. Penicilina.

Anestesia.

—¿Anestesia? ¡Tú eras la que decía que irías por un parto natural,

en tu casa, en el agua!

—Eso fue antes de escucharte gritar al parir a Marcos.

—Y ese fue un trámite rápido... —dijo Lara entre dientes.

—¿Tú no extrañas nada?

—Sí. El chocolate. Deberíamos ir más al norte para sembrar café y cacao. Art no ha podido conseguir que sobreviva aquí.

—Necesita un clima más cálido.

—Lo sé. Aun así, él lo intentó.

—Qué no haría él por ti.

Adrián, su hijo mayor, llegó corriendo con su destreza habitual, jadeando cansado.

—¡Vamos, mamá!

—¡Ya voy! Tu hermano está terminando de comer.

—¡Siempre está comiendo!

—¡Tú también! ¡Ve adelante, yo te seguiré!

Se puso de pie, acomodó al bebé en su hombro y se despidió de su hermana. Cada una tomó su rumbo al encuentro de sus esposos. Lucas era parte de los cazadores que partían en avanzadas buscando animales u otras formas de vida. Por ahora, en sus expediciones rumbo norte, no habían encontrado otros seres humanos. Alan era el líder de los pescadores, que avanzaban con la corriente del riachuelo hacia el Este, en busca del mar, ellos tampoco habían tenido éxito en hallar otras personas.

Lara subió la ladera siguiendo los pasos de su primogénito. En la llanura que se extendía hasta donde se podía ver, la tierra estaba lista para empezar la época de cosecha; Art era el líder de los labradores: Salía de la casa antes que el sol despuntara y regresaba con la primera estrella, pero a veces, como ese día, su familia iba a buscarlo.

El paisaje desde allí era de un perfecto tramado de campos

cuadrados sembrados. Su intervención no era una cicatriz en la tierra sino una obra de arte. Los árboles empezaban a crecer, su siembra no se limitaba al cultivo sino a crear bosques, arboledas, vergeles, y con la ayuda del viento, que esas semillas volaran a nuevos rumbos. Los tres lo esperaron mientras caminaba despacio con su equipo después de la larga jornada de trabajo. Adrián corrió a su encuentro y Art lo levantó en brazos, con orgullo y amor, y conversaron mientras se acercaban. Acarició a Lara con sus manos ásperas del trabajo duro de la tierra, besó al bebé dormido en sus brazos y luego a ella.

Juntos, en silencio, miraron un momento la gloria del atardecer. Con la aparición de la primera estrella debían ir a prepararse para la celebración del Equinoccio.

Esa noche toda la aldea se reunía alrededor del fuego viejo, se meditaba sobre el tiempo recorrido, se hablaba sobre lo pasado y vivido, se celebraban los nacimientos, los embarazos, se honraba a los viejos, se homenajeaba a los muertos y se trazaban los planes de caza, pesca y cosecha. Terminado el Concilio, se apagaba el fuego principal y en la oscuridad se esperaba, con respeto y en silencio, la aparición del Sol. A su primer rayo se le agradecía por las cosechas y le pedían que vuelva a fecundar la tierra, y que continuara dando bienestar a sus hijos y los hijos de sus hijos. Para finalizar la ceremonia, se hacía arder un fuego nuevo con lana seca y un espejo cóncavo, y las mujeres del pueblo encendían una antorcha para alumbrar el fuego de sus hogares.

La nueva oportunidad de vida en el planeta comenzaba con esperanza y sabiduría, una nueva fundación con su base en el amor.

FIN

Agradecimientos

A mi esposo, Alejandro. Sin él no conocería el significado de la palabra amor en todo su enorme espectro.

A mis hijos, Pili, Santi y Bauti. El sol, el viento y el oasis que le da sentido a cada momento de mi existencia.

A mi hermana, Alejandra. Dios me dio la mejor amiga del mundo, desde el momento en que nació. A mis amigas, que la vida ha convertido en hermanas: Karina, Janick y Daphne.

Gracias Moni por tu compañía permanente, por tu apoyo invaluable, por estar pendiente de cada paso, de cada momento, ayudándome y alentándome en este difícil camino, que es aún más difícil cuando hay cosas que golpean bajo.

Gracias Caro, por ser un faro de luz en mi oscuridad. Por tu consejo, apoyo y soporte. Por tu complicidad, tu candor y tu emoción.

Gracias Durgan A. Nallar, maestro de la vida y especialista en ciencia ficción por sus aportes para dar un marco creíble a esta humilde historia de amor. Mi afecto extendido a Zoe, Jero, La Barat, Malvina y tu madre, que lo hizo todo posible.

Gracias Mariana y Carla por su invaluable ayuda al momento de corregir mis textos.

Gracias a mis sobrinos del corazón, Lara Magalí y Pablo Daniel, y a sus padres, Marcelo y Mariana, por su amistad cotidiana, permanente e inalterable.

Gracias a las primeras lectoras de esta historia. Mayte, Rhoda, Maira, Cecilia, Erika. Sus aportes y devoluciones me han ayudado a redondear una historia que había quedado bastante inconclusa. Gracias por su visión basada en el amor y los sentimientos. Gracias por comprender el mensaje final de tanta loca aventura: Solo el amor nos salvará.

Un párrafo aparte para Diego y Marisa, especial agradecimiento por

su incalculable aporte a esta historia desde sus comienzos, con la esperanza que este nuevo camino que empiezan a recorrer juntos los lleve muy lejos.

Gracias a todos mis lectores. Definitivamente, no es fácil, intentar compartir este producto de la imaginación, este pedacito de mi corazón, y entregárselos con un gran esfuerzo puesto en revisiones, correcciones, amado... en fin... mil cosas detrás de las palabras, que no se ven pero hacen a esto que está en sus manos. A veces lleva más de nueve meses parir un hijo, pero es igual de doloroso e igual de gratificante. Esta historia contiene muchas cosas de mí, muchos de mis miedos y de mis esperanzas; mucho de mi pasado y, temo, mucho de nuestro futuro. Quizá ya no quede nada por hacer, o estamos a tiempo para revertirlo. Pero no importa. Seguimos aquí y podemos luchar para mejorar el mal que ya está hecho. No bajemos los brazos. No estamos solos en esta conquista.

**Te invito a conocer mis otros
trabajos**

BARB CAPISCE

Miénteme. Libro 1 Saga Ángel Prohibido.

Saga terminada

Co escrita con la escritora venezolana Daphne Ars

Puedes adquirir los libros en los portales de Amazon

[Miénteme \(Libro 1\) en Amazon.com](#)

[Sálvame de Daphne Ars \(Libro 2\) en Amazon.com](#)

[Inspírame \(Libro 3\) en Amazon.com](#)

[Libérame \(Libro 4\) en Amazon.com](#)

[Rescátame de Daphne Ars \(Libro 5\) en Amazon.com](#)

[Perdóname \(Libro 6\) en Amazon.com](#)

[Compendio Ángel Prohibido](#)

para completar la lectura de la Saga.

Descarga gratuita (recomendada una vez que hayas leído todos los libros)

[Miénteme \(Libro 1\) en Amazon.es](#)

[Sálvame de Daphne Ars \(Libro 2\) en Amazon.es](#)

[Inspírame \(Libro 3\) en Amazon.es](#)

[Libérame \(Libro 4\) en Amazon.es](#)

[Rescátame de Daphne Ars \(Libro 5\) en Amazon.es](#)

[Perdóname \(Libro 6\) en Amazon.es](#)



Barb Capisce

Miénteme
Ángel Prohibido

Prefacio Ten cuidado

De a poco sentí mi conciencia, emerger de los brazos del sueño.

No abras los ojos. No los abras... no todavía—repetí.

El sueño era demasiado bueno para que se diluyera en el olvido de la mañana. Sin embargo, el protagonista se alejaba, después de estar lo suficientemente cerca como para estrellar sus labios contra los míos. Al menos con este sistema de despertar consciente, podía estirar un poco más la sensación de la emoción, recordar hasta el calor de su respiración, el sabor de su aliento, el intenso brillo de sus ojos, deseándome como yo a él.

Estiré el letargo todo lo que pude, hasta que la realidad se tornó un agujonazo de luz contra mis ojos. Prolongar el sueño no era la única razón por la que no quería despertar.

Si bien era viernes y era el día que mi esposo llevaba a los niños al colegio para liberarme un poco de la rutina, era un viernes especial.

Como cada año, este *día* llegaba inexorable, aunque me empeñara, desde hacía dos años, en soplar la misma cantidad de velitas: 35.

Aunque insistiera en asistir al gimnasio dos veces por semana, seguir una dieta rigurosa, beber dos litros de agua a diario, visitar a la esteticista una vez por mes, haber pasado por una

dolorosísima operación para recuperar las formas y vestirme al dictado de las revistas que leía mi hijastra de 17 años, que, dicho fuera de paso, me odiaba con intensidad, la realidad era una sola: Ese día cumplía 37 años, ni uno menos. Y esa era la única realidad que se ocultaba detrás de un intenso sueño con un actor casi adolescente.

No podía quejarme. Hacerlo, sería blasfemar contra la vida misma. Después de haber caído en lo más profundo del infierno, un príncipe azul, sin espada ni corcel, me rescató para darme todo y más de lo que alguna vez hubiera podido soñar.

Después de una infancia triste y aislada en la indiferencia de mis padres, de una adolescencia frustrante signada por la necesidad de afecto que me había hecho caer más de una vez en brazos equivocados; después de años de excesos innumerales, ese príncipe me trató como una princesa, me convirtió en reina y me dio un castillo, carroza, tres maravillosos herederos dotados de innumerables cualidades, un reino donde era soberana y mi más mínimo capricho era una orden a realizar. Tenía todo, pero era mi cumpleaños.

Teniendo todo, ¿qué otra cosa podía pedir?

Me revolví sobre mí misma hacia el otro costado de la cama y me encontré con los brazos de mi marido. Él era mi príncipe azul devenido Rey a todo efecto, que aún después de más de 10 años de matrimonio, 3 hijos y la rutina, seguía haciéndome sentir una princesa encantada.

¿Qué más podía pedir?

Mi pensamiento se trasladó al imposible. Si vas a desear algo, que sea con estilo. Si lo tienes todo, ¿qué más podrías pedir?

Que mi sueño se hiciera realidad.

Que el sueño que había quedado inconcluso, ese beso que no llegó de los labios del artista joven más famoso de Inglaterra, y ahora de casi todo el planeta, el hombre que estaba materializando a mi último violento amor de ficción —un invasor extraterrestre dispuesto a quemar sus naves por una humana rebelde— se convirtiera en realidad. Sonreí suspirando ante el imposible y al exhalar, soplé una imaginaria vela de cumpleaños.

—*Y que así sea* —sentenció la princesa.

Capítulo 1

Un poco mayor

El coro de ángeles no se hizo esperar. Mis hijos, la razón de mi vida, la luz de mis ojos, el sol en mi sistema planetario, habían madrugado para entregar un desayuno que ni yo hubiera podido igualar. Omar me estrechó entre sus brazos y besó con suavidad.

—Feliz cumpleaños, Bella Durmiente —Sonreí sosteniéndome contra sus labios y abrí solo un ojo para que no todo fuera así de realidad, de golpe. Me incorporó y me apoyó contra su pecho mientras Orlando acomodaba la bandeja en la cama y Orson llegaba con dos tazas más de café. Owen traía los paquetes de regalos. Odiaba las sorpresas, pero amaba los regalos.

Acomodé mi pelo, restregué mis ojos intentando despabilarme y me estiré mientras todos me miraban. Uno a uno me abrazó y besó, para después sentarse en la cama y desayunar los cinco juntos.

—¿Cómo te sientes, mamá? —preguntó mi hijo del medio, Orson.

—Un año más vieja —respondió Orlando, el mayor. Mi reacción de enojo al entrecerrar los ojos hizo que rompieran en risas.

—No seas cruel. No se envejece todo un año en un solo día —dijo Owen, el menor, solo en edad, en mi defensa.

—Es verdad —asentí abrazándolo. Él solía ser el único que me defendía.

Su coeficiente intelectual superior, más que su convicción, le dictaban que siempre era mejor ser aliado del dueño del circo, o cuanto menos de la esposa.

—Además —completé—, la edad es algo que tiene que ver con cómo te sientes, como vives tu vida.

—Y en ese caso —acotó Owen, desbaratando toda defensa a su favor—, ella vendría siendo algo así como la pequeña Ophelia que nunca llegó.

Sostuve a mi más pequeño retoño de ambos brazos para mirarlo con furia divertida, mientras la cama se sacudía con las risas de los demás. Su IQ, varias veces superior a la media, podía funcionar a la altura de las circunstancias, incluyendo un repertorio de puro sarcasmo, pero sazonado con la inocencia de sus seis años de edad.

—Diablos, pensé que eras mi amigo.

—No mamá, allí está tu error: soy tu hijo.

Bajé de la cama y fui al baño para cepillar mis dientes y peinarme. Mi pelo solía ser una maraña despiadada cuando amanecía y no lo soportaba.

Miré al espejo y el reflejo me devolvió la misma imagen de la noche anterior. Me acerqué a la imagen con ojo crítico buscando una arruga nueva, otra cana, pero no, seguía siendo la misma bruja despeinada, pero bien mantenida.

Suspiré y volví a la cama con mis hombres. Estar con ellos me hacía olvidar la realidad de ser una mujer madura que se aferraba a cualquier precio a la juventud, con éxito.

Y llegamos a mi parte favorita: los regalos. Desempaqué

un lindísimo bolso para el gimnasio, un par nuevo de zapatillas y un conjunto de pantalón, camiseta y chaqueta haciendo juego en gris y negro. Decidí estrenar todo ese mismo día: podría ser mi cumpleaños pero mi rutina gimnástica no se interrumpía por nada.

Después de desayunar entre risas y bromas, quedé sola en la cama, mientras Omar —mi esposo— entraba a bañarse y mis hijos salían a prepararse para ir al colegio. Me hundí en las almohadas sosteniendo una segunda taza de café, perdida en mis pensamientos. Algunas gotas de agua me mojaron la cara y sacaron del trance.

—¿Soñando despierta? —preguntó mientras se dejaba caer en la cama, con su pelo negro coronado con algunas gotas todavía y solo una toalla en su cintura.

—No. No me diste tiempo.

Mi hombre era un Adonis de piel tostada, ojos y pelo negro fruto de su herencia latina, y un envidiable físico que mantenía con una rutina deportiva variada. Y las ventajas de la genética, sin duda.

Se inclinó para besarme y quedé a la espera de más, por lo menos como regalo de cumpleaños, pero se apuró al vestidor a terminar de cambiarse.

Me puse de pie y lo seguí, apoyándome en la puerta mientras elegía en su guardarropa.

—Puedo llevarlos yo hoy —dije apreciando su apuro.

—Bajo ningún concepto —Metió la cabeza en el cuello de su camiseta blanca. —Es tu cumpleaños y mereces un descanso.

Puse los ojos en blanco pensando en qué quería de regalo de cumpleaños en realidad, haciendo una cuenta mental de la

última vez que habíamos estado juntos, él y yo, a solas, mi sangre todavía alborotada por el sueño inconcluso con el ídolo adolescente.

Me acerqué y lo abracé de espaldas cuando se enderezó al calzarse el pantalón de vestir. Sostuvo mis manos entrelazadas a la altura de su ombligo y nuestros ojos se cruzaron en el espejo.

—Lo bueno de los cumpleaños: los festejos íntimos —dije sonriendo perversa y lo sentí contener la risa, mientras mis manos se escurrían bajo su camiseta.

—¿Lo malo? —Acotó divertido y él mismo se contestó—: que tengamos una invasión familiar que lo demore.

Apoyé la frente en su espalda y resoplé fastidiada, recordando que su hermana Olivia había venido de Francia con su hijo, y que aprovecharían su corta estancia en Londres para disfrutar mi cumpleaños en familia. Por supuesto vendría también mi adorada suegra y como sería muy tarde para volver a Dover, se quedarían todos a dormir.

¡Ah! Y ningún festejo sería completo si mi hijastra no estuviera presente.

Octavia, de 17 años, completaba mi cuento de hadas, convirtiéndome en la perversa madrastra. Por suerte, al crecer, sus visitas se habían hecho más espaciadas y aprovechaba tener los encuentros con su padre en algún centro comercial para llevarlo de compras.

Omar percibió mi cambio de humor y sostuvo mis muñecas haciéndome girar para mirarlo.

—Todavía tenemos la noche.

—Con la casa llena de gente —Sonrió y se inclinó para

besarme cuando una voz lejana nos hizo volver a la realidad.

—¡Estamos llegando tarde!

Su beso se diluyó en tres, en mi frente, nariz y labios, y me llevó de la mano de nuevo hasta la cama, mientras con la otra manoteaba la chaqueta.

La historia de mi vida: mi frustrante repaso mental aún no había podido encontrar la última vez que habíamos hecho el amor como Dios manda y no a escondidas y a los apurones.

—Por lo menos ya no entran corriendo —dije entre dientes. Me dejé caer en la cama, cerrando los ojos, inspirando profundo, resignada.

Eres mi paraíso

Libro único

Eric Artinian, argentino, ejecutivo junior de una importante multinacional, atado a sus ambiciones. Vera Di Lorenzo, venezolana, fotógrafa independiente, un espíritu libre y honesto.

A días de comenzar un nuevo año, un encuentro inesperado en el aire enlaza sus vidas.

¿Un destino en común? El amor parece ser la última escala.

Todo está escrito para SER cuando las estrellas confabulan y el universo conspira, pero a veces nada de eso es suficiente cuando se trata de torcer designios de dinero y poder.

En una lucha desigual, ¿Sobrevivirá el paraíso, y su amor, a la avaricia, la ambición y la venganza?

Puedes adquirirla en los portales

[En Amazon.com](https://www.amazon.com)

Y

[En Amazon.es](https://www.amazon.es)

Eres mi paraíso

Barb Capiscee



Capítulo 1

28 de diciembre

Lufthansa anuncia la salida de su vuelo 534 con destino a Caracas, Venezuela. Pasajeros abordar por la puerta C con documentación y pasajes en la mano. Muchas gracias.

Eric Artinian miró la enorme pantalla del Aeropuerto Internacional de Frankfurt y se mezcló con la marea de gente en el pasillo central en busca de la puerta C. El de Alemania, era uno de los aeropuertos más importantes y concurridos del mundo, pero también uno de los más eficientes. Y él, que había visitado casi todos, podía dar fe de ello. Ya había hecho el *check in* y despachado el único bolso que llevaba, así que sólo le restaba acceder y abordar.

En su camino a la puerta C podía distinguir aquellos que se dirigían a su mismo vuelo, ninguno trajeado, en su mayoría alemanes retirados, siguiendo la ruta del Sol sobre el Mar Caribe, escapando de la ola de frío polar que asolaba Europa.

Chocó contra alguien y pidió disculpas en inglés. Levantó la vista y se ubicó en la fila de acceso a la puerta C. Delante de él, una chica leía concentradísima. Avanzaba coordinada con el resto, pero sin levantar los ojos del libro. Desde donde estaba, su perfume lo envolvió, cítrico y dulzón, anticipando su destino: un paraíso de arenas blancas y agua cálida. No hubiera sido su primera opción para vacacionar, *pero bueno, es lo que hay*, pensó encogiéndose mentalmente de hombros. En su pantalón, uno de sus teléfonos vibró. Sacó el aparato, miró la procedencia y exhaló antes de atender.

—Hola, mamá —respondió en español y la chica delante suyo levantó la cabeza.

—*Eric, hijo. ¿Dónde estás?*

—En el aeropuerto.

—*¿Pero no vas a venir para año nuevo?*

—No, mamá.

—*Pero...*

—Mamá, ya hablamos de esto. No es la muerte de nadie que no esté en casa una fiesta —. La mujer enmudeció y él se restregó la cara. —Lo siento. No quise contestarte así.

—*Está bien, hijo. Es que vendrán tus hermanos, y...*

—Mamá, no estoy de joda, estoy trabajando. Te pido por favor, que entiendas. Tengo que embarcar. Te llamo mañana.

—*Está bien. Que Dios te proteja en el viaje.*

—Gracias, mamá.

—*Te quiero.*

—Y yo.

Cortó la comunicación y la chica de adelante enderezó la cabeza y volvió a inclinarla sobre el libro. ¿Lo había estado escuchando? Estuvo tentado de recriminarle que escuchar las conversaciones ajenas era de mala educación, cuando el teléfono de la oficina volvió a vibrar. Atendió en inglés.

—Elizabeth.

—*Señor Artinian, quería avisarle que ya confirmé su reservación en el hotel en Caracas y su vuelo a Los Roques a la mañana siguiente.*

—Perfecto.

—*Estoy esperando la confirmación de las posadas del lugar para su hospedaje, pero todas informaron que tenían su capacidad completa* —. La formalidad y el temblor en la voz de ella le dieron la pauta del miedo que tenía. Hacía dos meses que estaba en la oficina y era la quinta que despedía, porque la iba a despedir si no conseguía una maldita habitación en una maldita posada en esa maldita isla.

—¿Y cuál es tu sugerencia, entonces: que pase mi estadía en una carpa? — Silencio. La chica debía estar guardando sus cosas en una caja.

—*Seguiré intentando, señor* —. Cortó la comunicación y se apretó el puente de la nariz.

Otra vez, la chica de adelante enderezó la cabeza y avanzó dos pasos con la espalda tensa. Sí, lo estaba escuchando y su tono autoritario, endurecido por el inglés, habría terminado de asustarla.

Ella llegó al puesto de recepción y un empleado de la aerolínea la recibió con una sonrisa. En perspectiva tuvo más chance de estudiarla: menuda, con una chaqueta de jean, pantalón ancho y zapatillas. Tenía una mochila y de su hombro colgaba un bolso de fotógrafo con la marca *Nikon*, bastante gastado. Mientras la atendían, dejó todo en el piso, y al inclinarse, la cinturilla rota de su pantalón, que pendía peligrosamente de su cadera, bajó para revelar parte de la piel de la espalda y el borde de encaje rojo de su ropa interior. Todo se ocultó detrás de una cortina lacia y pesada de cabello oscuro. Al ponerse de pie, a espaldas del empleado, distinguió su rostro a la perfección en el reflejo del metal pulido.

¿Qué plus tendría que pagarle al tipo de la aerolínea para que lo acomodara junto a ella? Cuando la muchacha se alejó, y lo miró por sobre el hombro, decidió arriesgarse.



Vera Di Lorenzo acomodó su mochila por tercera vez en el compartimiento sobre su asiento, haciendo un esfuerzo en puntas de pie para ajustarla hasta el fondo. Un auxiliar de abordó la ayudó con eficacia y le agradeció en inglés. Miró un par de veces entre los pasajeros que ingresaban pero no avistó al muchacho que estaba en la fila de embarque tras de ella. Una pena.

Se metió en el asiento que le tocaba, 32K, lado derecho del fuselaje, ventanilla, y se puso a jugar con la pantalla en el asiento de adelante. Mientras recorría el listado de películas, sintió una presencia al costado que llamó su atención. Todos sus sentidos se activaron y se quedó mirando al hombre con la boca abierta.

Mientras él chequeaba dos veces el número del asiento con el que figuraba en su pasaje, se desprendía de la chaqueta de cuero y develaba una camiseta de mangas largas blanca y celeste con la inscripción en blanco de *GREENPEACE*, que hacía juego con sus ojos. Vera hizo un esfuerzo para no saltar de alegría y disimular su sonrisa, aunque con su suerte, de seguro el avión se iría en picada, era el fin de sus días, pero como había sido bastante buena en su vida, Dios le había concedido la gracia de pasar sus últimos momentos con

la reencarnación de James Dean.

Su voz, que acompañaba con justicia su presencia devastadora, reverberó en su pecho, como en la sala de embarque. Su acento no se distinguía tanto cuando hablaba en un inglés yanqui muy cerrado.

—¿Este asiento está ocupado? — Ella negó. Él hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, abrió el portaequipaje con rapidez, guardó su bolso de mano después de sacar un *iPad* blanco. Al cerrar la portezuela, volvió a mirar el asiento e hizo una mueca de disgusto que deformó sus labios, pero aun así no afeó ni un poco su rostro ideal. Vera quiso desaparecer, quizás no se sentía tan afortunado como ella.

Mientras él se sentaba, se concentró en abrochar el cinturón, levantar la cortinita plástica de su ventanilla y recuperar su libro. Trató de retomar el pasaje donde había dejado la lectura, antes de ocuparse de escuchar sus dos conversaciones telefónicas. Su acento lo acusaba argentino y bien podía serlo: decían que los argentinos eran los hombres más lindos del mundo. Ella había tenido dos compañeros argentinos en la Universidad y parecían caídos del cielo. Pero lo que tenían de lindos lo tenían de creídos.

Con la vista hacia abajo, miró las manos que jugueteaban con la pantalla del *iPad*. No tenía anillo. ¿Sería alguna garantía de que fuera soltero? Se rió para sus adentros. Miraba sus mails. Quiso aguzar la vista para ver algo, pero sin zoom, era imposible. Él se estiró todo lo que pudo en el espacio reducido entre los asientos y volvió a resoplar fastidiado. Lo miró de reojo y se distrajo de nuevo con el *iPad*, admirando el aparato. Quería comprarse uno pero siempre lo

postergaba. Él la miró y enarcó una ceja con expresión de niño presumido que iba a alardear de su juguete con el vecino pobre, en ese mismo instante. *Argentino*. Esbozó una media sonrisa y deslizó sus dedos largos a través de la pantalla táctil de alta definición, que mostraba aplicaciones diversas, juegos, videos, fotografías y documentos como si fuera un video instructivo de promoción de *Apple*. Por último, desplegó un índice de imágenes, con las portadas de cientos de libros, que iban apareciendo y desplazándose hacia un costado, develando más ejemplares de su biblioteca virtual. Ella alzó las cejas en gesto de admiración, hasta que la auxiliar se acercó, y en un muy cordial inglés, murmuró:

—Señor, el Capitán acaba de solicitar que se apaguen los artefactos electrónicos hasta alcanzar altura crucero, ya que pueden afectar el despegue de la nave. —Vera se acomodó en su asiento sin mirar a su compañero, con una sonrisa resignada, y volvió a abrir el libro, donde su marca páginas había quedado. Él refunfuñó un poco mientras apagaba el dispositivo.

Cuando el avión se encaminaba a la pista, dejó el libro en su regazo y miró a través de la ventanilla las luces que rompían la oscuridad. Llegaría a Los Roques para pasar año nuevo con su padre.

Sólo por instinto, al sentir acelerar las turbinas, apoyó la espalda completa en el respaldo del asiento y se aferró a los apoyabrazos. Cuando la mano de su vecino tocó la suya, lo miró, sorprendida pero sin exagerar, por temor a que rompiera el contacto. Le palmeó dos veces el dorso de la mano, con confianza. Sonrió reforzando lo que el gesto le quiso transmitir. Sus ojos celestes intensos eran una réplica de su destino. Recordó el mar de su isla. Siempre

había buscado con que comparar el cielo, el mar y la arena de ese enclave del Edén, embajada del cielo, Resort de Dios. Lo había encontrado. Los ojos de ese muchacho eran del mismo color, exacto, que el mar de Los Roques.

—¿Tienes miedo? — preguntó en inglés. ¿Qué le podía decir? Sí y quedar como una tonta de 27 años. No y cortar la magia.

—Un poco — le respondió, encogiéndose de hombros, hundiéndose un poco entre ellos y arrugando la nariz. Él se rió y apretó su mano bajo la suya.

Se le aceleró el corazón y el estómago se le disolvió en un espiral caliente que bajó desde su ombligo. Inspiró y miró la mano que sostenía la suya, esos dedos suaves, largos, delicados, como pocas veces había visto. Su piel blanca contrastaba con la suya, un poco más oscura, y sus manos parecían una caricatura junto a las de él. *Manos de no hacer nada*, hubiera dicho su padre, mecánico de profesión, fotógrafo de alma. En el medio de ese mar de sensaciones, el vuelo despegó.



En cuanto el avión se enderezó y los avisos de mantener los cinturones abrochados se apagaron, la muchacha asustada sacó la mano del apoyabrazos. Todo el tiempo que duró el ascenso, ella se mantuvo con la espalda rígida contra el asiento, como si la fuerza de

gravedad la obligara, y varias veces inspiró profundo. Su gesto fue caballeroso, pero tenía que reconocer que si su vecina hubiera sido *diferente*, no se hubiera preocupado. De seguro se habría clavado los audífonos en los oídos, sacado su anteojeras y aprovecharía el tiempo durmiendo. Pero por alguna razón que desconocía, asociada indisolublemente con su naturaleza *pirata*, no pudo evitar el contacto. Cuando ella lo rompió, agradeciendo con un susurro en inglés, él buscó de nuevo su *iPad* al costado de su asiento, despegó la cobertura plástica y lo encendió. Ella volvió a mirar la tableta y él no pudo resistir la tentación de entablar conversación. Lo orientó hacia ella con una mano.

—¿Quieres probarlo?

—No, gracias. De seguro lo romperé y tendré que pagar una fortuna que no tengo para reponerlo

—¿Segura? —lo movió delante suyo, como para tentarla. La pantalla del aparato parpadeó y el aviso de batería baja se encendió. ¿Cómo era posible, si lo había cargado toda la noche? Sin darse cuenta, maldijo en español: —Batería de mierda.

—¿Perdón? — la palabra, en su mismo idioma, lo hizo girar la cabeza rápido, haciéndole crujir el tendón del cuello.

—¿Hablás español?

—Sí — él soltó aire aliviado y de inmediato extendió su mano derecha hacia ella, presentándose.

—¡Qué bueno! Soy Eric Artinian.

—Vera Di Lorenzo.

El apretón de manos duró un poco más de lo políticamente correcto, no es que se fuera a quejar. Su mano en la de él, encajaba a

la perfección.

—¿A dónde vas?

—A Caracas — respondió ella subiendo una pierna al asiento y apoyando la espalda en el panel con ventanilla, acomodándose y tomando distancia. Eso lo desilusionó. No era que esperase que se sentara en sus piernas, pero...

—¿Vivís ahí?

—Ya no. Voy a pasar año nuevo a Los Roques.

¿Conoces? — él sonrió de costado.

No pudo evitar pasear la mirada por su cuerpo, en especial en la curva de su pecho. Se humedeció los labios y volvió rápido a su rostro. Tenía una belleza clásica, de esas que ya no se veían. No llevaba maquillaje y ver algunas imperfecciones en su piel, incluso algunas marcas alrededor de los ojos, le hicieron acordar a su hermana menor, que ya quería pasar por el quirófano porque tenía "líneas de expresión". Para algunas mujeres, llegar a los treinta era pavoroso. Por suerte él era hombre, y hacía tres años ya había pasado ese escalón. ¿Cuántos años tendría? No le iba a quedar otra que esperar que ella se lo dijera.

—Yo también voy a Los Roques.

—¿De verdad? — ella se iluminó. —¿Dónde te vas a quedar?

—Todavía no lo sé, mi secretaria está buscando lugar, pero parece imposible.

—Sí, es una época complicada, mucha gente va a pasar fin de año a la isla.

—Como vos...

—¿Argentino?

—Sí.

—¿Porteño?

—Sí. ¿Conocés?

—Fui una vez para una producción. Hermosa ciudad.

Hermoso país.

—¿Qué hacés?

—Soy fotógrafa. En esa época era asistente de un fotógrafo reconocido y viajábamos mucho. Ahora estoy tratando de trabajar por mi cuenta.

—Terreno complicado, ¿no?

—Un poco. ¿Y tú?

—Trabajo en una súper multinacional con dos asistentes y tres secretarías y no tengo ni un poco de ganas de hablar de trabajo esta noche ni en los próximos tres días. —Ella entrecerró los ojos, sin ánimo de creerle. —¿No me crees?

—Sí, seguro. ¿Por qué no?

—¿Qué podría ser, sino? —Ella desvió los ojos, de los suyos a su pecho, devolviéndole el favor. Eric se miró la remera y dejó escapar una carcajada.

—¿Activista de Greenpeace? —dijo ella con aire inocente, encogiéndose sobre los hombros.

—Ni ahí. Esta remera se la robé a mi hermana hace años. Siempre que viajo la uso, de cábala.

—Los argentinos son muy supersticiosos, dice mi papá.

—*Cabuleros* es la palabra. ¿Conoce a muchos argentinos tu papá?

—Bastantes, supongo. De todos tiene una característica y

una opinión.

—No la mejor para nosotros.

—No te enojés. —Él levantó el apoyabrazos que los separaba y se acercó.

—No podría enojarme con vos.

La auxiliar apareció de nuevo, rompiendo el momento, empujando con dificultad pero con gracia, un carrito cargado de bebidas.

—¿Puedo ofrecerles algo para beber? —Vino tinto pidió Eric y Vera, jugo de naranja con hielo. Él se hizo de las bebidas y después de agradecer, quiso volver a concentrarse en su juego de preguntas. La auxiliar se inclinó para llamar su atención. —En un rato serviremos la cena. Puedo ofrecerles pollo, carne o pastas.

—¿Me permites? —dijo Vera haciendo un ademán para salir. Él se puso de pie y cuando ella se alejaba, extendió la mano y la detuvo.

—¿Qué querés comer? —masajeó con el pulgar su muñeca y buscó sentir su pulso. Ella entreabrió los labios pero no dijo una palabra, su mirada con un anhelo colgando de sus ojos, o eso quiso pensar. Movié apenas la mano para deshacerse de su agarre, pero acarició su palma con cada dedo, mientras se soltaba. La pregunta seguía siendo sobre la cena, pero cambió por completo de sentido en el camino de aire condensado sobre el que se deslizó la palabra.

—Carne... —de sus ojos pasó sin pudor a sus labios, y era una suerte que estuvieran en un avión superpoblado, sino... —Carne está bien para mí.

Se alejó despacio, tranquila, sin ningún contoneo espectacular ni despliegue seductor. Dio tres pasos, levantó una mano, soltó el broche y su cabello se desperdigó pesado sobre su espalda. Ese solo movimiento envió toda la sangre de su cuerpo, en un empujón, a su entrepierna. Se quedó ahí, parado, mirándola, hasta que la auxiliar vino a su rescate.

—Señor...

—Si... si, perdón. Carne para dos, por favor.

Aturdido, miró de nuevo donde Vera estaba parada, esperando su turno para el baño. Se derrumbó en el asiento y miró la oscuridad del otro lado de la ventanilla. En los ocho años que hacía que, por trabajo o por placer, viajaba por todo el mundo, en todas las líneas aéreas de primer nivel, había tenido sexo casual dos o tres veces abordo, en un baño o en primera clase, incluso había conocido auxiliares y empleadas, tenido sexo ocasional en algún hotel entre escala y escala, invitación a cenar a departamentos compartidos. Cuando la posibilidad se levantaba, él la aprovechaba, pero había algo fundamental e insoslayable: siempre era una cosa ocasional, del momento, rápido y furioso, sin posibilidad de continuidad.

Sin embargo, y a pesar de la opinión del amigo agrandado dentro de su pantalón, era una muy mala idea inclinarse por ese tipo de fantasía esa noche: él no podía evadir su destino en el Caribe, y ella tampoco, así que por su propio bien, y el de su breve estadía en Los Roques, haría un esfuerzo en posponer lo que fuera que estaba surgiendo, algunas horas más. Con ese propósito, se bebió sin respirar el contenido de vino en su vaso plástico.



“Me quiero morir” fue la única frase que rebotaba en la cabeza de Vera con la velocidad y la fuerza de una pelota de racquetball. Tenía los ojos fijos en la puerta del baño, esperando su turno. No quería pensar en cómo podía volver a mirarlo a los ojos después del espectáculo en el pasillo, quedando en blanco a la sola pregunta de qué quería comer, como si le hubiera propuesto matrimonio. Si pedía que la cambiaran de asiento, ¿lo harían? *Sí, claro, como si fueras a pedirlo*, dijo una vocecita en su interior.

En cuanto pudo entrar al baño, se miró al espejo con ansiedad, queriendo ver su imagen a los ojos del otro. Se enjuagó la boca y acomodó el cabello, trató de componerse, haciendo caras a su reflejo, distintas poses ensayadas para lo que seguía de conversación. El asunto era que, no era la primera vez que ligaba en un avión, pero en su vida había conocido un espécimen como Eric. Ese nombre. Y esos ojos. Debía estar soñando. Y encima iba a su isla, a pasar año nuevo. Si no había conseguido posada al llegar a Maiquetía, lo convencería para que se quedara con ella. El lugar de su padre no era VIP pero estaba frente a la playa, y eso valía. Se emocionó de nuevo, pensando en las posibilidades. Y se olvidó de las implicancias.

Como nunca, quiso que el viaje sobre el Atlántico terminara ya, para estar en tierra firme, y volver a volar y después... Suspiró y salió del baño.

Al llegar a su asiento, él estaba ahí, moviendo el vaso en su mano, colmado de su segunda vuelta de vino tinto, mientras en su mesita, el jugo esperaba. Puso la mano en su hombro y él movió la cabeza hacia atrás, con una sonrisa que entibio sus ojos. Se levantó y extendió la mano con gentileza, cediéndole el paso.

—Entonces... ¿dónde estábamos cuando nos interrumpieron? — preguntó antes de que terminara de acomodarse. Sonrió y repasó en su mente la conversación, sin éxito.

—No tengo idea. — Bebió sin dejar de mirarlo. Sus manos sostenían el vaso como si fuera de cristal y bebió a la par de ella.

El silencio no ayudaba a encontrar otro tema de conversación, incapaz de librarse del hechizo de sus ojos, y él debía ser muy consciente del efecto que producía en las mujeres, porque sostenía la mirada con una firmeza que pasmaba. Tampoco tuvo importancia hacerlo, porque llegó un primer carrito para reponer las bebidas. Eric apuró el vino sin desperdiciar una gota, para lograr una reposición. Hasta su garganta era sexy, moviéndose con cada trago. Enseguida llegaría la comida, por lo que ambos se enderezaron y prepararon las mesitas.

—Carne para dos — dijo la auxiliar. Él recibió la bandeja sin mirar, Vera si la miró. La mujer tenía la misma cara de embohada que ella. *El efecto del huracán Eric en el género femenino*, pensó. *Yo lo vi primero*, tuvo ganas de gritar, pero no le dio tiempo, cuando destrabó el freno del carrito y siguió repartiendo la cena. Se rió entre dientes y él la miró.

—¿Qué pasó? — Ella negó en silencio y él miró hacia atrás, desconcertado.

—La auxiliar te deja el teléfono en cualquier momento. —
Él se encogió de hombros, con un gesto indescifrable.

La pregunta debió haber sido silenciosa, pero se descolgó de sus labios sin filtro:

—¿Qué dirá tu novia? —dijo moviendo la cabeza.

—¿Cuál de todas? —lo miró perpleja y él soltó una carcajada. Recostado, con el vaso de vino en la mano y esa risa, era abrumador.

—¿Cuántas tienes?

—Muchas.

—¿Alguna oficial? — él negó con la cabeza y ella cortó las verduras antes de meterse el tenedor en la boca, cargado de una variedad.

—¿Tenés novio? — ella también negó sin hablar, pero desviando la mirada. Tenía otras prioridades en ese momento: su profesión, su libertad. Su vida itinerante, cazando imágenes por el mundo la hacía feliz y no había conocido a nadie que le hiciera renunciar a ello.

La intensidad de su mirada le quemaba el cuello, pero se armó con toda la fuerza que encontró y pudo terminar la entrada sin volver el rostro.

—¿Amigos con beneficios? —ella se quedó inmóvil. Sintió la sangre calentarse y golpear contra las paredes de su rostro, encendiéndolo. En la periferia lo vio sonreír pecadoramente.

—No, —dijo con sequedad. *Todavía*, completo para sí.



Eric estaba absorto. Podría pasarse la noche mirándola pero disfrutaría mucho más tenerla en un ámbito oscuro y solitario. En ese caso, el asiento de primera que había cambiado para poder sentarse con ella, hubiera sido mucho más cómodo. Pero por el momento, el sacrificio venía valiendo la pena. Ella se sonrojaba y él se encendía, estaba encaminado en el sendero de la seducción. Alo lejos veía los vestigios del naufragio de su voluntad de que no pasaría nada esa noche. En cuanto sacara la bandeja, la iba a arrinconar en ese metro cuadrado suspendido en el aire y se iba a comer esa boca de postre.

Mientras desempacaba su segundo plato, ella lo miró de costado y preguntó:

—¿No vas a comer?

—No me gusta la comida de avión.

—Falta mucho para llegar a tierra.

—Sobreviviré — Ella cortó un pedazo del lomo cubierto con una crema marrón, que por el brillo debía ser agridulce, en la que asomaban setas y champiñones. Cuando lo saboreó, hizo un ruido de placer que casi lo hace acabar.

—Delicioso — murmuró exageradamente, con los ojos cerrados y antes de abrirlos, la escena se interrumpió por el rugir de su estómago. El de él. Vera lo miró sorprendida y mientras él se relamía los labios, hambriento y excitado, ella no contuvo la risa. Se acomodó en el

asiento, tocado en el orgullo.

—No le veo lo gracioso.

—Estás famélico — Eric puso los ojos en blanco con cara de asco y ella hizo lo impensado: cortó un pedazo pequeño, lo empapó de salsa y eligió las dos setas más grandes de su plato. Puso la mano izquierda bajo el bocado y lo acercó despacio a él, a un desconocido con el que había cruzado cincuenta palabras con suerte. —En verdad está rico. Ven, prueba.

Giró el cuerpo hacia ella, levantó una mano para sostener la suya con el tenedor, y sin decir una palabra, con la mano libre atrapó su nuca y la acercó para darle un beso que hizo que el avión a su alrededor explotara en mil pedazos. Quedaron solos, aislados, en el medio de la estratósfera.

Sus labios chocaron y se entreabrieron de inmediato. En efecto, la salsa era agrídulce, pero deliciosos eran sus labios, tímidos en comparación a los suyos, aunque renuentes a separarse. Recorrió todo el contorno de su boca sin invadirla y su mano nunca ejerció más presión que la del principio, para acercarla. Se quedó quieto mientras respiraba agitado, enredado en su aliento, y ella se humedeció los labios, su lengua una invitación al pecado que no pudo resistir.



Su boca sabía a lo que debía saber la fruta prohibida.

¿Cómo iba a rehusarse Eva a semejante manjar? Cuando él se detuvo pero no se separó, Vera acarició sus labios con la lengua. El vino le impregnó los sentidos, los restos de alcohol golpearon directo a sus nervios, impulsándola a buscar más. Por eso no bebía, porque después le costaba detenerse. Él había tomado vino, ¿Cuál era su excusa? Quizás el jugo de naranja tenía Vodka. Cuando avanzó en su boca, él apretó su agarre en la nuca y cerró el puño sobre su pelo. Toda su voluntad, reducida a polvo, cayó pesada en la base de su estómago, que aullaba como un lobo a la luna.

Fue su lengua la que avanzó, cuando los labios de él cedieron y se abrieron para recibirla. Aumentó la presión y ella exploró hasta encontrar la suya. Se retrajo cuando estaba perdiendo el control, se asustó de su propia intensidad. Pero él no la dejó escapar. Sus dientes intervinieron, el dolor dio paso al placer y su lengua impregnada en uva dulce y alcohol, arremetió a la invitación silenciosa. Eric se apropió de su interior de la misma manera que con sus labios, avanzando y retrocediendo en un desliz sinuoso sin separarse, aferrando su nuca y más dolor que daba paso a un prelude de pasión ardiente. *Madre de Dios, era un beso.* Se iba a derrumbar en sus brazos. Cuando él deslizó la mano de su nuca a su rostro, y la otra apareció para llegar a su mejilla, el roce recreó la sensación de perder densidad, de flotar y caer.

Entregada a ese beso, sin pudor ni razón, se dejó llevar, donde quisiera, cuando quisiera, y fue él quien cortó el contacto, retrocediendo la acción hasta volver a saborear sus labios y detenerse con besos ligeros, de una comisura a la otra, en toda su breve extensión. Apoyó la frente en la suya y exhaló. Su aliento la envolvió, como esos olores que se impregnan en el alma, se ganan una chapa

en el altar de los recuerdos y resurgen cuando la memoria los invoca.

—Diría lo siento, pero estaría mintiendo. —Deslizó la cara apoyado en su mejilla hasta que sus labios llegaron a su oído. El susurro de su voz la hizo temblar —Nena, que manera de besar. Me vas a matar.

Cuando se separaron, su mano derecha seguía suspendida en el aire, a la altura de sus rostros. Eric miró el bocado y sonrió. Puso cara de sacrificado y lo engulló antes de que cayera al piso. Vera sintió que la sangre volvía a circular por su cuerpo después de haberse congregado en su vientre, una parte a incendiar su rostro en carmesí furioso y el resto a apagar el incendio desatado entre sus piernas. Él la iba a matar.

Mientras se acomodaba en el asiento e intentaba no parecer una colegiala, fracasando en el intento, él hizo una maniobra con su cuerpo y sin cerrar la mesita, se puso de pie. Incluyó toda su altura hasta llegar a ponerse frente a ella.

—Necesito ir al baño. No te escapes.

Dejó el tenedor vacío en su bandeja y se quedó así, rememorando las sensaciones del beso del siglo. Se tocó los labios y buscó con la punta de la lengua vestigios de su sabor. Antes de poder reiniciar sus sentidos, reapareció en toda su gloria, como una estrella de cine. Tenía el semblante relajado, estaba fresco, sonriente y con el cabello húmedo. Algunas gotas pendían de los mechones sobre su frente. No había tardado nada, o ella había vuelto a perder la noción del tiempo.

Se sentó a su lado y no podía sacarle los ojos de encima.

¿Y ahora cómo seguimos? El estómago de él rugió otra vez y los dos rieron, pero ahora ella no se animó a darle de comer. Necesitaba recuperarse.

—Voy a tener que comer, sino esto — dijo señalando su estómago como si fuera un traidor — me va a cortar la inspiración toda la noche.

Vera rió entre dientes mientras volvía a su comida, que ya estaba fría. Eric deshizo con habilidad y rapidez el empaque y preparó un bocado idéntico al que ella había hecho. Sin aviso, reemplazó el que estaba llevando a su boca. La comida de él si estaba caliente. Terminaron su ración en silencio. Cuando dejó los cubiertos, ella lo miró satisfecha.

—Ves, no fue la muerte de nadie.

—Tengo que sacarte a comer afuera más seguido.

—Trata de que no sea ahora... — murmuró mirando a un costado la ventanilla donde se desplegaba la más absoluta oscuridad sobre el océano.

—En Argentina esto no se lo damos ni a los perros —. Ella resistió el impulso de poner los ojos en blanco. Si no era de fútbol, primero Maradona y ahora Messi, el tema de la supremacía nacional radicaba en la carne. Era una constante entre los hombres argentinos que había conocido. *¿Serían conscientes de que necesitaban renovar el discurso?*

—Había más opciones.

—Vos querías carne — se miraron y sonrieron. *¿Estaban peleando?*

Vera abrió el postre y parecía una porción de pastel de manzana. El de Eric era de chocolate. Su suerte estaba empezando a mostrar la hilacha. Cuando sus ojos se expandieron, incrédulos, él defendió la porción con su cuerpo. Ella estalló en risas que atrajeron de otros pasajeros.

—No voy a robar tu postre.

—Tus ojos no decían lo mismo.

—Podríamos compartir... —dijo ella queriendo sonar seductora. Él entrecerró los ojos.

—No tenés idea de lo que tendrías que darme por este manjar de los dioses —. Se inclinó hacia él, sacando toda la seducción que tenía que haber asimilado en años de novelas románticas. Susurró casi en su rostro.

—Pide... —esos ojos brillaron, el azul intenso de su mirada un mar de promesas, de éxtasis. Él volvió a atraparla con su boca y usó su cuerpo para empujarla de nuevo hacia su lugar. El postre de chocolate cayó sin orden en la bandeja y usó ambas manos para sostenerla, enredando los dedos en su pelo y descolgándose por su espalda. Sentía, calándole en los huesos, la decisión de que podía pedirle cualquier cosa y la seguridad de que, sin importarle nada, ella se lo daría. El problema es que, como nunca antes, también estaba dispuesta a darle su corazón.



Le costó separarse, esos labios eran adictivos, sentía que nunca tendría suficiente. Interrumpió el beso pero no se apartó, y se descubrió con ella en brazos y sus manos enredadas en su pelo. Se alejó un poco para mirarla y esperó que abriera los ojos. La imagen, que en otra lo hubiera hecho entrar en pánico, lo embriagó de una sensación desconocida. Ese beso había sido diferente al anterior, y no era como los que le gustaban, fuertes, apretados, rozando lo violento. Y aun así, le había volado la tapa de los sesos. Cuando recuperó la respiración, murmuró contra sus labios:

—Me convenciste. Mi postre es tuyo. — *y todo lo demás también.* La vocecita desconocida prendió un par de alarmas en su mente, que sofocó de inmediato aludiendo un estado puramente sexual. Su amigo allá abajo no era muy hábil tomando decisiones.

Vera se acomodó en su asiento con gesto de misión cumplida y sin pedir permiso, alcanzó el plato plástico y la cuchara. Eric la miraba desconcertado pero complacido, mutando ante sus ojos, de *femme fatale* a niñita con postre nuevo. Cortó con cuidado una punta del postre y extendió la cuchara hacia él, que negó con la cabeza.

—Las damas primero.

—Uno para ti. Uno para mí —. La inflexión en su voz lo hizo sonreír, desistir en la negativa y abrir la boca para recibir el bocado. No estaba mal. Ella repitió el ritual hasta que el postre desapareció. Al terminar, la vio pasar un dedo por los restos de salsa de chocolate y chuparlo con placer. Su miembro convulsionó ante la visión, reclamando la atención de esa boca.

Ahí estaba de nuevo: la niñita, en un parpadeo, era una

musa de sexo que lo iba a enloquecer. La vio perderse en sus pensamientos, relamiendo ausente los restos de chocolate.

—¿Qué estás pensando?

—Así le daba de comer a mi hermano cuando era pequeño.

—¿Tenés hermanos?

—Sí. Dos. Gina es más grande y Mempo el más pequeño.

—¿Están en Los Roques?

—No. Mis padres se divorciaron hace años. Nosotros nos fuimos con mamá a Canadá y mi papá se fue a la isla. — Eric se quedó mirándola en silencio, una parte de su cerebro buscando un indicio de qué hacer frente a esas palabras, el otro hemisferio preocupado por la revelación de un padre en la Isla. Sus planes de sexo violento se enfriaron. Entonces ella preguntó: —¿Y tú?

—Los míos se matan pero no se divorcian. También tengo dos hermanos: Axel y Sabrina. También soy el del medio.

Antes de retomar la conversación, empezó el movimiento en los pasillos, para retirar los restos de cena. Las luces bajaron y el silencio fue abarcando toda la nave. Eric activó la pantalla frente a él y revisó la cartelera de películas y series que se ofrecían.

—¿Querés ver una película? O... —ella hizo un gesto inquisidor y él buscó alguna señal de lo que ella podría querer.

—Prefiero leer — respondió y sacó el libro de su bolso. Él se estiró para encender la luz sobre ella pero lo detuvo el clip de luz led que abrochó a la portada de su libro. Era bueno que pusiera un poco de distancia, sino quien sabe a dónde iban a parar, en complicidad con la oscuridad. Ella subió y cruzó las piernas en su

asiento, apoyando los codos sobre las rodillas y el libro muy cerca de su rostro. ¿Estaría necesitando anteojos?

Tenía tantas preguntas en la mente para hacerle, qué música le gustaba, qué prefería fotografiar, cuál era su lugar favorito en el mundo, qué deportes practicaba. Si, muchas preguntas, pero el silencio y la oscuridad alrededor daban para otra cosa.

Inspiró, reclinó el respaldo de su asiento, se recostó y estiró todo lo que pudo las piernas, llegando bajo el asiento de adelante. Clavó el codo en el apoyabrazos y sostuvo la cabeza con una mano, ladeada al lado del pasillo. Era inevitable mirarla, no podía escapar a su visión. Cuando lo miró, él sonrió de costado y susurró.

—Ey — hizo un ademán con la cabeza para atraerla y ella respondió de inmediato, recostándose sobre su pecho y estirando las piernas sobre el asiento. Si, podría haber hecho mil cosas en esa posición, pero se forzó a mirar la película, intentar ser un caballero y limitarse a jugar con su pelo mientras ella leía, hasta que la venció el sueño y al que, un rato después, él también sucumbió.

Una noche en París

Libro único

Mare Nesbitt tenía una vida calma y ordenada, un camino llano y programado que ese día llegaba a una encrucijada. ¿Era esa la vida que quería tener? ¿Era el hombre con el que estaba comprometida con quien quería casarse? ¿Era la promesa de lo que ya tenía lo que quería como realidad para siempre?

Cuando levantó la mirada y Shad Huntington, líder de la banda de rock Synister Vegeance, apareció, con sus tatuajes y su mala actitud, jamás sospechó cómo ese hombre avanzaría sobre su vida metiéndose en ella, arrasando con todo, cambiando lo que era, aun contra su peor enemigo: ella misma.

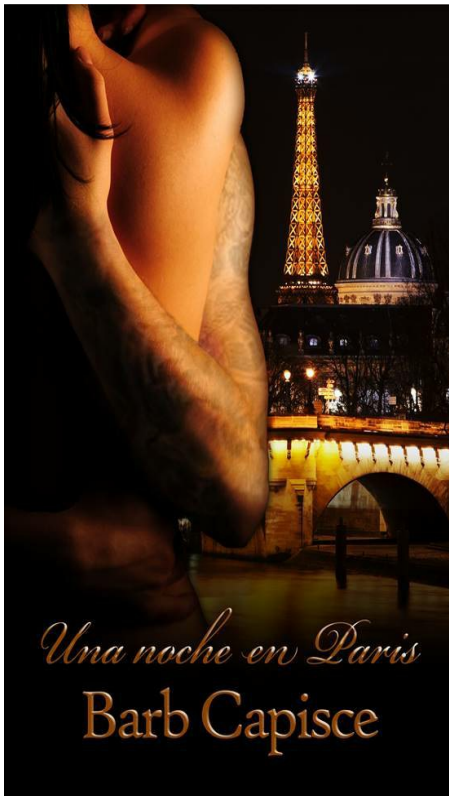
En un mundo de opiniones y apariencias, Mare descubrió mucho más que sombras en el interior de ese hombre... Y en el suyo. Como una fuerza imparable de la naturaleza, el amor entró en ella, cambiando para siempre el ritmo al que su corazón latía.

¿Cuánto tiempo necesitas para darte cuenta de que estás enamorado, de que esa persona es tu destino?

Para algunas personas basta una noche en París.

Puedes adquirirlo en los portales de Amazon

<http://mybook.to/UnaNocheenParis>



Una noche en Paris
Barb Capisce

Capítulo Uno

Sentada en el salón VIP de Air France, a la espera de la partida de su vuelo desde New York, justo en el vértice donde convergían las paredes de vidrio que mostraban una panorámica de la pista y los aviones, Mare Nesbitt exhaló por sobre la taza de su té *Earl Grey* un suspiro de resignación y hastío, después de haber repasado su agenda. Tenía programados cuatro cursos en *Citroën*, a pocos minutos de la ciudad capital, y cuatro más al día siguiente en la filial de *Peugeot*, parte del entrenamiento a los técnicos especialistas que brindaba la empresa donde se desempeñaba como Ingeniero, *Nestech London Inc.* Se acomodó el cabello sin dejar de mirar la pantalla táctil, como si eso fuera a cambiar su destino, y se perdió en esas cavilaciones que hacía unos días no la dejaban dormir. ¿Qué le estaba pasando? De repente todo lo que hacía la tenía insatisfecha, cansada, agobiada. Algo se había perdido en el camino, no sabía cuándo ni dónde. Algo la tenía preocupada y no lograba dar con ello, algo que hacía ruido en su aceitada maquinaria diaria. Y el no saberlo la desquiciaba. Todo lo que podía hacer era resoplar con fastidio a cada obligación, encontrar excusas para procrastinar y cuando alguien le reclamaba por su inesperado desgano o mala actitud, reaccionaba como una fiera lastimada. El teléfono la reclamó. Era su padre.

—*Hola, hija ¿Cómo estás?*

—*Bien, papá. ¿Y tú?*

—*Bien. Terminando de organizarte algunas cosas. Estaba*

hablando con George y él está completando tus actividades para mañana en París.

—Genial.

—*Lamento que tengas que estar tan ocupada con estos cursos. Si todos estos contratos que tenemos en danza se cierran, tendremos capacidad para contratar más personal y dejar que te dediques a lo que realmente te gusta* —. La promesa sonaba soñada, pero lo que antes era percibido con gusto y pasión, hoy era solo una obligación. Una que le pesaba. Mucho. Le tembló la voz al responder con una mentira.

—No me molestan los cursos, es mi trabajo y me gusta. Me gusta ser parte de la empresa y colaborar...

—*Yo quisiera que pudieras estar más en Londres... con George.*

—Estamos bien.

—*Y estarán mejor...* —Parecía que su padre estaba al tanto de los avances de su compromiso. Era evidente que al no poder concretarlo, George había acudido a sus superiores. Una vez porque el anillo no estaba listo, otra vez porque ella tuvo que viajar para dar los cursos de capacitación, parecía que era algo que no tenía que ser, pero daba toda la impresión que la tercera sería la vencida. De pronto un escalofrío la recorrió entera, como si alguien hubiese abierto una puerta que dejó pasar una corriente helada para acariciarle la nuca.
—*Todos estaremos mejor...*

—No entiendo...

—*Hija, no es un secreto que estoy cansado y me gustaría retirarme. Que concretes tu matrimonio con George me daría la tranquilidad de dejarte en buenas manos, a ti y a la empresa.*

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? ¿Va todo en el mismo paquete? —Se rió sola de su comentario con visos de broma, pero parecía que del otro lado de la línea el concepto no era chiste.

—*Yo no lo diría así pero es una descripción bastante oportuna. George es el hijo varón que no tuve* —. Mare distinguió a la perfección la desazón de su padre porque Liam, el esposo de su hermana menor, nunca se involucró en el negocio familiar de simuladores industriales computarizados, a pesar de ser un genio informático, desperdiciado en la reparación de guitarras eléctricas y consolas de videojuegos. George, su novio desde hacía 5 años y su prometido solo meses, era un excelente negociador y hacía una dupla excepcional con su padre. Sí, era el hijo que siempre había soñado tener, el heredero. No supo bien si la respuesta nació en defensa propia o de su cuñado ausente.

—Puedes adoptarlo si quieres... él se sentirá feliz.

—*Mare... por favor, no seas ridícula.*

—¡Genial! Ahora, además de ser la hija casadera, soy ridícula.

—*¿Y qué tiene eso de malo? Eres hermosa, inteligente, sensible. Te pareces tanto a tu madre...* —Se le llenaron los ojos de lágrimas al recuerdo de su madre. Deseó parecerse a ella, pero no...

—*No te enojas con este viejo solitario. Solo quiero que seas feliz, como lo fui yo.*

—Lo sé, papá... es solo que...

—*¿Qué quieres que te diga? Eres mi orgullo y deleite, eres mi heredera, mi mano derecha. Tengo plena, total y ciega confianza en lo que haces, y estoy convencido que de tu mano, junto a George, lograrán hacer de este pequeño proyecto familiar una*

empresa próspera. Siento que estamos en camino de lograrlo.

Las palabras de su padre, lejos de darle consuelo, la hundieron aún más en la desesperanza. Si debía ser honesta consigo misma, lo único que quería en ese momento era estar sentada en un sillón cómodo, con un libro en las manos, *uno en particular*, un pote de helado en la otra, y distraerse solo para mirar la puesta del sol. Sola. Bueno, en realidad no sola, porque anhelaba una mano que la sostuviera, un par de brazos que la rodearan y un latido que se superpusiera al suyo, convirtiéndose en uno. Aunque la vida le hubiese demostrado que el amor romántico solo estaba en los libros y a ella le había tocado vivir el amor real, práctico, metódico, seguía esperando escuchar a Puccini en su cabeza cuando quien estaba a su lado la besara con pasión, tal y como le había contado su madre alguna vez. El sonido de un llamado entrante distorsionó la conversación que estaba teniendo. Miró la pantalla y dudó un instante.

—¿Tienes otro llamado?

—No es importante, papá. Es George...

—¿Cómo que no es importante? Atiende... no lo hagas esperar...

—No es más importante que tú, papá.

—Llegará el día en que no pienses así —Lo dudo pensó para sí misma. —Que tengas un buen viaje, hija. Hablaremos cuando estés en París.

Se despidió de su padre pero ya era tarde para contestar el llamado de su novio, así que digitó su número y esperó que le atendiera. Tristemente para ella, la única manera que escucharía

Puccini con George era si lo ponía como sonido en su teléfono móvil.

—*Hola, preciosa. ¿Cómo estás?*

—Disculpa que no te haya atendido antes. Estaba hablando con mi papá.

—*No te preocupes, justamente está aquí diciéndome lo mismo que tú. No hay problema* —. Imaginó a su padre corriendo por el pasillo de su oficina hasta la de George para disculparse y eso le terminó de agriar el humor. —*¿Recibiste la agenda que te envié para mañana?*

—Sí. Terminaba de revisarla.

—*Coordiné un almuerzo con la gente de Volvo. El gerente está ansioso por conocerte y si la reunión es exitosa podríamos estar hablando de una importante expansión.*

—Lo sé...

—*No te preocupes, hermosa, con tu toque de gracia, es pan comido. Tu padre y yo ya hicimos todos los arreglos...* —Cuando la conversación parecía decantar a un discurso misógino donde ella era solo un adorno, lo cortó.

—Estoy al tanto, George. Es mi área, sé que puedo cerrar un trato.

—*Los contratos los cierra tu padre.*

—También lo sé, pero esta no es la primera negociación que llevo adelante —. George inspiró y eso significaba que no iba a permitir que la conversación escalara a discusión y hasta allí había llegado. Ella hizo el mismo gesto.

—*Enviaré un automóvil a buscarte al aeropuerto.*

—No es necesario. Siempre tomo un taxi. Tengo reservación en el hotel de siempre.

—*No te enojas...* —Apretó los labios cuando el tono la delató.

—No estoy enojada.

—*Perfecto, entonces abre los ojos y busca el cartel con tu nombre. Y trata de dormir.*

—Compré el último libro de Josh Grin. Lo he estado reservando para...

—*Mare, tienes cursos que dar, responsabilidades...* —

Puso los ojos en blanco y deseó tragarse la lengua. ¿Por qué tenía que contarle todo, si él siempre entendía la mitad?

—Dormiré...

—*Ok. Llámame mañana.*

—Lo haré. Te amo.

—*Yo también te amo.*

Cortó la comunicación y exhaló. Aquí vamos de nuevo. El sentimiento de desazón crecía a medida que el tiempo avanzaba, no lo podía evitar. Sostuvo la taza con ambas manos, tratando de captar un poco de calor del té, un poco de confort después de las dos conversaciones que no hacían más que cavar un pozo en su pecho, llenándolo de angustia y amargura. ¿Por qué se sentía así? Tenía frío, estaba cansada y no era solo una cuestión de huesos. Tenía el alma agotada.

El movimiento de algunos pasajeros del sector VIP donde esperaba llamó su atención y después le hizo girar la cabeza hacia la puerta de entrada. Su tren de pensamientos se distrajo con el pequeño alboroto en el acceso a la sala de espera y descarriló cuando vio al grupo que entraba, acelerándole los latidos del corazón, agudizando

sus sentidos y arrojando adrenalina a su sangre por una sola razón: miedo.

Los tipos eran atemorizantes y si el lugar no estuviera lleno de gente normal como ella, e iluminado como una tarde de verano, sus manos hubieran estado tan coordinadas como sus piernas para arrebatarse su cartera y salir corriendo de ahí. Entraron en tropel, dispuestos a llevarse por delante todo lo que había a su paso, sus botas casi militares retumbando en el piso como si tuvieran chapas de *Tap* en las suelas. El más discreto tenía una cresta como alguna vez había visto en los *Punks* de los 80's. Otro tenía tantos piercing que era un milagro que lo hubieran dejado pasar por el detector de metales y el tercero tenía los ojos pintados como una corista siniestra del *Moulin Rouge*. ¿Era eso realmente necesario?

Había una chica con ellos. ¿Qué hacía ella ahí? Ese no era lugar para una chica, en medio de esos... *monstruos* fue la palabra que se le escabulló entre los pensamientos y se sintió aberrante por catalogarlos así pero, ¿Qué podía hacer? Aella la tendrían que sedar para estar tranquila entre esos ejemplares. Las dos se miraron apenas un momento: era muy blanca aunque no parecía ser maquillaje, vestía muy sencilla y todo de negro, e iba de la mano con el de los piercing. Mare desvió la mirada cuando se vio descubierta. Sus ojos buscaron escapar pero se clavaron en quien, sin duda, era el líder del grupo. Exudaba autoridad entre todos, tenía un pantalón gastado, chaqueta de cuero, pañuelo blanco y negro en la cabeza, anudado en la nuca, y anteojos oscuros. Se sentó orientado hacia ella y en el camino se deshizo de su chaqueta, develando unos brazos con músculos marcados y ni un solo resquicio de piel sin tatuar. Imposible saber si la estaba mirando, oculto detrás de los anteojos, pero cuando torció la

boca en algo así como una sonrisa tenebrosa que marcó un solo hoyuelo en su mejilla izquierda, se dio cuenta que había captado con total claridad cómo se le desencajó la mandíbula al mirarlo sin disimulo.

En su vida había visto tan de cerca a un tipo así, los tatuajes no solían ser sinónimo de algo bueno, pensó mientras desviaba la mirada y bebía con ansiedad su té, quemándose la garganta. Vio movimiento en la entrada donde colgaba el cartel con el número de su vuelo y tomó eso como una señal.

Levantó su cartera, el abrigo, chequeó la hora en su teléfono móvil y abandonó la mesa por el camino más alejado al grupo híbrido que oscilaba entre *Kiss* y *The Cure*, arrastrando su equipaje de mano. Apuró el paso todo lo que su falda a la rodilla le permitió, sintiendo un par de ojos penetrantes seguir su paso y olfatear su miedo.

No miró atrás. No los vio ponerse de pie cuando los altoparlantes anunciaron la salida de su vuelo, el AF007, con destino final París.



Shad Huntington, cantante y líder de la banda de Hard Metal *Synister Vegeance*, fue el primero en entrar a la sala de espera de primera clase. No viajarían en primera clase esa vez pero por un acuerdo con el Aeropuerto Internacional JFK, los titulares de pasajes *Premium Voyageur* tenían acceso al exclusivo salón, y eso siempre era bueno. Tras sus *Ray-Ban Aviator*, que llamaban la atención de los pasajeros de las clases más caras de la aerolínea casi tanto como su

ropa, sus tatuajes y el parloteo incesante de sus amigos, revisó los alrededores como si de la jungla se tratase: hombres en sus trajes de negocios y mujeres sobre altísimos tacones y carteras de lujo, todos concentrados en sus teléfonos inteligentes y sus tabletas blancas; algunos levantaron la vista cuando el bullicio de sus compañeros de banda se hizo sentir. Puso los ojos en blanco... siempre lo mismo: las mismas caras que variaban del espanto a la reprobación, la provocación implícita los llevaba inevitablemente a ser más ruidosos y rebeldes, a asustar a los normales, a empujar a los convencionales con tan solo una mirada, y merodear con ese paso amenazante hasta un grupo de asientos alejados, que como por arte de magia se desocupó para que ellos los llenaran.

Entonces sí, cada uno de ellos se mimetizó con el ambiente, sacando sus teléfonos inteligentes y sus tabletas negras, no podían ser de otra manera. Shad suspiró, buscando acomodarse en el asiento que parecía cómodo pero era duro como un banco de plaza. Mientras se desprendía de la chaqueta de cuero negra y dejaba a la vista sus brazos tatuados del hombro a la muñeca, sintió cuando sus pupilas se dilataron al chocar inevitablemente con un par de ojos chocolate que lo encandilaron como mirar el sol de frente.

Ella era... hermosa.

Se escuchó bajo el anonimato de sus innecesarios anteojos y se deleitó con la vista mucho más tiempo del que debiera. Tragó cuando se le hizo agua la boca, pero al mismo tiempo el sabor se tornó amargo y cruel, como la desilusión en su corazón. Estaba fuera del mercado y su relación con el sexo opuesto era clara y

limitada. Sin embargo, su mirada y su interés iban un poco más allá. No fue la seducción de la muchacha lo que lo atrapó, sino esa mirada atemorizada, como si él fuera algo oscuro, dañado, malvado. Como si su apariencia solo pudiera producir en ella, rechazo y espanto. Y después de años de tocar en una banda de rock especializada en canciones violentas, temáticas necrológicas y videos escalofriantes, ¿Por qué le sorprendía que una mujer diametralmente opuesta a él reaccionara tal y como había trabajado tanto para lograrlo? Ese era un punto que le encantaría explorar, pero más todavía le gustaría desentrañar, por qué parecía tan importante para él. Sacudió la cabeza y bufó, fastidiado consigo mismo, pero incapaz de retirar la atención sobre la distante mujer.

Su hermano Dexter, baterista de la banda que lideraba, parecía estar muy atento a sus movimientos y no había perdido detalle en su inusual interés. Dex se había convertido en su sombra durante la última gira; todos a su alrededor, pero en especial su familia, muy preocupados por su severo caso de corazón roto.

—Linda... —dijo estirándose sobre su costado, siguiendo la pista de sus ojos ocultos tras los *Ray-Ban*.

—No es mi tipo —respondió entre dientes, reacomodándose en el asiento y sacando de su bolso negro el primer libro que tenía a mano.

—Oh, vamos, Shad. ¿Cuánto hace que no...

—No llevo la cuenta y no es algo de tu maldita incumbencia.

Abrió el último libro de su amigo y compañero de campo, una copia avanzada que le había regalado, e intentó concentrarse en

las letras, ignorando a su hermanito, que seguía las instancias de la chica que ya no veía.

—Es linda. Sin mucho esfuerzo podrías llevártela al baño o reclinar el asiento en la oscuridad. Siete largas horas en un vuelo transatlántico de pronto podrían ser muy divertidas.

—Ella no es así... —dijo con una convicción que a él mismo lo asustó, como si él pudiera dar fe de ello, como si la conociera. Está bien, la había radiografiado, y lo dicho, estaba en las antípodas de cualquier mujer que podría interesarse en él, no había que ser un genio para saberlo. Ni siquiera su status de estrella del rock le serviría, dudaba que ella lo conociera, ni a él, ni a su banda, ni la música que tocaban.

—Todas son así... —afirmó el menor de los Huntington con su habitual tono ganador y juguetón. Desde atrás, una voz femenina lo llamó al orden.

—¡Dex! —Shad rió entre dientes y se hizo el desentendido a la reprimenda —Que feo lo que estás diciendo.

—Lo siento, Pía.

La novia de Zach, que los acompañaba en esa ocasión, había escuchado la conversación y también estaba muy atenta a las acciones y reacciones de Shad y todos los miembros de la banda. La razón, la peor: todos vivían en un estado de luto latente desde hacía poco más de un año. Era la primera gira que encaraban después de la muerte de su bajista y miembro fundador, Fred Spider, en un accidente de tránsito junto a su novia Candy. El recuerdo le dolió en el medio del pecho. La muerte de Freddy era un sufrimiento permanente; volver a tocar, un nuevo disco, salir de gira, parecía a ojos de productores y

psicólogos, la mejor terapia para superar la pérdida, pero cada paso que daban, cada lugar que visitaban, cada canción que tocaban, era un recordatorio permanente de la tragedia.

—No vayas ahí... —susurró Pía, como si estuviera leyendo sus pensamientos. Shad arrugó la cara, metió dos dedos bajo los cristales oscuros y atajó las lágrimas a tiempo, arrastrando las yemas sobre sus ojos gastados por las luces del escenario. La chica cambió su asiento por el de Dexter, cuando este escapó de sus reclamos.

—Estoy bien...

—No, no lo estás, pero todo lleva su tiempo y cada uno tiene el suyo...

—Estoy harto de esto —. Pía apoyó la mano sobre su hombro y presionó un poco como reaseguro de que esto también pasaría. No había manera de poner en palabras sus sentimientos, porque no podía y porque no quería. Y porque nadie lo entendería.

Los dos levantaron la vista cuando la voz de mujer en los altoparlantes los convocaba en la última llamada para abordar el vuelo AF007. Siempre hacían lo mismo: esperar, subir al final y enfrascarse cada uno en sus anteojeras, audífonos, libros o tabletas para evitar el acoso de curiosos. Ignorar la cena, aprovechar la oscuridad, dar la espalda al desconocido de al lado y dormir hasta tocar la pista, esta vez del Charles de Gaulle.

Cuando se puso de pie, miró alrededor: la muchacha de cabello castaño y ojos chocolate ya no estaba allí.

Bien por ti, belleza. Te veré en tus pesadillas.

La voz en su mente resonó pérfida y la risa satánica. La sombra estaba de regreso.

Puedes adquirirlo en los portales de Amazon

<http://mybook.to/UnaNocheenParis>